

*La  
Hija del  
Duque*

DAMA  BELTRÁN

*La  
Hija del  
Duque*

DAMA  BELTRÁN

© *La hija del duque*

© Dama Beltrán

Primera edición: marzo 2020.

© Fotos de cubierta: Adobe Stock.

Corrección y maquetación: Paola Álvarez.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otro medio, sin el permiso previo del autor por escrito, que, como es lógico, no lo dará porque me he pasado muchas horas y he perdido muchos acontecimientos familiares por escribir la novela.

# Índice

[Prólogo](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros títulos](#)

Mis queridas lectoras, aquí tenéis la historia de George Laxton, el amigo de Logan Bennett. Muchas me habéis preguntado cuándo publicaría la historia, pues ya ha llegado. Después de darle mil vueltas a la cabeza, porque no sabía dónde encajarla dentro de la serie, al fin podemos averiguar qué ocurrió con él.

Espero que os guste y que la disfrutéis.

Siempre vuestra,

Dama Beltrán

Para mi madre, la mujer más sabia de mi mundo y a quien daría mi corazón si me lo pidiera.  
Gracias por estar siempre ahí, por ayudarnos, por luchar y por enseñarnos que no debemos  
malgastar nuestra única vida en tonterías.  
Por muchos años a tu lado, mamá. ¡Te quiero!

## **Mereces un amor que te quiera despeinada**

Mereces un amor que te quiera despeinada,  
incluso con las razones que te levantan de prisa  
y con todos los demonios que no te dejan dormir.

Mereces un amor que te haga sentir segura,  
que pueda comerse al mundo si camina de tu mano,  
que sienta que tus abrazos van perfectos con su piel.

Mereces un amor que quiera bailar contigo,  
que visite el paraíso cada vez que ve tus ojos  
y que no se aburra nunca de leer tus expresiones.

Mereces un amor que te escuche cuando cantas,  
que te apoye en tus ridículos,  
que respete que eres libre,  
que te acompañe en tu vuelo,  
que no le asuste caer.

Mereces un amor que se lleve las mentiras,  
que te traiga la ilusión,  
el café  
y la poesía.

FRIDA KAHLO

# Prólogo



**Londres, 14 de febrero de 1888. Hyde Park.**

¡No se lo podía creer! ¡Aquello era una pesadilla! ¿Cómo pudo hacerle el viejo una faena semejante? ¿No había vivido suficiente tiempo en el infierno? No, por supuesto que no. El viejo Oliver Burkes no moriría sin dejar claro que sus deseos eran leyes para los demás, de ahí que redactara un testamento tan cruel. En él no existía término medio: o lo tomabas o lo dejabas. Mientras su tío agonizaba sobre su lecho, planeó su futuro; supuso que al fin se habían acabado las humillaciones y que era tiempo de una merecida paz. Se equivocó, al igual que cuando aceptó la propuesta de Oliver cuando solo tenía trece años. Pensó que aquel familiar desconocido, de sonrisa amplia, podría ayudarlo a sobrevivir a la pérdida de sus padres. No lo hizo. Perdió su alma cuando puso los pies en Lambergury.

George dobló los papeles que el abogado le dio y los metió en el bolsillo derecho de su abrigo.

—¡Espero que te pudras en el infierno, maldito cabrón! —gritó mirando al cielo. Acto seguido, agachó la cabeza, suspiró con resignación y se puso a caminar.

Tenía veintiocho años, de los cuales, quince transcurrieron en aquella horrible casa. Estuvo más de una década sometido a las exigencias de un tirano, uno que continuaba su opresión desde el más allá. Aunque creyó que su pesadilla había acabado, no fue así. Con rabia, se alzó las solapas de su abrigo y avanzó despacio por la calle. No prestó atención a los vehículos que transitaban cerca, ni a los murmullos de la gente. Su mente seguía centrada en lo que guardaba en el bolsillo: una copia de la última voluntad del bastardo más grande del mundo. Apretó los puños, enfadado al no hallar una solución. Si no hubiera hecho aquella promesa a Blanche, todo sería distinto. Pero fue la única persona que se preocupó por él, que le ofreció el consuelo, los besos y los abrazos que un niño necesitaba para sobrevivir. Y ella pagó un alto precio. La última vez que Blanche le pidió que no le pegara más, diciéndole que era muy pequeño para sentir los azotes de una vara sobre su espalda, sufrió en sus propias carnes la cólera del miserable.

George no paró de caminar pese a cerrar los ojos y ver de nuevo a Blanche rodar por las escaleras. La recordó tendida en el suelo, con las manos posadas sobre su abultado vientre. Guardó silencio, mirándolo con tristeza mientras la falda de su vestido se manchaba de sangre. Oliver no se acercó para auxiliarla. Fue él, un joven imberbe, inútil y con la conciencia intranquila, quien bajó rápidamente. Alguien salió de la residencia para llamar al doctor Rickley, que acudió lo antes posible, pero no a tiempo para salvar al bebé. Aquel diminuto ser había fallecido en el vientre de su madre.

No supo con exactitud qué ocurrió después, porque fue encerrado en su habitación. Aun así, supo que el viejo la había sacado de la cama y arrastrado hasta la mazmorra, donde la encerró. Quiso escaparse y averiguar cómo se encontraba, pero uno de los sirvientes se lo impidió, explicándole que ella no quería que se pusiera en peligro por su culpa. Tres días más tarde, su horrible pesadilla se hizo realidad. Blanche había muerto en aquel lugar oscuro y húmedo. Luego

aparecieron los bastardos de Clarke y Madden y afirmaron, bajo juramento, que Burkes cuidó de ella hasta que murió. Nadie hizo referencia a lo que sucedió en realidad. Nadie se atrevió a hacerlo, incluido él. Desde la tarde que la enterraron junto a sus hijos nacidos muertos durante el matrimonio, se quedó solo con aquel ser maligno y una promesa que cumplir.

Una fría brisa, que congeló su rostro, lo hizo regresar al presente. ¿Qué debía hacer? Podía abandonarlo todo y comenzar de nuevo. Tenía algunos contactos, pocos, porque su tío se encargó de eliminar todos aquellos que no le parecieron apropiados. Podía hablar con ellos y explicarles su situación. Quizás alguno le ofreciera la respuesta que necesitaba, aunque cabía la posibilidad de que se rieran de él. Sí, también existía esa opción... ¿Cuántos jóvenes, avasallados por sus familiares, eran obligados a contraer matrimonio para alcanzar el poder y la riqueza a la que aspiraban? Pero ellos no habían convivido con un monstruo. Él se había ganado, con sus lágrimas, su sudor y su sangre, aquello que ahora no podía conseguir si no encontraba una esposa de moralidad respetable.

¡Lástima que el bastardo añadiera esa maldita cláusula! ¿Tan bien lo conocía como para recalcar que debían ser damas dignas o decentes? Si al viejo no se le hubiera ocurrido una idea semejante, visitaría el primer burdel que encontrase en el camino y le propondría matrimonio a una de las rameras a cambio de una buena cantidad de dinero. Luego, cuando el abogado confirmara el casamiento y él obtuviera lo que le pertenecía, se divorciaría de la fulana y... ¡viviría! Pero eso era inviable. Oliver puso la soga alrededor de su cuello al exigir que, una vez casados, vivieran durante los tres primeros años en Lambergury. Durante ese tiempo, debía nacer un heredero y, si alguien lo acusaba de indecente, todo lo que había heredado pasaría al primogénito.

No tenía ni voz ni voto en su propia vida salvo que renunciara a todo.

Soltó un improperio y la gente que estaba cerca se giró al escucharlo. ¿Valdría la pena tanto sacrificio? ¿Y si se olvidaba de la promesa? ¿Blanche se lo perdonaría? «No permitas que te destruya y conviértete en el próximo conde de Burkes. Cuando lo consigas, líbrate de la maldad que conlleva ese nombre y conviértelo en algo hermoso, próspero y digno. Sé que lo conseguirás, George, porque tengo mucha fe en ti». ¿Cómo podía cumplir la promesa si el viejo había decidido su destino? ¡Maldito fuera su tío! ¡Malditos fueran sus padres por fallecer! Y... ¡maldita fuera la promesa que necesitaba cumplir!

Mientras seguía sumergido en sus pensamientos, librando una guerra entre qué debía y qué quería hacer, caminaba despistado y no se dio cuenta de que hacia él se dirigía una joven que observaba el cielo.

Ninguno de los dos fue consciente de que existían hasta que... chocaron.

De manera involuntaria, George alargó los brazos para que la persona no cayera al suelo.

De manera involuntaria, Tricia se agarró a las solapas del abrigo del hombre para no caer.

—¡Perdón! ¡Discúlpeme! —dijo Laxton cuando ambos cuerpos dejaron de moverse y se quedaron parados uno junto al otro.

Clavó su mirada en la agitada y pequeña figura, que aún seguía entre sus brazos como si el tiempo se hubiese detenido. La observó, la admiró y se recreó. ¡Eso mismo hizo! Aquel cuerpecito, que se mantenía pegado a él, era tan delicado como los pétalos de una flor. Sus ojos, abiertos por la repentina sensación de tranquilidad, como si hubiera llegado a un hogar apacible y cálido, continuaron recorriéndola de arriba abajo, aunque se demoraron más de lo permitido en el ligero escote.

—¿No va a mirarme a los ojos, señor? —le increpó la joven.

Sin poder borrar una sonrisa perversa, la típica que mostraba cuando una mujer hermosa se

desnudaba ante él, fue deslizando la mirada por su cuello, por su barbilla, por sus labios... ¡Menudos labios! Tan rojos y voluptuosos que deseó saborearlos en ese instante. ¿A qué sabría una boca tan maravillosa? ¿Qué sabor ocultaría en su interior? Sería un manjar, de eso no le cabía la menor duda. Un delicioso y sabroso manjar que desearía comer cuando tuviera hambre. Para desgracia de la joven, estaba famélico desde que abandonó a su amante seis meses atrás.

—¿Hola? ¿Es usted sordo? —preguntó la muchacha, todavía abrazada a él, pues el extraño no apartaba los ojos de su boca e inspiraba su perfume como si fuera lo único que necesitaba para continuar vivo.

La intuición de Tricia no se equivocó. George estuvo a punto de meter la nariz entre el cuello y la clavícula para seguir viviendo la hermosa ensoñación que ella le estaba proporcionando. Ese olor a moras, a frutas silvestres, provocó que su mente lo transportara al pasado, a cuando sus padres aún seguían vivos. Vio a su madre, a su lado, jugando en el jardín, riéndose al descubrir que su esposo, de quien se escondían, los había encontrado. Ella se lanzó a sus brazos y lo besó, como solía hacer cada vez que lo veía. Sus risas, su felicidad, la adoración que ambos sentían y... él. El único testigo de ese amor inquebrantable.

Intentó apartarse de la extraña para poner fin a la bella evocación, pero no pudo. Necesitaba revivir aquella experiencia, esa en la que fue feliz, en la que tenía esperanzas, en la que nada ni nadie importaba salvo seguir bajo la protección de unos padres a los que amaba.

—¿Caballero? —soltó Tricia un tanto preocupada.

—Le pido, de nuevo, que me disculpe —dijo al fin George. Extendió los brazos para liberar a la joven y eliminar sus dolorosos recuerdos.

Dio un paso hacia atrás y observó su rostro, las nubes que sobrevolaban el cielo de Londres descendieron de golpe para colocarse a los pies de la joven. No había oscuridad ni tinieblas, sino luz. La misma que desprendían unos ojos marrones tan brillantes e inocentes que podrían dirigir, en mitad de una noche sombría, un barco hacia el puerto más cercano.

—Lo disculpo —contestó ella con una sonrisa.

Y todo a su alrededor dejó de existir.

—Estaba distraído —comentó buscando la mejor manera de recomponerse de un aturdimiento tan absurdo.

—Yo también lo estaba —aseguró la muchacha sin borrar esa bella sonrisa de su maravillosa boca.

Se quedó tan aturdido que lo único que pudo hacer fue contemplarla como si no existiera otra mujer en el mundo salvo ella. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué su cuerpo se había quedado frío al separarse de ella?

—Que tenga un buen día —expresó, a modo de despedida, mientras tocaba el ala de su sombrero.

—Soy Tricia, Tricia Manners —comentó agarrando con una mano su fuerte antebrazo izquierdo.

Por alguna extraña razón, el corazón de Tricia la instó a que lo mantuviera a su lado unos instantes más, los suficientes para averiguar el motivo por el que palpitaba de aquella forma tan acelerada.

—Señorita Manners, no debería hablar con extraños y mucho menos agarrarlos así en público. No sabe usted lo que podrían pensar —dijo con tono divertido, pues le resultó gracioso que fuera tan atrevida, pese a la imagen de joven cándida y recatada que ofrecía.

—Señor...

—Laxton, George Laxton. Aunque pronto me convertiré en lord Burkes —advirtió, esperando

que aquel nombramiento la alejara. Pero no fue así. Aquella muchacha lo miró con tal calidez que las aberraciones que conllevaban aquel maldito título se esfumaron inexplicablemente. Sin reparar en lo que sucedía a su alrededor, George avanzó un paso y le acarició la mejilla con ternura. Ella, en vez de apartarse o increparle por un acto tan atrevido e impropio, cerró los ojos y suspiró hondo—. Es usted una delicia, señorita Manners —susurró sin poder apartar la mirada de ese rostro, de esa expresión de agrado y reparando en cómo respiraba agitada, pues su pecho subía y bajaba con rapidez.

¿Podría darle la vida un resquicio de paz? ¿Podía soñar alguna vez con tener a su lado a un ángel como ella? Cuando la joven abrió lentamente los ojos, George quiso que el tiempo se detuviera para continuar deleitándose con la pureza de aquella mirada.

—¡Milady! —gritó una voz femenina al girar la esquina.

—¿Milady? —repitió George apartando su mano. Retrocedió de nuevo y rompió la magia que habían vivido durante unos instantes.

—Sí, George, así suelen llamarme porque soy hija del duque de Rutland —explicó un tanto acalorada. ¡La había tocado en público! ¡Le había acariciado la cara! ¿Y qué hizo ella? Quedarse quieta y sentir esa caricia.

—¿Rutland? ¿Eres una Rutland? —espetó atónito.

Qué bonito sonaba su nombre en aquellos labios, en aquella hermosa boca. Pero si lo que escuchaba era cierto, la dulce ensoñación se convertiría en otra pesadilla más que añadir a su vida si no se apartaba lo antes posible de ella.

—Sí —afirmó de nuevo—. ¿Ha oído hablar de mi padre? ¿Lo conoce? —preguntó Tricia expectante.

—Lo conozco lo suficiente para pedirle que olvide este encuentro. Para usted no existo. Buenas tardes, *lady* Rutland —manifestó antes de alejarse y abandonarla en mitad de la calle con la palabra en la boca. Atrás quedó el brillo de aquellos ojos marrones, los más hermosos que había visto.

Tricia fue incapaz de decir nada al verlo marchar. ¿Acaso no tenía educación? Sí, sí que la tenía, pero algo sucedió cuando escuchó el apellido de su padre. ¿Se conocerían? Si era así... ¿desde cuándo? Porque ella jamás habría olvidado un rostro como aquel. En realidad, no habría olvidado nada de él. Cerró los ojos, se llevó las manos enguantadas hacia la nariz e inspiró el olor que George había dejado impregnado. En medio del aturdimiento, los abrió de golpe y miró hacia el lugar por el que se había marchado. Se había desvanecido como la niebla ante la llegada del sol, dejándola fría y triste.

—Milady, ¿quién era ese caballero? ¿Por qué le ha permitido conversar con usted sin mi presencia? —habló agitada Ángela, su dama de compañía, en un apurado inglés.

—Nadie importante —aseguró.

—¿Y su sombrero? ¿Lo ha encontrado?

—No. El viento ha debido transportarlo a cualquier lugar del parque —comentó volviéndose hacia su acompañante.

No le importaba dónde había ido a parar el sombrero, sino el misterioso caballero. ¿Quién era George Laxton? ¿Qué hacía en Londres? ¿Volverían a encontrarse? ¡Sí! ¡Claro que lo harían! Ya se encargaría ella de que eso sucediera. Por sus venas corría sangre Rutland y, según su padre, nada ni nadie podía frenar aquello que se propusieran.

# I



## Londres, 14 de marzo. Residencia de los Hamberbawer.

—Sigo sin estar de acuerdo con la decisión que has tomado —dijo Beatrice a su hija una vez que el carruaje estacionó en el extenso jardín de los Hamberbawer.

Mientras los lacayos de los anfitriones atendían a los invitados que llegaron antes que ellos, la duquesa aprovechó el momento para averiguar el motivo por el que Tricia había decidido acompañarlos a la fiesta. Si sus sospechas eran ciertas, la pequeña tramaba algo importante y, conociéndola como lo hacía, tenía que prepararse para aquello que pudiera suceder.

—¿Por qué? —preguntó girándose hacia ella—. ¿Acaso no han insistido, desde que regresé, que acudiera a los eventos sociales en los que solicitaban la presencia de los Rutland?

—Pero en esta, precisamente, solo han pedido la presencia de tu padre y la mía —recalcó Beatrice.

—¿Y qué problema hay en que nos acompañe? Los Hamberbawer estarán encantados de volver a verla y, de este modo, también hará desaparecer el rumor que corre sobre nuestra hija menor —terció William.

—¿Qué rumor? —quiso saber Tricia mirando a su padre.

—Todos piensan que en España padeciste la viruela y que no apareces en público porque las marcas de esa enfermedad destrozaron tu hermoso rostro —respondió el duque después de darle un tierno beso en la mejilla.

—William... —lo regañó su esposa al no ser capaz de razonar objetivamente cuando el tema a discutir era la menor de sus hijas. Si Tricia le pedía que saltara desde un balcón y que se pusiera a volar, lo haría sin borrar esa mirada de padre orgulloso.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó la muchacha poniendo los ojos en blanco—. ¡Si solo he parado en nuestro hogar para dormir y desayunar! Lo único que sucede es que prefiero conversar con mis amistades a padecer la tortura de tratar con gente tan aburrida y soberbia.

—Si de verdad piensas así, ¿por qué has venido? ¿Qué tiene esta fiesta de especial para ti? —insistió Beatrice.

—Sabe que adoro a los Hamberbawer... —comenzó a decir Tricia recurriendo a su voz añorada y a su sonrisa cándida para calmar las inquietudes de su madre.

—¿Y? —perseveró la duquesa sin caer en la trampa.

—Y, aunque este tipo de eventos me resulte insufrible, soy consciente de que he de retomar la vida social que dejé antes de marcharme de Londres. Los Rutland debemos continuar con el legado de cortesía y amabilidad que nos ha caracterizado durante siglos —aseguró sin tan siquiera pestañear.

No les mentía. Era cierto que deseaba comenzar una nueva etapa en su vida. Una en la que George Laxton tenía un papel muy importante. ¿Dónde demonios se había metido desde que se encontraron? Habían transcurrido cuatro desesperantes semanas desde aquella tarde y, por mucho que lo intentó, no volvieron a coincidir.

Supo quién era él a través del periódico de sociedad: hijo del señor Laxton, un aristócrata que, tras contraer matrimonio con una sirvienta, se marchó de Londres para vivir su amor alejado de la depravada sociedad londinense. Tras la muerte de ambos, el único hijo de la pareja quedó bajo la protección del hermano menor del padre, el conde de Burkes. Para muchos, un monstruo, para otros, un ejemplo de rectitud y distinción al que idolatrar. Vivió en Lambergury hasta que el conde falleció. Según escuchó, porque nadie podía dejar de hablar de él, llegó a Londres en busca de una esposa y, para su consternación, todo apuntaba a que la había encontrado. Pero él no podía casarse sin haberla conocido primero, mucho menos con la aburrida Sarah Preston. ¡Debía poner fin de inmediato a esa locura! Por eso fue a la fiesta sin ser invitada, para zanjarse el asunto. Para su desgracia, su madre sospechaba que tramaba algo. Gracias a Dios, no tenía ni idea de qué planeaba hacer esa noche, si lo hubiera descubierto, la habría encerrado en la habitación con veinte cerrojos y cuarenta candados.

Tricia miró a sus padres y contuvo un profundo suspiro. ¡Pobrecitos! ¡Les daría un síncope cuando llevase a cabo su plan! Pero no podía evitarlo, la atracción que sentía por George era tan inexplicable que no le quedaba otra opción. Lo intentó. De verdad que pretendió olvidarse de él, aunque ese intento solo durase un segundo. No podía, ni quería, dejar de notar el tacto de aquella fuerte mano sobre su rostro, de olvidar la química que emergió cuando estuvieron juntos, ni tampoco quería desprenderse de ese olor tan masculino y peculiar. ¡Hasta guardó los guantes bajo el colchón para que nadie los tocara ni lavara! A pesar de ello, el cautivador perfume fue desapareciendo con el paso de los días. Sin embargo, ella seguía recordándolo, seguía respirándolo cada vez que él aparecía en su mente. ¿Cómo eliminar de la cabeza su traviesa sonrisa, sus labios, sus dientes perlados y una mirada gris más bonita que la espinela<sup>1</sup>? ¡No! ¡Por supuesto que no podía quedarse en su hogar sin hacer nada al respecto!

—¿Tricia? —la pregunta de su padre la sacó de sus pensamientos.

—No a todo —respondió ella con su habitual sonrisa.

—¿Estás segura? —insistió William enarcando su ceja derecha.

¿Qué le habían preguntado? ¿Qué debía contestar? Miró a su madre, ella se había cruzado de brazos y fruncía el ceño. ¡Dios! ¿Por qué no podía centrarse en nada que no fuera él?

—Estaba pensando en Amelie —dijo a modo de excusa.

—¿En Amelie? ¿Qué tiene que ver ella con la elección de ese vestido? —preguntó Beatrice sorprendida.

—Nada —sonrió de nuevo—, pero estaba contando los días que faltan para que nazca su primer hijo. Tiene que ser una experiencia única, ¿verdad? No debe existir en el mundo nada tan maravilloso como sentir en tu interior el crecimiento de un profundo amor.

Beatrice dejó de respirar y William parpadeó varias veces.

—No puedo responderte a eso —intervino el duque que, tras escucharla, su instinto paterno se puso en alerta—. Pero sé que tu madre padeció una auténtica agonía cuando se quedó embarazada de ti. Vomitaba sin parar, no podía oler nada dulzón y, cuando me acercaba a ella, me atacaba sin piedad.

—¡Vaya! —exclamó sin poder borrar la sonrisa de su rostro. Alargó sus manos hacia los brazos cruzados de su madre y se los apretó con cariño—. Siempre he sido un tormento para ti.

—No has sido un tormento, Tricia, sino una Rutland —masculló Beatrice, aunque tuvo que relajar las facciones de su rostro al contemplar el brillo que mostraban los ojos de su hija pequeña.

—Y has de estar muy orgullosa de serlo —apuntó el duque satisfecho—. Ya me encargué de zanjarse todos los infortunios que nuestro nombre conllevaba antes de que vosotros nacierais

—añadió dirigiéndole a su esposa una sonrisa cómplice.

—¡Oh, ni se te ocurra hablar de aquellos años! —lo reprendió la duquesa.

—¿Qué años? —intervino Tricia mirando a uno y luego a otro—. ¿Se refiere a los que padre no podía apartar las manos de sus amantes?

—¡Tricia! —gritaron los dos a la vez.

—¿Qué? Hay gente que aún habla sobre ese tema. Y han llegado a la conclusión de que, desde que padre, tío Federith y tío Roger se casaron, ningún hombre ha podido recuperar el nombramiento de calaveras que ellos lograron.

William soltó una gran carcajada y su pecho se ensanchó tanto que el chaleco se le quedó pequeño mientras Beatrice le daba una patada en el tobillo izquierdo para que dejara de reír.

—A tu padre no le gusta recordar ese tiempo —refunfuñó fulminándola con la mirada.

—No cambiaría nada de lo que ocurrió —comentó William mirando a su esposa—. Repetiría absolutamente todo solo por volver a conocerte —añadió antes de alargar su mano para encontrar las de su mujer.

Tricia contempló la mirada que su padre le ofreció a su madre y cómo ella le respondía con la misma intensidad y devoción. Eso mismo deseaba ella y sabía que iba a encontrarlo en George porque, cuando se chocaron, aquellos ojos grises expresaron lo que no pudo decir con palabras.

Sin dejar de pensar en Laxton y de lo que sucedería durante la velada, esperó a que el cochero abriera la puerta. Como siempre, su padre salió en primer lugar. Luego extendió la mano útil hacia su esposa. Nunca, desde que ella tuvo uso de razón, su madre sufrió un solo traspie al bajar de un carruaje. La fortaleza de aquel brazo era más que suficiente para salvarla de cualquier tropezón.

Una vez en el exterior, Tricia observó su alrededor. Había llegado el momento. ¡Al fin pondría en práctica todo aquello que pensó! Solo esperaba que su corazonada no errase.

—No te separes de nuestro lado hasta que encuentres a alguien sensato con quien conversar —le pidió William a su hija una vez que el sirviente lo ayudó a quitarse el gabán.

—No me separaré de ella. Me convertiré en su sombra —aseveró su madre enredando un brazo en el de su marido e instándolo a caminar—. Tengo la impresión de que nos está mintiendo.

—¿Yo? ¡Por favor, madre! ¿Cómo puede pensar eso de mí? —comentó con aparente pesar mientras ofrecía su abrigo al empleado.

—Porque eres una...

—¡Rutland! —bufó Tricia antes colocándose, estratégicamente, detrás de ellos.

Si su madre no se distraía, si la perseguía como había jurado hacer, ella no conseguiría nada de lo que meditó y calculó. Tenía que buscar la manera de alejarse de ella y poder estar con George durante unos minutos, los justos para decirle que Sarah no era la esposa que se merecía y que después de una semana moriría de aburrimiento.

Tras ser anunciados, el matrimonio Hamberbawer caminó hacia ellos para recibirlos. Mientras saludaban a sus padres, ella observó la sala. Sus ojos se movían de un lado a otro, buscándolo, y no cesaron hasta que lo hallaron. Fue entonces cuando todo desapareció para ella. Ya no había música, ni voces, ni presencias humanas salvo la de él. Respiró hondo, tanto que el corsé del vestido se ciñó a su torso causándole dolor. ¿Le había preguntado su madre por qué lo había elegido? Porque era el idóneo para una conquista, para una caza, para una noche sin precedentes. Además, él estaba tan apuesto que ella podría olvidarse de respirar y continuar viviendo solo mirándolo.

Con descaro, el mismo que él tuvo cuando se conocieron, se deleitó con la perfecta imagen masculina. El traje de color negro, tal como obligaba el periodo de luto, se ajustaba a su esbelta

silueta. Le pareció extraño que su camisa fuera blanca y su chaleco, gris, de un tono más pálido que el de sus ojos. Se obligó a retirar la mirada, a centrarse en otra persona para que su madre no descubriera con rapidez sus intenciones, pero no lo logró. Su cuerpo libraba una batalla, una en la que el deber y el placer luchaban para alcanzar su meta: la necesidad de seguir representando un papel o la urgencia de tenerlo cerca, de escuchar su voz, de inspirar ese olor que ya no tenían sus guantes. Iba a padecer una tortura; hasta que pudiera encontrar el momento en el que ambos pudieran estar a solas, sufriría tal ansiedad que terminaría por arañar las paredes de la sala. Tomó aire, se centró en los anfitriones y les sonrió.

—¡Tricia, querida! —comentó la señora Hamberbawer cuando extendió sus brazos hacia ella—. Estás... impresionante.

Sí, ¿por supuesto que lo estaba! ¿Cómo no iba a estarlo si su escote no dejaba nada a la imaginación?

—Gracias —respondió Tricia dejando que la buena mujer estrujara su cuerpo en un fuerte achuchón.

—¿Cuándo regresaste?

—Hace aproximadamente un mes —respondió ella obligándose a no enfrentarse a la mirada reprobatoria de su padre.

Como se había puesto el abrigo antes de bajar las escaleras de su hogar, él no reparó en el exagerado escote, pero ahora, a la luz de las bombillas y sin nada que cubriese su pecho, mucho se temía que no solo sería vigilada por su madre.

¡Maldición!

—¿Qué tal por España? —continuó preguntándole después de enredar su brazo izquierdo en el derecho de ella y caminar hacia el interior de la sala.

—¡Ha sido fascinante! —exclamó Tricia con excesivo entusiasmo—. En Granada, ciudad en la que he permanecido durante dos meses, he gozado de unos magníficos días de playa y de montaña, aunque ningún paisaje natural puede superar la belleza que muestra la Alhambra.

—¿La Alham... qué? —preguntó parándose justo al lado de un grupo de jovencitas, las más apropiadas para que la hija del duque pasara la velada.

—La Alhambra. Fue una ciudad andalusí. Consta de un conjunto de palacios, jardines y...

Tricia se quedó callada al ver que enfrente se hallaba Sarah Preston. Por supuesto, no estaba sola, pero quienes la acompañaban no fueron importantes para ella.

—Buenas noches, señoritas... —comenzó a decir la anfitriona cuando las jóvenes repararon en su presencia—. Seguro que conocen a lady Rutland. Ha regresado de España hace apenas un mes y, según me cuenta, nos recomienda visitar una ciudad llamada Granada.

—Lady Rutland...

Fue lo único que escuchó hasta que las seis mujeres, incluida la aburrida Sarah Preston, terminaron los saludos. Nunca en su vida se había sentido superior a nadie por el título, por el poder o la riqueza que poseía su familia, pero, en aquel momento, cuando la futura prometida de George se inclinó, quiso estirar el cuello hacia ella y susurrarle al oído que se olvidara de Laxton porque iba a ser suyo.

—¿Granada? —preguntó una joven rubia de ojos azules—. ¿En qué parte de España se encuentra, en el sur o en el norte?

—En el sur —confirmó Tricia con una sonrisa.

—Dicen que hace demasiado calor por esa zona. ¿Cómo ha podido soportarlo? —preguntó Sarah sin parar de abanicarse.

—Me marché a mediados de noviembre y he vuelto a principios de febrero, con lo cual, no

he soportado el calor del verano. Es más, los días en los que aparecía el sol, hacíamos una excursión a la montaña. No se puede imaginar lo hermosas que son esas montañas nevadas —expuso Tricia con toda la paciencia y educación que su madre le inculcó.

—¿Nieve? ¡Qué frío ha debido pasar! —exclamó Sarah horrorizada.

—Los abrigos evitaron que nos congeláramos —apuntó con sarcasmo lady Rutland.

¿Había dicho que era una mujer aburrida? ¡Pues debía añadir más adjetivos a la lista que había elaborado para George! ¡Era una completa mema! ¿Cómo iba a casarse con ella? ¿No había reparado en que tendrían unos hijos bobos, tontos y cargantes?



Sonrió de nuevo, pese a no conocer el tema del que conversaban los caballeros que lo acompañaban. Su mente se concentraba en buscar la manera más adecuada para acercarse a la joven y continuar con el maldito cortejo. Por suerte para él, la tortura finalizaría esa misma noche, cuando declarara sus intenciones a los Preston. Había elegido bien, ella reunía todos los requisitos que Oliver impuso en su sentencia de muerte. No le cabía ninguna duda de que el deseo de su tío de verlo muerto se haría realidad: Sarah era la muchacha más aburrida y simplona que había conocido en su vida. En ningún momento, durante los dos paseos matutinos que dieron por Hyde Park, tuvieron una charla distendida. La expresión de su rostro se mantuvo tan rígida que daba la impresión de que había nacido sin los músculos que proporcionaban la risa, y eso que se esmeró en hacerla sonreír. Los icebergs eran más cálidos que aquella joven, pero no le quedaba más remedio que rendirse a lo evidente. El plazo que dictaba el testamento estaba próximo y no era prudente demorarse ni un día más. ¿Cuánto tiempo tardarían los Preston en preparar la maldita boda? ¿Qué haría él mientras tanto? Sumergirse en el abismo del horror y emborracharse hasta perder la consciencia. Tal vez ocurriese un milagro, uno en el que cerrara los ojos y no los abriera nunca más. Dirigió, con disimulo, la mirada hacia ella y resopló involuntariamente. ¿Cómo viviría con una esposa tan aburrida? Nunca, pues jamás pensó en casarse, enumeró las cualidades que debía tener una mujer para convertirla en su cónyuge. Pero ahora, debido a la imposición de elegirla, añoraba no haber tenido algo más de tiempo para buscar aquella que cumpliera los mandatos de su tío y los suyos. ¿Cómo reaccionaría Sarah en la intimidad? ¿Se derretiría al tocarla? No, la fría Preston no se dejaría llevar por el placer, al contrario, se pondría tan rígida que a él le resultaría difícil excitarse. ¿Terminaría odiando algo tan maravilloso como el sexo? Sí, seguro que al final no hallaría satisfacción sino condena y solo podría librarse cuando concibieran un hijo. ¿Y si este no llegaba con prontitud? ¡Dios! ¡No tenía que pensar en eso! En lo único que debía centrarse era en buscar la valentía suficiente para enfrentarse, de una vez por todas, a su destino.

—Los duques de Rutland —anunció uno de los sirvientes de los Hamberbawer.

Cuando George escuchó el aviso de llegada de los duques, clavó la mirada en la entrada para observarlos. Lord Rutland caminaba, junto a su esposa, con la tranquilidad de saberse uno de los hombres más respetados e idolatrados de Londres. Por supuesto, no todo el mundo opinaba igual. Su tío lo odiaba, no solo a él, sino también al marqués de Riderland y al barón de Sheiton. A este último porque se atrevió a indagar la muerte de Blanche. Nadie supuso que un magistrado de Londres repararía en un caso tan alejado de su jurisprudencia, pero resultó que Blanche tenía relación con la familia de su segunda esposa y, después de que esta insistiera en averiguar la verdad, el barón visitó Lambergury. Durante algo más de dos semanas, lord Sheiton entrevistó al médico, a varios sirvientes y a los dos amigos de Oliver. Lógicamente, ninguno de ellos se retractó de sus declaraciones y tampoco conversaron con el niño encerrado en la mazmorra. Si

hubieran hablado con él, no solo habrían descubierto lo que sucedió aquel día, sino que también lo habrían liberado de su condena. Años después, cuando Riderland averiguó que Burkes chantajeaba a su hermano, los tres lores regresaron para pedirle una explicación. Fue el propio Rutland quien lo obligó a redactar un acuerdo de devolución de todo aquello que había obtenido a través de la extorsión. Sin embargo, el marqués de Riderland no se contentó con el pacto y buscó una forma de arruinarlo. Por suerte para él, desestimó la idea después de conocer su existencia y su amistad con su hermano Logan.

—¡Maldita criatura del diablo! —blasfemó George al reparar en la pequeña figura que caminaba detrás de ellos.

¿No le confirmaron que solo el matrimonio Rutland había sido invitado? Entonces... ¿qué demonios hacía ella allí?

Se bebió de un trago el licor de su copa y la depositó sobre el alféizar de la ventana que tenía a su espalda sin poder apartar la mirada de Tricia. La señora Hamberbawer la estrechó contra su cuerpo como si fuera un limón al que sacarle el jugo. Luego, cuando se apartó y contempló cómo iba vestida, George se olvidó de respirar.

—¿No os parece que lady Rutland ha cambiado mucho desde que se marchó a España? —se apresuró a decir uno de los caballeros de su izquierda.

¿Cambiada? ¡Esa manera de vestir no podía describirse con una palabra tan nimia! ¿Acaso ella no recordaba que Londres era una ciudad bastante fría y que si llevaba el pecho tan descubierto podría coger una pulmonía? No. Lady Rutland no había reparado en ese pequeño detalle y decidió lucir la misma apariencia que exhibían las fulanas de un lujoso burdel. Solo le faltaba tener la cara empolvada para que todos los hombres que la miraban, con las mandíbulas desencajadas, se dirigieran a ella y le pidieran unos minutos íntimos.

—Pues, en mi opinión, creo que el viaje ha sido de lo más revelador —comentó otro.

George giró su rostro hacia el hombre que había hecho tal insinuación y deseó atizarle un puñetazo para borrarle la pícara sonrisa que dibujaba su boca. Aunque tan solo se limitó a asentir levemente con la cabeza. ¡Dios! ¿Tan desequilibrada estaba que no había reparado en el escándalo que causaría? ¡Claro que no! ¿Cómo iba a pensar que alguien la miraría como lo estaban haciendo cuando se hallaba bajo la protección de su padre?

—Esta noche me apetece muchísimo bailar —expresó alguien cercano a él.

George notó cómo la soga que Oliver había puesto alrededor de su cuello le oprimía la garganta, asfixiándolo. Un escalofrío azotó su cuerpo y las manos comenzaron a sudarle. Suerte que había dejado la copa minutos antes, de lo contrario, se hallaría en una situación ridícula y bochornosa.

—Los jóvenes tenéis una oportunidad —indicó otro.

George no fue capaz de hablar, ni tan siquiera pudo parpadear pues la imagen de Tricia al lado de Sarah, charlando como si fueran amigas, lo noqueó. No había comparación posible. Aquella desvergonzada eclipsaba, con su vestido azul turquesa y sus largos tirabuzones negros, la belleza de las jóvenes que estaban a su lado. Y la señorita Preston... ¡era una lástima que no pudiera considerarla ni la triste sombra de lady Rutland! Se le oprimió el pecho al verla sonreír. Esa sonrisa..., la misma que le ofreció la tarde que se conocieron y, como pasó en aquel momento, todo a su alrededor desapareció para él salvo ella. ¿De qué estarían hablando? ¿Qué tema la haría reír de esa manera tan seductora?

—Magnífica —susurró alguien.

Justo cuando Laxton iba a zanjar el tema de lady Rutland, haciendo una absurda pregunta sobre qué terrenos eran más adecuados para invertir un tercio de la herencia que había obtenido,

ella giró despacio su rostro hacia ellos y sonrió.

—¡Confirmado! —exclamó aquel que habló sobre lo cambiada que estaba después del viaje—. Lady Rutland anda a la caza de un marido.

¿Marido? ¿Aquella descarada se había vestido así para encontrar a un idiota al que seducir? Pues sentía verdadera lástima de quien cayera en sus brazos porque, al igual que una mantis religiosa, Tricia se comería a su esposo durante o después del sexo.

—Si me disculpan... —dijo a modo de excusa para salir de allí y alejarse de esa mujer que, si seguía mirándolo de ese modo, terminaría por convertirlo en el imbécil amante que se dejaría devorar.

Eso no podía ocurrir. Por mucho que desease caminar hacia ella, colocarse a su lado, agarrarle una mano y dirigirla hacia el centro de la sala para gozar de un sensual baile, debía recordar el motivo por el que había acudido esa noche: comprometerse con Sarah. Saludando a aquellos que se encontró mientras caminaba hacia un lugar donde pudiera mantenerse a salvo, George se obligó a no mirarla, a no quedarse de nuevo hechizado por esa boca y a no admirar sus bonitos ojos marrones que podían poner de rodillas al mismísimo Ares<sup>2</sup>.

¿A qué sabría esa boca? Esa fue la pregunta que se repitió miles de veces desde el tropezón en la calle. ¿Sería tan dulce como su perfume a moras o tan agrio como el licor que acababa de ingerir? Y su piel... Esa dermis nacarada que exhibía con descaro, ¿qué tacto percibirían sus dedos al tocarla? ¿Tricia se derretiría bajo sus caricias? ¿Temblaría por la excitación? ¿Sería capaz de aceptar el placer que podrían darse cuando sus cuerpos desnudos se unieran?

Aceleró el paso, eludiendo los últimos saludos. Le urgía abandonar la sala porque el sentimiento que Tricia despertaba en él le impedía respirar. Necesitaba sentir el aire fresco de la noche sobre su cuerpo y alejar a la muchacha de su cabeza, de su vida...

Una vez que atravesó el umbral de la inmensa cristalera, puso la mano derecha en el nudo del corbatín y tiró de este hasta aflojarlo. ¿Por qué no pudo olvidarla? ¡¿Por qué?! No era capaz de recordar el nombre de la amante que tuvo antes de que su tío enfermara y le resultaba imposible ignorar a una mujer con la que apenas había estado cinco minutos.

Los grillos cantaban sin parar, el viento movía las primeras hojas de los árboles, las flores regalaban, a quienes estuvieran cerca de ellas, mil fragancias diferentes y a esa belleza nocturna se le unió el repiqueteo de los zapatos de Laxton al pisar con desesperación el terrazo.

Avanzó hasta llegar a la baranda de mármol que rodeaba el balcón. Plantó las palmas sobre el pasamanos e inclinó ligeramente la cabeza hacia delante. ¡Todo! Recordaba absolutamente todo de aquella descarada muchacha. Podía enumerar cuántos lunares tenía su rostro y en qué lugares se encontraban. Podía describir el movimiento ondulado que hacían sus pestañas al cerrar los ojos y el brillo de los diamantes que lucía en sus lóbulos. Se acordaba también de cómo respiraba, incluso lograría distinguir su respiración entre un centenar de personas. Si fuera pintor, conseguiría dibujar la separación exacta que realizaron sus labios al soltar el leve jadeo que le provocó sentir su mano sobre su mejilla.

Percibió cómo las gotas de sudor recorrían despacio su nuca hasta desaparecer por la espalda. Lo estaba volviendo un loco, un demente que había pasado cuatro horribles semanas escondiéndose como si fuera un criminal. ¡Maldita fuera su suerte! ¿Cuántas veces se encerró en White's con la esperanza de eliminar el sentimiento que Tricia le despertó? Pero aquello tan solo aumentó su tortura porque los jóvenes no cesaban de hablar sobre la incansable vida social de la hija menor del duque.

Una vez que averiguó que solía pasear por Hyde Park sobre las once de la mañana, se vio en la obligación de pedirle a Sarah pasear con él a las nueve, para que durante esas caminatas no se

encontraran. ¡Por eso mismo la joven Preston no era capaz de sonreírle! ¿Qué mujer en su sano juicio saldría a caminar con una sonrisa en sus labios a esas horas tan tempranas? Luego pagó a los sirvientes de aquellos anfitriones que invitaron a los Preston a sus celebraciones. Fue la única manera que encontró para confirmar que ella no aparecería y alteraría, con su presencia, el plan que había tramado. Sin embargo, en el día más importante, no solo había perdido unas cuantas libras, sino también el control.

Apretó con fuerza las manos sobre el pasamanos y cerró los ojos. Si de verdad le importaba, debía apartarla de sus pensamientos. Tricia no era la mujer adecuada para vivir en Lambergury, sino Sarah. La frialdad de esta se equiparaba a la residencia donde tendrían que vivir durante tres largos y angustiosos años. Tricia no sería capaz de adaptarse a aquel lugar, la destruiría lentamente; el brillo de sus ojos desaparecería, olvidaría sonreír y sus ganas de vivir, esas que emanaban de cada poro de su piel, se esfumarían para añorar su muerte. George resopló, sacando todo el aire que contenían sus pulmones. Se había prometido que jamás se convertiría en Oliver, que nunca dañaría a una persona y que no la conduciría hacia un abismo oscuro y sin retorno. Por eso la señorita Preston era la candidata ideal. No temería llevarla a la oscuridad porque ella misma era oscura y no le daría miedo mirarla a los ojos y sufrir ante la pérdida de brillo de estos, pues Sarah carecía de él.

Levantó despacio la barbilla y fijó su mirada en los árboles que, debido a la noche, no mostraban su verdadero color. No le quedaba otra alternativa, debía continuar con el plan. En cuanto regresara al salón, caminaría decidido hacia el matrimonio Preston y les solicitaría unos minutos a solas. Una vez que les informara sobre sus intenciones con Sarah, Tricia dejaría de existir para él.

—Buenas noches, George —comentó a su espalda una voz femenina. Cuando la reconoció, se giró bruscamente hacia ella.

## II



No prestaba atención al nuevo tema de conversación, pues todos sus sentidos permanecían concentrados en buscar la mejor postura para verlo. Mientras la joven de cabello dorado proseguía con la charla que ella misma inició, Tricia respiró profundo y movió lentamente la barbilla hacia el lado donde George se encontraba, fingiendo, de este modo, que apartaba uno de los tirabuzones que tocaban su hombro izquierdo. Fue entonces cuando los labios de su boca se extendieron para dibujar una gran sonrisa. La miraba fijamente, sin importarle que los invitados o sus padres repararan en cómo la observaba. Cuando sus ojos marrones y los hermosos grises se encontraron, se congeló al advertir la frustración y nerviosismo que expresaban. Aquel rostro tan masculino y hermoso, tras haberse afeitado la espesa y larga barba, había palidecido y ella contuvo el aliento mientras un escalofrío le recorría la espina dorsal. ¿No le agradó verla de nuevo? Porque su corazón latía tan rápido que el pecho subía y bajaba descontrolado.

—Entonces, ¿lo anunciarán pronto? —preguntó una de las jóvenes.

—No lo sé —comentó Sarah con aparente pesar—. El señor Laxton aún no ha hablado con mi padre, pero estoy segura de que no tardará mucho en hacerlo —añadió antes de suspirar.

—Tal vez lo haga esta noche —la tranquilizó otra.

«¡Por encima de mi cadáver!», pensó Tricia volviendo la mirada hacia ellas. Gracias a Dios, estaba a tiempo de hacerlo cambiar de opinión. Su fuente había sido muy fidedigna al informarle que la pretensión de George era anunciar el compromiso durante la fiesta. No había tiempo que perder. Tenía que llevar a cabo su plan antes de que el cabezota, pues no había otra palabra mejor que lo definiera, decidiera comprometerse con la sosa señorita Preston. Pero ¿cómo iba a proponerle un encuentro a solas si sus padres no dejaban de vigilarla ni un solo segundo?

—Si eso es cierto, le doy mi más sincera enhorabuena, señorita Preston —intervino otra de las jóvenes—. Ha sido muy aguda al encandilar al soltero más codiciado de la temporada. Dicen que la herencia del difunto conde de Burkes es incalculable y que Lambergury, su residencia, es la más rica y extensa de la zona.

—Para serle sincera —dijo Sarah con una sonrisa que Tricia quiso borrar de una bofetada—, todo se lo debo a la baronesa de Wateford, pues fue la encargada de presentarnos en la fiesta que celebró a finales del mes pasado. Gracias a ella, pronto me convertiré en una de las condesas más acaudaladas de Londres —comentó altiva—. Padre dice que sus fábricas...

Dejó de escucharla. Tricia apretó la mandíbula y abandonó toda la discreción que se obligó a mantener. Volvió a mirar hacia el grupo de caballeros y se quedó sin aliento al descubrir que había desaparecido. George ya no se hallaba en la sala. Desesperada, inspeccionó todos los lugares posibles a los que pudo dirigirse. Por suerte, los Preston seguían bailando y él no se había acercado para solicitarles la temida charla. Las manos de Tricia comenzaron a sudar, su corazón se olvidó de latir y sus ojos continuaron con la ardua tarea de localizarlo. Respiró tranquila y su corazón recobró la vida cuando lo vio atravesar el umbral de la cristalera que conducía hacia uno de los grandes miradores que poseía la residencia de los Hamberbawer. ¿Por qué se marchaba tan rápido? ¿Se había alejado de la multitud para meditar sobre cómo informar a los Preston de su

decisión? ¿Cómo actuaba un hombre antes de afrontar un paso tan importante en su vida? El único al que podía tomar como ejemplo era a su hermano Elliot y, que ella recordase, estaba tan seguro de lo que pretendía hacer que no comentó nada a sus padres hasta que se comprometió.

Seguridad. Esa era la actitud adecuada para alcanzar aquello que se codiciaba y ella, en aquel momento, suspiraba por hablar con George y que olvidara, de una vez por todas, a la repelente Sarah.

Dio un paso hacia atrás, se giró hacia sus padres y, tras descubrir que hablaban con los Philoriks, un matrimonio tan aburrido que provocaba sueño a la persona con más insomnio del mundo, se excusó de sus acompañantes para caminar, por la zona derecha de la sala, hacia ese balcón.

Cuando alcanzó la salida, se quedó inmóvil, petrificada, pues encontró una imagen digna de plasmar en un lienzo. Uno que luego tendría que ser expuesto en el museo más importante de Londres. Permaneció varios segundos observando a ese hombre que apoyaba las manos sobre la baranda de madera e inclinaba ligeramente la cabeza hacia delante. La luz de la luna impactaba sobre su cuerpo y la sombra de las copas de los árboles le ofrecían un halo de penumbra a su alrededor. Parecía un ángel caído. Esa postura, más propia de una persona que caminaba hacia la horca en vez de dirigirse hacia un mundo de luz y felicidad, despertó cierta esperanza en ella. Sonrió, pues esa actitud apesadumbrada le indicó que no estaba enamorado de Sarah y que seguía teniendo una oportunidad.

Avanzó varios pasos con la pretensión de que él se girara al escucharla llegar, pero no se volvió. Otra vez debía adoptar la postura de mujer atrevida y desvergonzada, como cuando eligió el dichoso vestido. Tomó aire, entrelazó sus manos a la espalda y dijo:

—Buenas noches, George.

—¡Condenada muchacha! —exclamó girándose bruscamente hacia ella—. ¿Qué diablos hace aquí?

—Vaya... —dijo dibujando una enorme sonrisa—, no esperaba que me recibiera de este modo.

—¿Recibirla? —bufó sin poder apartar los ojos de ella, unos que echaban ráfagas de fuego—. ¿Ha concluido, usted solita, que deseaba que me siguiera? ¿En qué momento, desde que nos hemos visto, ha deducido tal insensatez? ¿No recuerda que, cuando nos conocimos, le pedí que me olvidara?

—Me hace demasiadas preguntas —dijo Tricia caminando hacia él y moviendo la mano derecha deliberadamente para hacerlo callar. Al andar, sus caderas se balancearon al compás de la música que procedía del interior de la sala. George se enervó aún más, pues no fue capaz de apartar la mirada del seductor vaivén—. Para no perder el poco tiempo que tenemos, le responderé solo a una.

—¿Solo a una? —espetó George librando una batalla entre carcajearse por el desenfadado carácter de Tricia o ponerse a gritar como un demente por tenerla tan cerca.

—Sí, a una —afirmó Tricia sin desviar la mirada—. Pensé que mentía. —Él levantó una ceja y aclaró—: Cuando me pidió que lo olvidara, pensé que mentía.

—Pues no lo hice —masculló acercándose a ella.

Cometió el mayor error de esa noche, de su vida. Estar tan próximo a ella lo alteró tanto que tuvo que apretar los puños. Desde la posición en la que se encontraba, pudo contemplar el hermoso busto que Tricia exhibía con descaro, pudo respirar ese olor a moras, que lo transportaba a un tiempo en el que fue feliz, y también pudo observar el brillo de aquellos ojos marrones que lo tenían cautivado, que podían ponerlo de rodillas y suplicarle que jamás dejaran de observarlo de

esa forma.

—¿Qué hace aquí? —dijo después de recobrar algo de sensatez. Miró hacia el interior del salón y respiró aliviado al comprobar que los invitados continuaban con su diversión sin reparar en la ausencia de ambos.

—He venido a salvarlo —contestó Tricia clavando sus ojos en el corbatín aflojado y en el botón desabrochado.

No fue capaz de cavilar sobre las cien mil razones por las que un hombre se aflojaba el corbatín durante una fiesta, pues sus sentidos y en general todo su ser se centraron en confirmar que aquella pequeña zona de su cuerpo era demasiado sensual para que, una joven virginal como ella, pudiera observarla. Sin embargo, su cerebro, uno que parecía no reflexionar sobre esa indebida visión, intentaba averiguar si aquel vello, que nacía desde su pecho, era tan rubio como el color de su pelo. Con la oscuridad, esa que los protegía, apenas podía diferenciar la tonalidad.

—¿Salvarme? —soltó George irritado—. ¿No habrá querido decir salvarse? Dudo mucho que con el vestido que ha escogido esta noche pueda dar un solo paso sin que un caballero la invite a bailar.

—¿Cómo dice? —Se paró en mitad del trayecto para asimilar las hirientes palabras que le dirigió.

¿Por qué se comportaba de esa forma? Parecía que estaba poseído por un espíritu maligno, como si... Tricia descartó aquella palabra con rapidez. ¿De quién iba a tenerlos? ¿No se había percatado que, desde que entró, sus ojos solo lo habían buscado a él?

—Lo que escucha, lady Rutland. Usted no pretende salvarme de nada, lo que realmente desea es protegerse de la situación que ha creado. ¿No le agrada tener tantos admiradores a su alrededor? ¿No le resulta placentero descubrir que es deseada por todos aquellos que observan con descaro su escote?

—Creo que esta conversación no ha comenzado bien —susurró después de mirar hacia la ventana y suspirar calmada al confirmar que nadie los escuchaba.

—Esta conversación ha comenzado y ha finalizado en este momento —aseveró dando un nuevo paso hacia ella.

—No sea terco, George. Le aseguro que solo he venido para ayudarlo. No quiero que pronto se encuentre en una situación comprometida —perseveró mientras se acercaba a él.

—¿Comprometida? ¿Usted se oye cuando habla? ¿Cómo definiría esta situación, lady Rutland? Mire a su alrededor, ¿es consciente de dónde y cómo nos encontramos? Si alguien nos descubre...

—Si deja de interrumpirme —dijo acortando la poca distancia que había entre los dos, aunque la tela del vestido no logró tocar su chaqueta—, podría explicarle el motivo por el que estoy aquí antes de que alguien repare en mi desaparición.

Fuera lo que fuese, George no quería escucharla. Necesitaba que se marchara de allí antes de que la bestia que contenía su interior se apoderara de él.

—No.

—¿No? —replicó Tricia haciendo desaparecer los escasos centímetros que había dejado entre ellos para hablarle tan bajito que solo él pudiera oírla.

—No quiero escuchar nada, no quiero que me salve de nada, porque...

—¡Cállese! —le dijo colocándole un dedo sobre los labios—. ¡Y présteme atención de una vez!

George olvidó que necesitaba respirar para poder vivir. El dedo, pese a estar cubierto por un guante blanco, le produjo un repentino estremecimiento. Este recorrió su cuerpo desde la cabeza a

los pies y luego regresó al lugar de donde había emergido causándole, a su paso, un increíble desconcierto. Enfadado por su reacción, por su pérdida de control, por ese deseo que ella despertaba sin apenas pretenderlo, levantó la mano izquierda y apartó aquel peligroso dedo con más fuerza de la que necesitaba, haciendo que el delicado cuerpo de Tricia se tambaleara.

—Lo siento... —dijo al tiempo que sus brazos se extendían hacia delante y sus manos se aferraban como clavos a una madera a la delgada cintura—. No he querido herirla. Le aseguro que antes preferiría morir a causarle algún daño —insistió apabullado.

Tricia, después de ese leve balanceo, apoyó con fuerza las suelas de sus zapatos en el suelo y miró esos brazos que se habían enredado en ella como si fueran arbustos trepadores. Luego, muy lentamente, levantó la mirada, admirando a su paso aquel magnífico rostro, hasta que sus ojos se cruzaron de nuevo. Aquellos iris expresaron el mismo suplicio que le transmitieron al descubrirlo en el salón. ¿Por qué le provocaba ese sentimiento tan tortuoso? ¿No le agradaba tenerla cerca? La posible respuesta la entristeció tanto que notó cómo el corazón se le partía en mil pedazos.

—La señorita Preston no es la mujer adecuada para usted —comentó arrastrando las palabras al hablar, como si hubiera bebido más ponche de lo que podía soportar.

Su estado de embriaguez se debía a él, a la forma tan íntima en la que se encontraban, a la necesidad de protegerlo de aquello que lo atormentaba, aunque él solo quisiera alejarla. Aturdida, por la extraña emoción que le recorría el cuerpo, colocó las manos sobre su pecho. Entonces notó cómo sus palmas eran golpeadas por los latidos de ese corazón escondido bajo el fuerte torso. Inspiró... y el olor que había añorado regresó a su interior, llenándola, colmándola, convirtiéndola en una mujer invencible. Tragó saliva justo cuando él también lo hacía y siguieron mirándose.

—Nadie lo es, lady Rutland —susurró después de aspirar hondo. Pensó que, si respiraba con fuerza, absorbería toda la esencia que ella desprendía y esta la acompañaría cuando Tricia no estuviera a su lado.

—Ella lo matará de aburrimiento —prosiguió con apenas un ligero hilo de voz. No le cabía duda de que, si hubiera sido un bloque de hielo atrapado entre sus fuertes y cálidos brazos, se habría convertido en un charco de agua hirviendo—. Le aconsejo que busque a otra mujer, porque la que ha elegido no le conviene.

—«La mujer vio que el árbol era apetitoso para comer, agradable a la vista y deseable para adquirir sabiduría. Tomó, pues, de su fruto y comió...» —recitó George mediante un susurro.

—Tentación y caída: Génesis 3, versículo 6. He tenido que asistir, durante mi visita a España, varios domingos a misa, y le prometo que los españoles tienen una extraña obsesión con esa parte de la Santa Biblia —apuntó Tricia extendiendo los dedos por el pecho y este... se agitó todavía más—. Pero yo no soy la tentación, George. He venido a salvarlo.

—Yo no estaría tan seguro —declaró al tiempo que su mano derecha abandonaba la cintura para posarse sobre una de sus delicadas mejillas. Cuando su pulgar la acarició, ella cerró los ojos y suspiró como aquella tarde—. No me hagas esto, Tricia. Te lo suplico, no permitas que caiga en la tentación que me provocan tus labios. Deja que me marche sin averiguar a qué sabe tu boca. Quiero volver a Lambergury sin anhelar cada día de mi vida la calidez de tu piel. No sería conveniente que me quedara atrapado en esa mirada y confirmar, cada vez que te recuerde, que he sido un tonto por dejarte escapar.

—No pretendo hacerle eso —susurró manteniendo los ojos cerrados.

¿Qué le ocurría? ¿Por qué sus palabras expresaban una emoción contenida y dolorosa? ¿No le agradaba hacer realidad todo aquello que se afanaba en rechazar? Porque ella deseaba cumplir todas y cada una de esas restricciones.

—«Entonces la serpiente dijo a la mujer: ¡No, no moriréis! Dios sabe que en el momento en que comáis se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses; concedores del bien y del mal».

—¿Qué soy para ti, George? —se aventuró a preguntar, abriendo lentamente los ojos—. ¿La serpiente, el fruto o la mujer? —añadió mientras se ponía de puntillas y sus manos se deslizaban hasta que terminaron por agarrarse a las solapas de su chaqueta.

—La serpiente —contestó antes de besarla.

Él cerró los ojos y Tricia lo imitó.

Presionó sus labios con un deleite lento, calmado, y ella notó miles de relámpagos recorrerle la piel. Embelesada por el momento, le respondió de la misma manera. Necesitaba transmitirle, mediante esas leves e inexpertas presiones de su boca, la sensación tan maravillosa de paz que la recorría. Si lo lograba, quizá haría desaparecer ese desconuelo que él había tenido mientras conversaban. Pero su acto no obtuvo el resultado que se había fijado, pues solo logró que aquel beso se tornara rudo, menos apacible. Apretó tanto su nariz a la de ella que no pudo respirar por esta. Instintivamente, entreabrió su boca y eso causó que ambos volaran a un mundo en el que solo habitaban ellos. La lengua de George saqueó el interior de su boca, la mano, esa que había acariciado su mejilla, se deslizó por su cuello hasta colocarla de nuevo en su espalda. Una vez allí, ambas manos la empujaron hacia él hasta que sus cuerpos encajaron de manera perfecta.

Tricia se derritió con el calor que Laxton desprendía y con las largas y adictivas caricias de esa lengua masculina. Se le aceleró el pulso y su temperatura corporal aumentó. No supo en qué momento él la hizo caminar hacia atrás. Estaba tan abstraída en esa tormenta desatada por los relámpagos que azotaban su piel que no fue consciente de que George la condujo hacia una zona apartada de la terraza. El mundo dejó de importarle. El universo no existía, todo lo que anhelaba estaba a su lado. Su enajenación fue tal que ni siquiera reparó en la intimidad que les aportaría aquel lugar y en lo que ocurriría si los encontraban.

—Tricia... —susurró Laxton al separar sus labios.

—¿A qué sabe mi boca, George? —preguntó sin abrir los ojos mientras despegaba las manos de las solapas de la chaqueta y las colocaba alrededor de su cuello.

—A miel —murmuró colocando la frente sobre la de ella.

Despacio, sus dedos ascendieron por la espalda de Tricia hasta que se colocaron a ambos lados de su rostro. Una vez que lo atrapó, lo levantó hasta que sus ojos admiraron el sonrojo de sus mejillas.

—¿Te gusta la miel, George? —perseveró Tricia abriendo los ojos y maravillándose con la mirada que le dirigía.

Para su deleite, ya no quedaban resquicios del dolor y la desesperación que expresó antes. Ahora los ojos de George revelaban ternura y devoción.

—Me vuelve loco —aseguró antes de besarla de nuevo.

No separó sus labios para poder respirar, Tricia dejó abierta la boca para que volviera a poseerla, a tomarla con el mismo afán que segundos antes. Lo que no imaginó fue que aquel gesto, aquella infantil decisión, permitiría a George apoderarse no solo de su boca, sino también de su cuerpo. Estaba tan abstraída que no tuvo la lucidez suficiente para advertir que una de sus manos le acariciaba nuevamente la espalda y que la otra se posaba en su pecho, hasta que sintió frío en la cara. Esa palma, la que manoseaba su descarado escote, vagó de un lado a otro buscando un lugar donde posarse. Lo encontró bajo la tela y sus dedos se alargaron hasta que tocaron uno de sus pezones, tan rígidos que le causaron dolor. Tricia exhaló todo el aire que contenían sus pulmones haciendo que George lo respirara. No existía una sola parte de su cuerpo que no anhelara sus caricias, como si hubiera esperado que llegara ese momento desde que se conocieron.

—«Al hombre le dijo: Por haber hecho caso a tu mujer y por haber comido del árbol prohibido —recitó de nuevo Laxton mientras besuqueaba el cuello de Tricia—, maldita sea la tierra por tu culpa...».

—«El hombre llamó Eva a su mujer, porque ella fue la madre de todos los vivientes» —respondió colocando las manos sobre su cabello dorado y enredando sus dedos en este.

—Tricia... —suspiró—, el hombre llamó Tricia a la mujer que lo tentó hasta llevarlo a la perdición —dijo George posando su boca en el pecho que había sacado. Lo lamió, lo besó, lo mordió y escuchó complacido los jadeos que ella emitía ante su contacto.

Había pecado y el jardín del Edén se quedó en aquel salón, en su única oportunidad de no hacer daño a una joven como ella. Pero... ya no había marcha atrás. Una vez que saboreó su boca, cuando descubrió la suavidad de su piel y su reacción al tocarla, todo aquello que pensó durante cuatro tortuosas semanas quedó en un mísero recuerdo. Con la valentía de haber tomado una decisión, se separó bruscamente de ella. Pese al odio que sentía por ser tan débil, sus ojos no mostraron rabia sino devoción por la imagen tan seductora que mostraba Tricia.

—¿George? —preguntó Tricia al sentir cómo se alejaba de ella. Evitando no sufrir un colapso ante esa retirada tan repentina, metió con rapidez su seno descubierto bajo el vestido y continuó con voz temblorosa—. ¿Qué sucede? ¿He hecho algo que no debía?

—Tricia, ¿quieres...? —intentó decir, pero las palabras no salieron de su boca.

Su corazón insistía en que soltara la petición de una vez, pero su cabeza, tras recobrar algo de sensatez, volvía a gritarle que no lo hiciera, que ella no merecía casarse con un hombre roto.

—¡Tricia! —tronó William desde la mitad del balcón—. ¿Qué has hecho, ingrata?

¿El hormigueo que sentía recorrer su mano muerta era real? Porque no sabía si esta había vuelto a funcionar después de presenciar aquella pesadilla. ¡Su hija! ¡Su hija pequeña se había rendido al placer y se encontraba en una situación bochornosa! No creyó a Beatrice cuando le dijo que tramaba algo. Le restó incluso importancia a que Tricia luciera un vestido tan inapropiado. Pero, en ese momento, después de presenciar cómo su pequeña cubría un seno desnudo, no le quedó más remedio que odiarla. ¿Una Rutland? ¡Dios! ¡No solo era una Rutland, sino también una libertina como lo fue él!

—¡Padre! —exclamó horrorizada.

Después de observar el rostro de su amado padre, que no solo mostró tristeza sino también decepción, quiso caminar hacia él para tranquilizarlo, pero no pudo moverse. George le impidió dar un solo paso al darle la espalda y protegerla con su propio cuerpo.

—Lord Rutland —empezó a decir Laxton—, como comprenderá, después de lo que ha presenciado, voy a pedirle que...

—¡No! —gritó desesperado el duque—. ¡No y mil veces no! ¡Mi hija no puede casarse con un hombre como tú! —aseveró caminando hacia él como si fuera un tren descarrilado—. ¡Me niego!

—No le queda más remedio que aceptar la petición de matrimonio, milord —expuso George ensanchando y levantando el pecho para recibir el impacto del puño que le dirigía el duque—, porque la amo —confesó antes de sentir un puñetazo en la mejilla izquierda y observar, por el rabillo del ojo, cómo Tricia caía tendida en el suelo al sufrir un desmayo.

### III



Todo a su alrededor permanecía oscuro y en un angustioso silencio. ¿Dónde se encontraba? ¿Qué le había ocurrido? Intentó moverse, pero unas fuertes manos, situadas en su espalda y en la curvatura de sus muslos, se clavaron en su piel para que no lo hiciera. Se obligó a abrir los ojos para averiguar la razón por la que su cuerpo se movía sin su consentimiento, pero tampoco lo consiguió, pues sus párpados le pesaban como si cargaran unas enormes piedras. Frente a toda esa confusión, hubo algo que le indicó que estaba protegida, resguardada del caos que le rodeaba: George. Sí, él estaba a su lado y era, además, el dueño de esas fuertes manos. Podía oler su fragancia y sentir la calidez de su cuerpo. Se giró con suavidad hacia el lugar de donde emanaba el reconfortante calor y se acomodó como solía hacer bajo las sábanas de su lecho. Si estaba soñando, no quería despertar, pero si había fallecido, debía darle las gracias a ese Dios al que rezaba por haberla llevado al paraíso sin hacerle pasar por el temido juicio final. Aspiró y luego exhaló lentamente el aire que había respirado. No, muerta no podía estar porque aún seguía necesitando oxígeno para vivir, así que la opción de hallarse en un maravilloso sueño fue la única que podía contemplar.

Ese estado de placer, de bienestar celestial, desapareció de golpe cuando escuchó un grito no muy lejos de donde se hallaba. Una mujer. No le cabía ninguna duda de que se trataba de una mujer; debía de encontrarse en una situación muy angustiosa para chillar de aquella manera. ¿Quién sería? ¿Quién podría padecer una tortura semejante? Después de hacerse la segunda pregunta, George la apretó aún más a su cuerpo y su mente volvió a su estado de fascinación anterior. Nada le importó salvo continuar a su lado.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué el señor Laxton lleva a nuestra hija en brazos? —preguntó Beatrice a William tras atravesar el salón a grandes zancadas.

—Ha sufrido un desmayo —respondió el duque.

La niebla de paz y placer que la envolvía se alejó bruscamente y Tricia recobró la consciencia. Volvió a encontrarse en la terraza, cubriendo uno de sus pechos. George intentaba decirle algo después de susurrar su nombre. La voz de su padre apareció de la nada. En mitad de un ataque de pánico, quiso explicarle qué había sucedido, pero George se lo impidió al colocarse frente a ella. Contempló de nuevo el rostro decepcionado del hombre que amaba, oyó las palabras de Laxton, el puñetazo y... todo a su alrededor se tornó negro. Ya no estaban su padre y George a su lado, habían desaparecido a través de una horrenda oscuridad. Abrió los ojos de golpe y contempló aquel corbatín desatado, el botón desabrochado y el vello rubio del dueño de todas esas prendas.

—¡Se ha desmayado! ¡La señorita Preston también se ha desmayado! —exclamó alguien.

«Lógico», pensó Tricia. Le habría dado un síncope al observar cómo su futuro prometido portaba sobre sus fuertes brazos a otra mujer. Una con quien había estado a solas. Al revivir el peor momento de su vida, frunció el ceño y contuvo un suspiro. ¡Cuánto dolor presentó el rostro de su amado padre! ¡Cuánta humillación vio en sus bonitos ojos negros!

—Señor Laxton, sígame, por favor —le pidió la señora Hamberbawer.

En silencio, George atravesó la sala con una pasmosa tranquilidad. Las miradas de los asistentes se centraron en ellos y murmuraron a cada paso que él daba. Tricia evitó observar su alrededor y decidió centrarse en el rostro sombrío de George para dejar de pensar. Tras repasar todos los gestos que expresaba aquella hermosa cara, enrojecida después del puñetazo que le propinó su padre, se sintió la mujer más perversa del mundo. Por su culpa hablarían de lo sucedido durante semanas, meses e incluso años. Seguro que alguien, décadas más tarde, haría mención al momento en el que una fiesta de los Hamberbawer, el catorce de marzo de mil ochocientos ochenta y ocho, finalizó cuando apareció el sobrino del difunto conde de Burkes portando sobre sus fuertes brazos a la hija menor del duque de Rutland. También añadirían, con mordacidad, que ambos habían estado durante un largo período de tiempo a solas en uno de los miradores y que el mismísimo duque de Rutland, cuya fama de crápula había superado su propia hija, los encontró. ¡Sería el cotilleo del siglo! Y, ¿todo por qué? Porque fue incapaz de aceptar que George eligiera a una mujer que no fuera ella. ¿Y si realmente estaba enamorado de Sarah? ¿Y si todo aquello que le dijo no fue real? Tal vez utilizó aquellas bellas palabras para que su rechazo no la humillara demasiado. Esa idea hizo que su corazón latiera desenfadado y su respiración se volviera angustiada. Si estaba en lo cierto, si de verdad él había intentado frenarla y ella no se lo permitió... ¡lo había conducido hacia una vida en la que no hallaría amor sino odio!

De repente, sintió que el pecho se le oprimía. Quiso apartarse de sus brazos, alejarse de la fiesta y correr tan rápido como le permitieran sus piernas.

—No te muevas —ordenó George cuando notó la inquietud de Tricia. La miró durante una fracción de segundo, pero fue más que suficiente para descubrir que sus preciosos ojos marrones le indicaban que padecía un ataque de pánico. ¿Qué podía decirle para tranquilizarla cuando más de medio centenar de personas los observaban?—. Todo saldrá bien, te lo prometo —declaró antes de acercar la boca a su frente y depositar un ligero beso sin importarle que la señora Hamberbawer, lord y lady Rutland y unos ochenta pares de ojos más los miraran sin pestañear.

Y le hizo caso.

Tricia era incapaz de negarse a todo aquello que le pedía si lo hacía con aquel dulce tono de voz. Acercó su mejilla al pecho y se quedó fascinada al no escuchar los latidos del corazón de George. No lo entendía. Había cosas en el mundo que eran inexplicables y entre ellas se encontraba el corazón de George. Mientras el suyo palpitaba con tanta rapidez que le dolía, el de él permanecía tranquilo y sosegado, como si se lo hubiera arrancado antes de entrar. ¿Acaso no le importaba el escándalo que causaban? Cualquiera persona en su situación habría mostrado nerviosismo y tendría chorros de sudor recorriéndole la frente. Pero George no. Él miraba al frente, mantenía la espalda rígida y expresaba orgullo, sin reparar ni importarle qué rumoreara la gente después de aquella muestra de afecto. ¡El postre estaba servido! Antes de que la señora Hamberbawer los escondiera en alguna sala, se extendería el chisme sobre el alboroto que ofreció el único descendiente de los Burkes, cuya estirpe mantenía una vida de contundente moralidad, y los Rutland, cuyo linaje era adicto a la indecencia. ¿Era la única que pensaba que el destino le había gastado una broma pesada?

—Puede dejarla sobre ese diván. —La señora Hamberbawer señaló con un dedo el sofá situado bajo la ventana.

George se quedó parado justo bajo el dintel de la puerta, apretó la mandíbula y se le aceleró el corazón. Tricia quiso girar el rostro hacia su derecha para averiguar qué le había enfadado, pero no lo hizo al escucharlo hablar.

—Que alguien traslade el diván hasta la chimenea. Ahí hace demasiado frío —ordenó con una voz cargada de autoridad y... ¿qué era esa emoción que lo había irritado? Fuera lo que fuese,

ese corazón que parecía no tener continuó latiendo apresuradamente.

Ni su padre ni su madre dijeron nada al respecto. Ambos se mantuvieron detrás de ellos, como si se hubieran convertido en sus ángeles custodios. Pero, por la actitud que había adoptado George, no se encontraba, para nada, desprotegida. Mientras seguía observándolo, pues no podía apartar la mirada de él, escuchó cómo alguien arrastraba el pesado mueble. Luego regresó un nuevo silencio, solo interrumpido por las pisadas que hacían las suelas de los zapatos de George al tocar el suelo. Después notó su cuerpo congelarse, demandar ese calor que se había alejado de ella. Alguien la cubrió con una manta, pero aquello no aminoró su gélido temblor. Tricia intentó alargar los brazos para tocarlo, pero Beatrice se colocó entre ambos y se arrodilló frente a ella.

—Lord Rutland —dijo George después de alejarse aún más—, mientras se ocupan de Tricia, he de resolver un asunto personal.

—Iré contigo —respondió el duque con un tono que no admitía réplica.

El vello de Tricia se erizó como señal de advertencia a la reprimenda que sucedería una vez que se recuperara. No solo a ella la regañarían, sino también a él. George sufriría la ira de sus padres y no era justo que, sin pretenderlo, fuera acusado y amonestado por algo que no provocó. De un brusco manotazo se quitó la manta, se levantó del diván y miró hacia la salida, pero ya no estaban, los dos se habían marchado.

—Señora Hamberbawer, ¿puede dejarme a solas con mi hija, por favor? Seguro que ha de tranquilizar a sus invitados después de lo ocurrido.

—Por supuesto, lady Rutland —respondió la buena mujer al despido educado de la duquesa.

Después de que la puerta se cerrara, entre ellas solo hubo silencio. Tricia la miró durante unos segundos y se le congeló el alma al contemplar su rostro. No recordaba haberla visto alguna vez de esa forma. Siempre hubo en ella ternura, amabilidad y calidez. Pero, en ese momento, su mirada solo expresaba ira, frialdad, rencor y... decepción.

—Madre..., yo —intentó decir.

—¡Dios mío, Tricia! ¿Qué ha sucedido? —tronó Beatrice—. ¿Qué estabais haciendo los dos allí fuera? ¿Os hacéis una idea del escándalo que habéis creado?

Sí, sabía perfectamente qué habían provocado porque había pensado sobre ello mientras él la llevaba hacia la sala sobre sus brazos. Pero... ¿qué podía hacer? No había la posibilidad de retroceder en el tiempo y aparecer justo en el instante que caminaba abstraída buscando su sombrero, justo cuando se quedó atrapada en una hermosa mirada y un cuerpo cálido. No, tampoco lo haría. Si pudiera reaparecer en ese día, a esa misma tarde, volvería a mirar al cielo y volvería a sentir la fuerza de aquellos brazos rodeándola.

Inspiró hondo al admitir que no se arrepentía de nada salvo del hecho de defraudar a sus padres.

—Le ha pedido a padre que nos casemos —soltó sin pensar, como si esa fuera la respuesta que su madre esperaba para eliminar aquellas facciones tan duras.

—¡Por supuesto que lo ha hecho! —gritó al tiempo que su rostro se llenaba de más odio y desesperación—. ¿No intuiste que buscaba el momento para comprometerte y convertirte en su esposa? ¡Por el amor de Cristo, Tricia, y has sido tan ingenua que has caído en su trampa!

¿Ingenua? ¿Comprometerla? ¿Trampa? ¿Su madre pensaba que él había ideado un plan para obligarla a casarse? ¿No recordaba la conversación que mantuvieron en el carruaje? ¿No era capaz de observar el escote de su vestido? ¿Tanto podía cegarla su amor por ella?

—Se equivoca —dijo después de caminar hacia atrás varios pasos.

Había cometido un error: el de conducir a George hacia una vida en la que no sería feliz, pero no incurriría en otro: el de permitir que sus padres lo odieran. No, no consentiría que lo

miraran con ningún atisbo de aversión. Ella tenía que salvarlo, al menos, de esa angustia.

—¿Me equivoco? ¿En qué me equivoco, Tricia? —insistió la duquesa desesperada.

—George no acudió a mí, fui yo quien lo persiguió —declaró levantando la barbilla y mirándola con orgullo.

—¿Cómo dices? —preguntó Beatrice abriendo los ojos como platos.

—Lo que escucha, madre. George salió al exterior y yo lo seguí.

—¿Por qué hiciste esa estupidez, Tricia? ¿Acaso no fuiste consciente de lo que podía sucederte?

—Sí, ese era el plan. —Cuando la escuchó, el rostro de su adorada madre palideció. Tricia respiró hondo, tomó fuerzas y prosiguió—: Oí, durante mis paseos, que el futuro lord Burkes, tras el fallecimiento de su tío, había regresado a la ciudad con la intención de buscar una esposa. A partir de ese momento, indagué sobre él y descubrí muchas cosas, entre ellas que fue amigo de Logan durante varios años. Imagino que, en esa época, se convirtieron en...

—¿Unos libertinos que realizaban bacanales todos los días de la semana? ¿Y que en esas fiestas hubo tantos excesos que nadie recordaba qué había ocurrido? —preguntó sin tomar aliento.

—Pero luego lo salvó su tío y lo ha convertido en un buen hombre. Como puede comprobar, no hay diferencias entre el pasado de George y el de mi padre, pues ambos dejaron atrás esa mala vida —aseveró solemne. Esas palabras causaron tanto dolor en su madre que apretó con fuerza la mandíbula—. Entonces deduje que era el hombre perfecto para mí.

—¡Santo Dios, Tricia! ¡No eres coherente al hablar de esa forma! ¡Idolatrás a tu padre, al hombre que es ahora! Pero... ¡no tienes ni idea de lo que fue!

—Lo sé —continuó hablando sin ni siquiera parpadear—. Por eso mismo elegí a Laxton. Un hombre como él, con un pasado oscuro y un presente remendado, es el único que puede aceptar a una esposa que llega al matrimonio sin su inocencia.

—¿Cómo?! —gritó Beatrice a punto de sufrir una embolia cerebral. Se llevó ambas manos hacia el pecho y miró a su hija. ¿Lo que escuchaba era real? Tragó saliva, dio varios pasos hacia Tricia, pero frenó de inmediato al observar aquellos ojos marrones. Se quedó de piedra al reparar que la inocencia que siempre habían expresado había desaparecido para dar paso a una increíble confusión. No, no era posible, su instinto materno le gritaba que mentía—. ¿Pretendes hacerme creer que has perdido tu virtud? —insistió mostrando una sonrisa socarrona—. Deja de hablar tonterías, Tricia. No puedes afirmar algo que no ha sucedido porque, si fuera así, tus ojos habrían dejado de ser ingenuos y revelarían...

—¿Lascivia? —respondió. Que Dios y todos a los que amaba la perdonaran algún día por lo que estaba haciendo, pero se negaba a que las personas a quienes adoraba mirasen a George con la furia que mostraban los ojos de su madre—. No la ha visto porque no ha deseado verla; le aseguro que me entregué a un hombre durante mi viaje a España. Por si no lo sabe, los españoles tienen sangre caliente y son tan zalameros que ninguna muchacha puede evitar caer en la tentación de...

—¡Mientes! —clamó Beatrice apretando con fuerza los puños—. ¡Sé que estás mintiendo!

—No, no lo hago. —Añadió a esa negación un leve movimiento de cabeza—. Digo la verdad. Yo perseguí al señor Laxton, yo lo obligué a que me besara, yo le forcé a que me tocara porque necesito casarme con un hombre que no reproche mi falta de castidad —insistió con toda la firmeza que pudo.

—Entonces... ¿lo has engañado? —preguntó con una mezcla de incredulidad y confusión—. ¿Nos has engañado?

—Sí —aseguró sin dudar—. ¿No recuerda que durante el trayecto me preguntó qué tramaba al asistir a una fiesta a la que no había sido invitada? Pues aquí tiene la respuesta: buscaba un esposo que no...

—¡Cállate! ¡No quiero escucharte más! —dijo desesperada Beatrice mientras giraba sobre sus talones. Luego caminó hacia la puerta a grandes zancadas—. Si es cierto lo que dices, ese hombre no debe casarse contigo. Seguro que, en estos momentos, libra una guerra interior al habersele partido su corazón en mil pedazos. Si ama a la hija de los Preston, debe casarse con ella y no con...

—¿Con? —demandó Tricia.

Beatrice enmudeció antes de salir y cerrar la puerta de un golpe.

«No salga de vuestra boca ninguna palabra mala, sino solo la que sea buena para edificación, según la necesidad del momento, para que imparta gracia a los que escuchan», evocó Tricia mentalmente tras la desesperada salida de la mujer que la protegió en su interior durante nueve atormentados meses.



Vivía el peor momento de su vida y eso que su tío le ofreció muchísimos durante años. Pero era horrible presenciar cómo Sarah lloraba sin parar, incapaz de encontrar consuelo en los brazos de su madre. Se sintió un villano, uno superior al fallecido conde. Lentamente, desvió la mirada hacia el señor Preston y encontró en su anciano rostro tanta frustración como ira.

—¡Es imperdonable! —volvió a gritar—. ¿Cómo ha podido hacerle esto a mi hija? Le juro que, si fuera más joven, le lanzaría un guante y lo retaría a un duelo.

—No la he mancillado, si eso es lo que le preocupa —contestó solemne—. Ella puede confirmar que durante nuestros encuentros no la he tocado en ningún momento.

Sarah lloró con más fuerza.

—Gracias a Dios, los tiempos han cambiado —intentó mediar el duque—, los duelos nunca han sido...

—¡Bastardo! —se dirigió Preston a William—. ¿Cómo osa participar en esta conversación? ¿No se siente un miserable después de lo que ha provocado su hija? ¡Ha destrozado el futuro de la mía!

Esa era la causa por la que Sarah lloraba y sus padres se mostraban tan enfurecidos, admitió George con pesar. Nunca hubo amor por su parte, pero tampoco creyó que ella aceptara sus atenciones solo por la codicia de convertirse en la condesa de Burkes. Reprimió el grito que expresaba la liberación que recorría su cuerpo en ese momento; el pecho recobró su tamaño cuando desapareció la opresión que sentía. Se había salvado de otra condena, de una desgracia, y todo gracias a Tricia. La pequeña descarada lo había alejado de una muerte en vida con sus ojos, con sus besos y con sus palabras hechizantes. Ya no pasaría el resto de la vida conviviendo con una arpía, sino con una pequeña atrevida que, cuando la tocaba, se derretía como si fuera un bloque de hielo calentado por el sol. Sonrió disimuladamente.

—¡Mi hija no necesita títulos nobiliarios ni riquezas! —lo increpó el duque—. ¡Es una Rutland!

—Oh, por supuesto que lo es —apuntó mordaz el señor Preston.

—¿Qué quiere decir con eso? —tronó William entornando los ojos.

—Lo único que deseo expresarle con mis palabras, milord, es que ha de estar muy orgulloso de haber engendrado tres vástagos de su misma calaña —aseguró Preston alzando la barbilla y mostrando una superioridad que George quiso borrarle de un puñetazo.

Desestimó la idea para centrarse en la reacción de Rutland. Este caminó hacia el padre de Sarah con una determinación que podía empeorar la noche. Sin pensárselo dos veces, dio una gran zancada hacia su derecha y su espalda sufrió el impacto furioso del duque.

—Milord, no lo haga —pidió una vez que se giró hacia él—, es mejor que yo mismo aclare esta situación para que nadie más resulte herido.

—Que así sea —farfulló el duque—, pero juro por mi alma que se tragará sus palabras —declaró antes de caminar hacia la puerta. Cuando apenas quedaban diez pasos para alcanzarla, esta se abrió y, al ver quién osaba interrumpirlos, se quedó petrificado—. ¿Qué sucede?

—Tenemos que hablar —murmuró Beatrice.

—¿Tricia está bien? ¿Se ha recuperado del desmayo? —preguntó él tras salir a su encuentro.

—William, debes conocer aquello que me ha contado nuestra hija. Creo que esto te hará cambiar de opinión sobre...

Mientras George seguía conversando con los Preston e intentaba mitigar la situación, Beatrice narró a su esposo lo que relató Tricia. Ninguno de los dos podía creer esa versión, pero admitieron que cabía una posibilidad después del comportamiento que la muchacha adoptó varias semanas atrás.

—¿Estás segura? —preguntó incrédulo. Ella respondió con un leve gesto de cabeza—. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo ha podido hacernos esto? ¿En que he fallado, Beatrice? ¿He sido un mal padre? ¿No he educado bien a nuestros hijos? He estado ahí cada vez que me han necesitado, hemos conversado sin censura, les he mostrado el mundo que debían elegir y, ¿así nos lo agradecen?

—No te culpes, William. Quien tomó la decisión fue ella, no tú, y debe asumir las consecuencias de esa elección. No puedes sacar el pañuelo y limpiar la sangre de su herida porque esta vez no se ha caído al correr, esta vez ella sola se ha lanzado desde un acantilado.

—Pero ¿has reparado en las consecuencias que tendrá? ¡Si no la protejo terminará convirtiéndose en una paria social como lo fui yo! —afirmó roto de dolor—. ¿Cómo ha podido pasar? ¡Confiamos en ella y en la vigilancia que nos prometió su hermana! ¡Amelie debió velar a Tricia! —tronó.

—No quieras dirigir tu ira hacia Amelie —lo regañó—, sabes que ella siempre ha sido muy sensata y ha discutido con Tricia cientos de veces por sus malas decisiones. Me apostaría el corazón a que no sabe nada sobre lo que ha hecho su hermana pequeña.

—¡Maldita sea! —susurró con rabia—. ¡Me he pasado más de dos décadas limpiando mi nombre y Tricia lo ha ensuciado en un segundo! —continuó desesperado.

—Ha sido su decisión, no la nuestra —le recordó—. Lo único que debemos hacer es afrontar el problema y ser sinceros con él —añadió, moviendo ligeramente la barbilla hacia Laxton—. Aunque no nos agrade, se merece conocer la verdad. Quizás hasta pueda tener otra oportunidad con la hija de los Preston.

—Sí —admitió mirando a las cuatro personas que conversaban con tono irascible. Pese a los intentos del joven por apaciguar la ira del furioso padre, no lo conseguía. Preston tenía razón, admitió dolido William, su sangre, después de veinte años sepultada bajo tierra, había regresado—. Lo haré.

—Estaré con ella —apuntó Beatrice apretándole la mano en señal de apoyo—, y tú te reunirás con nosotras en el instante en el que todo se aclare. No pienses que voy a dejarte solo. No voy a permitir que esta circunstancia te hunda.

—La que está hundida es nuestra hija —aseveró antes de apartarse de la mujer que amaba y caminar con determinación hacia George.

En cuanto sus pies se situaron en el centro de la sala, lo bastante lejos para que ambos mantuvieran una discreta conversación, colocó su mano a la espalda, alzó su duro mentón y llamó la atención del muchacho.

—Señor Laxton, ¿me concede unos minutos? He de hablar con usted.

George se giró de golpe al escuchar el tono y el respeto con el que Rutland se dirigía a él. Observó con atención al hombre que, antes de que accedieran a la sala, la palabra menos hiriente que le soltó fue rufián. Tragó saliva y ese corazón, que apenas latía porque se acostumbró a padecer tantas torturas que nada podía alterarlo, palpitó acelerado por el miedo que lo embargó.

—Sí —respondió.

No vaciló. Se dirigió hacia el duque sin escuchar cómo los Preston persistían en el empeño de que recapacitara, en hacerlo entender que Sarah sería la esposa perfecta para un conde y que la actuación de la hija de Rutland afirmaba su falta de decoro y honestidad. «Seguro que no lo respetará», insinuó la madre y George apretó tanto sus puños que las rasuradas uñas terminaron clavándose en la piel.

—Le eximo del compromiso forzado con mi hija —dijo una vez que el muchacho se colocó frente a él.

—¿Cómo dice? —preguntó mientras sentía que la tierra se había abierto a sus pies y se lo tragaba.

—Le libero del compromiso que... —intentó decir William.

—Sí, eso no hace falta que me lo repita, lo he comprendido a la primera, pero quiero saber por qué lo hace —dijo clavando sus ojos en los del duque. Aquella mirada oscura expresaba dolor, tristeza, desolación e ira. Se había pasado demasiadas noches mirándose en el espejo como para no reconocer las expresiones de una derrota—. ¿Tricia no recuerda nada de lo que ha sucedido? Porque puedo explicarle cómo se derritió en mis brazos cuando la besé.

Esas palabras no eran las más idóneas para que las escuchara un padre, pero la desesperación, al pensar que podía perderla, hizo que su control se disipara y su mente lo obligó a hacer todo lo que estuviera a su alcance para que ella no desapareciera de su vida.

—Eso mismo quiso que pensara —masculló William.

Sus ojos se volvieron rojos por la ira y los alveolos de su nariz se movieron agitados por la furiosa respiración.

—¿Le importaría, milord, explicarme qué sucede en otro lugar? Uno en el que no seamos observados por miradas curiosas —apuntó George extendiendo su mano derecha hacia la puerta.

—Sí —admitió William adelantándose al muchacho.

Una vez que salieron de la estancia, George cerró la puerta con más fuerza de la precisa. Miró al duque y comenzó a hablar sin apenas respirar.

—Su esposa se niega a que me case con Tricia, ¿verdad? ¿No le parezco adecuado? ¿Piensa que soy como mi tío? ¡Pues se equivoca! —Anduvo inquieto de un lado para otro bajo la atónita mirada de Rutland—. Le aseguro que yo no estuve involucrado en el chantaje que ese bastardo hizo a Logan durante años. Le prometo que intenté retenerlo y que esa defensa me condujo a permanecer varios días encerrado entre sombras. Pero...

Se calló cuando William levantó la mano para que dejara de decir tonterías.

—La decisión no la ha tomado mi esposa, sino Tricia —aclaró.

—¿Ella? ¿Ha dicho que no quiere casarse conmigo? ¡Pues no le queda más remedio que aceptarme! ¡No permitiré que sufra un repudio! ¿Me escucha? ¡No lo consentiré! —bramó hasta el punto de notar una quemazón en su garganta.

—¡Dios! ¡Es usted más tonto de lo que pensaba! —exclamó William decepcionado—. ¿Cómo

pueden autoproclamarse libertinos los hombres de su generación? ¡Son una panda de imbéciles!

—¿Milord? —espetó tan asombrado por esa forma de hablar que no pudo añadir ni una palabra más a la pregunta.

—Un crápula huele el engaño, aunque este aún no se haya forjado, porque la mentira corre por sus venas. Un libertino descubre con rapidez qué intenciones tienen aquellas mujeres que se acercan con una cara bonita y una sonrisa celestial. Un calavera...

—¿Disculpe? ¿Quiere darme lecciones de cómo he de vivir después de aceptar la negativa de casarme con su hija? —demandó incrédulo.

—No, lo único que quiero aclararle es que usted es tan tonto que ha caído en el enredo de mi hija. ¡Por eso ningún joven ha podido superarnos! ¡Sois una generación absurda!

—¿Enredo? ¿De qué enredo habla?

—Mi hija lo ha buscado para comprometerlo.

«Y mi hija casi lo habría conseguido si no hubiera tenido algo de decencia», pensó William.

—¿Tricia? —preguntó perplejo, como si hablaran de dos personas diferentes.

—La misma —aseguró—. Ella no es la muchacha inocente que desea aparentar. Durante su viaje a España entregó su virtud a un desconocido y, como no quiere convertirse en una paria, tramó un plan al enterarse de que usted buscaba una esposa.

—¿Puede explicarse mejor? Sinceramente, estoy algo confuso —indicó George entornando los ojos.

—Tiene la absurda idea de que los mujeriegos no juzgan porque no quieren ser juzgados —suspiró derrotado pues eso mismo le había enseñado él—. Pensó que usted, un antiguo amigo de Logan Bennett y conocedor de ese desenfreno, podría casarse con ella, aunque no fuera virgen.

Aquella información lo congeló. Lo dejó tan frío que la sangre cesó de recorrer su cuerpo. ¿Tricia lo había engañado? ¿Tricia había yacido con otro hombre? ¿Cómo era posible? Se llevó las manos al rostro y se lo frotó con fuerza. No. No era cierto lo que decía el duque. El único motivo por el que intentaba librarlo del compromiso era porque no lo consideraban apropiado para su hija. ¡Sí, eso mismo! Y se habían inventado una historia horrenda sobre la inocencia de Tricia. Pero él sabía que era tan pura como las primeras nieves de diciembre. Lo supo en el mismo momento en el que la besó.

Miró a William, frunció el ceño, se giró hacia la sala donde se encontraba Tricia y, sin pensárselo, corrió hacia allí.

—¿Por qué has dicho esa tontería? —bramó cuando abrió la puerta de un golpe, haciendo que los cristales de las ventanas sonaran como si estuvieran a punto de quebrarse.

Tricia se llevó las manos al pecho por el susto que le produjo contemplar a una hermosa bestia caminar con paso firme hacia ella. ¡Dios! ¿Había dicho que deseaba averiguar qué clase de monstruo vivía en el interior de George? Pues ahora mismo se arrepentía de ello. Apartó la mirada de Laxton y la clavó en su padre. Este estaba tan sorprendido como ella. ¿Qué debía hacer? ¿Cómo podía librarse de la nueva situación?

—¿Tricia? —perseveró George sin dejar de avanzar hacia ella.

—Porque es verdad —dijo con un pequeño hilo de voz.

—¡Mientes! —Después de esa exclamación soltó bruscamente el aire que contenían sus pulmones por la boca, como si fuera un dragón escupiendo fuego.

—No, no miento... —intentó levantar ese débil tono, pero no pudo hacerlo al descubrir que los ojos de George no expresaban ira sino miedo. ¿A qué podía temer una bestia descontrolada?

—Cuando te besé en la terraza y metí mi lengua en tu boca, no supiste reaccionar.

Esa afirmación hizo que Beatrice se sentara de golpe en el taburete que tenía detrás y que

William, quien había caminado detrás del joven para impedir que la tocara, se quedara parado.

—Porque no sabes besar —comentó Tricia con los carrillos tan calientes que podían prender la llama de todas las velas que había en la residencia de los Hamberbawer.

—¿No? —George se paró a menos de un paso de distancia y alzó una ceja—. ¿Piensas que no sé besar? ¿Quizás, ese españolito que, supuestamente te arrebató lo que me pertenece, besaba mejor que yo?

Tricia apretó los labios para aplacar un grito. Sus piernas temblaban y las rodillas apenas podían sostenerla. ¿Cómo se atrevía a mencionar en voz alta y delante de sus padres el tema de su virginidad? ¿Dónde estaba esa rectitud y moralidad que caracterizaban a los Burkes?

—¡Laxton! —dijo al fin William—. Creo que no debería...

—Tricia será mi esposa en cuanto consiga la licencia especial —aseguró sin apartar la mirada de ella y acortando la poca distancia que los separaba.

Inspiró profundo, como si su bestia interior necesitara ese perfume de moras para alimentarse. Luego, inclinó la cabeza y se aproximó tanto a aquel aturdido rostro que pudo sentir cómo el aliento de Tricia calentaba la zona de su piel que el botón desabrochado dejaba expuesto.

—¡No! —negó Tricia con toda la fuerza que pudo reunir en mitad de la vorágine de emociones que él le despertaba.

—El escándalo ha sido más que suficiente para que no puedas negarte —masculló George, como si recordarle lo ocurrido la obligara a entrar en razón.

—¡No! —repitió alzando la barbilla y mirándolo fijamente.

—¿No te ha parecido suficiente alboroto, querida? ¿No es bastante para una Rutland lo que hemos provocado esta noche? —perseveró George divertido.

Cuando William avanzó un paso para zanjar aquella inapropiada conversación, Beatrice levantó su mano izquierda y lo detuvo. Luego, le dedicó una sonrisa que lo dejó tan sorprendido como el día que anunció que estaba embarazada por tercera vez y que aquel pequeño ser fue concebido en el nuevo pajar de Haddon Hall.

—Los Rutland nos reímos de ese tipo de memeces. Por nuestra sangre corre el desenfreno, nos hemos convertido en los descendientes del mismísimo Baco<sup>3</sup> y...

Tricia no terminó la frase porque su boca fue enmudecida por la presión de unos delicados labios. De repente, toda la rabia y la entereza que había mostrado desaparecieron. Mientras las manos de George acunaban su rostro para que no se moviera, sus brazos se extendieron laxos hacia el suelo, su cuerpo comenzó a temblar y su corazón volvió a latir de forma alocada. Estaba tan embelesada en el beso que no pensó en que sus padres se encontraban cerca y que los observaban sin pestañear.

—Creo que esto ha sido más que suficiente para confirmar que mentías —explicó George al separarse de ella—. ¿Lo ha visto, verdad, lord Rutland? —preguntó, girándose hacia el duque.

—Sí —aseguró William, quien dibujó una amplia sonrisa en su rostro.

—Entonces, todo está aclarado y no ha de librarme de nada. —Cuando el duque asintió, él volvió la mirada hacia Tricia—. Nos casaremos en cuanto obtenga la licencia especial.

Como si no hubiese cometido un acto imprudente, inaceptable, descarado e inmoral, le cogió la mano derecha, que aún no había recuperado la fuerza, se la llevó a los labios y le dio un tierno beso.

—Nos veremos muy pronto, lady Rutland —susurró. Se alejó de ella y caminó hacia la salida, parándose frente a la duquesa para despedirse de esta con un leve movimiento de cabeza y frenando su paso cuando se encontró frente al duque—. Tendrá noticias mías, milord.

—William —dijo extendiendo su mano hacia él.

—George —contestó apretando con fuerza la palma.

—Bienvenido a la familia, George.

—Gracias.

Una vez que llegó al umbral de la puerta, miró a Tricia y sonrió al encontrarla aún desconcertada. Luego, se marchó sin borrar esa mueca de satisfacción del rostro.

## IV



Solo habían transcurrido cuatro días desde la fiesta de los Hamberbawer y caminaba por el pasillo alfombrado agarrada del brazo de su padre. Por lo menos George había tenido la consideración de casarse con ella un miércoles. Según una de las tantas creencias que tenía la aristocracia, era el día más propicio para contraer matrimonio. Tal como dictaba el protocolo, se pararon en mitad del largo corredor para esperar a George. Mientras llegaba, se centró en recordar la conversación que mantuvo, la tarde anterior, con su madre sobre la convivencia. Llegó a la conclusión de que al principio le resultaría muy angustiosa porque debían adaptarse a las costumbres o manías del otro. ¿Qué manías poseería George? ¿Le agradaría las suyas? ¿Las respetaría o la obligaría a olvidarlas? ¿Qué le sucedería a ella si odiaba alguna de sus excentricidades? ¿Terminaría odiándolo también a él? Al pensar en ello, la ansiedad que la embargó hizo que notara los latidos de su corazón en la garganta. No se conocían... No sabía nada de él salvo que su cuerpo se sentía enfermo cuando no estaba y se recuperaba cuando permanecía a su lado. ¿Eso sería suficiente para empezar el matrimonio? ¿Tendría que conformarse con eso? Suspiró. Bajo el velo blanco que le cubría el rostro, sus labios se separaron lo justo para emitir un largo suspiro. Ya no había vuelta atrás. Ella misma, con su alocada actuación, empujó su destino hacia él y no le quedaba más opción que la de ser valiente para enfrentarse a esa futura vida en común.

Alzó el rostro al escuchar unos pasos que procedían del lado derecho y, una vez que lo vio, contuvo un largo gemido. Uno que les indicó a todos sus familiares que había sentido tanto placer al contemplarlo que se había dejado llevar, de nuevo, por la irracionalidad. Aquella imagen la anonadó y todas sus dudas se esfumaron súbitamente. Su futuro esposo, acompañado de Federith, caminaba hacia el altar para recibirla. El muy descarado había elegido para la ocasión un chaqué negro cuya levita delantera era corta y su faldón trasero se dividía en dos piezas redondas. El chaleco, la corbata y el pañuelo, de seda, eran azules y finalizó su distinguida indumentaria con una camisa blanca, aunque parecía tener matices grises. Una cosa era cierta, estaba tan atractivo que solo podía pensar en la suerte que había tenido al contraer matrimonio con un hombre que haría girar la cabeza a todas las mujeres que lo observaran.

Una vez que George se colocó en su lugar, su padre la animó a continuar, pero al no poder apartar sus ojos del hombre más atractivo del mundo, la punta de su zapato derecho se enredó en el dobladillo interno del vestido blanco y, si no hubiera sido por la fuerza que poseía su padre en el brazo, se habría caído de bruces, añadiendo otro escándalo a su interminable lista.

—Cálmate, Tricia. No permitas que tus tíos tengan otro motivo para comentar y reír durante las próximas reuniones —dijo William dibujando una enorme sonrisa.

¿Sus tíos? ¡Ella jamás volvería a considerarlos de esa forma! ¡Los odiaba tanto que le ardía el estómago cuando pensaba en lo que habían hecho! Tío Roger, en el almuerzo que tía Evelyn organizó el domingo para charlar sobre lo ocurrido en la fiesta de los Hamberbawer, no paró de mofarse y carcajearse al escuchar que ella había puesto como excusa para no casarse con Laxton la pérdida de su virginidad con un español. Palmeó tanto la mesa entre risotadas que varias copas

de cristal cayeron al suelo. Cuando tía Evelyn lo reprendió, él recordó la patraña que su hermano Colin ideó para casarlos y ella se unió a esas risas alegando que los Riderland y los Rutland eran descendientes directos del Diablo. Su madre y Anais fueron las únicas que no se unieron a esas risas y tío Federith, al que consideró el mayor traidor de todos porque acompañó a George a obtener en el acto la solicitud especial de matrimonio, intentó poner orden recordándoles que todo en el pasado no fue tan ideal, que evocaran los días que pasaron bebiendo y fumando hasta bordear la locura.

*—¡No seas tan mojigato, viejo amigo! —exclamó Roger después de haber ingerido algunas copas de más—. ¿No recuerdas lo bien que nos lo pasamos? ¡Ah, no! ¡Tú no eras quien se divertía porque no cesabas de lamentarte por la pérdida de tu querida Anais! —se mofó.*

*—¡Roger Bennett! —tronó horrorizada Evelyn—. ¿Cómo se te ocurre decir esas cosas tan feas de Federith? ¡No eres el más indicado para burlarte de los demás! ¿No recuerdas que me abandonaste durante siete largos y angustiosos meses?*

*—Pero te recompensé con creces... —respondió dirigiéndole una sonrisa tan ardiente que la alteró hasta el punto de que sus mejillas se tiñeron del mismo color que su cabello.*

Después de aquello, todo se descontroló hasta sacar a relucir temas que ella jamás debió escuchar, pero así era su familia. Aunque no tuvieran la misma sangre, los Riderland, los Sheiton, los Devon, pues Logan y Anne se unieron a las reuniones tras casarse, y los Rutland se habían convertido en una gran familia.

Una vez que llegaron al altar, su padre caminó hacia el lado izquierdo, como mandaba la tradición. Una vez que se acercaron, se giró hacia él intentando mantener la actitud propia de una novia de su cuna, pero el aroma a loción de afeitar mezclado con ese perfume tan masculino la apabulló tanto que se transformó en una novia tocada por Cupido. No entendía qué clase de atracción páfida sentía por George, aunque determinó que era una bastante cruel porque, cada vez que lo tenía cerca, su mente se quedaba en blanco mientras su cuerpo temblaba emocionado.

—Lady Rutland —murmuró mientras levantaba el velo de su rostro—, está preciosa. He de confesarle que me ha sorprendido verla con un hermoso vestido de seda blanca. Creí que, tras la tontería que explicó a sus padres para evitar nuestro compromiso, luciría una imagen menos angelical.

Tricia pensó que sufriría un nuevo colapso al concluir que utilizaba un tono burlón y sarcástico para reprenderla por lo ocurrido, pero se equivocó. En la mirada que le dirigió George no había mordacidad, reproche o malicia, sino felicidad y veneración. Sorprendida, agarró con más fuerza la mano de su padre. La apretó tanto que William intentó abrirla para que le circulara algo de sangre por ella.

—Tricia, por el amor de Dios, relájate —ordenó a través de un susurro.

Lo intentó. Quiso hacerlo mientras el párroco les daba la bienvenida y hablaba sobre el matrimonio. Deseó hacerlo cuando este habló sobre la convivencia conyugal: sus quehaceres religiosos, los objetivos comunes y sobre el fruto que debían obtener con los años, pero no lo logró. Tras la extensa exposición, el clérigo dirigió su mano hacia ella y su padre, con más gusto del que debería presentar, se la entregó. El tiempo corría ante sus ojos como si solo hubieran pasado unos años en vez de minutos... ¿Era el momento adecuado para salir corriendo sin mirar atrás? ¿Tío Roger se habría quedado en la puerta para impedir que huyera tal como le prometió?

Cuando el sacerdote colocó su mano sobre la de George, el temblor y la necesidad de marcharse se eliminaron de su mente. Al tocarlo, al sentir la calidez de esa palma que se aferraba a

ella como si fuera su tabla de salvación y notar cómo su pulgar la acariciaba furtivamente, descubrió que su cuerpo volvía a necesitarlo, que lo había añorado tanto durante esos cuatro días que todas esas inquietudes se forjaron al no tenerlo.

Comenzaron los votos...

Ella repitió como un loro, sin atender a los juramentos que se hacían delante de todos los presentes. Se escuchó el órgano. Era el momento de arrodillarse, dio gracias a Dios de que tuvieran que hacerlo, porque sus rodillas habrían actuado por su cuenta y sin permiso. Inclino ligeramente la cabeza para escuchar las siguientes frases del clérigo. Se levantó cuando advirtió que George se movía. El corpiño de su vestido le impedía respirar, su corazón latía veloz, le sudaban las manos y empezó a ver borroso. Iba a pasar... Ofrecería otro escándalo si no le ponía remedio. Entonces, obligó a su mente a centrarse en lo que ocurriría cuando acabara la ceremonia: se marcharían a su hogar, donde su madre y sus tías habían preparado un delicioso y copioso almuerzo. Los sirvientes los atenderían mientras los miembros de la orquesta tocarían bellas piezas de música. Bailarían, beberían, comerían y... ¡Dios! Luego se dirigirían al hotel donde George se hospedaba para pasar la noche de bodas. Y descubriría que era virgen, que tenía razón, que nadie la había besado como lo hizo él y que su cuerpo, hipnotizado por sus caricias, temblaría de placer, de lujuria, de...

—Tricia, es el momento de los anillos.

Las palabras de su padre la sacaron de esos pensamientos que eran menos adecuados que padecer las incertidumbres que tuvo al principio. Sus mejillas tomaron un color tan intenso que la estola granate que lucía el párroco palidecía a su lado. Miró a George y este se quedó petrificado al notar el brillo lujurioso que desprendían aquellas pupilas. No tuvo que arquear una ceja para preguntar, en silencio, qué diablos estaba pensando. Lo sabía.

George se quedó tan inmóvil que no era capaz de reaccionar. Si en aquel instante hubiera entrado un batallón militar disparando balas de cañón a los invitados, no le habría prestado atención, pues solo se centró en el rostro de Tricia. Su respiración agitada, el temblor de sus manos, el brillo de sus ojos marrones y el rubor de sus mejillas le indicaron que la muy descarada estaba pensando en lo que pronto vivirían, con lo que él había soñado desde la noche del sábado. Pero no era el momento de imaginar cómo pasarían la noche de bodas, sino en hacer todo lo que el clérigo les pedía para que el calvario finalizara lo antes posible. Aun así, se puso tan duro como una columna de mármol y la tensión que soportaron sus hombros, desde que se marchó de la residencia de los Hamberbawer, aumentó a niveles indescriptibles. Había algo entre ellos... Sí, ambos lo notaban. Fuera química, atracción, deseo o lujuria, comenzarían el matrimonio basándose en esa pequeña emoción y, con el tiempo, lo transformarían en algo más intenso. ¿Podrían alcanzar alguna vez el amor que se profesaron sus padres? ¿Sería capaz de olvidar todo el sufrimiento que padeció con su tío y ofrecerle la vida que se merecía? Esa segunda pregunta lo hizo temblar e incluso notó cómo corrían por su frente varias gotas de sudor. Tenía que conseguirlo. Debía hacerlo por ella. Tricia se merecía ser feliz. Clavó la mirada en la unión de las manos y respiró despacio al sentir cómo el anillo se deslizaba por su dedo. Le quemaba. Aquella pieza de oro le quemaba tanto la piel que podía fundirse con ella. Alzó la barbilla y se topó de nuevo con los ojos más bonitos que había visto nunca. Sí, admitió. Por primera vez en su vida había hecho algo bueno.

—Es el momento de firmar las actas —comentó Federith a los recién casados, quienes permanecían tan paralizados y ausentes que no advirtieron que el párroco se había alejado de ellos.

George apartó con desgana sus ojos de Tricia para clavarlos en el barón. Una vez que sus

miradas se encontraron, asintió levemente con la cabeza, agarró con más fuerza la mano de su ahora esposa y, una vez que ella se levantó el vestido para subir los tres peldaños, caminó a su lado hacia la vicaría.

Firmaron. En primer lugar, lo hizo Tricia, luego, él y, acto seguido, todos los testigos, entre los que se encontraba su amigo Logan. Gracias a Dios seguían unidos, como si el pasado no hubiera existido, como si el chantaje que le hizo su tío jamás se hubiera realizado. Cuando su rúbrica se plasmó en el acta, Logan sonrió y le dio un ligero apretón en el hombro. Después, el barón de Sheiton le indicó que podían marcharse mientras él charlaba con el clérigo.

—Señora Laxton —le dijo a Tricia cuando caminaron por el pasillo hacia la puerta—, espero que la ceremonia le haya agradado.

—Señor Laxton —replicó ella mirándolo de la misma manera—, espero que el convite que ha preparado mi madre y mis tías le agrade.

—Seguro que lo hará, aunque, para serle sincero, estoy deseando que finalice.

Tricia abrió tanto los ojos que parecían dos soles incrustados a la fuerza en su rostro abochornado. ¿Cómo osaba hablarle con tanto respeto y soltar por su boca tremenda insensatez? ¿Sería una manía? Pues si era así, averiguar qué deseaba su esposo en el futuro le supondría una ardua labor.

Cuando ambos salieron al exterior, todos los esperaban para darles la enhorabuena. Así pasaron algo más de veinte minutos, rodeados de su familia, pues George no tenía parientes, quienes los abrazaron, besaron y desearon un próspero matrimonio, salvo su tío Roger, por supuesto. Él tenía un mensaje solo para ella.

—Ahora sí que vas a perder tu virtud, pequeña —susurró el marqués—, pero con un inglés, no con un fantasma español.

Eso causó un terrible temblor en Tricia y sus mejillas volvieron a sonrojarse. ¿Nadie iba a ser sensato y educado con ella? ¿Seguirían burlándose de su plan, aunque alcanzara los noventa años de edad y fuera abuela? Mientras él respirase no, pues mantendría vivo aquel recuerdo para siempre.

—Esposa... —dijo George ofreciéndole la mano para ayudarla a subir al carruaje.

—Esposo... —respondió ella clavando la mirada en el interior del vehículo y extrañándose al contemplar que las cortinas de las ventanas estaban echadas.

—¡No tardéis mucho en llegar! —exclamó Logan—. ¡Estoy famélico!

Tricia soltó un bufido al escucharlo. ¿Por qué les pedía tal cosa? ¿Acaso el cochero no sabía hacia dónde debía conducirlos después de trabajar para los Rutland durante cinco años? Otra tontería más que añadir a los Bennett. ¡Pobres esposas! ¿Cómo podían soportar unos hombres semejantes y amarlos encarecidamente? Con el ceño fruncido, observó cómo George cerraba la puerta, tomaba asiento a su lado y levantaba su puño izquierdo para dar un solo golpe en el techo. Tricia se volvió hacia él, dibujó una temblorosa sonrisa y dijo:

—Padre me ha indicado que...

La hizo callar cuando su boca chocó contra aquellos labios. No hubo cuestiones o peticiones en las que pensar. Tricia cerró los ojos y se dejó llevar por el deseo que había nacido en su interior desde la primera vez que la besó. Alargó los brazos y, atrevida, los posó alrededor del cuello, mientras George rodeaba con los suyos su cintura y la atraía hacia su cuerpo excitado. Ella abrió la boca para concederle, a esa lengua que empujaba con la punta, la invasión de su interior. No fue dulce ni tampoco compasivo. Ese beso, desde el principio, fue demoledor y sádico. Como le ocurría cada vez que estaba cerca, no existía nada a su alrededor salvo la figura y la esencia de George. Al tiempo que aquella lengua arremetía contra la suya, mientras sentía mil descargas

sacudir su cuerpo, crecieron sus ansias de tenerlo, de aceptarlo no solo mental sino también físicamente.

Ambos jadearon al faltarles el aire, al quedarse sin aliento. Se separaron, se miraron y lo que expresaron sus rostros y sus miradas los animó a volver a besarse. En esta ocasión, Tricia fue quien se apoderó de él, de su sabor, de ese hombre que la miraba como si fuera la única mujer en el mundo. Se envolvieron tanto en ese deseo que ninguno de los dos fue consciente de que sus manos habían empezado una desesperada carrera por tocar el cuerpo del otro. Mientras las de Tricia recorrían su cuello, sus brazos, su pecho, su cara, las de George vagaron por su espalda, por su garganta, por sus hombros, por su escote y terminaron ancladas sobre los turgentes pechos.

—Demasiado angelical... —susurró él al apartar los labios y comenzar un reguero de besos desde la mejilla hasta el escote.

—¿Querías que luciera un vestido de color negro? —apuntó Tricia entre sollozos, entre suaves gemidos, mientras posaba sus manos en el cabello dorado y enredaba sus dedos en él.

—Me hubiera gustado que no llevaras nada, pero soy consciente de que eso era imposible —admitió él antes de que su boca regresara al cuello e, involuntariamente, la mordiera con fuerza, dejándole una marca roja en la piel. Luego miró de reojo a Tricia y al contemplarla tan abstraída en sus caricias, en sus besos, sonrió. ¿La había considerado una descarada? Pues había errado. Aquella mujer era la diosa del pecado, de la lujuria infernal y él se había convertido en su esposo. ¡Que Dios lo ayudara! ¡Que tuviera clemencia de un siervo devoto de la hija del mal!

—¿Qué haces? —preguntó ella al advertir que se movía.

Abrió los ojos, aún pesados por el deseo, y sonrió al verlo frente a ella, de rodillas y observándola como si fuera una joya de incalculable valor.

—Quiero adorarte tal como mereces, señora Laxton, futura condesa de Burkes —dijo con un ligero temblor en su voz.

—Y yo quiero que lo hagas —respondió inclinándose hacia él. Acunó su hermoso rostro entre sus manos y lo besó.

Ese tercer beso no tuvo nada en común con los dos anteriores. Para su sorpresa, él le respondió con ternura y devoción, como si se hubiera convertido en Adán y su boca probase el fruto prohibido del Edén.

Aun así, Tricia se volvió loca al sentir las suaves caricias de esa lengua. Su cuerpo se estremeció hasta el punto de notar cómo se le contraía el vientre, cómo su piel se erizaba y era azotada por un fuerte dolor entre las piernas. Sí, ya no dudaba sobre eso. Parecía ilógico, pero entre ellos había mucho deseo. Cuando él la tocaba, cuando la besaba o la miraba, su cuerpo se transformaba en fuego y desprendía un centenar de chispas ardientes.

George inclinó su cabeza hacia delante, para que la de Tricia se recostara hacia atrás. Arremangó la falda de su vestido con la mano derecha mientras la izquierda se quedaba inmóvil sobre el pecho y, una vez que encontró el tobillo, oculto bajo la seda de sus medias blancas, fue ascendiendo lentamente. Ese tacto, esa piel envuelta en la suavidad de una prenda tan femenina, lo condujo a un mundo de perversión olvidado. Aquel tercer beso, que comenzó lento, delicado y tranquilo, continuó siéndolo, pero con el paso de los segundos una emoción íntima y divina apareció. Presionó con más fuerza su generosa boca, mordió aquellos libidinosos labios hasta notar la sangre de sus venas retenida entre sus dientes. Respiró hondo, llenando sus pulmones del aliento cálido, de sus gemidos y de esa pasión que la recorría.

Arrodillado... Así recibió aquel regalo, aquella intimidad, aquella magnífica sumisión. Notó que le temblaba la mano que recorría en aquel instante su muslo. ¿Era pasión o emoción lo que se había apoderado de él hasta nublarle la mente? Abrió los ojos y se quedó sin aliento. Su pequeña

descarada recibía todo aquello que le ofrecía con su misma necesidad. Sí, tal vez podían tener una oportunidad, aunque fuera mínima.

—Tricia... —susurró cuando cuatro de los dedos de su mano se clavaron en la ingle, percibiendo el tacto del encaje de la liga, mientras el pulgar sentía el calor y la humedad de su sexo.

—George... —jadeó con suavidad.

—Querida... —Su mano izquierda se introdujo bajo el corsé del vestido y recorrió su pecho de un lado a otro, encontrando a su paso unos pezones tan duros como piedras preciosas—. Me vuelves loco —añadió al tiempo que su boca regresaba al cuello para cubrirlo de besos.

—¿Cómo lo hace la miel? —soltó a través de un gemido al apreciar cómo un dedo de George acariciaba su sexo sobre la lencería.

—¡Más! —exclamó tan embelesado de ella que podía caerle un rayo y no producirle dolor sino placer.

Mientras sus labios probaban el sabor de la piel que mostraba el escote, el dedo pulgar continuó acariciándola, excitándola hasta el punto de escuchar un profundo sollozo de desconsuelo. Nuevamente sorprendido por la reacción de Tricia al tocarla, metió su rostro en su escote, ampliado desde que su mano izquierda sacó con desespero sus pechos, e inspiró ese olor a moras que lo convertía en una bestia hambrienta de ella. Indecencia, desenfreno, obscenidad, lujuria e impudicia. Todo eso despertaba aquella pequeña descarada en él. Ansioso por recordar a qué sabían aquellos pechos turgentes, abrió la boca e hizo que su lengua la recorriera hasta llegar al primero. Lo lamió, lo mordió y lo saboreó; si moría en ese momento, seguiría recordando el sabor que producía la mezcla de su perfume y la fragancia de su piel. No, ya no se volvería loco por degustar una absurda cucharada de miel, sino por hacer que sus papilas gustativas probaran mil veces al día el sabor de Tricia.

—George... —susurró anhelando algo que no conocía, que aún no había descubierto, pero que su cuerpo, de manera extraña, demandaba.

Él respondió a su petición silenciosa cuando apartó despacio la lencería y acarició sus labios vaginales calientes, hinchados y húmedos.

Inconscientemente, apartó las manos del cabello de George, las colocó sobre sus hombros y reclinó su cabeza hacia atrás.

—He de consolarte con tan poco... —murmuró él mientras la yema de ese dedo rozaba con suavidad el abultado y excitado clítoris.

—Por ahora me conformo —respondió Tricia cuando inclinó la cabeza hacia delante y sus miradas ardientes se encontraron—. Pero espero que luego me recompenses.

¡Ahora entendía lo que quiso decirle tío Roger a tía Evelyn! ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo pudo estar siete meses apartado de una cosa tan maravillosa?

—¿Es una amenaza, señora Laxton? —espetó divertido y lleno de lujuria.

—Tómatelo cómo desees, señor Laxton —pudo expresar antes de notar cómo su cuerpo intentaba contraerse para convertirse en una décima parte de lo que era. Hasta los dedos de sus pies se encogieron dentro de los zapatos.

George, después de continuar besando sus pechos, movió el dedo sobre aquella parte de su sexo creándole una visión maravillosa. Pudo ver mil estelas de colores diferentes y su cuerpo, entregado al placer, sintió el impacto de millones de relámpagos, creándole tal confusión que no fue capaz de recordar lo que debía hacer para respirar. Apretó con más fuerza sus manos sobre los sólidos hombros e intentó hallar algo de sensatez, pero fue incapaz de obtenerla. Ese dedo, después de librar una intensa guerra con el pequeño órgano excitado y salir victorioso, se

introdujo en su interior con fuerza. No percibió el golpe que ella misma se dio en la cabeza con la pared almohadillada, ni cuándo murió, aunque sí fue consciente de cuándo regresó a la vida: al apreciar cómo entraba y salía de su interior el rudo dedo.

—Geor... ¡George! —gritó al percibir una extraña e inmensa descarga eléctrica recorrer cada centímetro de su piel—. ¡Oh, George!

Fue música celestial para él. Escucharla gritar su nombre, cuando el clímax la poseía, causó algo raro y doloroso en su pecho. No pudo describir la emoción que lo embargó. Tampoco supo poner nombre a esa emoción. No podía hacerlo... todavía.

—Pequeña descarada... —empezó a decir al tiempo que observaba maravillado las últimas sacudidas de la *petite mort*<sup>4</sup> de Tricia—. Eso que has vivido se llama orgasmo. ¿No te enseñó una cosa tan sencilla el españolito?

Tricia abrió los ojos de golpe. Estos brillaban por la sensación tan placentera que había sufrido, sus carrillos ardían tanto que podían prender fuego al carruaje. Abochornada, anonadada por lo vivido, observó cómo la miraba y la fina sonrisa traviesa que dibujaba su hechicera boca.

—Sabes que lo dije para liberarte de un matrimonio que no deseabas —dijo divertida al tiempo que le sacaba la lengua.

George apartó su mano del sexo de Tricia, dio un manotazo al vestido y, sin apartar la mirada de aquellos ojos marrones, posó el dedo que había permanecido en su interior sobre sus labios, lo paseó por estos como si fuera una barra de carmín. Luego lo chupó, lo saboreó con tal glotonería que la piel le dolió. Después, se inclinó hacia la boca de Tricia y la besó apasionadamente.

—No pretendas alejarme de ti nunca más, Tricia. Quiero que te quede claro que nos hemos convertido en un solo ser y que únicamente la muerte nos separará. ¿Entendido?

Ella hizo un leve movimiento con la cabeza hacia delante para responder, pues no podía emitir ni una sola palabra al tener aún, en el interior de su boca, un sabor tan perverso como era el suyo propio.

«Que nadie diga cuándo es tentado: soy tentado por Dios. Porque Dios no puede ser tentado por el mal y Él mismo no tienta a nadie. Sino que cada uno es tentado cuando es llevado y seducido por su propia pasión. Después, cuando la pasión ha concebido, da a luz el pecado; y cuando el pecado es consumado, engendra la muerte», recitó Tricia mentalmente.

En silencio, pues ninguno de los dos pudo hablar después de aquella confesión, él la ayudó a arreglarse, ella le alisó las arrugas de los hombros de su chaqueta y le peinó el cabello con sus dedos. Parecían un matrimonio normal, uno que había convivido durante muchos años. Esa complicidad... ¿no se lograba con el paso del tiempo? Entonces, ¿porque ellos ya la poseían?

Cuando ambos se sentaron cómoda y correctamente, George levantó el puño izquierdo, golpeó tres veces el techo del carruaje y, acto seguido, buscó las manos de su esposa para entrelazarlas con las suyas. Continuaron en silencio el resto del trayecto, aunque Tricia, exhausta por lo que había vivido, inclinó su rostro hacia el hombro de George y cerró los ojos. Cuando el vehículo frenó, se incorporó con rapidez y sonrió feliz al descubrir que George la contemplaba maravillado. ¿No decía su madre que era imposible reconducir a un libertino? Pues ella acababa de comenzar esa reforma.

—Disfrutemos de la fiesta familiar, querida —dijo una vez que pisó el suelo del jardín de la residencia de los Rutland y la ayudó a bajar—. Porque la nuestra, la verdadera e íntima, comenzará cuando lleguemos al hotel —aclaró justo antes de besarle el dedo en el que llevaba el anillo.

A Tricia le temblaron las piernas, se le agitó el corazón y se olvidó otra vez de respirar. George, quien parecía impasible ante una declaración de intenciones semejante, comenzó a

extender la cola del vestido, arremolinada bajo sus rodillas durante el trayecto. Luego se colocó a su lado y le ofreció el brazo izquierdo para que se agarrara a él. Cuando lo hizo, le dio un ligero beso en la mejilla y la animó a caminar hacia la entrada principal de la residencia como si entre ellos no hubiera ocurrido nada.

## V



La música se escuchaba en el exterior al igual que las risotadas y la algarabía que su familia creaba en la sala donde se celebraba la fiesta. Tricia miró hacia la puerta y esperó a que George fuera el encargado de llamar. Como era habitual, la puerta se abrió con prontitud. Cuando el mayordomo los recibió, Tricia observó la mezcla de tristeza y sorpresa que mostraban sus ancianos ojos. Ese hombre, que trabajaba en su hogar incluso antes de que ella naciera y que corrió tras sus pasos para que no cometiera ningún acto peligroso, adoptó una actitud formal y seria delante de su esposo. Pero ella deseó hacerlo comprender que, pese a estar casada, continuaba siendo la muchacha de siempre. Por ese motivo, una vez que ambos entraron al vestíbulo y el señor Stone cerró la puerta, se soltó del brazo de su marido, se dirigió hacia el empleado y lo abrazó.

—Trici..., ¡Señora Laxton! —Se rectificó con rapidez al observar el sorprendido rostro del futuro conde.

—¡Oh, señor Stone! ¡Lo echaré de menos! —dijo abrazándolo con fuerza.

—Y yo. Pero estoy seguro de que su esposo velará por usted tal como se merece —dijo al tiempo que se apartaba despacio de ella.

George, al escuchar el tono cariñoso del sirviente, se sintió orgulloso de la familiaridad con la que Tricia trataba al servicio. En Lambergury, cualquier muestra de afecto estaba prohibida. Los empleados jamás los miraban a los ojos y actuaban de manera autómeta. Quizás fue la única manera que encontraron para evitar un castigo o un despido, como le sucedió a Sebastian.

—Lo haré —aseguró Laxton extendiéndole la mano, como si fueran antiguos camaradas.

—Gracias, señor —respondió Stone aceptando ese saludo cordial.

—¿Algún consejo para proteger y velar por la seguridad de mi esposa? —preguntó, cogiendo de nuevo el brazo de Tricia.

—Solo uno —respondió el mayordomo con una mueca de diversión—. Manténgala lejos del fuego, señor. Milady tiene cierta predilección por ver cómo arden las cosas que no le agradan —explicó el anciano esbozando una ligera sonrisa.

—Gracias, lo tendré en cuenta —respondió, haciéndola girar hacia la entrada de la sala después de la reverencia del empleado—. ¿Pirómana<sup>5</sup>? —le susurró al oído mientras caminaban hacia el salón—. No esperaba que tuvieras ese pequeño defecto, querida.

—El señor Stone ha exagerado un poco —comentó con aire despreocupado—. La única y última vez que hice arder algo, fueron los lazos que mi antigua doncella insistía en enredarme en el cabello.

—¿No eran de seda? —insistió burlón.

—No se trataba de eso, George. Cada vez que ella intentaba entrelazarlo en un mechón, tiraba tanto de este que, tarde o temprano, hallaría mi barbilla sobre la frente —explicó.

—Claro, y tu solución más efectiva fue prenderles fuego. ¿No pensaste en esconderlos? —continuó mientras se esforzaba en reprimir una carcajada.

—Hubiera sido una manera muy sutil de hacérselo comprender, pero con el tiempo

descubrirás que los Rutland no hacemos nada... sutil —respondió, alzando la mirada para toparse con los ojos grises más hechiceros del mundo.

—Bueno, pues yo te pediría, ahora que te has convertido en mi esposa, que hables conmigo sobre todo aquello que no te agrada antes de hacerlo arder.

—¡Pues claro que lo haré! —exclamó un tanto ofendida y abochornada—. Ya no soy una niña, George, soy una mujer y sé cómo he de enfrentarme a las circunstancias desagradables.

—¿Sí? —Se paró en seco para poder observar la expresión de aquel hermoso rostro sonrojado. Sin borrar una pícara sonrisa de su boca, lo tomó entre sus manos y acercó aquellos peligrosos labios a los suyos—. ¿Y si no te agrada aquello que pueda darte? ¿Me lo dirás o elegirás prenderme fuego mientras duermo plácidamente en nuestro lecho?

Los músicos dejaron de tocar... Tricia se notó mareada, ardiente y nerviosa. Aquel hombre la hacía volar, sin la necesidad de tener alas, al aproximarse a ella. Separó los labios, sin saber muy bien si lo hacía para responder a la pregunta o para que la besara de nuevo. Pero los cerró de golpe al escuchar un suave carraspeo.

—Si no lo hace ella, lo haré yo —intervino el duque desde el interior de la sala.

Cuando advirtió que se habían quedado parados justo en la entrada del salón y que todas las miradas se centraban en ellos, suplicó al buen Dios que le hiciera perder la vista durante unos minutos. ¿Por qué ninguno de los dos era capaz de actuar de manera sensata? ¿Tendrían que crear, allá donde permaneciesen, un nuevo escándalo? Abumada por la situación, pisó fuerte el suelo, como si sus pies se hubieran convertido en unas grandes raíces, y contempló a su familia. Por suerte para ella, en sus expresiones no hubo reproche ni burla sino comprensión. Eso hizo que la repentina angustia se quedara en la mitad. Sin ser capaz todavía de caminar hacia ellos, observó de reojo a su marido y contuvo un grandísimo grito al verlo tan sereno y frío. ¿Cómo era posible que adoptara una postura tan segura y confiada después de lo que habían hecho? Su cuerpo permanecía erguido como si fuera la hoja de una espada y su mentón se alzaba con orgullo. ¡Dios! ¿Esa sería una de sus muchas manías, la de poder ofrecer las dos caras de la moneda en lo que duraba un parpadeo? ¿Ella sería capaz de descifrar cuándo su alma se levantaría cálida, como una mañana soleada, o fría, como una noche de invierno? En el momento en el que sus piernas comenzaron a temblar, a causa de las dudas, percibió una leve presión en el brazo que su esposo sostenía nuevamente, se giró para encararse con él, por haberla puesto en una situación tan comprometida y, cuando sus ojos se encontraron, la ira desapareció. Una cosa era cierta: a ella le bastaba una mirada de George para enfrentarse con valentía a todos los males del mundo.

—¿Me acompañas? —preguntó a través de un murmullo George.

—Siempre iré a dónde tú me lleves —declaró sin pensar en lo que implicaba su afirmación.

George sintió cómo su pecho se oprimía. ¿Tricia no era consciente de lo que significaban aquellas palabras para él? ¿Tanta confianza le otorgaba? Tragó saliva, se obligó a respirar hondo y caminó con ella hacia el interior de la sala.

—¡Por los futuros condes de Burkes! —exclamaron al unísono cuando la pareja se colocó frente a ellos.

—¿Te apetece una copa de champán? —preguntó George cuando fue capaz de hablar. A lo que ella afirmó con una ligera inclinación de cabeza.

Sola y fría, así se quedó cuando él la acercó junto a sus tías, a Anne y a su madre mientras él se alejaba a por la bebida.

—¿Cómo te encuentras? —se interesó Beatrice.

—¿Cómo se va a encontrar? ¡Feliz! ¿No has visto la imagen tan bonita que nos han ofrecido? —intervino Evelyn.

—¡Evelyn, por Dios! —exclamó la duquesa.

—Lo siento —respondió divertida la marquesa—. Creo que, tantos años al lado de Roger, han destruido mi buena educación.

—Imagino que estará asustada, como lo estuvimos todas nosotras al casarnos —intervino Anne—. Pero ese miedo desaparecerá con el tiempo, te lo prometo —añadió antes de estrecharla entre sus brazos.

—Aún recuerdo el momento en el que Federith me pidió matrimonio —comentó Anais—. ¿Os podéis creer que lo recibí en camisón?

—¿En camisón? ¿Y no te obligó a cambiarte? Porque, después de conocerlo, me parece increíble que no te pidiera que te adecentaras para una ocasión tan importante —apuntó divertida Anne.

—No —contestó Anais sonrojándose—. Estaba tan ansioso por pedírmelo que apareció en el hogar de mi abuelo justo al amanecer y no reparó en lo que llevaba puesto.

—E imagino que tú tampoco te prestaste la debida atención porque estarías impaciente por responderle —intervino Beatrice.

—¡Por supuesto! Habíamos perdido demasiado tiempo para retrasar ese momento tan esperado para los dos —alegó con una sonrisa.

—Pues en mi caso —participó Evelyn de nuevo—, cada vez que rememoro el día que Roger se presentó en mi hogar para informarme de la trampa que le hizo Colin, me muero de risa. ¡El pobre pensó que se tenía que casar con mi sirvienta!

—Por ese motivo se marchó —lo defendió Beatrice—. Debía asumir que su futura esposa había alcanzado la cincuentena...

Tricia dejó de escucharlas cuando observó el regreso de George. Contuvo la respiración y notó los latidos de su corazón en la garganta al llegar a la conclusión de que para ella no existía un hombre más guapo y seductor en el mundo salvo él.

—Tu copa, querida —dijo extendiéndola hacia ella.

—Gracias —respondió con una sonrisa nerviosa.

Luego, se giró y se dirigió hacia el grupo de caballeros que se carcajaban por el último comentario de Logan.

—Encantador... —apuntó la baronesa de Sheiton—. Sumamente encantador y atento.

—Has tenido mucha suerte, cariño —indicó Evelyn.

Pero Tricia no escuchó nada pues su atención se centró en Anne. Ella mantenía el ceño fruncido y lo miraba como si quisiera pegarle un bofetón. ¿Por qué? ¿Qué secreto guardaba la vizcondesa para que la presencia de George no le agradase? ¿Le dolería recordar que, siete años atrás, su marido y él disfrutaron de una vida llena de excesos y libertinaje? No, no debía ser ese el motivo, pues todos los maridos presentes tuvieron un pasado oscuro que olvidaron una vez que ellas se cruzaron en sus caminos. Tricia decidió hablar con la esposa de Logan en cuanto tuviera una oportunidad y averiguar qué le sucedía.

George se colocó junto al duque de Rutland e intentó descubrir el tema de conversación que mantenían, pero no pudo centrarse en nada. En su mente aún resonaban las palabras que Tricia le había dicho. Se llevó la copa a los labios para darle un pequeño sorbo y observó que la mano le temblaba. El miedo se había apoderado de él al imaginar lo que sucedería entre ellos cuando llegaran a Lambergury. ¿Cómo iba a confiar en él cuando descubriera qué había ocurrido allí? ¿Cómo podría mirarlo a los ojos después de averiguar lo que le sucedió a Blanche y que nunca se enfrentó al conde?

El sudor, causado por ese horrible pesar, hizo que su camisa se adhiriera a su piel. Perdería

esa confianza... Presenciaría, sin poder evitarlo, cómo durante el transcurso de los días su alma blanca y cándida se transformaba en oscura, fría y maligna. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al pensar cómo aquella inocente mirada se volvería gris e inerte por su culpa.

—George —habló Logan al ver que su amigo fruncía el ceño y vaciaba su copa de un solo sorbo—, ¿qué has planeado hacer a partir de ahora?

—¿Esta noche o mañana? —intentó disimular ese pavor que lo mantenía inquieto con un comentario sarcástico.

—Como puedes suponer, a mí no me interesa qué vas a hacer cuando mi hija y tú abandonéis juntos la fiesta —refunfuñó el duque entornando los ojos.

—Lo siento, milord, no pretendía ser grosero. —Una vez que Rutland aceptó su disculpa, miró a Logan—. Mañana tengo que presentarme ante el abogado de mi tío y entregarle el acta matrimonial. Necesita confirmar que mi esposa es una joven decente y que goza de una reputación moral intachable.

—¿Perdona? —escupió Roger mirándolo con asombro—. ¿Ese bastardo puso algún tipo de cláusula en su testamento?

—Sí, milord —admitió George.

—¡Mi hija es la muchacha más educada y digna de Londres! —exclamó enfadado William—. ¡A ese abogado le ha de bastar con leer el nombre de su linaje para agachar la cabeza y no levantarla hasta que salgas de la oficina!

—Estoy de acuerdo, pero, según entendí, al abogado no le basta con habladurías o informaciones de terceros. Ha de comprobar que Tricia reúne los requisitos que indicó mi tío para que pueda ostentar el título, o todas las propiedades y riquezas pasarán a manos del juez Clarke y el párroco Madden —explicó George algo más calmado.

—¡Maldito hijo de puta! —tronó Logan—. ¿Cómo pudo ser tan miserable?

—Si no estuviera muerto —accedió Roger—, yo mismo lo mataría con mis propias manos.

—Iré contigo —intervino Federith para apaciguar el ambiente hostil que se había creado—. Mañana te acompañaré y atestiguaré a tu favor y al de Tricia. Nadie dudará de mi palabra —añadió orgulloso.

—Gracias, milord —respondió George feliz al descubrir que ya no estaba solo, que podía exponer sus problemas y que aquellos, a quienes odió tanto Oliver, se habían convertido en su nueva familia.

—Brindemos pues por el nuevo porvenir de mi ahijada y espero que seas un marido considerado —indicó Roger levantando su copa—. De lo contrario, juro por mi honor que te quedarás sin pelotas.

—Pienso custodiar a mi joven esposa y salvaguardar con orgullo mi virilidad, milord —respondió Laxton después de coger otra copa y unirse al brindis.

—Eso espero o te convertirás en el primer conde Burkes eunuco —aseguró el marqués antes de que todas las copas impactaran.

Tricia no podía apartar la mirada de George. Parecía feliz con ellos, pese a que al principio habían discutido sobre algo que los alteró. ¿Qué les estaría contando? No le habrían preguntado el motivo por el que se habían retrasado, ¿verdad? Él no podía explicarles ese tipo de intimidades. ¡Y mucho menos delante de su padre! Sus mejillas se volvieron a incendiar al recordar cómo se habían comportado. Jamás imaginó, ni soñó, con tener a un hombre que la convirtiera en una mujer tan descocada y apasionada.

—Tricia —dijo su madre haciéndola regresar al presente—, los músicos van a tocar el vals, cariño.

—En verdad, se han retrasado un poco —apuntó discretamente Anais—. Imagino que no era oportuno haceros bailar después de esa entrada tan... romántica.

—No entiendo por qué soy incapaz de pensar con sensatez cuando George está cerca —confesó después de tomar un nuevo sorbo de champán—. Es como si todo a mi alrededor desapareciera.

Todas se miraron al escucharla y sonrieron.

—Es normal cuando se está enamorada —determinó Beatrice cogiéndole una mano y apretándosela con fuerza—. Tu padre me hace volar cada vez que aparece y te aseguro que esa sensación no desaparece con el paso de los años.

—Al contrario —señaló Evelyn—. Las emociones y sentimientos se multiplican cuando descubres que el hombre con quien duermes es el único al que deseas ver cada noche antes de cerrar los ojos y al que necesitas cada vez que los abres.

—Así que, como puedes escuchar, es muy normal lo que te pasa, Tricia. Todo lo que te rodea se desvanece porque nada es tan importante como estar con la persona que amas —añadió Anais.

—Entonces... estoy enamorada —murmuró centrándose de nuevo en George.

Este, al escuchar los primeros acordes del vals, la miró, sonrió y caminó decidido hacia ella.

—¿Me haría el honor de concederme este baile? —preguntó cogiéndole una mano y haciendo una leve inclinación.

—Por supuesto —respondió con la misma forma teatral con la que él se dirigió a ella.

—¿Has bailado muchos? —comentó caminando con elegancia hacia el centro de la sala.

—¿Valses? —contestó al tiempo que él la hizo girar con suavidad hasta colocarla enfrente.

—Sí. —Él extendió su mano derecha para tomar su izquierda. Luego, colocó la suya en la espalda de Tricia y esperó a que ella tocara su hombro.

—Muchos.

George presionó con más fuerza la palma que se encontraba en la espalda de Tricia, molesto al saber que muchos hombres habían gozado de la belleza que su esposa exhibía durante un baile.

—No me juzgues, George —empezó a decir al observar cómo aparecía una enorme arruga en su frente—. Yo no voy a preguntarte con cuántas mujeres, solteras, viudas, casadas o cojas, has bailado.

—¿Cojas? —espetó él enarcando una ceja.

—¿Acaso ellas no tienen derecho a bailar?

—¡Sí, por supuesto! —respondió con una sonora carcajada.

—Céntrate o les ofreceremos otro escándalo —lo regañó Tricia.

—Está bien, mi señora, lo que usted ordene —respondió de inmediato.

La música llenó la sala y ellos terminaron por centrarse en el vals. Tricia se relajó cuando George tomó el control del baile. Era muy fácil dejarse llevar y disfrutar de un momento tan maravilloso. En cada vuelta, en cada acercamiento o incluso en cada lejanía, se sentían compenetrados, unidos. Se quedó tan perdida en ese estado de plenitud que hubo instantes en los que creyó flotar en el aire. Todas tenían razón cuando le dijeron que estaba enamorada porque así era. A pesar de que no había una explicación lógica para que sintiera una emoción tan profunda en un espacio de tiempo tan breve, lo estaba. Solo rezaba para que en el futuro él también pudiera amarla. Sin apartar la mirada del hombre de su vida, se hizo un juramento: lucharía cada segundo, cada minuto, cada hora, cada día en el que ella respirase para enamorarlo.

Cuando el vals finalizó, Tricia observó a su alrededor y sonrió. De nuevo todo había dejado de existir pues no reparó en que no bailaban solos. Su mirada regresó a George, quien la

contemplaba sin pestañear. ¿Eso que mostraba era amor o solo respeto? ¿Pudo sentir durante el baile las mismas emociones que ella? Si era así, daba gracias al destino por haberlo puesto en su camino aquel día. Sonrió de nuevo. En realidad, ya no le resultaba extraño sonreír cuando él estaba a su lado, ni notar el aleteo de mil mariposas en su estómago, y aceptó su brazo, tras hacerle una reverencia y ofrecérselo.

—Según dictó tu padre, después del obligado baile, debemos dirigirlos hacia el comedor —dijo cuando comenzaron a andar.

—Estoy segura de que tío Roger hizo alusión a su insaciable apetito —apuntó Tricia conduciéndolo hacia dicha zona de su hogar.

—Sí, habló de un hambre voraz, pero no entendí muy bien si se refería a un succulento bistec o a su esposa.

Tricia soltó una enorme carcajada.



El almuerzo transcurrió como si se encontraran en otro banquete familiar en vez de celebrar una ocasión tan especial como era su enlace. Mientras bebían y comían, conversaron sobre política, economía e intentaron desvelar algunas de sus tantas travesuras. Por suerte, su madre zanjó con rapidez los dos temas que le hicieron cambiar la tonalidad de sus mejillas: el día que hizo arder todos los lazos en el jardín y el supuesto español que le arrebató la virtud. No era el momento apropiado para que George reflexionara sobre la mujer con quien se había casado y ni mucho menos hacerle recordar cómo intentó librarse de él. Mientras su padre, Roger y Federith decidían si la capacidad de crear historias ficticias provenía de los Rutland o de los Montblanc, sintió la presión de una mano sobre su pierna izquierda. Ella pensó que ese gesto íntimo y atrevido lo efectuó George, enfadado por su mentira, pero al observar la mirada que mostraban sus ojos, descubrió que no era molestia lo que intentó transmitirle sino una promesa. Una que hizo que su cuerpo ardiera y temblara por lo que pasaría entre ellos cuando llegaran al hotel.

Después de llenar los estómagos de alimentos y bebidas, los hombres se retiraron a la biblioteca de su padre, donde permanecieron algo más de una hora. Entre tanto, las mujeres regresaron al salón y los músicos, para amenizar la espera y las charlas femeninas, tocaron bellas partituras. Pero Tricia, después de un tiempo, buscó desesperada el momento apropiado para hablar con Anne. Cuando lo encontró y le preguntó qué tenía en contra de su marido, la vizcondesa se puso a la defensiva.

—Es mejor que lo descubras por ti misma. Todo lo que pueda decirte no te servirá de nada. Tú misma debes averiguar, si él así lo quiere, qué hizo antes de conocerte.

—Pero si evita hablar sobre ello, no podré enfrentarme a nuestro presente —comentó con pesar—. ¿Se trata del libertinaje que vivió con Logan? —perseveró.

—Dios mío, Tricia, no insistas, por favor —le pidió.

—Anne, tú mejor que nadie comprendes que, para lograr una vida repleta de felicidad, hay que luchar contra los fantasmas del pasado. Si George me oculta algo peligroso, debiste informarme de ello antes de casarme.

—El peligro finalizó cuando murió su tío —desveló al fin—. Lo único que puedo contarte es que no tuvo una vida idílica con él.

—He oído hablar sobre la reputación del conde fallecido...

—No tienes ni idea de nada —aseguró Anne—. Todo lo que has escuchado bueno de él es mentira. Fue un monstruo. Uno que, según se rumorea, asesinó a su esposa de la manera más cruel que puedas imaginar.

—¡Santo cielo! —exclamó Tricia llevándose las manos a la garganta—. ¿Hablas en serio? —Anne asintió—. Y, ¿no hubo manera de acusarlo? Seguro que tío Federith lo habría conseguido.

—No lo hicieron. Ni tu padre, ni Roger, ni el barón pudieron hallar una prueba que pudiera incriminarlo. Pero todo apuntó a que lo hizo.

—¿Y George? ¿Vivía con ellos cuando ocurrió la tragedia?

—Sí, pero nadie lo encontró para interrogarle sobre lo sucedido. Según les informaron, él se marchó la misma tarde del entierro para resolver unos asuntos importantes en las fábricas que poseían en Brighton.

—Pero nadie se cree tampoco esa historia —reflexionó en voz alta.

—Tricia —dijo colocando las manos sobre los hombros de la muchacha para reconfortarla—, si de verdad lo amas, hazle saber que tu amor por él puede librar cualquier guerra y que, a partir de ahora, jamás estará solo.

—Lo haré —prometió sin dudar.

Ahí finalizó la conversación, pues ellos regresaron al salón. Tricia miró a su marido y sintió cómo se le encogía el pecho. Su rostro, el más hermoso del mundo, lucía una rara palidez. Supuso, por la expresión de sus ojos, que allí dentro tuvo que luchar contra un gran pesar. ¿Lo habrían amenazado con matarlo si no se portaba bien con ella? ¿Por qué las expresiones de George eran siempre tan contradictorias? Por un lado, halló felicidad cuando la encontró con la mirada, pero por otro había tanta tristeza... ¿Volvía a enmascarar la realidad adoptando las dos caras de una moneda?

Suspiró hondo y desvió la mirada hacia su padre. Él podía darle una pista sobre qué había ocurrido, pues siempre supo leer qué escondía su mente en aquellos ojos negros. Pero en esta ocasión, sus gestos y su mirada no declararon nada. Sobresaltada, observó al marqués y su estado de alarma aumentó al advertir las sombras oscuras que rodeaban sus ojos. La inquietud se volvió tan lacerante que podía sentir cómo su corazón se resquebrajaba. ¿Le explicarían algún día el tema que trataron con su esposo? Mucho se temía que no. Los hombres de su familia, si se les confesaba un secreto, lo guardaban hasta la muerte.

—¿Me permite un nuevo baile, señora Laxton? —le preguntó al acercarse a ella.

—¿No dictan las normas del decoro que una mujer, para evitar un escándalo, no ha de bailar dos veces en una fiesta con el mismo caballero? —respondió burlona.

—Creo que estos invitados ya están bastante familiarizados con los escándalos que podemos realizar cuando estamos juntos —susurró cogiéndole una mano.

—Con ese alegato tan indiscutible, señor Laxton, creo que no podré negarme —contestó sonriente.

Pero este segundo baile no fue tan idílico como el primero. Quizá porque su mente no era capaz de centrarse en disfrutar de la cercanía de su marido o porque vio cómo su madre se llevaba las manos al pecho al hablar con su padre. En ese momento de confusión, mientras su cabeza sopesaba mil ideas posibles para que su madre se inquietara, dio un ligero traspiés.

—Tricia, ¿qué te ocurre, querida? —Al advertir que su esposa perdió la concentración, deseó averiguar el motivo.

—Supongo que he bebido más champán de lo que puedo soportar —dijo mirándolo de nuevo.

—Pues te aconsejo que, para disfrutar del resto de nuestra noche de bodas, te mantengas sobria. No me gustaría levantarme por la mañana, después de todo lo que pretendo hacerte, y escucharte decir que no recuerdas nada. Eso, querida, destrozaría mi orgullo masculino —comentó tan cerca de ella que pudo oler la mezcla de su perfume con el humo de los puros, esos que su padre solía fumar cuando una conversación lo estresaba.

Durante el resto del baile, mientras lo observaba, tuvo que aunar todas sus fuerzas para no preguntarle qué había sucedido en la biblioteca. Por esa razón, no se sintió flotar, ni percibió el frufú que producía su vestido en los giros, ni tampoco fue consciente de que sus manos temblaban.

—¿Estás nerviosa? ¿Te preocupa lo que vamos a hacer esta noche? —le preguntó George al concluir la pieza—. Te prometo que no te haré daño y que te trataré con ternura.

Tricia aceptó el brazo que le ofreció y lo miró de reojo. ¿Qué podía decirle? ¿Aclaraba sus dudas? ¿Qué era lo mejor para él, para los dos?

—Tía Evelyn me explicó, cuando no estaba mi madre presente, que la primera vez duele bastante, pero que, después, ese dolor se transforma en placer —dijo mientras se dirigían hacia los invitados.

—Me has dejado atónito, nunca pensé que las jóvenes inocentes conversaran sobre ese tipo de intimidades, pero la marquesa tiene razón —respondió divertido.

Otra vez volvía a utilizar el recurso de las dos caras. Se mostraba feliz ante ella, ante los demás, cuando sus ojos grises exhibían un gran pesar. Rezó y suplicó al buen Dios para que George no tardara mucho tiempo en desvelarle todos los secretos que guardaba su alma y que entre ellos naciera algo tan importante como la confianza.

Las dos horas siguientes transcurrieron con demasiada rapidez. Aún no había asimilado que debía marcharse, cuando se encontró en el *hall* despidiendo a todos sus seres queridos.

—Recuerda que Ángela irá al hotel a las ocho y media —la informó la duquesa.

—Seguro que para esa hora ya estaré despierta —respondió abrazándola.

—Hasta que me acostumbre a no verte rondar por nuestra casa, voy a pasarlo muy mal —susurró con pesar Beatrice.

—Tienes que ser feliz, madre. Porque yo sé que también lo seré junto a mi esposo. Además, esto no es una despedida, imagino que padre hará todo lo posible por confirmar, en persona, que soy atendida tal como se merece una Rutland —comentó, apretándole las manos.

—¡Por supuesto! —exclamó el duque tras escucharla—. Cuando regrese Elliot de su viaje y nos cuente cómo evoluciona la construcción del edificio, te haremos una visita.

Se quedó frente a su hija, esperando a que se apartara de Beatrice. Cuando lo hizo, extendió el brazo hacia ella y, antes de suspirar, su pequeña ya estaba agarrándole con fuerza el torso.

Tricia inspiró profundo, llenándose de la fragancia protectora que siempre emanaba su padre y, pese a que sus ojos picaban por las lágrimas, se esforzó por no llorar.

—Le juro que su hija no sufrirá a mi lado —comentó George cuando ella se separó y William se giró hacia él—. Lucharé cada día de mi vida para que sea feliz en nuestro matrimonio.

—Eso espero —señaló el duque extendiéndole la mano—, porque si la haces sufrir, si la conviertes en una desgraciada, nada en el mundo frenará mi ira salvo convertir a mi hija en una afortunada viuda.

—Y te aseguro que tus últimos minutos en este mundo serán tan agónicos que nos pedirás que terminemos tu calvario cuanto antes —afirmó Roger antes de abrazar a Tricia con fuerza—. Ranita, ya sabes que te encontrarás cerca de la residencia de Logan y de la de Eric. Si tuvieras algún problema...

—Lo sé. Acudiré a ellos —aseguró tras hacer desaparecer el nudo que se creó en su garganta.

Después del abrazo de Anais, tío Federith se acercó a ella. Tricia lo miró expectante, dispuesta a escuchar otro de los habituales sermones sobre la moralidad, la conducta apropiada y los deberes sociales. Sin embargo, cuando observó el brillo en sus ojos, toda su verborrea, preparada para luchar contra ese discurso, se eliminó. Como siempre, el barón intentaba no

mostrar sus emociones en público, pero ella sabía qué quería decirle sin necesidad de palabras.

—Bueno, señora Laxton, futura condesa de Burkes, espero que te comportes con sensatez. Ya sabes la responsabilidad que, a partir de ahora, debes soportar y ne...

Terminó la exposición cuando Tricia decidió romper esa absurda frialdad entre ellos. Lo abrazó con fuerza y le dio un beso en la mejilla.

—Te prometo que no te defraudaré, tío Federith —le dijo sin soltarlo.

—Nunca lo has hecho, Tricia —respondió conteniéndose de nuevo.

—Mucha suerte —comentó Anne agarrada a su esposo.

—La buscaré —respondió Tricia.

—Bueno, si no hay más despedidas, es mejor que te marches —intervino Roger—. Debo emborrachar a tu padre antes de que decida correr detrás del carruaje y secuestrarte.

—¡Yo no haría una tontería semejante! —refunfuñó William aguantando las lágrimas.

—¡Oh, sí que lo harías! —afirmó Beatrice entrelazando los dedos de su mano con los de su esposo.

Una vez que George le ofreció el brazo y caminaron hacia la entrada, observó por encima de su hombro izquierdo la estampa de un pasado lleno de risas, comprensión, seguridad y bienestar. Solo esperaba que ese trayecto que realizaba hacia delante, hacia su futuro, fuera la mitad de bueno de lo que había vivido con ellos.

—¿Cansada? —le preguntó George una vez que ambos subieron al carruaje y el cochero cerró la puerta.

—¿Tú no lo estás? —Lo miró intrigada cuando él extendió el brazo para atraerla hacia su cuerpo.

—No. Como te dije antes de llegar, ahora empieza nuestra verdadera fiesta. Pero voy a ser un esposo considerado y te permitiré descansar hasta que lleguemos al hotel. Porque cuando subamos a nuestra habitación, no voy a tener piedad de ti, Tricia. Mi cuerpo está loco por meterse en tu interior desde la misma tarde que nos conocimos —le aseguró antes de darle un rápido beso en los labios.

Debió padecer una combustión espontánea tras escuchar aquellas palabras, pero no ocurrió. Tricia se quedó observándolo, intentando averiguar qué cara usaba George en aquel momento; solo encontró deseo y pasión. No hubo nada que le indicase pesar, tristeza o malestar. Quizás Anne había exagerado, tal vez los rumores no eran ciertos y solo querían destruir la reputación de los Burkes. ¿Cuántas veces su familia hizo frente a la ira de aquellos que los envidiaban? ¿Cuántas mentiras se propagaron sobre ellos? Por ese motivo, y por haber sido testigo de la maldad de algunas personas, determinó que la mejor opción era olvidarse del tema y disfrutar de su noche de bodas.

Tras esa reflexión, suspiró hondo, agachó la cabeza, se acurrucó bajo su cuerpo y, arropada por la calidez que él desprendía, cerró los ojos para permitirse unos minutos de descanso. Sin embargo, cuando el sueño se apoderó de ella, no encontró, en las imágenes de su subconsciente, nada agradable. Se vio aislada en mitad de una oscuridad y lloraba sin consuelo porque no había conseguido que él la amara.

—Tricia, querida, hemos llegado —informó George acariciándole el rostro cubierto de lágrimas.

## VI



—¿Por qué lloras? —preguntó George secándole las lágrimas con su pañuelo de seda azul.

Al escuchar el tono preocupado con el que se dirigió a ella y el roce de esa caricia sobre el rostro, se levantó despacio, apoyándose en su pecho. Cuando observó las sombras alrededor de sus ojos grises, fue incapaz de hallar la respuesta que él pedía. La horrible pesadilla, producida por el cansancio, y la inquietud que le despertó la conversación con Anne desaparecieron al momento. Era su noche de bodas, la que toda mujer enamorada esperaba con impaciencia y la que ambos recordarían el resto de la vida. Si le hablaba de lo que soñó o sobre la charla que mantuvo con la mujer de Logan, surgirían entre ellos las dudas, las incertidumbres, el mal augurio.

—¿Te han dicho alguna vez que las muchachas solteras, cuando logran un marido, lloran inconscientemente de felicidad? —indicó con una leve sonrisa.

—¿Deduzco, pues, que lo has hecho de alegría? —expuso algo más tranquilo.

—Sí —continuó con su farsa—. En efecto.

Fue una decisión acertada, pues al oírla, la estrechó entre sus brazos y comenzó a respirar algo más sosegado. Durante ese abrazo, Tricia pudo percibir los latidos del corazón de su marido. Estos no eran pausados sino agitados, nerviosos. ¿Se había preocupado realmente por ella? Eso tuvo que ser porque, pese a conocerlo bastante poco, había llegado a la conclusión de que George no se alteraba con facilidad.

—Vamos, querida, te ayudaré a bajar —comentó cuando el cochero abrió la puerta.

Una vez que salió, se volvió hacia ella y extendió sus manos. Con sumo cuidado, y apartando con las puntas de los zapatos la tela del vestido, Tricia fue bajando. Al tocar el suelo, George se colocó a su espalda y, con unos rápidos movimientos, estiró la cola sobre el terreno. Esa muestra de atención hacia ella la emocionó tanto que le temblaron las piernas.

—¿Preparada para comenzar una nueva etapa en tu vida? —preguntó al ponerse de nuevo a su lado.

—Sí —respondió metiendo una mano en el hueco del brazo que él le ofreció.

Colosal, asombroso y extraordinario fueron los adjetivos que se le ocurrieron al levantar la mirada y observar la fachada del hotel Langham. Este se hallaba en el distrito de Marylebone, frente al Real Instituto Británico de Arquitectura, donde estudió su hermano Elliot, y cerca de Regent's Park, uno de los parques más bonitos de Londres. En ese instante, recordó las opiniones de ciertos periódicos; lo definían como la edificación más importante de la ciudad y donde los huéspedes eran atendidos con una exquisitez propia de reyes. También hicieron alusión al coste de una noche y alegaron que no estaba al alcance de muchos.

—¿Te hospedas aquí? —dijo con asombro.

—Ambos lo haremos —la corrigió—. Reservé una habitación esta misma mañana, cuando abandoné mi anterior hotel. Pensé, y espero haber acertado en mi decisión, que este sería el mejor lugar para pasar nuestra noche de bodas —explicó exhibiendo una amplia sonrisa.

—Lo es —pudo contestar.

Cuando se situaron frente a la entrada, un empleado, ataviado con un frac y un sombrero de

copa negro, les abrió la primera puerta.

—Buenas noches, milord. Milady —dijo a modo de saludo.

—Buenas noches —respondió Tricia mientras su marido realizaba un escueto cabeceo.

Caminaron tres pasos y se encontraron con un mozo que cogía el pomo de la siguiente puerta. Este mostraba una imagen muy limpia y cuidada, pero no vestía como el anterior. Su uniforme constaba de un pantalón negro, una camisa blanca, un chaleco gris y una corbata del mismo color. Cuando se acercaron a él, el joven hizo una reverencia al tiempo que abría la segunda puerta de madera y cristal, permitiéndoles el paso.

Ya en el recibidor, Tricia no salía de su asombro. Aquel lugar era tal como lo describieron: un palacio. Las butacas de terciopelo rojo, los cuadros enmarcados en pan de oro, las cortinas de damasco y las bóvedas talladas, tan perfectas que parecían enredaderas de un jardín, solo podían encontrarse en la residencia de un monarca. Luego, fijó la mirada en las cuatro lámparas de araña que pendían del techo. Nunca había visto unas con aquel tamaño. Estaba segura de que, si los clientes no andaban con cuidado, podrían dañarse la cabeza. En mitad de toda esa expectación, sintió una débil presión en el brazo, ese que George sujetaba. Lo miró, le sonrió y le prestó la atención que le pedía silenciosamente. Centrándose solo en la compañía de su esposo y en la sensación tan maravillosa que notaba al poder caminar a su lado, se dirigieron al mostrador de la izquierda.

—Buenas noches, soy el señor Laxton —anunció con un tono tan estoico y contundente que la dejó boquiabierta.

—Buenas noches, señor —respondió con rapidez el empleado. Sin mirar el libro de registro, cogió la llave que guardaba bajo un saliente del mostrador y se la ofreció haciendo una leve reverencia—. Su habitación está preparada tal como pidió. Si necesitan alguna cosa más, pueden informar al mozo que encontrarán en la antesala de la *suite*.

—¿Han llevado a nuestra habitación las pertenencias que envié?

—Sí. Su ayuda de cámara supervisó la llegada del equipaje.

—Perfecto —respondió George cogiendo la llave.

—Por cortesía del hotel, tienen ustedes una botella de nuestro mejor *brandy* —prosiguió explicando.

—No me gusta el *brandy* —murmuró Tricia.

—¿Pueden cambiarlo por una botella de champán? A mi esposa no le agrada el sabor del aguardiente —comentó divertido.

—Por supuesto. Si le parece conveniente, puedo ofrecerle un Moët & Chandon. El mejor champán francés que atesora nuestra bodega —explicó con orgullo.

—Perfecto. Que la suba el mozo lo antes posible —pidió.

—¿Puedo ayudarlo en algo más, señor? —perseveró el eficiente recepcionista.

—Un momento —dijo. Se giró hacia Tricia y le preguntó—: ¿Cuándo vendrá tu doncella?

—Según me ha dicho mi madre, Ángela estará aquí sobre las ocho y media.

—Bien —murmuró antes de centrarse de nuevo en el empleado—. Quiero que mañana, a las nueve, le suban el desayuno a mi esposa y prescindir de ese mozo que permanecerá en la antesala. No deseo que nadie merodee por la puerta del dormitorio durante mi noche de bodas —expuso al tiempo que apretaba con delicadeza la mano temblorosa de su esposa.

—Por supuesto. Así se hará —afirmó el empleado.

Después, George la instó a caminar hacia el centro del recibidor. Cuando ella observó la escalera por la que tendrían que subir, suspiró resignada.

—¿En qué planta nos hospedaremos? —preguntó Tricia.

—En la última —respondió él.

—¡Dios bendito! —suspiró ella.

Su marido esbozó una ligera risita, volvió el rostro hacia él y lo miró expectante.

—¿De verdad piensas que voy a permitir que subas más de cien peldaños soportando el peso de ese vestido? —preguntó burlón—. Llegarías tan cansada a nuestro dormitorio que nada de lo que pudiera hacerte podría evitar que te durmieras.

—Pues hoy, mi querido esposo, mucho me temo que tendré que hacerlo porque he olvidado traer las alas —apuntó con fingida seriedad.

El comentario sagaz hizo que George soltara una carcajada. Cuando terminó de reír, le dio un beso en la mejilla y la dirigió hacia un corredor que había a la derecha.

—No sé si habrás leído en los periódicos lo que publicaron sobre este hotel —comenzó a explicarle mientras caminaban.

—Sí. Hablaban sobre sus dimensiones, el trato al cliente y el precio que se debe pagar por una habitación.

—Además de esas aclaraciones bastante irrelevantes, debieron añadir que el arquitecto que ha hecho posible esta maravilla ha sido John Giles. ¿Has oído hablar de él?

—Sí. Elliot le pidió ayuda para el proyecto que llevó a América.

—Hizo bien —afirmó—. John siempre ha tenido una visión futurista en todos los proyectos que ha realizado. Por eso, antes de que colocaran el primer ladrillo de este hotel, consiguió un contrato con la compañía Otis para que pudieran añadir el prototipo del elevador hidráulico en el que estaban trabajando. —Colocó la mano izquierda sobre la de su mujer, apoyada en el antebrazo, y la acarició—. ¿Sabes a qué me refiero?

—Mi profesor de historia me explicó algo sobre las catapultas egipcias y la evolución que han tenido a lo largo de la historia.

—Sí, ese fue el comienzo —expuso orgulloso al descubrir que su esposa no solo tenía belleza, sino también inteligencia—. Pero, para nuestra seguridad, porque a nadie le agradaría ser lanzado como si fuera una piedra, ahora suben y bajan a través de mecanismos más modernos. Hasta hace unos años, se movían mediante máquinas de vapor, ahora funcionan con bombas de aceite a presión —explicó.

Una vez que se colocaron frente al ascensor del hotel, Tricia miró hacia lo alto y observó el armazón de hierro que habían forjado alrededor del aparato. Era como una larga torre hueca. De repente, le temblaron las piernas debido a la emoción. Sabía que, cuando recordara la noche de bodas no solo aparecería en su mente lo que harían en el interior de la habitación, sino también el recuerdo de montarse en un elevador tan futurista acompañada por el hombre más maravilloso del mundo: su marido.

Un joven les abrió la puerta, se echó a un lado y esperó a que entraran. Tricia sonrió al ver que habían colocado unos pequeños asientos de terciopelo verde para que los clientes pudieran sentarse mientras subían. ¿Por eso decían que era demasiado ostentoso, porque añadieron cosas inservibles al hotel?

—Adelante, querida —la animó, contemplando anonadado el rostro sorprendido de su mujer. «Una Rutland transformada en condesa de Burkes», pensó—. Te recomiendo que tomes asiento —le dijo una vez que los dos se colocaron en el interior—. Aunque es hidráulico, y menos peligroso que el de vapor, puedes dañarte las rodillas en la aceleración del comienzo y en la frenada del final.

Le hizo caso. Se giró hacia la puerta y se sentó, el empleado se dirigió a él para preguntarle el número de la planta. Luego, se acomodó a su lado, colocó la mano derecha sobre la parte baja

de su cintura y la presionó despacio.

—¿Tienes miedo? —preguntó George al notarla tan callada.

—No.

—Me siento el hombre más afortunado del mundo —murmuró—. Tenía entendido que a las esposas no les agrada tener una vida llena de aventuras. Sin embargo, la mía está dispuesta a vivir todas las que le ofrezco —comentó con la boca tan cerca de su cuello que sintió el aliento rozándola como si fuera una caricia.

—Soy una Rutland —expuso Tricia en voz baja—. Bueno, lo era hasta esta mañana —aclaró dibujando una sonrisa.

Esas palabras provocaron cierta tensión en George. Lo dedujo al notar que la mano que mantenía en su espalda se pegaba al vestido y pudo sentir el calor de ella en la piel. Lo miró de soslayo y vio en su rostro una expresión indecisa. ¿Por qué no estaba orgulloso de su apellido?

—No quiero cambiarte —dijo después de unos segundos en silencio—. Quiero despertarme siempre con la mujer que he conocido y que tu comportamiento no varíe cuando mañana te conviertas en la condesa de Burkes.

—No lo haré —afirmó girándose despacio hacia él. ¿Por qué le pedía una cosa semejante? ¿Creía que el título, el poder social y económico la transformarían? Ella no era Sarah Preston. Desde muy pequeña, su madre le enseñó que las cosas materiales podían desaparecer en cualquier momento y que lo único que perdurarían eran los valores y la actitud que ella fomentara a lo largo de la vida.

—Gracias —comentó antes de darle un ligero beso en la frente.

El frenado del elevador fue bastante brusco, aunque al estar sentados solo notó cómo algo en su estómago subía y bajaba con rapidez. El empleado, quien se mantuvo de espaldas a ellos todo el tiempo, abrió la puerta, salió y la sujetó hasta que salieron. Agarrada de nuevo al brazo izquierdo de su marido, avanzaron por el inmenso rellano de la planta. Esta vez no se oyeron sus zapatos pisar el suelo pues una enorme moqueta de colores oscuros amortiguó el sonido. Miró hacia los ventanales que había a su derecha y observó más cortinas de damasco, aunque esta vez no eran verdes sino plateadas.

—Espero que el champán esté bastante frío, porque solo así haré descender la temperatura de mi cuerpo —comentó George.

Aquella afirmación la hizo centrarse en lo que pronto ocurriría entre ellos. No le importaba si había bebida o si el gerente del hotel los quería sorprender metiendo un elefante salvaje en la habitación, sino lo que sucedería cuando permanecieran solos. ¿Cómo se comportaría su marido? ¿Sería un amante tierno y cuidadoso? Sí, debía de serlo porque, desde que se conocieron, siempre la trató con amabilidad. Esforzándose en no mostrar las dudas que surgieron en ella, lo miró y le sonrió.

—Buenas noches, señor, señora —dijo el joven que había subido las escaleras para cambiarles la bebida—. He puesto a su servicio una botella de champán, espero que esté a su gusto.

—¿Está frío? —preguntó George sacando unas monedas del bolsillo de su chaleco.

—Sí, señor. Lo he dejado dentro de la cubitera —afirmó el empleado aceptando la propina.

—Siendo así, puedes marcharte —dijo sin apartar la mirada de su esposa.

—Les deseo una buena estancia —declaró el muchacho haciendo un leve cabeceo.

—La tradición dice que el marido ha de coger en brazos a la esposa para que el mal augurio desaparezca durante el matrimonio —explicó Laxton abriendo la puerta.

—Pero, según creo, eso ha de hacerse en la entrada del hogar en el que vivirán —expuso

suspicaz Tricia.

—No sé si seré capaz de recordarlo cuando lleguemos a Lambergury —dijo ocultando el dolor que le producía evocar el nombre de la residencia en la que había sufrido tanto—, por eso... —añadió cogiéndola tal como había dicho—, es mejor que lo haga aquí y ahora.

—¡George! —exclamó enroscando con rapidez los brazos en su cuello.

—Mi querida esposa —empezó a decir después de cerrar la puerta con el pie—, espero que solo encuentres felicidad a mi lado y que nunca dejes de mirarme de esa forma.

—¿De qué forma te miro? —preguntó sonriente y sin poder apartar los ojos de él.

—Con ternura, cariño, respeto y esperanza —declaró caminando por la habitación hasta colocarse frente a la chimenea encendida.

Su corazón se aceleró al escucharlo. Muchos matrimonios no eran capaces de definir qué expresaban los gestos que hacían las personas con las que convivían durante décadas. En cambio, George, en menos de una semana, lo averiguó. Su padre siempre le dijo que los ojos eran el espejo del alma y, tal como declaró su esposo, la suya estaba llena de amor, pues eso significaban para ella las palabras que él pronunció.

Muy despacio y sin dejar de mirarse, la depositó en el suelo. El roce de sus cuerpos, pese a estar vestidos, les causó a ambos una ligera excitación. Antes de poder preguntarse si aquella reacción era normal, George acunó su rostro entre las palmas y la besó. El temblor aumentó debido al beso, al igual que su nerviosismo. Pero dejó de sentir inquietud al notar el modo en el que la besaba; no halló dominación o angustia, sino suavidad y delicadeza. Parecía que sus labios eran tan frágiles como los pétalos de una rosa. Anonadada por esa forma de besarla, extendió los brazos y los colocó sobre los hombros de su esposo.

—Antes de llevarte a la cama y consolidar nuestro matrimonio, debería mostrarte la habitación que he elegido para nosotros mientras nos tomamos una copa —expuso jadeando una vez que sus bocas se separaron.

Tricia fue incapaz de mirar a su alrededor. Tenía los ojos clavados en los de George. Lo que advirtió en ellos la dejó bastante confundida puesto que, además de deseo, halló también tristeza. ¿Seguía dudando sobre ellos? ¿No pensaba que se convertirían en un matrimonio afortunado? Quizá dedujo que, al ser más joven que él, no sería capaz de adaptarse a los compromisos que conllevaría convertirse en la condesa de Burkes. No, no podía tratarse de eso, una de las premisas que debía tener la hija del duque de Rutland era saber comportarse en cada situación. Entonces, ¿por qué estaba triste? ¿Cómo podía hacer desaparecer ese sentimiento tan poco apropiado en una noche que no olvidaría jamás? «Con amor y valentía», reflexionó. Si para alcanzar el corazón de George tenía que ser valiente y enfrentarse a todos esos miedos, lo haría sin dudarle un segundo.

—Tengo entendido que los maridos emborrachan a sus esposas virginales para que no sientan miedo al desnudarlas y posarlas sobre la cama —comentó ella sagaz mientras metía los dedos bajo el cuello de la camisa.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Desde cuándo permiten que una joven inocente tenga ese tipo de conversaciones? —insistió enarcando una ceja.

Antes de escuchar la respuesta, se apartó de ella y caminó hacia la cubitera. Su corazón latía tan agitado que le temblaba el cuerpo. Posiblemente, ese desenfreno estuviera causado por la lucha que soportaba su interior. El deseo o la vergüenza. ¿Qué ganaría esta vez? Estaba loco por sentir y recorrer con su boca la piel de Tricia, pero ¿cómo hacerlo sin desnudarse? Hasta el momento, no meditó en ello. La locura que le provocaba su esposa lo abstraigo tanto que no se paró a pensar en cómo ocultar las marcas de su espalda, esas cicatrices de un pasado que no quería recordar cuando estaba a su lado. Descorchó la botella, sirvió dos copas y regresó con ella

mientras buscaba una solución a su problema.

—En primer lugar, debes recordar quiénes son mis padres y, en segundo, creo que carece de importancia darte el nombre de la persona con quien hablé —dijo aceptando la copa.

—¿Fue tu amante español el que conversó contigo sobre un tema tan íntimo? —soltó reticente.

—Sabes de sobra que no existió —apuntó divertida al tiempo que levantaba la copa para brindar—. Por nosotros, George. Por nuestro matrimonio y por un futuro lleno de felicidad.

Él no añadió nada a ese brindis. Acercó la copa a la de Tricia, la hizo chocar con suavidad y luego se tomó el champán de un solo sorbo. Cuando ella terminó, la recogió y las dejó sobre una mesa. Al girarse hacia ella, descubrió que el cuerpo de Tricia permanecía en tensión. Pese a la sonrisa que exhibía, su esposa estaba nerviosa por lo que iba a ocurrir entre ellos. Caminó despacio, serenándose en cada paso. Lo más importante, en lo único que debía centrarse, era en tratarla con todo el cuidado que se merecía. Luego, cuando cumpliera ese propósito, meditaría de nuevo en cómo evitar preguntas que exigirían unas respuestas.

—¿Qué más te dijo esa anónima fuente? ¿Te explicó qué ocurriría cuando te desnudara? —preguntó justo cuando sus manos se colocaron sobre la espalda de Tricia para desabrochar los botones del vestido.

—No. De eso no se atrevió a hablarme —confesó posando las suyas sobre las solapas de la chaqueta—. Aunque puedo hacerme una ligera idea... —dijo bajándolas despacio hasta que encontró los ojales de esta y, tal como hacía George, comenzó a desnudarlo.

—¿Qué idea tienes? —insistió embelesado por el suave tono de su voz y la osadía que mostraba al imitarlo.

Después de desabrochar todos los botones, apartó las manos de ella y las sacudió para que la chaqueta se desprendiera de su cuerpo. Luego, las colocó de nuevo en la espalda de Tricia y, con lentitud, escurrió la prenda por la piel hasta que llegó a los hombros. Le ardían las yemas de los dedos. El contacto de aquella suave piel lo hacía arder y perder el control. Le urgía buscar la manera de recuperar el poder para seguir guardando ese amargo secreto.

—Estaremos los dos, en la cama. Me besarás, te besaré, me tocarás, te tocaré y, cuando ambos estemos preparados, tú me arrebatarás la virginidad —manifestó intentando no mostrar vergüenza en su voz.

Apartó las manos del pecho de George y dejó caer los brazos hacia el suelo. Sin dejar de mirarlo, observó una imagen tan tierna y cálida que la dejó sin aliento. Él deslizó el vestido por su cuerpo con una tranquilidad inaudita. La trataba como si fuera una diosa a la que venerar. Su corazón se aceleró al verlo arrodillado, quitándole los zapatos y alejando de su cuerpo el enorme vestido de novia.

—Así que nos besaremos, nos tocaremos y te convertiré en mi mujer cuando me introduzca en tu cuerpo —murmuró George con un tono tan ahogado que parecía una voz fantasmal.

Se levantó, la contempló y se repitió que era la mujer más hermosa que había visto jamás. Alargó las manos hacia el cabello de Tricia y le quitó todas las horquillas que sujetaban su melena. Cuando esta cayó sobre los hombros, dio un paso hacia atrás y un nudo le presionó la garganta, la sangre recorrió su cuerpo calentándolo a su paso, excitándolo con rapidez. ¿Cómo podía tener aquella mujer el poder de enloquecerlo? ¿Por qué era incapaz de controlar la situación? Durante años, había sido capaz de contener todos los movimientos de su cuerpo o las expresiones de su rostro. Pero ella lo convertía en un hombre débil, tan débil que no podía dominarse.

—Pero ambos debemos estar desnudos —comentó suspicaz.

Redujo la distancia que él había dejado entre ambos y empezó a desabrocharle el chaleco. Cuando intentó quitárselo, el rostro de su marido, que hasta el momento había expresado dulzura y satisfacción, se endureció. Quiso preguntarle qué le ocurría, qué había hecho para alterarlo. Pero todas las palabras se quedaron en la punta de su lengua al observar que George no solo había cambiado la expresión de su rostro, sino que ahora había decidido llevar el control de la situación. Le quitó el corsé, le despojó de las medias, en silencio, y solo lo escuchó murmurar algo cuando la dejó desnuda.

—Nadie me había informado de que solo la esposa se expone al marido en su primera noche —dijo sagaz.

—En primer lugar, pequeña descarada, nadie debió charlar contigo sobre ese tema; de los dos, creo que el único entendido en relaciones sexuales soy yo. Por eso, he decidido averiguar cómo es el cuerpo de mi esposa y descubrir qué la excita —dijo como excusa. Se acercó a ella de nuevo, colocó sus manos sobre el cuello y fue acariciándola con suavidad—. ¿Te gusta esto? —Ella respondió con un largo y profundo suspiro—. Entonces, voy por el buen camino —dijo con voz estrangulada—. Eres preciosa, Tricia. La mujer más hermosa que he contemplado jamás —murmuró mientras le besaba el cuello, la clavícula y el hombro izquierdo.

—No puedo decir lo mismo —respondió cerrando los ojos y dejándose llevar por el placer que él le estaba ofreciendo.

Era cierto que tía Evelyn no le explicó si ambos terminarían desnudos sobre la cama durante la primera noche, pero ella lo dio por hecho. ¿Cómo iban a hacer el amor vestidos? Sin embargo, no podía rebatir la explicación de George. Si quería saber qué le gustaba, ella le daría las respuestas.

—Ya habrá tiempo para mí —indicó George sin parar de acariciarle la espalda, la cintura y las nalgas—. Ahora, lo único que me importa es hacer que me desees, que me anheles y que te prepares para adentrarme en tu cuerpo —dijo cogiéndola por la cintura.

La levantó y se dirigió hacia la cama. Una vez que ella quedó tumbada sobre esta, él se quitó el chaleco, los pantalones y se desabrochó cinco botones de la camisa. Tocar esa parte de su pecho debía ser suficiente para ella.

Los ojos de Tricia se abrieron de par en par cuando observó el sexo de George. ¿Podía compararlo con una barra de hierro? No, no era adecuado hacer tal similitud.

—Cuando un hombre está excitado, como lo estoy yo ahora mismo, su sexo crece, se endurece y se alza —explicó al observar el rostro pasmado de ella—. Se prepara para la unión, para sentir el calor de una mujer. En este caso, el de mi esposa —explicó al tiempo que se colocaba sobre Tricia.

—¿Y cuándo será esa invasión? —Trató de no pensar en que su esposo se acercaba con la camisa puesta y que ni siquiera se había desabrochado los botones de las mangas de esta. Se centró en el pecho, en lo único que pudo ver cuando se colocó encima.

—Primero debo prepararte —susurró posando la boca en su cuello.

—¿Prepararme? —preguntó, colocando las manos sobre la zona que le permitía tocar.

—Sí.

—Pues te doy permiso para hacerlo —señaló dibujando una tímida sonrisa.

La boca de George fue recorriendo su cuerpo mientras la besaba. Un inesperado temblor la sacudió cuando notó la lengua sobre un pezón. Levantó despacio la cabeza y la echó de golpe hacia atrás al sentir sobre su sexo unos dedos. Al principio, se contrajo inconscientemente, pero poco a poco, gracias a las suaves caricias que él realizaba, ese estado de inquietud se esfumó.

—¿Te he dicho ya que eres la mujer más hermosa del mundo? —preguntó besando su

abdomen.

—Sí —jadeó Tricia—. Creo que te lo he escuchado decir cuando me desnudaste.

—Pues no lo olvides nunca, Tricia. Recuerda también que, a partir de ahora, no habrá otra mujer en mi vida salvo tú —declaró antes de que la boca se dirigiera hacia el sexo de ella.

Una vez que separó las piernas de Tricia, inspiró el olor femenino. Era tan hipnotizante como el sabor de su boca. Esa que, de hecho, no había besado después de que intentara quitarle el chaleco. Frunció el ceño, enfadado por la brusquedad, por su cambio de actitud, por el odio hacia su pasado y las secuelas que dejó en él. ¿Cómo esperaba convertirse en un buen marido si no era capaz de enfrentarse a sus miedos?

—¿George? —preguntó tras levantar la cabeza.

—Tricia... —susurró concentrándose al fin en ella.

Acercó su boca a los labios y, tras degustarlos, su mente se quedó en blanco. El cálido amante, ese que se había propuesto ser con su esposa, regresó. La escuchó gemir cuando la lengua recorrió cada rincón de su sexo, gritar, cuando sus dientes la mordieron, y sollozar al invadirla primero con un dedo y luego con dos.

—¡Santo cielo! —exclamó ella al no poder controlar los zarandeos de su cuerpo.

Perdida en un mundo de sensaciones, de luces de colores y de respiraciones entrecortadas, se agarró con fuerza a la colcha y alzó las caderas. Ya no le importó que George siguiese con la camisa puesta, aquel momento de placer la tenía tan aturdida y alejada de la realidad que su alrededor dejó de existir.

—Desde ahora, ni el mejor licor que tengamos en nuestra bodega superará el sabor de tu sexo, Tricia —dijo mientras subía despacio.

—¿Tampoco lo podrás comparar con la miel? —dijo exhausta.

—De ninguna manera. A partir de este momento, la miel será insípida para mí —aseguró cuando sus miradas se encontraron.

—Me siento halagada, querido esposo —comentó al tiempo que colocaba de nuevo las manos sobre aquel pecho agitado por la respiración.

—Te halagaré cada vez que pueda y me lo permitas —dijo justo antes de besarla con la pasión y el erotismo que ella se había merecido desde el principio.

No se dio cuenta en qué momento del beso lo hizo, pero descubrió que Tricia permanecía sentada en la cama, pegada a su cuerpo y abrazándolo con fuerza. Ese comportamiento lo alteró y aturdió. ¿Qué había sucedido? ¿Habría actuado su subconsciente para consolarla al concluir que no le proporcionaría la vida que ella anhelaba? No, no era consolarla, sino consolarse. Esa era la palabra más adecuada a la inesperada reacción. Muy despacio, y sin dejar de observarla ni mostrar aturdimiento, la reclinó en la cama, se acomodó sobre su cuerpo y aceptó aquello que ya no podía evitar.

—Al principio te dolerá —dijo cuando la punta de su miembro empezó a deslizarse—, pero te prometo que haré todo lo que esté a mi alcance para disminuir ese dolor.

—Lo soportaré —respondió mientras volvía a poner las manos sobre su cuello.

—Lo soportarás —repitió él en un susurro—. ¿Por qué?

—Porque te quiero, George.

Tras la confesión, una que salió directamente del alma, los brazos de él comenzaron a temblar y se detuvo. Lo miró temerosa, como si se sintiera culpable de haber proclamado la injuria más grande del mundo, pero cuando observó el brillo en los ojos de su marido, supo que las palabras no le habían causado daño sino una gran emoción.

—Tricia... —susurró colocando la frente sobre la de ella.

Levantó despacio la barbilla, disminuyendo la poca distancia que existía entre ambas bocas y lo besó con la misma dulzura que expresaban sus ojos. Cuando ambas lenguas volvieron a tocarse, cuando el sabor del champán que él tomó se mezcló con el suyo, cerró los ojos y se dejó llevar. Era cierto, lo amaba, lo adoraba, estaba tan enamorada de él que haría mil locuras por tenerlo a su lado. Mientras ese beso cambiaba, transformándose en una confesión muda de pasión, lujuria y deseo, George continuó adentrándose en ella muy lentamente. Tricia clavó las yemas de los dedos en la piel del cuello de su esposo y elevó aún más las caderas. Unas ondas de dolor radiaron por el cuerpo cuando el sexo masculino se topó con la barrera de su virtud. Apartó la boca de la de George, echó la cabeza hacia atrás y respiró entrecortada.

—Te prometo que, a partir de este momento, cada vez que nos unamos solo te daré placer —jadeó.

Escuchó el juramento a medias, porque su atención estaba puesta en eliminar la rigidez que padecía su cuerpo. Con los ojos cerrados, respirando con angustia, notó cómo la siguiente embestida rompía aquello que los separaba. Entreabrió los ojos y observó que el rostro del hombre de su vida exhibía preocupación. George se responsabilizaba de su malestar, de su padecer, y luchaba para reducir el dolor. Ella tomó fuerzas y actuó como siempre: con valentía. Ajustó todavía más las caderas en las de su marido para animarlo a continuar. Él seguía temblando por el esfuerzo. Varias gotas de sudor, que brotaron de la frente, cayeron sobre su pecho. El maestro, el libertino, el amante consumado, realizaba el trabajo más duro de su vida: desvirgar a su mujer. Una paradoja digna de ser reflejada en una historia de amor.

—Tricia..., esposa mía —jadeó George justo antes de besarla, de que la lengua invadiera el interior de su boca con la misma fuerza que su duro sexo lo hacía dentro de ella.

—George, sí, tuya —dijo cuando sus bocas volvieron a separarse. Las manos, laxas por las emociones y el esfuerzo, se movieron despacio por los brazos hasta que terminaron agarradas a las fuertes muñecas de su marido.

—¡Tricia! —gritó al dar su última estocada, su última invasión y sentenciar, de este modo, la unión entre ambos.

—¡Te quiero! —respondió de inmediato.

Después de eso, él cerró los ojos y gimió ante la llegada del placer.

## VII



George permaneció frente a ella, contemplándola en silencio. Seguía tendida sobre la cama dándole la espalda. Los dedos de su mano derecha rozaban el lado de la cama donde él durmió, como si lo buscaran. Los mechones de la preciosa melena oscura se extendían por el almohadón. La sábana apenas cubría la parte trasera de su cuerpo y sin pretenderlo, Tricia mostraba una imagen muy erótica de sus piernas, caderas y espalda. Se arrodilló, se apoyó despacio sobre el colchón e inspiró hondo, llenándose de la maravillosa mezcla que ofrecía su fragancia masculina, el sudor causado por el sexo y el hipnotizante olor a moras. Alzó su mano derecha y con el dedo índice recorrió el contorno de la esbelta figura. Cuando la yema del dedo alcanzó la cintura, Tricia se movió. George apartó la mano e intentó silenciar su agitada respiración. No quería despertarla, ni que lo pillara mirándola como si fuera un *voyeur*, aunque no sería pecado admirar a su esposa y excitarse.

Se llevó la mano derecha hacia la mandíbula y se la acarició con lentitud. Por una vez en la vida, la suerte estaba de su parte. No había entrado en sus planes casarse con ella, pero daba gracias a Dios de que apareciera antes de haberle pedido matrimonio a Sarah. Se merecía una mujer como Tricia. Sí, después de todo, necesitaba algo de luz que eliminara la oscuridad en la que había vivido, y su bella y tierna esposa era la persona adecuada para dársela. Solo esperaba que algún día fuera capaz de convertirse en el marido que ella anhelaba.

Lentamente, se levantó y se dirigió hacia la silla donde había puesto la chaqueta del traje que el ayuda de cámara le preparó la tarde anterior. Feliz. Esa palabra fue la única que ella pronunció después de que él limpiara los resquicios de su inocencia. No le preguntó el motivo por el que se dejó puesta la camisa o por qué se la quitó una vez que apagó la luz. Tricia solo le dijo, abrazándolo con fuerza, que era la mujer más feliz del mundo. Luego, cuando el calor de ambos cuerpos empezó a adormecerlos, le besó las manos y le susurró: «Estoy aquí, George, y siempre lo estaré para ti». Esa confesión lo dejó tan perplejo que no supo qué contestar. Confiaba que el beso que le dio, colmado de ternura, fuera suficiente respuesta para que entendiese que él también lo estaría para ella.

Una pequeña sonrisa se dibujó en la boca mientras terminaba de ponerse la chaqueta. Felicidad. Sí, eso mismo sentía él cuando estaba a su lado y esperaba que, cuando llegaran a Lambergury, ese sentimiento de alegría no desapareciera. Apretó los puños, lucharía con todas sus fuerzas para apartar de su mente el sufrimiento y vivir un futuro próspero juntos.

Miró el reloj de bolsillo y confirmó que eran las ocho y media de la mañana. Pronto llegaría la dama de compañía de su esposa. Una mujer llamada Ángela y que, según escuchó, la atendía desde que se conocieron en España. La sonrisa, eliminada por el anterior pensamiento, regresó a sus labios cuando recordó la excusa que le ofreció para no casarse. ¿Cómo se le ocurrió una tontería semejante? «Lo hice para salvarte de un matrimonio que no deseabas». Pues se equivocó. La deseó desde el mismo momento en el que se conocieron y, por ese motivo, huyó desesperado. No quería destruir un alma tan pura e inocente con su miserable dolor. Sin embargo, el destino los unió y el ángel se convirtió en su esposa, él hallaría la manera de que jamás se apagara su luz

divina.

Caminó hacia la puerta sin apartar la mirada de ella. La calma con la que respiraba se transmitió por la habitación. Sin desearlo, él también se contagió de ese estado de paz. ¿Sería siempre así? ¿La mirada y la esperanza llenaría su corazón? ¿Qué pensaría Blanche si lo viera tan feliz? Atravesó la antesala y, justo antes de dirigirse al ascensor, se paró frente a un espejo que había colgado en la pared y se observó. La sonrisa había desaparecido, su rostro había dejado de ser dulce y sus ojos volvieron a tomar un color lúgubre. Cada vez que recordaba a su tía, regresaba la tristeza y se convertía de nuevo en el niño cobarde que no pudo luchar contra el monstruo para salvarla de la muerte. Angustiado, se llevó las manos a la cara y se la frotó con desesperación. Blanche tenía que desaparecer de su mente al igual que la agónica vida con el conde. Aunque no olvidaría la promesa que le hizo, hasta ahí debía llegar su pasado, el dolor y el miedo. Era el momento de centrarse en Tricia y convertirla en una mujer afortunada, pese a soportar sobre sus hombros un título cargado de sangre y maldad. Ambos lo transformarían, tal como le pidió Blanche. Apartó el rostro del espejo, adoptó la conducta que debía exhibir un conde y continuó andando.

—Buenos días, señor Laxton —lo saludó el empleado encargado de subir y bajar a los huéspedes.

—Buenos días —respondió al tiempo que ocupaba el interior del ascensor—. A la entrada.

El muchacho cerró la puerta, deslizó la manivela por el semicírculo de hierro hasta colocarlo en el lugar indicado y esperó a que el caballero tomara asiento. Como no escuchó ningún ruido, lo miró discretamente por encima del hombro. Cuando dedujo que se quedaría de pie, presionó con la planta del zapato el botón de goma que encendía la bomba hidráulica y el ascensor comenzó a descender. Al detenerlo, ambos dieron un ligero brinco. Miró de nuevo al huésped y confirmó que había salido ileso del frenado. En silencio, abrió la puerta y la sujetó hasta que este salió.

—Que tenga un buen día —dijo a modo de despedida.

George respondió con un leve cabeceo, acto seguido, se dirigió hacia el recibidor buscando la figura de una mujer. Cuando la halló, se paró y la inspeccionó en silencio. Era muy alta, tan alta como él. Su cabello oscuro se mantenía recogido en un forzado moño. Los rasgos de su cara, pese a querer expresar amabilidad, exhibían antipatía. ¿Esa era la doncella que cuidaría de su esposa? ¡Pero si era una amazona! No le cabía duda de que Tricia no correría peligro a su lado pues ninguna persona cabal se atrevería a dirigirse a ella cuando un espécimen semejante permaneciera cerca. Gracias a Dios, no se la encontró el día que conoció a su esposa porque estaba seguro de que en ese momento no sería Tricia quien dormiría en la cama, sino la frívola Sarah Preston. Una vez que su mente dejó de buscar calificativos para la sirvienta, se dirigió hacia ella.

—Buenos días. Usted debe ser la dama de compañía de mi esposa, ¿verdad?—preguntó al pararse a su lado.

—Buenos días, milord —dijo haciendo una reverencia y evocando el respeto que tendría en breve—. Sí, soy la señora Domínguez.

—Mi esposa aún duerme.

—Si lo desea, puedo permanecer aquí hasta que estime oportuno despertarla —explicó con un inglés tan textual que George estuvo a punto de echarse a reír.

—No, es mejor que suba y que la ayude a vestirse. El desayuno se lo servirán a las nueve y espero que todo esté preparado para las diez, hora en la que regresaré. ¿Viajará hoy con nosotros?

—Sí, excelencia.

—Bien. En ese caso pediré a uno de mis lacayos que alquile un carruaje para usted.

—Señor, el duque ha puesto a mi disposición uno de su propiedad. Pero si a usted no le parece adecuado, ahora mismo hablo con el cochero y le pido que regrese.

—No lo haga —dijo con rapidez—. Si el duque ha tomado esa decisión, la aceptaré con gusto —continuó sin apartar la mirada de la mujer. «Tricia tiene que contarme cómo se conocieron», pensó—. Puede marcharse.

—Muchas gracias, milord. —Hizo otra ligera reverencia.

Ángela caminó deprisa hacia la galería que le indicó el amable empleado. Se levantó el vestido y comenzó a subir las interminables escaleras pensando en el marido de Tricia. El odio que sintió aquella tarde, al descubrir que la había tocado en público, se convirtió en tristeza cuando uno de los sirvientes, borracho al celebrar la boda de su señor, habló sobre el pasado de este. «Todo el mundo lo sabía, pero nadie tuvo las agallas suficientes para matarlo», escupió en mitad de uno de sus tantos enfados. Horrorizada por el descubrimiento, se alejó de aquella improvisada fiesta y regresó a su habitación. Una vez que se calmó, sacó del cajón la baraja de cartas, las mezcló y las echó sobre el edredón de la cama. Estas le confirmaron las palabras del empleado: el fallecido conde de Burkes tenía las manos manchadas con la sangre de los hijos no nacidos y la de su esposa. Además, le dijeron que el alma de ella no descansaría en paz hasta que el esposo de la muchacha cumpliera su última voluntad. Las recogió y las volvió a echar, preguntándole quién podía ayudarla y qué podría hacer. La carta de la reina de copas apareció en el centro. A su derecha, estaba el rey de espadas, a la izquierda, el de bastos, sobre ella, el rey de copas y debajo, el tres de espadas. Ángela puso nombres a esos tres reyes puesto que velaron por la joven desde que nació y entendió, con la última carta, que Tricia tendría que enfrentarse a tres grandes problemas para conseguir aquello que le juró su marido a la fallecida condesa. Lógicamente, no lo haría sola. Contaría con su ayuda hasta que la muerte decidiera llevársela otra vez.

—Buenos días, señor Laxton —saludó el recepcionista al verlo llegar—. ¿Disfrutó de las comodidades de su *suite*?

—Buenos días. Sí. La habitación estaba tal como pedí.

—¿Necesita alguna cosa más? —insistió el amable empleado.

—¿Pueden servirme una taza de café?

—Ahora mismo —respondió el trabajador haciendo sonar una campanilla.

Mientras caminaba hacia el ventanal, para observar la calle y esperar la llegada del barón, escuchó cómo el empleado atendía su petición. Antes de que pudiera apartar la cortina para comprobar si el carruaje de Sheiton se encontraba ya aparcado frente a la puerta del hotel, una sirvienta depositó sobre la mesa baja una taza de café humeante. Tras cerciorarse de que no había llegado, se dirigió hacia una de las butacas que rodeaban dicha mesa, se sentó, cogió la taza y la dejó con rapidez sobre esta al ver un periódico. Ansioso por averiguar qué decía sobre él la crónica social, lo extendió sobre la superficie y fue buscando el artículo que le interesaba. ¿Hablarían sobre el fallecido conde de Burkes? ¿Sobre todo aquello que hizo? ¿Rememorarían la muerte de Blanche? ¿Opinarían acerca de las hipótesis que se barajaron en aquel entonces? ¿Y de Tricia? ¿Comentarían sobre el inevitable futuro de la esposa del conde? ¿Concluirían que ella terminaría como todas las anteriores, muerta? Alargó una mano temblorosa hacia la taza y, sin apartar la vista del artículo, la cogió de nuevo. «Un matrimonio sin precedentes», «La oportunidad que todo padre desea para una hija» y un extenso artículo en el que solo halló cosas buenas hacia su persona: «Una esposa afortunada».

Plegó las hojas, se reclinó en el asiento e intentó asimilar lo que había leído. No hacían alusión al pasado de los Burkes, al escándalo que ofrecieron en la fiesta de los Hamberbawer o la

desdicha que padeció Sarah. Quizás el señor Preston se aseguró de que el nombre de su hija no apareciera y que haberla rechazado de una forma tan miserable no supusiera una desgracia para la familia. Si se hubieran casado, sí que habría existido esa desdicha. Respiró hondo, recobrando así la paz. No estaba acostumbrado a tener tanta suerte y empezaba a asustarse. Sobrevivió a las desgracias, pero no sabía cómo afrontar la fortuna ¿Qué actitud debía adoptar? ¿Sería conveniente relajarse y disfrutar del cambio que había dado su vida o mantenerse en alerta? La segunda opción le pareció muy adecuada, aunque admitió que haberse casado con Tricia había sido el mejor regalo de su vida y que era conveniente disfrutar de esa felicidad.

—Por lo que puedo observar, el periódico no parece interesarte esta mañana —comentó Federith cuando se colocó a su lado.

—¡Sheiton! —exclamó George dando un salto y poniéndose rápidamente en pie.

—Buenos días, Laxton —dijo extendiéndole la mano—. ¿Cómo está Tricia?

—Buenos días. Descansando en la habitación —explicó respondiendo al saludo—. Y sobre el periódico —alegó señalándolo con la barbilla—, dice menos de lo que esperaba.

—Riderland y Rutland se encargaron de que no lo hiciera —informó al tiempo que cogía el noticiario y buscaba el artículo sobre el matrimonio de la hija pequeña de William—. Ninguno de nosotros iba a permitir que destrozaran vuestro futuro con pérfidas especulaciones. Además, tal como te dijimos ayer, después de confesarnos lo que realmente ocurrió con la condesa, tú solo fuiste una víctima más de ese bastardo.

—Para serle sincero, hablarles sobre lo que en verdad sucedió me ofreció algo de paz —declaró sin apartar la mirada del barón.

—Puedo entenderlo —comentó depositando el periódico sobre la mesa—. Pero también debes comprender que no puedes vivir un futuro con Tricia bajo el recuerdo del pasado. No podemos cambiar lo que hicimos o fuimos, pero sí aprender de ello y adoptar medidas.

—Por eso mismo intenté casarme con la señorita Preston. A ella solo le interesaba el título y la reputación social que eso conllevaría a su familia —declaró mirándolo—. Tricia no merecía convertirse en la esposa de un hombre como yo.

—Ella jamás hará alusión al título, a las riquezas o al poder social. Para Tricia, lo importante es estar al lado del hombre de quien está enamorada —dijo Federith con firmeza—. Y debes comportarte acorde a ello.

—¿Y qué pensará de mí cuando descubra ese pasado que he de olvidar? —soltó George, mostrando de nuevo la sombra que aparecía alrededor de sus ojos cuando sus emociones batallaban.

—Nada —aseveró—. Te has casado con una mujer bondadosa y solo verá en ti a su amado esposo, no a un conde cuyo título es un referente de maldad e injusticia —declaró Sheiton girándose hacia la salida.

—Aun así, hallaré la manera de que no descubra qué hicieron mi tío y sus antepasados en Lambergury —comentó colocándose a su lado.

—Terminaré por averiguar la verdad y, en ese momento, tendrás que buscarte otra residencia donde vivir.

—¿Por qué? —preguntó George expectante.

—Porque le prenderá fuego —explicó antes de soltar una carcajada.



Sentada sobre el alféizar de la ventana, cubriendo su cuerpo con la sábana, observó cómo George y el tío Federith se dirigían hacia el carruaje. Había tenido la esperanza de despertarse

antes de que él saliera de la habitación, pero estaba tan cansada y cómoda que no pudo abrir los ojos hasta que ya fue demasiado tarde. Apoyó la frente en el cristal y dibujó un corazón con el vaho que se impregnó en este. Estaba loca y perdidamente enamorada de su marido. Pero ¿cómo no hacerlo cuando él se comportaba de esa manera tan dulce y cariñosa? ¿Cómo hacer frenar a su corazón cuando él la abrazaba y la besaba? ¿La vida sería siempre así a su lado? ¿Flotaría por su nuevo hogar como si pisara nubes?

Con una sonrisa que le cruzaba el rostro, posó los pies en el suelo, se apartó de la ventana y se dirigió hacia la silla que había frente a la apagada chimenea. Cogió la chaqueta de George, esa que había llevado el día anterior, metió la nariz en ella e inspiró. La fragancia de su marido era tan maravillosa y perfecta que con solo olerlo, podría adquirir la fuerza necesaria para soportar su breve ausencia. Sin dejar de sonreír, dejó la chaqueta sobre la mesa y caminó hacia la cama. El rugido de sus tripas le indicaron que se aproximaba la hora del desayuno. Fue entonces cuando empezó a preocuparse por Ángela. ¿No le había dicho su madre que llegaría sobre las ocho y media? Pues si no acudía en breve, los eficientes empleados le servirían el desayuno sin adecentarse.

—¿Señora Laxton? —preguntó la voz de la mujer que esperaba detrás de la puerta.

—¿Ángela?! —soltó. A grandes zancadas, se colocó frente a la puerta y la abrió—. ¿Qué te ha sucedido? —preguntó al verla respirar con tanta fatiga.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó en español, como siempre hacía cuando ambas estaban solas—. ¿Por qué han alquilado la planta más alta de este hotel? ¿Sabe cuántos peldaños tiene?

—No —respondió en el mismo idioma mientras Ángela daba pequeños pasos hacia el interior de la habitación.

—Le aseguro que más de cuatrocientos. Pero perdí la cuenta en ese número cuando tuve que esforzarme en respirar hondo y no marearme —explicó, poniéndose las manos en la cintura. Una vez que se recuperó, revisó con asombro la decoración de la alcoba—. ¡Madre de Dios! ¡Esto es un palacio!

—La verdad es que no me había fijado hasta ahora —explicó Tricia colocándose a su lado—. ¿Te apetece una copa de champán?

—¿No tienen agua en este ostentoso hotel? —espetó con sarcasmo.

—No para beber, pero sí para asearse —aclaró la muchacha sin poder borrar una sonrisa burlona del rostro.

—Prefiero soportar la sed —dijo Ángela volviéndose hacia ella—. Y ahora que lo pienso, ¿cómo pudo subir con el vestido de novia?

—Hay un elevador —respondió. Se dirigió hacia la cama y se sentó.

—¡Será hijo de mala madre! —tronó—. ¿Por qué no me ha dicho que podía utilizarlo? ¿Quería reírse de mí?

—Mucho me temo que solo pueden usarlo los clientes —repuso con tristeza.

—Ya entiendo —reflexionó Ángela caminando hacia Tricia—. En ese caso, cuando baje, la cogeré del brazo y no me separaré de usted.

Tricia soltó una carcajada por la osadía de su dama de compañía.

—No nos entretengamos más —la apresuró—. No estaría bien que el primer día que conozco a su esposo formalmente, incumpliera una orden —explicó Ángela adoptando una conducta maternal.

—¿Qué te ha pedido? —perseveró Tricia atenta.

—Que todo esté listo antes de las diez.

Al ver que la joven no se movía, se dirigió hacia los ventanales y corrió las cortinas para que entrara luz. Al tocarlas, sintió la suavidad del tejido de damasco. Se giró hacia la muchacha y, desde aquella zona de la habitación, pudo descubrir el tallado de la madera de la cama. Pero ¿cómo habían sido tan despilfarradores? Con el precio que costaba, ella podría vivir cómodamente cuarenta años.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —comentó Tricia sacándola de sus pensamientos.

—Sí —respondió avanzando hacia ella. Al notar que la muchacha mostraba cierta inquietud, la miró con afecto.

—¿Cómo fue tu primera noche de casada?

—¿Cómo dice? —preguntó, abriendo los ojos como platos.

—Tu marido..., ¿qué hizo?

—¡Por el corazón de Jesús! —exclamó horrorizada—. ¿Qué le ha hecho ese hombre? ¿Ha sido cruel? ¿Le ha hecho daño? Porque si es así, le prometo que lo pagará —masculló enojada.

—¡No, no, no! —dijo con rapidez al tiempo que se levantaba de la cama de un salto—. George se ha portado muy bien conmigo. Ha sido un marido tierno y cariñoso.

—Entonces, ¿por qué me pregunta eso? —continuó hablando mientras se dirigía hacia el baúl para buscar las prendas que debía ponerse la joven.

—Porque tengo una duda y creo que solo tú puedes aclararme si lo que sucedió es normal o no —dijo, mirándola sin parpadear.

—Por favor, le suplico que no me pida que le describa cómo mi difunto marido me desvirgó. Eso es demasiado bochornoso hasta para mí —pidió buscando, con demasiada impaciencia, el dichoso vestido.

—No se trata de eso. Tal como me explicó tía Evelyn, es cierto que la primera vez duele, pero mi esposo me ha asegurado que luego nos aportará placer —indicó notando cómo sus mejillas ardían.

—Sí —afirmó sacudiendo la prenda que consideró correcta para llevar durante un viaje tan largo—. Su esposo no le ha mentado. Luego será más placentero.

Dejó el vestido sobre la cama y marchó hacia la palangana. La llenó de agua y esperó a que la joven se acercara para empezar el aseo.

—Pero... —Durante unos segundos, Tricia dudó si seguir la conversación o darla por finalizada. Aunque la necesidad de saber el motivo por el que George no se quitó la camisa hasta que apagó la luz la tenía intranquila.

—¿Pero? —insistió Ángela, enarcando la ceja izquierda.

—¿Os desnudasteis? Me refiero...

—¿Su esposo la tomó con la ropa puesta? —soltó con asombro.

—No, se dejó la camisa. No quiso quitársela y no me permitió tocarle nada salvo lo que mostraron los botones que desabrochó —expuso agarrándose con fuerza a la sábana.

Ángela se la quedó mirando durante unos segundos. Su mente buscaba una posible respuesta. La halló. Después de escuchar al sirviente borracho, se temía que la espalda del marido de su señora habría sufrido más de un latigazo y, lógicamente, en la primera noche juntos, el hombre intentaría ocultar aquello que tantas preguntas acarrearía.

—Muchos hombres se sienten avergonzados de su cuerpo —dijo de manera despreocupada.

—¡George es perfecto! —respondió Tricia azorada.

—Para usted tal vez sí, pero los complejos los lleva quien los posee. Por ejemplo, a mí no me gustan mis piernas porque son tan largas que parezco una jirafa. Quizá, su esposo piense que tiene un defecto y no quiere enseñárselo hasta que no exista entre ambos la suficiente confianza.

—¿Tú crees? —respondió algo más relajada.

—Sí —afirmó al tiempo que cogía una toalla y la colocaba en un antebrazo.

—Y, ¿qué debo hacer? ¿Le aclaro que no debe sentirse avergonzado, que lo quiero y lo querré, aunque tenga una malformación? ¿Le recuerdo que soy hija de un hombre que no puede mover una mano? —insistió sentándose al fin frente a la palangana.

—¿Y si empieza por dejar la habitación a oscuras? —sugirió Ángela mojando la tela para lavarle la cara—. Seguro que será una buena forma de comenzar esa confianza.

—¡Es cierto! —exclamó con entusiasmo—. Eso mismo haré —claudicó Tricia antes de cerrar los ojos y comenzar a prepararse.

## VIII



—¡Esto es un aparato de Dios! —exclamó Ángela cuando bajó en el ascensor.

Tricia sonrió. Creyó que le provocaría ansiedad mantenerse encerrada en un espacio tan pequeño, pero nada más lejos de la verdad. Desde que tomaron asiento, su dama de compañía no cesó de dar gracias a todas las personas que inventaron el aparato y que el empleado fuera tan eficaz en su labor.

—Señoras —les dijo este una vez abrió la puerta.

—Recuerde que varios de mis lacayos lo utilizarán para bajar nuestras pertenencias —dijo Tricia al joven—. No quiero que los hagan bajar las escaleras con semejantes cargas.

—Sí, señora. Estaré atento —contestó el trabajador con un leve cabeceo.

—Es una buena persona —murmuró en español Ángela al colocarse a su lado.

—Solo es solidaridad —respondió ella en inglés mientras caminaban hacia el recibidor.

—Un concepto que muy pocos aristócratas conocen —insistió.

—Los Rutland siempre hemos sido diferentes.

—Cierto, solo espero que lord Burkes acepte y asuma esa diferencia —manifestó Ángela al encontrar la figura del esposo de la muchacha frente al mostrador.

—Lo hará, porque es un hombre muy bondadoso —afirmó la joven.

Se quedó parada al pie de la escalera, observando a su marido. De nuevo la felicidad se apoderó de ella. No solo podía definirlo como bondadoso, sino que debía añadir un millón de buenos adjetivos más. Para su placer, el hombre más extraordinario del mundo se había convertido en su esposo, en la persona con quien viviría hasta el final de sus días.

Mientras Ángela bajaba las escaleras y le hacía a George una ligera reverencia, Tricia se mantuvo parada, contemplándolo sin parpadear. En el momento en el que aquellos hermosos ojos grises se posaron en ella y su generosa boca dibujó una amplia sonrisa, el mundo se paró. Tricia intentó aplacar los latidos de su corazón y frenar las impetuosas ganas de correr hacia él para lanzarse a sus brazos. ¿Cómo podía adoptar una actitud tan infantil? ¿No recordaba que se había convertido en una mujer casada, en la condesa de Burkes? Tras respirar hondo y asimilar su nueva posición, respondió a esa sonrisa con otra de la misma magnitud. Enderezó la espalda y, sin apartar la mirada de él, empezó a bajar los peldaños; antes de que sus pies alcanzaran el último, George acudió a su encuentro y le tendió una mano para ayudarla.

—Buenos días, querida. ¿Has podido descansar? —preguntó al tiempo que besaba con delicadeza su mano.

—Buenos días, George. Sí que lo he hecho. Aunque he de confesar que me sentí muy triste al no encontrarte a mi lado. Pensé que me despertarías antes de marcharte —respondió enredando su brazo izquierdo en el que él le ofreció.

—Te prometo que tuve la tentación de hacerlo —admitió mientras la dirigía hacia la salida—. Pero reprimí ese deseo porque no me pareció justo interrumpir tu descanso para colmarte de besos y abrazos.

—¡Oh! ¡Qué mala suerte la mía! —exclamó en voz baja sin dejar de sonreír.

—¿Por qué lo dices? —espetó alzando la ceja izquierda.

—Porque, además de apuesto, me he casado con un hombre muy considerado —explicó con sarcasmo.

—¿Apuesto? ¿Considerado? —preguntó divertido—. Algunos no me considerarían de ese modo. Más bien pensarían que soy un monstruo y un marido idiota al no haber gozado de mi esposa antes de separarme de ella.

—Pero a esas personas sin juicio no debemos hacerles caso. Seguro que, después de pasar la velada con sus nuevas esposas, en vez de asegurarles un buen futuro como has hecho tú, corren hacia los brazos de sus amantes suplicándoles que les den aquello que no obtuvieron —argumentó sin poder apartar los ojos de él.

—No soy como ellos. Es cierto que antes de conocerte he tenido amantes, pero, como te dije ayer, desde ahora solo habrá una mujer: tú —alegó George parándose cuando el empleado les abrió la primera puerta para que abandonaran el hotel.

—Y en la mía un solo hombre —declaró Tricia solemne.

«Si quieres que sea feliz, que olvide su pasado, debes insistirle que siempre estarás a su lado». La frase de Anne aparecía una y otra vez en su mente. Eso mismo estaba haciendo. Se lo dijo la noche pasada y se lo recordaba antes de emprender el viaje a Lamberbury. ¿Descubriría al fin qué ocurrió en aquel lugar? ¿Hallaría la verdad cuando llegara? ¿Desmentiría los rumores sobre los Burkes? Eso esperaba. Tardase un mes, un año o diez, no cesaría en su empeño de averiguar qué le ocurrió a George en aquella residencia.

Una vez que salieron al exterior, Tricia miró hacia la izquierda y encontró a Ángela frente a uno de los carruajes de su padre. Luego, esta regresó al hotel para ayudar a los empleados con el equipaje, tal como habían dispuesto.

—¿Preparada? —le preguntó George cuando el cochero les abrió la puerta.

—Por supuesto —contestó aceptando la mano que él le ofrecía para ayudarla.

Dentro, y en absoluta intimidad, George se sentó a su lado, extendió el brazo izquierdo sobre sus hombros y la atrajo hacia él. Cuando Tricia lo miró para regalarle una de sus sonrisas, la besó con la misma desesperación que un enamorado después de no ver a su amada durante varios días.

—¿Me has extrañado? —preguntó ella jadeando.

—Sí —respondió acariciándole la barbilla.

—Yo también —aseguró colocando la cabeza sobre el pecho.

El carruaje comenzó el trayecto, el silencio duró tanto que Tricia pensó que se había quedado dormido, pero advirtió que no lo estaba cuando él apoyó la barbilla sobre su cabello.

—¿Puedo preguntarte cómo ha sido la reunión con el abogado?

—Puedes —aseguró.

—¿Y? —dijo levantando el rostro para observar las muecas en el suyo.

Sus ojos se rodearon de nuevo de una odiosa sombra, llenándolos de tristeza. Si las conjeturas de Sarah Preston eran ciertas, una vez que firmara el testamento, George conseguiría una fortuna muy codiciada. ¿Pensaría que no sería capaz de administrarla? ¿Le aterraría enfrentarse a una responsabilidad tan inmensa? Conocía casos en los que los hombres fueron incapaces de superar ese compromiso y se volvieron unos insensatos, unos despilfarradores, que lapidaron sus grandes fortunas en menos de cinco años. Pero estaba segura de que ese no era el caso de su marido. Él estaba por encima de todas esas imprudencias.

—Cuando entré en el despacho, estuvo a punto de echarme, pero apareció lord Sheiton y todo cambió —comentó con inquina—. Nadie puede rebatir la exposición del juez más importante de Londres.

El barón, durante el trayecto, le explicó el plan que había tramado para averiguar qué se decía de Tricia y lo descubrió antes de lo que se imaginó. En cuanto aquel hombre escupió por su boca que lady Rutland no era considerada como una mujer respetable por haber ofrecido un escándalo en la fiesta de los Hamberbawer, Sheiton hizo acto de presencia. El rostro del abogado palideció y la mano que sostenía el bolígrafo, con el que iba a firmar el acta en la que les daba el poder absoluto a los sinvergüenzas de Clarke y Madden, empezó a temblar.

—¿Puede repetir lo que ha dicho? —preguntó Sheiton una vez que se colocó frente al escritorio.

—¡Su señoría! ¿Cuándo ha venido? ¿Qué ha escuchado? —dijo el abogado con tartamudeos.

—Lo suficiente. Pero quiero oír de nuevo cómo ha mancillado el honor de la hija menor del duque de Rutland y mi ahijada —exigió, posando las palmas sobre la mesa.

—Le pido mil disculpas, excelencia. He de estar confundido de joven. ¿Ha dicho lady Rutland? —preguntó mirando a George.

—Sí —respondió él sonriendo de lado a lado—. Aunque ahora es la señora Laxton y, en breve, lady Burkes.

—Sí, en efecto, estaba confundido —respondió el abogado.

Cogió el otro documento, lo firmó y se lo entregó a George; antes de que pudiera leerlo, Federith lo cogió primero.

—Si vuelvo a escuchar una sola palabra que deshonre a la nueva condesa de Burkes —empezó a decir mientras certificaba la resolución con su rúbrica junto a la del abogado—, su carrera finalizará de inmediato y olvídense de encontrar un nuevo empleo en Londres. —Extendió el papel hacia George y este lo tomó. Lo leyó, lo dobló y se lo metió en el bolsillo—. Bienvenido a la aristocracia, lord Burkes. Espero que pueda cambiar todo lo que su título ha llevado hasta ahora.

—Lo haré —aseguró él.

—Tío Federith es un hombre muy honrado. Mientras que otros jueces utilizan su poder para coaccionar o extorsionar a la gente, él solo usa su elocuente verborrea, su sensatez y las leyes para que todo el mundo entre en razón —explicó llena de orgullo.

—Los hombres justos también pueden enfadarse y olvidar los principios morales —insistió George con cierta diversión.

—Solo lo he visto enfadado una sola vez y no fue por problemas de trabajo, sino por lo que Hope y yo hicimos —explicó ruborizada Tricia.

—¿Qué hicisteis?

—No quiero aburrirte con tonterías infantiles —dijo retirándose de él para sentarse adecuadamente—. Deberíamos centrarnos en lo que ocurrirá mañana, cuando llegemos a Lambergury.

—No me aburrirás contándome ese tipo de anécdotas —comentó, girándose hacia ella y cogiéndola de las manos—. Y ya hablaremos de ello mañana.

—¿De verdad quieres saber qué hicimos?

—Quiero saber más cosas sobre mi esposa —afirmó antes de besarle las manos—. Porque mucho me temo que has sido una niña muy traviesa.

—¡Para nada! —exclamó ruborizada—. ¿Cómo iba a serlo con tres hombres observándome todo el tiempo?

—Entonces, ¿qué ocurrió con Hope para enfadar al barón? —perseveró George. Prefería hablar sobre el pasado de ella que sobre el futuro que tendrían a partir del día siguiente. ¿Cómo reaccionaría cuando viera Lambergury? ¿Cómo actuaría cuando le explicara que no podría cambiar ni quitar nada durante los tres primeros años? ¿Y sobre el tema de darle un heredero? Muchas cosas. Tenían que conversar sobre muchos asuntos importantes que podrían destrozar su matrimonio.

—¡Está bien! —claudicó Tricia—. Pero no quiero que me juzgues por una tontería semejante. Te aseguro que soy una mujer muy cabal.

—Por supuesto, querida. Nunca lo he dudado. Ni tan siquiera lo pensé durante la noche que pasamos en el balcón —replicó divertido.

—¿Ves? Si te cuento lo que ocurrió, deducirás que te has casado con la mujer equivocada y que deberías haberte prometido a...

No pudo decir el nombre de Sarah Preston porque los labios de George la interrumpieron. Tricia cerró los ojos, alargó las manos hacia el cuello de su marido y olvidó todo aquello que pensó antes de ser besada. Su cuerpo tembló, su corazón latió acelerado y notó cierta quemazón entre sus piernas.

—No es justo... —susurró jadeando.

—¿Que te bese? —preguntó divertido George—. Puedo hacerlo cada vez que me apetezca porque eres mi esposa.

—Y nunca me negaré. Pero no es justo que lo hagas y que se me olvide todo lo que estaba a punto de decirte —expuso, acurrucándose de nuevo sobre él.

—Eso tiene solución, querida. Yo puedo recordarte que ibas a narrarme el motivo por el que el barón se enfadó con su hija y contigo. —Echó su brazo sobre ella y comenzó a acariciarle el hombro con las yemas de los dedos.

—Fue un día de picnic —empezó a contar—. Mis padres y los Sheiton al completo asistieron a la residencia de campo de los Riderland. Evah acababa de cumplir dieciséis años y tío Roger y tía Evelyn querían hacer una fiesta en su honor. Todo fue maravilloso hasta que Evah decidió no seguir custodiándonos.

—Imagino que ella no aceptó de buen grado pasarse el día de su fiesta cuidando de dos niñas pequeñas —intervino George.

—Solían hacerlo algunas doncellas, pero aquel día nuestros padres les dieron descanso —explicó Tricia al tiempo que colocaba la mano derecha sobre el pecho de su marido—. Evah nos dijo que permaneciéramos sentadas junto a la orilla del río mientras ella atendía a las dos amigas que había traído del colegio.

—No os quedasteis sentadas, ¿verdad?

—Durante un buen tiempo sí que acatamos su orden. Pero terminamos por aburrirnos y comenzamos a jugar con los renacuajos que vivían en los bordes. De repente, a Hope se le ocurrió la idea de coger algunos para enseñárselos a su padre y que nos explicara por qué se convertían en ranas. —Paró de hablar, volvió la cara hacia la de su esposo, quien ya mostraba una enorme sonrisa, suspiró y continuó—: Como no pudimos atrapar ninguno, porque no teníamos nada con qué cogerlos, nos metimos en el río hasta la cintura y lo intentamos con las faldas de nuestros vestidos. Cuando mi madre nos vio, comenzó a gritar como si hubiera ocurrido una tragedia. Entonces todos acudieron a ver qué ocurría. Tío Federith y tía Anaís sacaron a Hope rápidamente. Le quitaron el vestido e intentaron secalarla. Los míos me obligaron a quedarme allí un rato más, hasta que noté cómo mis dientes castañeaban. Después, delante del fuego de una chimenea, Hope intentó explicarles el motivo por el que lo habíamos hecho. Mientras tío Roger se reía y nos

llamaba ranitas, tío Federith regañaba a su hija y la castigaba sin salir dos semanas de su hogar.

—No hicisteis nada malo. Todos los niños terminan metidos en un río si tienen uno cerca —comentó George abrazándola.

—Ya, pero Hope se puso muy enferma y se pasó un largo mes metida en cama.

—Y los Sheiton se preocuparon por su salud porque, si no me equivoco, solo tienen a esa hija —apuntó Laxton.

—Y Eric. Aunque él es hijo de Federith y su primera esposa.

—Bueno, actuaron tal como deben hacer unos padres responsables y, como bien has dicho, Sheiton es un hombre muy sensato.

—¿Los tuyos también lo fueron? —quiso saber sin apartar la mirada de aquellos ojos grises que, otra vez, presentaron tristeza.

—Hasta que murieron, sí que lo hicieron —claudicó George—. Pero no hablemos sobre eso ahora. Es mejor que descansemos un rato —dijo justo antes de que ella pudiera preguntarle algo más sobre ellos—. Nos quedan tres o cuatro horas de camino hasta que podamos parar y almorzar.

—No estoy cansada, George —expuso separándose de nuevo. Se movió incómoda en el asiento y lo miró perpleja.

—En ese caso, descansaré yo un rato —comentó antes de darle un beso en la frente y girarse hacia la ventana.

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué George volvía a utilizar las dos caras de la moneda con tanta facilidad? Segundos antes estaba consolándola por un hecho que aconteció en el pasado y ahora... ahora le daba la espalda, como si no existiera. ¿Por qué se negaba a hablarle sobre el pasado? Entendía que habría sido muy duro para él enfrentarse a un mundo sin sus padres. Comprendía que tuvo que superar un momento muy difícil en su vida, pero habían pasado muchos años desde que aquello ocurrió y, supuestamente, debió superarlo... ¿o tal vez no? Si Anne estaba en lo cierto, si el conde de Burkes fue un monstruo, quizá también lo fue para él.

Apartó las lágrimas que se habían deslizado por su rostro y sofocó un leve lamento. Cada vez que estaba con él, más consciente era de que aquel hombre, cuyo rostro cambiaba de emoción con rapidez, escondía muchos secretos. Pero ella los descubriría, no iba a permitir que esas incógnitas pasadas destrozaran su matrimonio. ¿Cómo superaría ese obstáculo, ese muro entre ellos? Con la única arma que poseía: su amor. Cuando quisiera alejarse, ella se acercaría. Cuando quisiera esconderse, ella lo encontraría y le demostraría, en todas las ocasiones posibles, que podía contar con su ayuda, con su presencia y que nada los separaría.

Inspiró hondo, se aproximó a él y apoyó la cabeza sobre su pecho. Respiraba agitado y el corazón volvía a latir acelerado. Sí, él estaba tan confuso como lo estaba ella. Quizás necesitaba tiempo para poder confesarle aquello que tanto se obsesionaba en ocultar. Pero no importaba, lo único que tenían era tiempo, mucho. Colocó la mano derecha sobre el lugar donde se hallaba ese corazón alterado y extendió los dedos. En ese preciso instante, el ritmo comenzó a aminorar, al igual que hizo su respiración. Tricia levantó el rostro hasta que ambas miradas se encontraron.

—Estoy aquí y lo estaré siempre —susurró.

—Eso espero.

Al percibir en su tono cierta duda, se incorporó lo justo para poder tocar con su boca aquellos temblorosos labios. Lo besó con ternura y, cuando notó los fuertes brazos de su esposo rodeándola, se retiró, sonrió y volvió a posar su cabeza sobre el pecho, ya tranquilo.



Ángela salió del carruaje disparada cuando este paró. Una vez que pisó el suelo, miró hacia

el vehículo en el que viajaba Tricia y esperó a que el cochero abriese la puerta. Necesitaba verla cuanto antes. Quería confirmar que ella estaba bien y que el presentimiento que había surgido durante el camino no tenía nada que ver con la muchacha. Sin embargo, cuando la joven bajó ayudada por su marido y pudo contemplar su rostro, el mal presagio se hizo más intenso e insufrible. ¿Qué había ocurrido allí dentro? ¿Por qué se le erizaba la piel cada vez que se hallaba cerca de lord Burkes? Obligándose a mostrar una calma que no lograba alcanzar, se dirigió hacia ellos y esperó en silencio a que el matrimonio finalizara su conversación. Luego, sin mirarla, Tricia emprendió una caminata hacia el horizonte.

—¡Menudo dolor de espalda tengo! —exclamó en español cuando ambas se alejaron lo suficiente para que nadie pudiera escucharlas.

—Ya te dije que sería un viaje largo y angustioso —contestó con desdén mientras miraba por encima del hombro a su marido. Este le indicaba a uno de los empleados lo que habían decidido: almorzar y descansar durante un breve período de tiempo.

—Cuando esta noche me desplome sobre el colchón, no podré levantarme en varios días —continuó diciendo Ángela entornando los ojos al escuchar la respuesta de la muchacha. En otro momento, le habría dicho que era una exagerada y se habría reído de ella, pero no actuó como siempre. Ese comportamiento inusual consolidó su sospecha. ¿Cómo debía actuar una verdadera dama de compañía? ¿Evitaría hablar sobre aquello que preocupase a su señora? Bueno, en realidad ella no era una verdadera dama de compañía y tampoco podía comportarse como si no sucediera nada. Con lo cual, determinó que lo mejor era averiguar qué le preocupaba a Tricia y ayudarla en todo lo que pudiera—. No sería conveniente que nos alejáramos mucho, lady Rutland. Podríamos encontrarnos un león.

—No digas tonterías. Aquí no hay leones —apuntó Tricia volviéndose hacia ella—. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué me miras así?

—Porque no me ha corregido cuando la he llamado lady Rutland.

—Tal vez porque aún no estoy acostumbrada a utilizar el nombre del título que ya ostenta mi marido —se defendió continuando el paso.

—Sabe que le juré fidelidad y protección, y que puedo ayudarla si...

—No me sucede nada, Ángela —la cortó con rapidez.

—Si usted lo dice. —La siguió hasta que alcanzaron una distancia considerable. Cuando volvió la cabeza hacia atrás y observó que estaban bastante alejadas, paró—. Si continuamos hacia delante, su marido podría preocuparse.

—No quiero que mi esposo me vea haciendo aguas menores —declaró Tricia enfadada.

—¿Aguas menores? ¿Se refiere al pis?

—¡Maldita sea, Ángela! ¿Vas a cuestionar todo lo que diga? —exclamó desesperada—. ¡Lo siento! —añadió acercándose a ella y cogiéndole las manos—. No ha sido correcto hablarte de esa manera. Perdóname, por favor.

—Señora, no tengo que perdonarle nada. Entiendo que tantas horas de viaje han podido dañarle la cabeza.

—Sí, eso ha debido ser. Quiero llegar a Lambergury de una vez por todas y... —dijo separándose de ella y caminando hacia delante de nuevo.

—¿Y?

—Y descansar.

Durante unos minutos más, ambas continuaron andando en silencio. Ángela aprovechó el tiempo para rezar y pedirle a Dios que la joven le confesara qué había ocurrido y qué tenía en su mente para exaltarse de esa forma; desde que la conocía, nunca la había visto comportarse tan a la

defensiva.

—¿Ángela? —Tricia se paró y se giró hacia ella.

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo caminando hacia la dama.

—Puede hacerme todas las preguntas que desee —admitió esperanzada y agradecida al comprender que sus súplicas habían sido escuchadas con rapidez.

—¿Cómo debe actuar una esposa cuando sabe que su marido tiene secretos que no desea desvelar?

—En primer lugar, todo el mundo tiene secretos —empezó a decir al tiempo que se colocaba a la derecha de la muchacha y la hacía regresar, de manera sutil, hacia los carruajes—. Da igual que esa persona sea un marido, una esposa, un hijo, un tío o un amigo. En segundo lugar, creo que no se debe obligar a nadie a hablar sobre ello. Hay que ser paciente y esperar a que esa persona decida hacerlo.

—¿Aunque ese secreto pueda dañar el matrimonio? —insistió la joven.

—Si hay amor y comprensión, nada podrá destruirlo —reflexionó con calma.

—No estoy tan segura... —murmuró con tristeza.

—¿Piensa que su esposo no es sincero con usted? —soltó sin dar más rodeos.

—No lo pienso, estoy segura de ello —admitió parándose en mitad del trayecto—. Pero no sé cómo afrontar esa situación. La incertidumbre me corroe el alma y me hace sufrir.

—¿Qué le dice su corazón? —preguntó volviéndose hacia ella.

—Que sufre, que siente un terrible pesar y que no encuentra el momento adecuado para librarse de ese dolor.

—La única manera de lograr su confesión es demostrándole que nada de lo que pueda haber hecho en el pasado cambiará lo que siente por él. —La mano de Tricia la frenó y la impidió seguir.

—¿Qué sabes tú sobre el pasado de mi marido, Ángela? —preguntó, entornando los ojos

—Solo habladurías —dijo mirándola sin parpadear y sin sentir remordimientos por su descaro.

—Se trata del difunto conde de Burkes, ¿verdad? —perseveró la joven.

—Sí.

—La vizcondesa de Devon me dijo que fue un monstruo, que causó odio y sufrimiento a todas las personas que lo rodearon —declaró con voz entrecortada debido a su agitada respiración.

—Eso mismo he escuchado yo —dijo Ángela.

—¿Piensas que él también sufrió su maldad?

—Voy a responder con otra pregunta, señora. —Se giró hacia el lugar en el que se encontraban los carruajes y fijó los ojos verdes en el conde—. ¿Qué le dice su instinto?

—¿Instinto?

—Sí, eso que sentimos las mujeres en el interior, eso que solemos predecir y acertar —aclaró.

—Que le hizo mucho daño y que aún no ha sido capaz de recuperarse —admitió, clavando la mirada en el hombre que amaba y quien la vigilaba desde la distancia.

—Pues la única forma de ayudarlo es luchar con uñas y dientes contra esa maldad y mostrarle un futuro diferente —aseveró antes de dar un nuevo paso.

—Será difícil —determinó caminando ella también.

—Nada en la vida es fácil, señora —aseguró Ángela.

## IX



Como acordaron, la parada fue bastante breve. George y ella permanecieron sentados sobre una manta para comer, pero ninguno de los dos probó bocado porque mientras él daba vueltas con los dedos al sándwich de melaza y mantenía la mirada perdida, Tricia lo observaba intentando averiguar qué lo tenía tan abstraído. Cansada de esa actitud distante, se levantó, se sacudió el vestido y, sin pedir ayuda, se metió en el carruaje. Pocos minutos después apareció él. En silencio, se sentó a su lado, colocó las piernas sobre el asiento delantero y se cruzó de brazos. De nuevo actuaba como si no estuviera y eso causó un inmenso pesar en el corazón de la joven. Giró la cara hacia su izquierda cuando sus ojos se llenaron de lágrimas y se esforzó para que estas no bajaran por el rostro. No podía sufrir ni llorar por algo que aún desconocía. Tampoco podían continuar así: ella preguntándose qué había dicho o hecho mal y él adoptando una postura fría y distante. Necesitaban zanjar la situación y, dado que él no deseaba solucionar el problema, debía hacerlo ella.

Cuando el carruaje comenzó la marcha, le retiró los brazos cruzados, se recostó sobre el pecho y apoyó una mano sobre el firme estómago.

—Mi comida preferida son las salchichas con puré de patatas. Madre siempre regaña a la señora Stone cuando me sirve más de las que puedo tomar porque luego paso todo el día con un fuerte dolor de estómago.

—El mío es el *pastý*. Aunque llevo mucho tiempo sin comerlo —comentó mientras se acomodaba en el asiento para abrazarla mejor.

—No me gustan las espinacas ni el *brandy* —prosiguió.

—Lo del *brandy* ya lo deduje ayer —expuso mucho más relajado.

—Me quema la garganta y el vientre.

—Para las personas que no están acostumbradas a beberlo, suele pasar —le aseguró.

—¿Qué comida odias? —preguntó, levantando ligeramente el rostro para mirarlo.

—El pudín. Soy incapaz de tragarme una cucharada. Cada vez que lo he intentado, he terminado vomitando.

—A mí tampoco me gusta —manifestó recostándose de nuevo sobre el torso de su marido.

Debido a ese cambio de actitud, el viaje hasta la posada fue más calmado de lo que empezó. Después de hablar sobre sus gustos culinarios y de sus colores preferidos, se centraron en un tema que George le pidió: Ángela. Tricia le contó cómo la había conocido y cómo se convirtió en la única persona de su confianza. Laxton soltó una atronadora carcajada al escuchar que el difunto marido de la dama de compañía fue un asaltador de caminos y que, mientras ella pensaba que su adorado marido trabajaba en el campo, este apuntaba con una pistola a los ricos españoles que se atrevían a viajar por el camino que él vigilaba.

—Cuando Pedro murió, todo el mundo le cerró las puertas. No querían saber nada de la viuda de Domínguez —explicó Tricia mientras sentía el calor que radiaban las manos de George en las suyas—. Por eso acudí a la finca de mi hermana, para pedir trabajo.

—Y se lo diste —admitió con una gran sonrisa.

—¿Cómo no hacerlo? ¡Si es un ángel! —contestó ella.

—La quieres mucho para definirla de esa manera, querida, porque esa mujer solo tiene de ángel el nombre. ¿No te has dado cuenta de cómo anda, viste o mira? —continuó divertido.

—Viste de riguroso negro porque los españoles son muy estrictos con el luto. Camina así porque tiene las piernas muy largas y, según ella, le cuesta controlarlas y sus ojos verdes no miran con maldad sino con desconfianza, pues no se fía de nadie —la defendió.

—La entiendo. A mí me ocurriría lo mismo si mi esposa, a quien considero una mujer tierna y cándida, resultara ser una asaltadora de caminos —prosiguió con sarcasmo.

—¡Pobrecita! —exclamó, dándole un pequeño golpe en el pecho a modo de regañina—. ¡No deberías reírte así de los pesares de la gente!

—No me río, Tricia, solo confirmo, con gran satisfacción, que todos tienen un pasado y que deben enfrentarse a él con valentía, como hizo Ángela cuando apareció en la residencia de tu hermana y os confesó, antes de que le dierais trabajo, que era la viuda de un ladrón.

«Eso mismo deberías pensar sobre ti, George», reflexionó Tricia mientras lo miraba con cariño.

Luego se centró en explicarle el motivo por el que viajó a España y todo lo que allí descubrió. Le habló sobre el clima, sobre las costumbres y la gastronomía. Aunque fueron temas muy triviales, lograron aquello que pretendió: que su marido se relajara y que olvidara todo lo que le causaba daño. Tal como le indicó Ángela, lucharía contra el pasado oscuro de su esposo con amor y comprensión.

—El posadero tiene habitaciones suficientes para acogernos durante la noche —explicó George al regresar a su lado.

—¿Le has pedido un colchón mullido para la habitación de Ángela? Ya te he dicho que le duele la espalda —comentó aceptando la mano que le ofrecía para bajar.

—Sí, la señora Domínguez descansará esta noche sobre la mejor lana virgen que pueden ofrecer las ovejas inglesas —apuntó George sonriendo de oreja a oreja.

—Seguro que te agradecerá ese gesto misericordioso —dijo después de darle un beso en la mejilla.

—Te confieso que no lo hago para que ella me lo agradezca, sino para complacerte a ti. Y espero que esta noche puedas mostrarme tu enorme gratitud —alegó suspicaz mientras caminaban agarrados hacia la posada.

—¿Qué clase de gratitud requerirá mi esposo una vez que nos quedemos a solas? —perseveró ella con picardía.

—Del que incluye la palabra placer —susurró al oído.

Tricia notó cómo le ardían las mejillas y el pulso se le disparaba. ¿Era una advertencia o una promesa? Fuera lo que fuese, estaba dispuesta a vivirla o padecerla si con ello lograba que el rostro de su marido continuara expresando felicidad.

Como no habían tomado nada en el almuerzo, se atiborraron en la cena. El mesonero les ofreció las mejores viandas que preparaba su esposa. Por desgracia, no tenían ni *pasty* ni salchichas con puré de patatas, pero el pato, las verduras guisadas y el vino les pareció a ambos una comida digna de dioses. Cuando finalizaron, George la invitó a dar un pequeño paseo, pero no habían dado ni cuatro pasos en el exterior cuando sintió las manos de su marido atraparla por la cintura y el calor de aquella sensual boca sobre la de ella.

—No te demores mucho cuando subas con Ángela a la habitación —le pidió al terminar el beso—. Esta noche quiero enseñarte lo que realmente ocurre entre dos recién casados.

—Pensé que ya me lo demostraste ayer —respondió ella azorada.

—Ayer no te revelé nada, querida —comentó mientras le acariciaba con los pulgares las mejillas—. Estaba tan concentrado en no hacerte daño que no recuerdo si te besé cómo merecías.

—No. No lo hiciste —apuntó antes de apoyar las puntas de los zapatos en el suelo y acercarse tanto que sus labios acariciaron los de él—. Por ese despiadado descuido, merezco ser recompensada.

George echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada al escucharla. Luego le dio un beso en la frente, le palmeó el trasero y la giró hacia la entrada.

—Te recompensaré, te lo prometo —dijo antes de abrir la puerta de la fonda.

—Gracias, milord —señaló Tricia burlona.

En cuanto entraron, la muchacha buscó con la mirada a Ángela y le hizo un leve movimiento con la cabeza. La dama de compañía entendió con rapidez qué deseaba y se colocó a los pies de la escalera.

—No tardes mucho —le murmuró a George cuando se retiró de su lado.

—Solo el necesario.

Todo debía estar perfecto para él. No quería que nada pudiera estropear aquello que con tanta meticulosidad planeó. Por ese motivo, apagó las lámparas de gas. Tan solo las llamas de la lumbre iluminaban el interior de la habitación. Esperaba que la penumbra le aportase la confianza suficiente para que se desnudara ante ella. «Recuerde que no debe atosigarlo. Él decidirá el momento adecuado para mostrarse a usted», «El sexo es la mejor arma que tiene a su alcance. Comportese con descaro, desinhibida, como hacen las amantes. ¿Por qué piensa que los hombres las buscan? Porque necesitan una mujer que les dé placer. Y, ¿por qué cree que muchas amantes arruinan a sus amados? Porque gracias al sexo, los hombres pierden la cabeza y se olvidan de cuál es su verdadero deber». Iba a seguir el consejo de Ángela. Se comportaría con descaro, buscaría la manera de darle placer y que no volviese a pensar en aquello que lo inquietaba.

Angustiada por la espera, pues llevaba bastante tiempo sola, caminó hacia el espejo de la cómoda y se miró. Sus ojos mostraban la ansiedad que sentía su corazón y sus labios, el anhelo de la boca de su marido. Se alisó el camisón que, pese a llegarle a los tobillos, era bastante atrevido pues la tela se transparentaba tanto que parecía no llevar nada. Se apartó los mechones húmedos del hombro y se acercó aún más a su reflejo. Sus mejillas estaban tan rojas y calientes que ni otro baño de agua templada las calmaría. ¿Qué pensaría George cuando la descubriera tan excitada y acalorada? ¿Qué debía contestarle si le preguntaba por ello? Como no halló una respuesta convincente, se volvió con rapidez y caminó hacia la lumbre. Si él advertía el sonrojo de su rostro alegraría que el culpable de ese sofoco eran las llamas y no la zozobra que sentía por volver a disfrutar de una noche a solas con él. ¿Cómo sería esta vez? ¿También le dolería? ¿Sufriría cuando se introdujera en su cuerpo? Aunque eso ocurriera, se había propuesto no mostrar sufrimiento sino placer. El mismo que él le prometió tener.

—No te muevas —ordenó George al entrar y encontrarla frente a la chimenea—. Déjame que observe esa imagen tan erótica que presentas.



Tricia llevaba sola algo más de media hora. Le había prometido que acudiría pronto, pero no pudo hacerlo.

Mientras se bebía el resto de *brandy* que le quedaba de la segunda copa miró hacia el piso de arriba y frunció el ceño. Las dudas lo asaltaron de nuevo y la decepción, también. Vivía una continua tortura cuando ella estaba cerca. Por un lado, deseaba besarla, acariciarla y expresarle con palabras ese sentimiento de felicidad que crecía en su interior. Pero le frenaba el otro lado,

ese que no paraba de repetirle que era un bastardo por haberla atrapado en un mundo que no se merecía y que por su culpa terminaría destruida. Había podido eludir la realidad hasta el momento. Sin embargo, al día siguiente, cuando llegaron a Lambergury, todo cambiaría entre ellos. Ya no habría risas, ni besos, ni palabras tiernas, sino rencor y odio al descubrir en quién la había convertido.

Dio un paso hacia delante después de posar esa copa vacía sobre el mostrador. ¿Cuándo sacaría el valor que necesitaba para explicarle que durante tres angustiosos años no podrían tocar nada de aquel horrible lugar, que debía adaptarse a esa oscuridad? ¿Cómo mantendría en secreto lo que allí sucedió si todo el mundo conocía la historia? Aunque en Lambergury no quedaban apenas empleados que trabajaran bajo las órdenes de Oliver, estos se habían negado a continuar sirviéndoles, alguien podría contarle los rumores que se extendieron en el pueblo sobre él. ¿Qué pensaría cuando descubriese que su marido, para aplacar el sufrimiento, se refugiaba en el placer sexual? ¿Le contarían que su tío, Clarke y Madden lo hallaron, junto con Logan, practicando sexo con una de las sirvientas?

Apretó los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en las palmas. Eso era cosa del pasado, de cuando no era capaz de buscar más soluciones para sobrellevar el terror que padecía. Ahora se había convertido en un hombre diferente, uno que solo se preocupaba del bienestar de su esposa y que sería incapaz de buscar otros brazos u otros besos que no fueran los de ella. ¿Y si la encerraba en la residencia hasta que encontrara la valentía para hacerlo? No podía cometer una atrocidad semejante. Esa forma de actuar sería más propia de su tío que de él. Además, debía recordar la promesa que le hizo a Blanche: librar al título de la maldad que había mantenido durante siglos.

Lo intentó de nuevo, el propósito de avanzar hacia la habitación. En esa ocasión, sus pies no necesitaron la orden del cerebro, ellos mismos actuaron ante la urgencia que padecía su corazón por estar de nuevo con ella. Pasó la palma izquierda por el pasamanos y pisó cada peldaño con angustia. Parecía que iba directo a la muerte en vez disfrutar del cuerpo de su amada esposa. Amada... Eso sí que lo dejó atónito. Cuando le dijo al duque de Rutland, la noche que los encontró en el balcón, las palabras *porque la amo* brotaron de sus labios por deber. Pero ahora, después de conocerla un poco más, empezaba a notar que esas palabras se hacían realidad.

Caminó por el pequeño pasillo en silencio, cavilando sobre ese sentimiento que crecía en él y en lo extraño que le resultaba hablar de amor cuando nunca lo había tenido. Para su entender, pocas veces se hallaba la felicidad y necesidad en una esposa, aunque sus padres le mostraron, durante unos años, que el amor existía y que se podía obtener. Sin embargo, ese concepto desapareció de su mente al vivir con Oliver.

Colocó la mano derecha sobre el pomo y lo giró despacio. Cuando abrió la puerta, se quedó sin aliento al ver a su esposa frente a la chimenea, iluminada tan solo por la luz del fuego. Su corazón, ese que apenas podía escuchar ni percibir porque nada lo alteraba, comenzó a palpitar agitado, extasiado y feliz. Eso mismo era Tricia para él. Una agitación constante de sentimientos. Un torbellino de emociones que, una vez que cesaba de girar, solo quedaba lo evidente: ella.

Sin hacer ruido, cerró al entrar, caminó hasta colocarse junto a la cama. Cuando supo que Tricia había notado su presencia e iba a volverse hacia él, le dijo:

—No te muevas. Déjame que observe esa imagen tan erótica que presentas.

—¿Erótica? —preguntó sin mover ni una sola pestaña.

—Sí —afirmó dirigiéndose hacia ella—. Es precioso contemplar cómo la luz de las llamas atraviesa la tela de ese camisón y dibuja la silueta de tu cuerpo.

Se acercó por detrás y la dejó atrapada entre él y la chimenea. Al sentir las manos recorrerle

las piernas, las nalgas, los brazos, comenzó a respirar entrecortada y su cuerpo se contrajo y se relajó sin control.

—¿Por qué has dejado la habitación en penumbra? —preguntó con los labios pegados a su cuello e inspirando con fuerza su perfume—. ¿Te duele la cabeza?

—No, solo tengo los ojos cansados y Ángela me sugirió que apagara todas las lámparas para que no terminara quedándome ciega —puso como excusa.

—Me gustan las ideas de tu dama de compañía —apuntó al tiempo que apretaba las yemas de los dedos sobre el vientre de Tricia—. Como siga aconsejándote de esta manera, también empezaré a considerarla un ángel —le dijo con tanta suavidad que a ella se le erizó el vello.

—¿Quieres ponerme celosa, amor mío? —soltó divertida al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás y la apoyaba sobre su tórax.

—No es mi intención, amor mío —respondió sonriendo de oreja a oreja.

—Eso espero. Si mal no recuerdo, me has prometido que no habrá otra mujer en tus brazos salvo yo —expuso con pequeños jadeos pues las manos, esas que habían acariciado su vientre, ahora se agarraban a sus pechos, acariciándolos, masajeándolos, por encima del camisón.

—No la habrá jamás —declaró George antes de abandonar los gustosos senos, agarrarle los brazos y darle la vuelta con un brusco giro—. ¡Jamás! —repitió.

Justo después de reiterar el juramento, su boca buscó la de ella con tanta necesidad y anhelo que se olvidaron de respirar. La lengua de George saboreó sin piedad el interior de la de Tricia, quedándose atónito al comprender que su ansiedad era correspondida con la misma fuerza. Los leves jadeos que emitía, el temblor de su cuerpo y la forma en la que le clavaba las puntas de los dedos en los hombros de la chaqueta lo excitaron tanto que su mente se liberó de la presión que había sentido antes de entrar en la habitación. Quedaron atrás las dudas, las indecisiones y cómo actuaría a la mañana siguiente. Se sintió libre y, antes de que pudiera retirar los labios, comenzó a quitarse la chaqueta.

—¿Esto es normal? —preguntó Tricia ayudándolo a despojarse de las prendas.

—Dime a qué te refieres y te responderé —dijo en mitad de esa desesperación por desnudarse. Mientras tanto, no cesaba de darle pequeños besos en la boca, el cuello, la nariz y las mejillas.

—Desearte como lo hago —aclaró—. Quiero sentirte en mi interior, George. Quiero notar de nuevo la presión de tu sexo en mi cuerpo. Necesito que nos convirtamos en un solo ser y que ambos gritemos de placer al hacerlo.

—¡Maldición! —exclamó desesperado. Se quitó los zapatos, que volaron hacia algún lugar de la habitación, e intentó quitarse el botón del pantalón. Al no lograr una acción tan sencilla, pues las manos le temblaban tanto que no era capaz de meter el botón por el ojal, tiró de él y lo arrancó. Luego, alargó la mano derecha, cogió la izquierda de Tricia y se la colocó sobre la erección—. Esto no es normal, querida. No lo es en absoluto.

—¿Estás excitado por mí? ¿Me deseas tanto como yo te deseo a ti? —preguntó sin retirar la mano de esa dureza que palpitaba al tocarla.

—Estoy muy excitado, Tricia. Y te deseo muchísimo —desveló tras arrancarse de un impulso los botones de la camisa.

—¿Puedo tocarte? —preguntó ella mirándolo a los ojos e intentando aplacar esa sensación que surgió de cada poro de su piel, al ver cómo George se volvía tan demente y exasperado que actuaba como una bestia.

—Puedes —dijo en voz baja, imaginando qué ocurriría a continuación.

Pero su esposa siempre lo sorprendía y en esta ocasión también lo hizo. Él dedujo, con pesar,

que pondría sus dedos en el pecho y que deslizaría por sus hombros la camisa hasta quitársela. Eso no ocurrió. Tricia, atrevida, metió la mano dentro del pantalón y comenzó a acariciarle la erección. George no supo reaccionar, se quedó tenso, como si acabase de contemplar una estrella caer del cielo. Cerró los ojos y emitió un profundo suspiro cuando su miembro fue tocado por las suaves y delicadas yemas. Empezó a temblar y se sintió tan mareado que tuvo que extender el brazo derecho hacia uno de los doseles de madera para poder agarrarse y seguir de pie.

—¿Te hago daño?

—No, querida. Al contrario, me das tanto placer que no sé cómo he frenado mis ganas de arrodillarme ante ti —respondió entre jadeos.

—¿Eso es bueno?

—Mucho —contestó entreabriendo los ojos para contemplar el rostro más hermoso que había visto en la vida.

Sin pensárselo dos veces, retiró la mano del dosel y la acercó, junto con la otra, hacia la bella cara de su esposa. Cuando sus palmas la acunaron, la atrajo a su boca y la besó con calma, sin prisas, con deleite, pues el tiempo se había detenido para ellos.

No había ni una sola parte de su cuerpo que no temblara de emoción ante el beso que le estaba dando George. Era tan suave y tierno, tan apacible y cálido, que tuvo ganas de ponerse a llorar. Ese era el hombre al que amaba, al que le regalaba, sin condiciones, su corazón. Muy despacio y con cierta indecisión, posó la otra mano sobre el pecho de George. Creyó que se la apartaría, que interrumpiría aquel momento para llenarlo de nuevo con miedo, pero no fue así. Él apartó una de su rostro y la posó sobre esa mano instándole a que continuara tocándolo. Y lo hizo. Pese a que no estaba muy segura de cómo actuaría si cambiaba de opinión, recorrió con las yemas de los dedos la amplitud de su torso. Al palpar la dureza de un pezón descubrió con asombro que se ponían rígidos como los suyos. ¿La excitación también provocaba ese tipo de reacciones en él? Evitó mostrar felicidad y satisfacción al deducir que así era. Su marido sucumbía al deseo y a la necesidad que ella misma sentía. Y lo iba a complacer hasta que perdiera las fuerzas, hasta que dejara de respirar, hasta que olvidara en quién se había convertido.

—Mi querida esposa —susurró él tras apartar los labios de esa boca gloriosa.

—Mi querido esposo —respondió sin apartar la mano que acariciaba su sexo y sintiendo cómo unas gotas brotadas de este mojaban su palma.

—Tan seductora y temida como la *Lamia*<sup>6</sup>.

—No tengas miedo de mí, George. Jamás te hará daño —le aseguró con voz estrangulada pues le pareció hermoso y revelador que la comparara con ese ser mitológico.

Volvieron a besarse. Poco a poco subió de intensidad, volviéndolos locos de deseo. Frente a los crujidos que provocaban las ascuas en el interior de la chimenea, los gemidos de ambos amantes se hicieron menos silenciosos y llenaron el interior de la habitación. Tricia notó cómo la temperatura de su cuerpo aumentaba tanto que comenzó a sudar, haciendo que la tela del camisón se pegara a su piel. Fuera lo que fuese aquello que estaba ocurriendo entre los dos, lo necesitaba más que incluso respirar. Continuó acariciando el sexo de George hasta que notó la presión en la muñeca de una fuerte mano. Abrió los ojos, temerosa al pensar que ya no lo hacía bien, pero lo que observó en el rostro de su marido no fue dolor, sino la agonía que sentía al esforzarse para no culminar.

—Eres tan perfecta —le susurró, posando la frente sobre la de ella mientras sus manos se extendían a lo largo del camisón y comenzaban a deslizarlo por su cuerpo.

—Tú también lo eres para mí —dijo apoyando las suyas sobre el agitado torso.

Justo cuando había decidido despojarle de la camisa, él le retiró las manos y se las alzó por

encima de la cabeza. El camisón subió despacio por las piernas, por la cintura, por el pecho, por el cuello, hasta que se quedó completamente desnuda. George dejó esa prenda en el suelo y la miró con tal deleite que Tricia notó cómo se le endurecían los pezones y aparecía un extraño palpar entre las piernas. Excitación. Ese era el término que la describía y así mismo se sentía.

—¿Te gusta lo que ves? —se atrevió a decir tras dar un paso hacia atrás.

No le respondió con palabras sino con hechos. George se arrodilló ante ella y comenzó a besarla desde el empeine de los pies. Cuando llegó al sexo y la invitó a que abriera las piernas, estas comenzaron a temblar. Al igual que hizo él cuando le acarició su sexo, ella tuvo que extender una mano hacia un dosel para no terminar en el suelo.

—Este perfume... Tu fragancia de mujer —susurró al acercar la nariz a los oscuros rizos e inspirar—. Tu sabor... Tu esencia... Tu intimidad —prosiguió jadeando antes de besar con ternura el anverso de sus muslos.

Asombrada, extasiada y deseando sentir lo que la noche anterior él levemente le mostró, no dudó en alzar el pie izquierdo sobre el colchón y mostrarle más de lo que él deseaba y admiraba.

—Soy toda tuya —dijo con descaro—. Cumple tu promesa, George. Bésame tal como debiste hacer ayer.

No oyó el profundo suspiro que este dio justo antes de posar la boca en su sexo, ni lo escuchó resollar de placer cuando saboreó la secreción femenina que emanó de su interior. Lo único que pudo oír fueron sus propios sollozos, que brotaron de su garganta incapaz de enmudecerlos. Cerró los ojos, absorta en ese mundo de gozo al que George la dirigía, mientras él apoyaba las grandes manos en las nalgas, obligándola a acercarse aún más a su rostro, facilitándose el camino para tomar aquello que necesitaba.

Descarada y desinhibida fueron las únicas palabras que aparecieron en su mente en aquel momento. Y actuó de esa forma moviendo las caderas, frotando su sexo contra la cara de George. Siguió sin escuchar cómo él jadeaba por la valentía y la osadía de su esposa. Lo único que hizo en el mágico instante fue notar y sentir sobre aquella zona la presión de los dientes, las caricias de la lengua y la succión de la boca de su amado. De repente, comenzó a gritar y su cuerpo inició un extraño balanceo que no pudo controlar. La temperatura aumentó y las gotas de sudor se convirtieron en pequeños hilos de agua.

—Placer —susurró George en el momento que apartó el rostro de entre las piernas—. Quiero darte mucho placer, Tricia —reiteró metiendo en la vagina dos de sus grandes y fuertes dedos.

La penetró una y otra vez. Y la escuchó gritar hasta el punto que podía percibir que, en los últimos sollozos causados por el orgasmo, aquella garganta comenzó a dañarse. Pero no cesó. Continuó hasta que observó la secreción de su esposa derramarse por la mano hasta su muñeca. Apretó los dedos que sujetaban el muslo derecho de Tricia y, tras asegurarse de que ella no caería, apartó su otra mano y se levantó lentamente.

—Bebe de ti, querida. Saborea el manjar más maravilloso del mundo.

Ella abrió la boca, permitiéndole que invadiera su interior igual que lo había hecho en su sexo. Cuando su lengua degustó ese sabor, cerró los ojos, pero él sacó con rapidez los dedos.

—¡Maldita sea! —exclamó George antes de rodearla con los brazos y besarla de nuevo.

Ambos se volvieron unos salvajes, unas bestias que solo podían aplacar su necesidad sintiéndose cerca. Laxton la cogió de la cintura y, olvidando lo que significaba la palabra delicadeza, la arrojó sobre el colchón. Se miraron y en aquel cruce de miradas ambos admitieron que nada les importaba, que todo lo que les rodeaba carecía de interés. Estaban solos, para disfrutar, para librarse de cualquier sentimiento angustioso o desagradable. Sin apartar los grises ojos de su mujer, se quitó los pantalones, los calzones y le siguieron a estas prendas la camisa.

Tricia suspiró tan profundo que George lo confundió con un gemido. Uno muy semejante a los que ella emitía cuando llegaba el orgasmo. Se sintió feliz, tranquilo y tan seguro de sí mismo que liberó de la cárcel al hombre que realmente era y al que Tricia encontraría cuando estuvieran solos.

Mientras ella se acomodaba en la cama, abriéndose de piernas, alargó los brazos hacia él, esperando su llegada. No tardó en acompañarla. Se colocó encima y, al apoyar las manos sobre el colchón, volvió a besarla. No lo hizo con ternura o suavidad, sino con desesperación y lujuria. Después, prosiguió con la barbilla, el cuello y los pechos. ¿Había algo más hipnótico, sabroso o adictivo? No y, dada la reacción de su sexo, que se inflamó tanto que dolió, no le quedó más remedio que aceptar la adicción que sentía por su mujer.

—George —susurró al poner, con cierta indecisión, las manos sobre sus hombros.

—Si yo disfruto de tu cuerpo, tú puedes hacer lo mismo con el mío —comentó tan fuera de sí, tan extasiado, que no fue consciente de lo que había dicho hasta que ella se sentó de golpe sobre la cama y lo abrazó.

—Te quiero, George —volvió a repetir. Luego, se separó de su marido, se colocó de rodillas y, bajo la atenta mirada de este, comenzó a besarle la boca, el cuello, los hombros... tal como él había hecho con ella.

Al llegar a la cintura, el vientre de su esposo se contrajo y le vibró el duro y grueso sexo. Tricia levantó la mirada y observó la angustia, la batalla que libraba George para no pedirle lo que ella dedujo con rapidez, agachó la cabeza y besó la punta de la sólida erección.

—¡Me muero! —gritó él colocando las manos sobre la espalda de ella, inclinando la cabeza hacia esta—. ¡Vas a matarme de placer!

No respondió. No quiso hacerlo pues su actuación le contestó que eso mismo se proponía. Matarlo, asesinarlo y que, de esa forma, surgiera un nuevo George. Continuó lamiendo e introduciendo en el interior de su boca el largo y duro falo hasta que las manos que se apoyaban en su espalda se colocaron a ambos lados de la cintura y la impulsaron hacia atrás, tumbándola de nuevo.

—Cariño... —susurró acomodando las caderas sobre las de ella.

—No se te ocurra tratarme con suavidad o juro por mi vida que me lo pagarás —dijo colocando los dedos sobre los fuertes y tensos hombros de su marido.

—No lo seré —dijo antes de situar su sexo en la entrada de la vagina. Al notar el calor de ella acogiéndolo, la penetró tal como le pidió.

—¡Sí! ¡Sigue así, George! ¡No pares ahora! —gritó Tricia tras las acometidas brutales—. ¡Entra en mí! Únete a mi cuerpo para siempre...

Cuando se echó sobre ella, debido al esfuerzo, pudo tocar aquello que tanto había deseado: su espalda. Las lágrimas brotaron de sus ojos y cayeron sobre el colchón al notar rugosidades en su piel. Eran como pequeñas y largas hebras que, tras el paso del tiempo, continuaban allí pegadas, explicando, en silencio, lo que él había soportado en el pasado. Sus sospechas fueron confirmadas: el conde de Burkes fue un monstruo con todos los que vivieron con él, incluido su esposo. Apartó despacio las manos de la espalda y las colocó sobre el rostro de George, acunándolo como hacia él cada vez que iba a besarla.

—Te quiero —repitió.

Se lo diría cada vez que tuviera la ocasión para que no lo olvidara nunca.

—Tricia... —pudo decir antes de inclinar la cabeza hacia ella y besarla mientras el orgasmo los alcanzaba y los hacía temblar—. Yo también —dijo tan bajito que su esposa no pudo escucharle porque sus gemidos lo silenciaron.

«Sea el matrimonio honroso en todos, y el lecho matrimonial sin mancilla, porque a los inmorales y a los adúlteros los juzgará Dios».

—¿Te encuentras bien? ¿Te he hecho daño? —preguntó al ponerse a su lado y atraerla hacia él.

—Me encuentro perfectamente —aseguró acomodándose a su cuerpo.

Las llamas aún seguían vivas y su luz mantenía la penumbra. Aun así, pudo contemplar el brillo de los ojos de su marido. Se levantó despacio y lo besó en la boca con ternura.

Inesperadamente, él tiró de ella y la colocó sobre su cuerpo. Sonriendo feliz, Tricia colocó las manos sobre el pecho y lo miró en silencio.

—¿Qué ves cuando me miras de esa forma? —le preguntó mientras le acariciaba los dedos.

—Veo a un hombre, a mi marido, a la persona que ha mantenido la promesa de darme placer y felicidad.

George frunció el ceño, pero con la misma rapidez que lo había hecho, lo relajó.

—No será siempre así —dijo con un tono de voz que expresó tristeza.

—Si lo fuera, no apreciaríamos momentos como este —afirmó ella.

Le dio un beso en el pecho y regresó a su lado de la cama. Esperó que él la abrazara de nuevo, sin embargo, no lo hizo pues había colocado los brazos bajo la cabeza, adoptando una postura pensativa, reflexiva.

—Mis padres se amaron hasta que les llegó la muerte —manifestó George tras tomar aire—. Recuerdo que mi hogar, en el que viví durante trece años, estuvo lleno de alegría, felicidad y amor. Mi madre me decía una y otra vez que todo lo que ellos tenían me lo debían a mí porque, gracias a mi nacimiento, pudieron hacer realidad sus sueños.

—¿Por qué te dijo eso? —preguntó, volviéndose hacia él.

Le echó el brazo derecho sobre el torso y una pierna sobre las suyas, como si de ese modo le impidiera escapar de la confesión que estaba a punto de hacer.

—Mi abuelo, el cuarto conde de Burkes, tuvo dos hijos varones. Al primero intentó educarlo tal como habían hecho con él, pero mi padre siempre se negó a seguir sus pasos. Creo que no se sintió libre de la dominación que ejercía mi abuelo hasta que se marchó a estudiar a Cambridge. Una tarde, apareció la hija de un conde acompañada de su padre y una doncella. Supuestamente, era la prometida que mi abuelo había elegido para él e iban a presentarlos. Pero mi padre no se fijó en la dama, sino en la doncella. Ese amor fue correspondido y mantuvieron un romance secreto hasta que ella se quedó embarazada. En ese momento, mi padre decidió...

—Huir con ella —finalizó Tricia.

—Sí. Eso mismo hizo —expresó colocando sus manos sobre la de Tricia—. Como era de suponer, mi abuelo lo desheredó y lo nombró hijo ilegítimo. Mi tío Oliver ocupó su lugar —masculló.

—Pero ahora ha regresado a ti, tal como debió ser desde un principio —consideró.

—Él abandonó todo por mi madre y fue feliz —prosiguió con pesar—. Yo he tenido que aceptarlo porque no me quedaba otra opción en la vida.

—Bueno, me tienes a mí. ¿No soy suficiente para usted, milord? —preguntó burlona.

—Eres más que suficiente —manifestó cogiéndole las manos para llevarlas hacia la boca y besarlas.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

—Que yo no lo sea para ti —confesó girándose hacia ella. Apoyó el codo derecho sobre el colchón y, mientras la observaba, le apartó varios mechones que ocultaban su rostro—. Quiero hacerte feliz y que jamás te arrepientas de haberte casado conmigo.

—Por si no lo recuerda bien, milord, fui yo quien lo obligó a casarse conmigo y, dado que ya no hay marcha atrás en este matrimonio, seremos felices en cualquier lugar, incluso en Lambergury.

—No estoy tan seguro —dijo antes de estirar el brazo, que apoyaba sobre la cama, hacia ella y acercarla de nuevo a él.

—Lo intentaremos —respondió Tricia sin apenas voz.

—Lo intentaremos —repitió él.

Después de esa promesa, el silencio reinó en la habitación y ambos se quedaron dormidos y abrazados.

# X



Sentada sobre el alféizar de la ventana, observó cómo George ordenaba a varios empleados que se dirigieran a Lambergury antes de que ellos partieran. Según le explicó la noche anterior, llegarían para el almuerzo y, con las prisas de la boda, no había informado a los empleados que trabajaban en la residencia del día y la hora a la que llegarían. Tricia se giró hacia el interior de la habitación y clavó la mirada en Ángela. Esta recogía sus pertenencias y las metía de nuevo en el baúl. Dio un largo suspiro, se apartó de la ventana y caminó hacia ella. Le gustaba que George cumpliera con su deber de conde y esposo, pues ordenó al posadero que le sirvieran el desayuno y le pidió a Ángela que la ayudara a vestirse, pero hubiese preferido que se quedara con ella en la cama y disfrutar de un amanecer juntos. ¿Cómo sería despertarse y verlo a su lado? ¿Cambiaría de opinión al encontrárselo despeinado y con el rostro somnoliento? Tal vez, cuando llegaran a su nuevo hogar y las obligaciones de conde se lo permitieran, podría averiguar si, al levantarse después de una noche apasionada, seguiría considerándolo como el hombre más atractivo y apuesto del mundo.

Se frotó las manos, como si las tuviera heladas, caminó hacia su dama de compañía y sonrió.

—Me alegra verla tan feliz. Así es como debe sentirse una recién casada —dijo encajando la cerradura del baúl.

—Pero solo si la mujer está enamorada como lo estoy yo de mi marido —aclaró sin borrar la sonrisa y eliminar el brillo de sus ojos—. Quiero darte las gracias por tu consejo, Ángela. Cuando adopté una actitud diferente, todo entre nosotros cambió.

—Hay un refrán en mi tierra que define muy bien ese tipo de comportamientos.

—¿Cuál? —quiso saber Tricia.

—A un burro no se le hace andar empujándolo desde atrás, sino colocándole delante un buen manjar —recitó acercándose a la muchacha para alisar las arrugas del vestido.

—¿Comparas a mi esposo con un burro? —soltó divertida.

—No solo a su marido, señora. Para mí, todos los hombres lo son. En cuanto los ojos de estos observan algo que desean, se olvidan de aquello que les impedía caminar y avanzan atontados —explicó. Una vez que la tela estuvo lisa, se dirigió hacia la puerta.

—En mi caso, el manjar fui yo —indicó ruborizándose—. Aunque debido a ese placentero sacrificio descubrí algo sobre la vida de sus padres.

—Espero que fuera bastante importante para usted —señaló intentando controlar la intriga que le causaba el tema.

—Lo es —aseguró—. Ahora entiendo el motivo por el que su tío obtuvo el título siendo el padre de George el primogénito.

—Supongo que su comportamiento no agradó al viejo conde y lo repudió —comentó Ángela abriendo la puerta—. Algunos aristócratas tratan a sus hijos como si fueran piezas de ajedrez.

—En este caso, lo desheredaron porque se enamoró de la doncella de su prometida y ambos amantes huyeron cuando esta quedó embarazada —explicó al tiempo que caminaba hacia el pasillo.

—Y se vengó de la decisión que tomó su hijo cediéndole el título a un monstruo —concluyó la dama de compañía.

—Exacto. Como bien has dicho, algunos aristócratas no son hombres considerados y hacen y deshacen a su antojo —admitió con pesar.

Después de esa afirmación, Tricia recorrió el pasillo en silencio recordando las marcas que los dedos percibieron al tocar la espalda de su marido. Emitió un ligero sollozo al imaginar lo que tuvo que padecer George al lado de aquel ogro. ¿A qué tipo de sufrimientos lo habría sometido la bestia? ¿Le hablaría de ello alguna vez? ¿Su amor sería lo suficientemente valioso para que olvidara su pasado? Eso esperaba, porque no tenía nada más que ofrecerle.

—Creo que descubriré más cosas de mi marido en Lambergury —comentó Tricia justo antes de alcanzar las escaleras.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Ángela detrás de la joven.

—Porque mucho me temo que aquellas paredes fueron testigos de la crueldad de ese monstruo —alegó, volviéndose hacia ella para mirarla.

—Se quitó la camisa, ¿verdad? —adivinó la doncella. Tricia, con los ojos bañados en lágrimas, asintió—. No estará sola, señora. Me tiene a mí y haré todo lo que esté en mi mano para ayudarla.

—¿Incluso borrar las huellas de un pasado?

—Eso no, pero le confieso que soy bastante diestra degollando gallinas.

—¿Y para qué me servirá esa proeza? —comentó dibujando una leve sonrisa.

—No lo sé, pero mi instinto femenino me dice que debe saberlo —respondió Ángela poniéndole una mano sobre el hombro.

—Quizá mi esposo no haya contratado aún una cocinera y el instinto del que hablas te indique que ocuparás ese puesto —apuntó divertida antes de pisar el primer peldaño.

—Si quieren vivir a base de guisos españoles...



—¿Lo has comprendido? —preguntó George al empleado que llevaría sus indicaciones a los pocos trabajadores que aún quedaban en la residencia.

—Sí, excelencia —respondió el joven.

—Emprende entonces el viaje —ordenó.

—Sí, señor —dijo haciendo una leve reverencia. Sin demorarse un segundo más, se subió al caballo y lo azuzó.

Cuando el muchacho se alejó, se giró hacia Sebastian, el ayuda de cámara que contrató una vez que su tío murió, y frunció el ceño.

—No se preocupe, milord. Lo tiene todo bajo control.

—No lo creo. Sabes tan bien como yo que esos dos no se quedarán con los brazos cruzados cuando reciban la noticia —expresó el conde enfureciéndose todavía más.

—Si lo desea, puedo dirigirme al pueblo y averiguar qué se comenta. Ya sabe que los criados suelen hablar si se les ofrece una buena propina —sugirió su hombre de confianza.

—¿Y si te descubren? Clarke podría utilizar su poder para acusarte de espionaje y mandarte a la horca —dijo George preocupado.

—No lo hizo cuando murió la señora Blanche y no lo hará ahora, que se ha convertido en el nuevo conde. Además, a ese tipo de sabandijas no les interesa llamar la atención ni que otro juez los supervise.

—De todas formas, ten cuidado —le pidió extendiéndole la mano.

—Lo tendré.

George se dirigió hacia la posada mientras Sebastian se marchaba. Debía concentrarse en atender como era debido a su esposa y apartar de la mente cualquier pensamiento inapropiado. Si el juez y el párroco habían ideado un plan para destruir su matrimonio, el sirviente lo averiguaría y podría luchar contra ellos. En realidad, lucharía contra todo el que intentara hacer daño a Tricia. Si algo le había quedado claro, durante la noche anterior, fue que no permitiría que ella sufriera.

Sonrió levemente al recordar el descaro que Tricia mostró desde que él entró en la habitación. Esa actitud osada, desinhibida, le hizo olvidar todo aquello que le causaba dolor. Con sus besos y caricias vivió el presente y soñó con un futuro. ¡Hasta le habló de sus padres! Jamás le había contado a nadie el motivo por el que su abuelo privó a su padre del título, ni que su madre fue una doncella. Pero la fortaleza que emanaba Tricia se adueñó de él hasta el punto de no controlar aquello que salía por su boca e inquietarlo de tal forma que se pasó toda la noche despierto. Agarrado a ella, notando su pausada respiración, pensó qué debía hacer al día siguiente y en la actitud que pretendía adoptar. Se dijo que Tricia debía saber de una vez por todas las cláusulas del testamento, conocer el motivo por el que permanecerían en Lambergury los tres primeros años de matrimonio y asegurarle que él estaría a su lado cada vez que lo necesitara. Ambos transformarían aquel horrible hogar en uno lleno de paz, amor y respeto. Siempre y cuando pudiera mantener en secreto todo lo que allí padeció... Pero también controlaría ese tema. Buscaría la manera de atacar primero a Clarke y a Madden. No permitiría que ellos se quedaran con la herencia que le pertenecía por derecho y les demostraría que ya no era el niño temeroso, el adolescente inmoral o el hombre débil. Les dejaría bien claro en quién se había convertido y lo que sería capaz de hacer para proteger a su esposa.

George abrió la puerta con la frente llena de pliegues, pues el pensamiento de enredar a Tricia en esa cruzada lo inquietaba, pero al fijar los ojos en la figura que acababa de bajar las escaleras olvidó su malestar. Una sonrisa tonta apareció en su boca y su corazón comentó a latir alocado. Sí, en efecto, todo lo que necesitaba para recobrar la esperanza era ella. Sin más dilación, caminó hacia su esposa a grandes zancadas, le cogió una mano y se la besó.

—¿Preparada para llegar a nuestro hogar? —preguntó.

—¿Y tú? —espetó suspicaz.

—Sí, querida. Lo estoy deseando —respondió colocándole la mano sobre el antebrazo para que caminara a su lado.

Tricia no sabía qué decir ni qué pensar. Antes de pasar la noche juntos, su rostro mostraba pesar y desesperación y, en aquel momento, parecía un hombre distinto. Miró por encima del hombro a Ángela y, por la forma en la que abría los ojos, advirtió que no era la única que estaba sorprendida por el cambio de actitud de George. ¿Tanto poder tenía el sexo para transformar a un hombre en otro totalmente distinto? Recordó el refrán sobre el burro y se dijo que, si debía convertirse todas las noches en un manjar, lo haría por el bien de su matrimonio.

—Tenemos que hablar —comentó George cuando ambos se acomodaron en el carruaje y este emprendió la marcha.

—¿Sobre qué? —preguntó volviéndose hacia él y quitándose los guantes.

—Sobre Lambergury —determinó. Antes de que pudiera decir una palabra, la cogió de las manos y tiró de ella hasta sentarla sobre su regazo.

—¿Te han hecho llegar malas noticias? —perseveró Tricia colocando cuidadosamente su brazo izquierdo alrededor del cuello de George.

—No. Se trata de algo que has de saber sobre la residencia y cómo transcurrirán los tres primeros años de nuestro matrimonio —empezó a explicar.

—¿Los tres primeros años? ¿Por qué ese tiempo?

—Tricia... —Cogió la mano que ella posaba sobre su pecho y la levantó junto con la suya. Luego, se la llevó hacia la boca y la besó con delicadeza—. Sé que debí hablar sobre este tema antes de casarnos, pero me avergonzaba tanto tener que explicarte las cláusulas que mi tío dictó en su testamento que he evitado decírtelas hasta que no me quedase otra opción.

—¿Cláusulas? ¿Por qué realizó tal atrocidad? —preguntó alterada.

—Porque no deseaba morir sin que su legado moral perdurase.

—¿Moral? —soltó asombrada. ¿Cómo podían definir a un hombre tan cruel como moral? ¿Esa era su doctrina? ¿Esos fueron los valores que intentó expresar con sus malos tratos? ¿Cuántas veces lo azotó en la espalda alegando que se trataban de castigos por una conducta indecente?

—En primer lugar, quería que la próxima condesa de Burkes perteneciera a la aristocracia y que su respetabilidad fuera intachable. Cosa que he cumplido porque tú, mi dulce esposa, eres la mujer más honrada del mundo.

—Es agradable saber que, pese al escándalo que ofrecimos en la fiesta de los Hamberbawer y el descarro que mostré ayer en la habitación, sigues considerándome una muchacha decente —dijo con tono mordaz.

—Lo eres —aseguró justo antes de darle un ligero beso en los labios.

—¿Qué más cláusulas hay? —deseó averiguar. Si el malestar de su esposo se debía a ellas, le demostraría que no tenía nada que temer porque a ella no le importaba dónde y cómo viviría el resto de su vida, sino con quién.

—No se puede tocar nada de Lambergury hasta que transcurran tres años —explicó después de tomar una buena bocanada de aire—. Quizás no encontremos ningún problema en que redecores la habitación de Blanche, sin embargo, todo lo demás debe permanecer tal como él lo dejó.

—¡Bobadas! —exclamó moviéndose incómoda sobre él—. ¿Cómo no vamos a reformar algo que esté deteriorado? Además, podemos hacer lo que se nos antoje en el interior porque nadie, en su sano juicio, vendrá a visitarnos para averiguar si hemos comprado un jarrón o cambiado unas viejas sillas.

—Vendrán —aseguró acunándole el rostro para que ambas miradas se mantuvieran fijas el uno en el otro—. Oliver especificó que, si no se cumplían sus mandatos, la herencia pasaría al juez y al párroco del pueblo cercano a Lambergury.

—¡Pero qué clase de hombre puede hacer una cosa así! —tronó enfadada. Se levantó y se sentó a su lado. Luego se volvió hacia él—. ¿Y aceptaste sin más? ¿Tanto ansiabas convertirte en su sucesor?

—No se trata de eso, Tricia. Como te expliqué ayer, mi padre debió ser el conde de Burkes y no mi tío. Te juro que no lo hago por mí, sino para honrar su memoria.

«Y por cumplir una promesa», se dijo mentalmente. Sin embargo, al ver el rostro confuso y disgustado de Tricia, se odió de nuevo por haber dado su palabra a Blanche, por llevar a su esposa hacia un lugar horrible y por intentar transformar una vivienda repleta de maldad en un paraíso.

Tricia no comentó nada durante unos segundos, los que pasó contemplando el rostro de George. Las sombras que le rodeaban los ojos no desaparecían, confirmando de este modo que su inquietud y el malestar eran verdaderos. Fijó la mirada en las manos. Esas grandes y tiernas manos, que acariciaban su cuerpo y rostro con una desmesurada ternura, se habían convertido en dos duros puños.

—Te prometo que no cambiaré nada y que jamás haré algo que pueda dañarte —aseguró acercándose de nuevo—. Si los muebles están viejos, los untaremos con cera, y si las cortinas

están sucias o agujereadas, me encargaré de que las laven y que las cosan.

—¡Oh, cariño! —exclamó George abrazándola con fuerza—. Eres tan comprensiva que sigo pensando que Dios te ha puesto en mi camino para darme lo que me arrebató.

—En eso consiste un matrimonio... —susurró pegando el rostro a ese pecho agitado.

Permaneció abrazado a él hasta que su respiración se calmó. Mientras eso sucedía, ella no cesó de pensar en la nueva confesión. Era cierto que empezaba a desvelar cosas importantes sobre su vida, pero aún seguía manteniendo un importante secreto. Para ella carecía de interés si vivirían durante tres años metidos en una cueva, lo que deseaba, con todas sus fuerzas, era averiguar qué le había ocurrido allí y qué repercusión tendría en el futuro para ambos. La idea de hallarse frente a un hombre que no fuese capaz de encontrar paz la atormentaba. ¿Qué sucedería cuando tuvieran hijos? ¿Seguiría siendo piadoso o se convertiría en el ser que fue su tío? Un leve escalofrío le sacudió el cuerpo al recordar que cambiaba con facilidad. ¿Y si adoptaba esa conducta el resto de su vida? Respiró hondo, intentando aplacar ese mal presentimiento. George no podía ser tan malvado como lo fue el fallecido Burkes porque por sus venas corría la sangre de unos padres bondadosos. Y a eso debía acogerse. Necesitaba creer que él odiaba todo aquello que había vivido y que dejaría libre al hombre que ella veía cuando lo observaba.

—Tricia, ¿estás despierta? —preguntó con suavidad mientras le acariciaba el rostro.

—No sabía que me había quedado dormida —comentó al tiempo que se apartaba de él.

—Pues lo has hecho —dijo dándole un beso en la frente—. Imagino que seguías cansada.

Sí, lo estaba. Pero no por lo que habían hecho la noche anterior, sino porque no era capaz de tranquilizar su mente y olvidar todo aquello que le preocupaba: su marido, Lambergury, los tres años que debían vivir en aquel lugar y los secretos. Tenía la certeza de que George guardaba más de uno.

—¿Y tú? ¿Has podido dormir? —se interesó.

—No. He estado tan inquieto, tan nervioso por ti, que no he sido capaz ni de cerrar los ojos.

—No deberías estarlo —dijo con una fingida sonrisa—. Recuerda que soy una Rutland y que, quienes llevamos esa sangre, nos enfrentamos a todos los problemas con valentía y honor.

—Sí, pero... ¿podrás soportar eso? —preguntó señalándole con un dedo la ventana.

Cuando Tricia se volvió hacia el cristal, sus ojos se abrieron como platos al contemplar lo que ella supuso que era Lambergury. Unas nubes grises cubrían la mitad de la residencia. Unos pájaros negros volaban sobre los tejados. Un fuerte aire movía las copas de los árboles y arrastraba las hojas caídas. ¿Había dicho cueva? Se había confundido de palabra. Aquello no podía compararse con algo tan nimio. Era el hogar donde podían habitar los fantasmas de un cuento de miedo, los ladrones y asesinos de una ciudad o un monstruo, como lo fue el fallecido conde de Burkes. ¿Cómo había soportado George vivir en un lugar tan tenebroso, siniestro y lúgubre?

—Dime algo, Tricia —comentó Laxton con apenas un hilo de voz.

—Me parece —comenzó a decir volviéndose hacia él y mostrando una amplia sonrisa—, que no solo tendremos que encerar muebles o lavar y coser cortinas para alegrar el aspecto de Lambergury.

—Lo siento —señaló George extendiendo las manos hacia ella—. ¿Entiendes ahora por qué decidí casarme con Sarah Preston?

—¡Por supuesto! —exclamó ofendida—. Ella es la reina de la frivolidad y este sitio hubiera sido su residencia perfecta. Pero soy yo quien se casó contigo, no lo olvides.

—¡Nunca podría olvidar una cosa así! —soltó, tirando de ella hasta que volvieron a unirse—. Lo único que intento explicarte es que, desde que te conocí, he luchado por mantenerte

alejada de mí porque sabía que no eras merecedora de esto.

—Soy merecedora de un hombre que me ame, George. Dónde viva me resulta indiferente.

¿Tú me amas?

—¡Sí! —afirmó antes de besarla con tanta pasión que terminaron jadeando.

# XI



George la ayudó a bajar. Al poner los pies en el suelo, los zapatos y el vestido se llenaron de hojas. Colocó la mano izquierda sobre la frente e intentó que el polvo, la arena y las hojas no alcanzaran los ojos. Solo le faltaba acceder al tenebroso lugar con estos bañados en lágrimas o ciega. Arropada y protegida por el cuerpo de su marido, avanzó por el corto sendero de tierra lleno de socavones. Solo pensaba en entrar lo antes posible a la vivienda y observar qué la aguardaba en el interior. Muy lejos quedó el comentario sobre cómo debían acceder al hogar los recién casados; jamás permitiría que George la alzara en brazos y atravesara el umbral de un lugar tan sombrío para que les diera buena suerte, tenía muy claro que allí no la tendrían. Justo al alcanzar el tercer peldaño de mármol, agrietado por el paso del tiempo y los azotes de la lluvia, miró hacia atrás para confirmar la expresión que mostraba el rostro de Ángela. Esta, parada delante de la puerta del carruaje y con la mirada clavada en el edificio, no cesaba de santiguarse y murmurar rezos. Eso la consoló. Comprender que no era la única persona que describía el lugar como horrible y tenebroso la tranquilizó bastante.

—Buenas tardes, milord, milady —los saludó un altísimo mayordomo vestido de riguroso luto.

—Buenas tardes, Herald —respondió George sin apartarla de su cuerpo, como si temiera que echara a correr si la soltaba—. ¿Le llegaron mis instrucciones? —añadió caminando a paso ligero hasta que ambos se situaron en mitad del recibidor. Una vez allí, se sacudió las hojas y ayudó a Tricia a despojarse de las suyas.

—Sí, señor, y se han cumplido tal como pidió —aseguró el empleado intentando cerrar la puerta sin lograrlo, pues Ángela, después de recomponerse del *shock*, se alzó las faldas de su vestido negro y corrió tras la pareja. Lógicamente, no iba a dejar a su protegida sola en aquel momento tan difícil de sobrellevar—. La servidumbre ha de acceder por la puerta de atrás —informó a la mujer.

—Pues ya sabe por dónde debe entrar —respondió Ángela apartando de un manotazo el cuerpo del trabajador y dirigiéndole una mirada cargada de odio.

—La señora Domínguez gozará de plena libertad mientras sirva a la condesa —comentó George volviéndose hacia el empleado y confiando que aquel gesto de consideración hacia la dama de compañía relajara a su esposa lo suficiente para que no lo echara de la habitación esa misma noche.

—Como desee, milord —contestó realizando una ligera reverencia, pero sin apartar los ojos de la española.

—Tricia —susurró al advertir que se había quedado inmóvil y no paraba de mirar hacia un lado y a otro—. ¿Querida?

—Todo está bien, George —dijo dibujando una falsa sonrisa.

—¿Te apetece que te enseñe nuestra alcoba y descansar durante un rato en ella, o prefieres que te muestre nuestro hogar? —sugirió cogiéndole una mano para besársela y calmar la desazón que no expresaba con palabras.

«Nuestro hogar», pensó contemplando de nuevo todo aquello que los rodeaba. Era cierto que fue muy afortunada al nacer en el seno de una familia acaudalada, que su madre se preocupara por mantener un hogar limpio y cuidado, que en el techo de su habitación colgara una lámpara de cristal de *strass* y que las cortinas brillaran más que los rayos del sol. Pero todo eso no la convirtió en una niña mimada o acostumbrada a vivir con grandes lujos. Lo que allí había, lo que halló a su alrededor, no tenía nada que ver con riquezas u opulencia, sino con miseria, racanería e insalubridad. El bárbaro no solo había hecho daño físicamente, sino que también los obligó a vivir en una absoluta podredumbre y suciedad. Y entre esos pobres sometidos estuvo su marido, el hombre que palideció al ver su reacción.

—Me apetece conocer nuestro hogar —aseguró después de tomar las suficientes fuerzas para no vomitar debido al hedor que se respiraba allí dentro.

—Como deseas —respondió él relajándose al momento—. Herald, informe al cocinero que retrasaremos el almuerzo un par de horas. También necesito que alguien ocupe el lugar de Sebastian y lleve a nuestros aposentos el equipaje de mi carruaje.

—Sí, excelencia.

—Sería conveniente que...

—¿Señora? —la llamó Ángela aprovechando que el conde hablaba con el áspero mayordomo y la dejó sola.

—Si vas a comentar algo sobre el aspecto o el olor de este lugar, no lo hagas. No estoy ciega ni tampoco me he quedado sin olfato —expuso mirándola con los ojos entornados.

—No, señora. Solo quería preguntarle si le parece bien que suba a mi habitación para deshacer el equipaje.

—Me parece bien —contestó antes de caminar hacia George, quien extendía una mano hacia ella.

—¿De verdad quieres hacerlo? —preguntó cuando el sirviente y Ángela se marcharon—. Puedo entender que...

—Quiero que me muestres el lugar donde vamos a vivir los próximos tres años —le aseguró con firmeza—. Porque todo esto —añadió mirando hacia ambos lados de la casa—, desaparecerá el mismo día que finalice el tiempo que dictó tu tío.

—Gracias —dijo dándole un beso en la mejilla. Le ofreció un brazo y la condujo hacia la galería de la izquierda—. Todo lo que ves se construyó en 1590 —comenzó a relatar—. Solo la madera de las escaleras ha sido reformada. Según parece, mi bisabuelo cayó por las antiguas cuando uno de los peldaños se partió y ordenó que reformaran el recibidor con castaño de indias.

Tricia dio gracias a Dios por hacer que el pariente rodara por las escaleras y que sustituyeran las maderas porque, de no ser así, no le cabía ninguna duda de que en la actualidad se hallarían en el mismo estado que el mármol del exterior.

—¿Quiénes son? —preguntó al adentrarse por un pasaje cuyas paredes, amarillas al llevar muchos años sin encalar, estaban cubiertas con enormes retratos de marcos, aparentemente de oro pero negros como el carbón.

—Mis antepasados y sus esposas —aclaró—. Este —se apartó de ella y señaló el cuadro en el que un hombre, ataviado con una armadura, sostenía una lanza mientras pisaba con el pie derecho el abdomen de un enorme ciervo— fue lord Brayton Laxton, el primer conde de Burkes.

—¿Fue un caballero medieval? Tenía entendido que los Burkes surgieron en el 1605, cuando el rey Jacobo VI concedió el título por haberle salvado la vida en la Conspiración de la Pólvora —apuntó sorprendida.

—Sí, así fue cómo los Laxton se convirtieron en aristócratas —comentó orgulloso por la

sabiduría de su esposa—. Pero no solo adquirieron un título nobiliario, también adoptaron sus caprichos extravagantes. En el caso de lord Brayton, le gustaba lucir una armadura cada vez que organizaba una caza por sus tierras. Según me explicó Blanche, mi difunta tía, le daba pavor morir durante una cacería —declaró con sarcasmo.

—¿Cómo murió? —se interesó mientras avanzaba hacia el siguiente cuadro. El de una mujer. Su rostro era tan pálido como el que había presentado su marido al llegar y sus ojos transmitían tanto desconsuelo, tanta penuria, que apartó los suyos con rapidez para no contagiarse.

—En los brazos de su amante —explicó George observando el cuadro de la esposa de lord Brayton.

—¿Él fue el culpable de la obsesión moral de tu tío? —preguntó dando otro paso hacia delante, contemplando una nueva pintura y advirtiendo en estas el cambio tan drástico que reflejaban aquellos rostros. Mientras que lord Brayton exhibía una gran sonrisa, los demás permanecían serios y lucían trajes oscuros, como si se les hubiera retratado durante períodos de luto. Miró de reojo a George y suspiró. Era cierto que él también vestía de negro, pero sus corbatines, camisas, pañuelos y chalecos le daban ese matiz de color que lo diferenciaba de sus antepasados.

—Sí —admitió. Colocó las manos a su espalda, se situó al lado de Tricia y caminó a paso lento—. Después del escándalo de su muerte, sus descendientes y los hijos de estos adoptaron una actitud severa con respecto al matrimonio y la vida social. Supongo que llegaron a la conclusión de que, si adoptaban esa férrea conducta, todo el mundo dejaría de añadir al título de conde de Burkes adjetivos tan bochornosos como inmorales o libertinos.

—Entiendo... —murmuró ella prosiguiendo hasta el último retrato.

Cuando el semblante de aquel hombre y el suyo se cruzaron, notó cómo las piernas le temblaban y perdían fuerza. ¡Él! ¡Debía ser él! Todos los anteriores expresaban desconcierto y confusión, pero aquellos ojos solo mostraban crueldad e infamia. Tanta que podía notar cómo esta le atravesaba la piel.

—Te presento a Oliver Laxton, el monstruo.

—¡George! —exclamó volviéndose hacia él.

—¿No sabías que lo describían de esa forma? ¿No te lo había dicho? —Ella negó despacio con la cabeza—. Entonces, quizás has oído hablar del moralista Burkes, el temible educador Burkes o, posiblemente, el ético y estricto Burkes. No puedo recordarlas todas —masculló.

—La vida de este hombre no me interesa, ni lo que opinaban de él —declaró con decisión y alzando la barbilla—. Soy consciente de lo que fue con tan solo ver el lugar donde has tenido que vivir. Solo espero que Dios haya sido justo y que su alma esté ardiendo en el infierno —añadió altiva.

—Tricia... —susurró asombrado de su fortaleza, de su energía, de cómo se enfrentaba a la miseria que él le ofrecía.

—¿Dónde está tu padre? Quiero saber cómo era y averiguar si te pareces a él —apuntó sin dejar de mirar hacia ambos lados del pasillo para encontrar el retrato del padre de George.

—Físicamente soy igual que mi madre —expresó con un halo de añoranza mientras emprendía de nuevo el camino—. Y aquí no encontrarás ningún retrato de él. Cuando mi abuelo lo desheredó, eliminó cualquier prueba que le recordara su existencia.

—Mejor —admitió ella—. Un hombre que abandonó todo por amor no debería estar rodeado de personas tan vanidosas y engréidas como estas.

Ese comentario hizo que George se girara hacia ella y dibujara una pequeña sonrisa. Luego, dio varios pasos hacia delante y se colocó frente a la imagen de una mujer.

Tricia lo siguió en silencio y, una vez que se situó delante del retrato, observó el cuadro. Ella no debía de tener más de treinta años, pero la expresión de su rostro era la de una anciana que pedía a gritos la llegada de la muerte. Su cabello rubio estaba recogido en un burdo moño bajo. El vestido, al igual que el de las demás, era de color negro, pero era la única que poseía un encaje gris sobre su pecho que abarcaba desde un hombro hasta el otro. Más que una condesa parecía una sirvienta por la austeridad de las prendas. Despacio, fijó la mirada en sus manos y descubrió que ella no lucía el anillo que las otras esposas exhibían con aparente orgullo. Lo único que encontró en un dedo de su mano derecha fueron unos finos hilos de color negro. ¿Qué significaban para ella? ¿Por qué rechazó ponerse la sortija de casada, esa que debía lucir la nueva condesa de Burkes? Luego pensó en la suya. Levantó la mano derecha y se quedó pensativa. ¿La habría comprado para ella? ¿George quería comenzar una nueva era a su lado y por eso no le dio la que pertenecieron a las otras condesas?

—Esta es Blanche, la esposa de Oliver —susurró.

—¿Era tan joven como he deducido? —preguntó poniéndose a su lado. En ese instante, olvidó todo lo referente al anillo y se centró en consolar a George agarrándole una mano.

—Lo era —dijo dando un paso hacia el cuadro sin soltarla—. Oliver no quería que el título regresara a manos de mi padre y concertó un matrimonio con una joven veinticinco años más joven que él. Creyó que eso le aseguraría descendencia y que esta ostentaría su preciado título de conde.

—¿Blanche estaba enferma? ¿Por eso no tuvo hijos? —preguntó Tricia con una mezcla de sorpresa y preocupación por el tono de voz que había adoptado su marido.

—Se quedó embarazada diez veces —explicó levantando el rostro para mirar con ternura y dolor el retrato de la mujer—, pero todos sus hijos nacieron muertos.

—Dios lo castigó —declaró Tricia haciendo alusión al viejo Oliver—. La justicia divina se derramó sobre él.

—No fue justicia divina —expuso George soltándose muy despacio de la mano de su esposa—, sino crueldad humana.

No dijo nada sobre esa afirmación pues dedujo que otro secreto se cernía sobre Blanche, uno que solo él conocía. Apartó la mirada de George y la volvió a clavar en la imagen de la difunta condesa. Entonces, al observar de nuevo esos hilos alrededor de su dedo, comprendió qué significaban. Eran sus hijos, esos que quedaron en su vientre y no vieron la luz del sol ni padecieron la perversidad de su progenitor.

—¿Cuántos dices que perdió? —preguntó Tricia contando los hilos.

—Diez —respondió girándose hacia su izquierda. Con la cabeza agachada, se apartó del cuadro y caminó de nuevo.

Antes de seguirlo, Tricia miró a la mujer y suspiró hondo. Blanche había anudado alrededor de su dedo nueve hilos negros y eso podía significar una cosa: que ella y el décimo fallecieron a la vez.

—Lo siento mucho —susurró antes de regresar al lado de su esposo.

Ambos continuaron en silencio hasta que George se colocó frente a una puerta de doble hoja de madera oscura. Posó ambas palmas en estas y la abrió con un suave empujón. El crujir de los ejes provocó que el vello de Tricia se erizara.

—Este es el salón de baile —explicó él mientras daba varios pasos hacia el interior—. Aunque como puedes advertir por el estado en el que se encuentra, hace mucho que no se ha celebrado uno.

En silencio, Tricia se giró sobre sí misma, observando sin parpadear aquella estancia. El

vestido, debido al suave movimiento, se llevó consigo el polvo que había sobre las viejas y mugrientas baldosas. Las paredes tenían el mismo color que el resto de la casa y, debido a las roturas de los cristales, el viento se escuchaba tan fuerte que daba la sensación de que se hallaba en el exterior. Después, fijó la mirada en el pequeño escenario situado al final del salón y, por los círculos oscuros que había en él, dedujo que la madera estaba podrida. Procurando mantener la calma, miró hacia el techo y aguantó un grito al hallar varios murciélagos agarrados en las vigas. Siglos... Habrían pasado siglos desde que aquellas paredes acogieran a los últimos invitados. ¿Quién, en su sano juicio, querría asistir al baile que concedería un monstruo?

—Imagino que el baile de clausura lo celebró lord Brayton —comentó ella dibujando una sonrisa sarcástica.

—No, fue mi tío quien ofició el último y lo hizo con un único propósito —masculló.

—¿Cuál? —preguntó acercándose a George por detrás.

—Destrozar el compromiso del vizconde de Devon con la señorita Moore —aclaró volviéndose a ella.

—¿Intentó separar a Anne y Logan? —Su marido asintió—. Pues no lo consiguió —dijo la condesa con soberbia.

—Tampoco logró el segundo objetivo —apuntó dirigiéndose hacia la salida con las manos de nuevo a la espalda.

—¿Otro objetivo? —repitió siguiéndolo—. ¿En qué consistía el segundo? ¿No pudiste advertirle de ello? Si no recuerdo mal, los dos erais muy amigos —insistió sin apenas respirar.

—Lo éramos y, gracias a ti, retomamos esa amistad —comentó con notable emoción.

—¿Qué quería hacerle? —perseveró mientras ambos abandonaban el salón.

—Algo que Logan pudo resolver con maestría —dijo apretando la mandíbula.

Si Oliver hubiera llevado a cabo lo que pretendía, jamás se lo habría perdonado y la culpa lo habría matado lentamente. Sin embargo, aunque él no pudo informar de la finalidad de aquella invitación, pues lo encerraron en la mazmorra, Logan supo salir victorioso en ambos casos. Como siempre decía su amigo, los Bennett habían hecho un pacto con el Diablo y este velaba por sus impúdicas almas.

Tricia no insistió más en el tema. Mientras caminaba al lado de George y este le mostraba el comedor y la cocina, ella recordaba la conversación que mantuvo con Anne. Esta le dijo que el tío de su marido era un ser maligno, perverso y cruel, pero no le explicó que ella misma había sido testigo de esa maldad. «Hazle saber que siempre estarás a su lado, que no está solo». Tenía razón. Debía asegurarse de que él sintiera su presencia en todo momento y que tuviese la certeza de que podía contar con su ayuda siempre que la necesitara. Lo miró de soslayo y notó cómo su corazón se partía en mil pedazos. La tristeza de George era suya, el dolor y la angustia que padecía, también. Y dado que no quería basar su matrimonio en algo tan triste, esa tortura tenía que zanjarse de inmediato. Ambos construirían un futuro prometedor sobre aquella maldita destrucción. Más segura que nunca, le cogió una mano. George, al principio, pareció sorprendido, como si no estuviera acostumbrado a sus gestos de cariño. Luego se la llevó hacia el pecho y la presionó sobre él.

—¿Te apetece visitar la planta superior? Allí se encuentran nuestros aposentos —sugirió con cautela.

—Si es lo que deseas... —dijo antes de acercarse todo lo que pudo y, al fin, darle el abrazo que pedía sin palabras.

—No quiero hacerlo —admitió con pesar—. Esto me está destrozando el alma porque sigo pensando que no te mereces vivir aquí, ni eres digna de tenerme como marido.

—Te quiero, George —declaró alzando el rostro y poniéndose de puntillas—. Me da igual dónde estemos mientras lo hagamos juntos.

—Eres la luz...

—Soy tu luz en toda esta oscuridad —lo interrumpió antes de besarlo.



—Solo he podido encontrar dos mantas —comentó en español Ángela. Las posó sobre la cama, se giró hacia Tricia y colocó las manos en la parte baja de su espalda, como si intentara aplacar un terrible dolor.

—¿No había más? —preguntó en el mismo idioma la condesa levantándose del taburete. C cogió un mechón de su cabello y comenzó a acariciarlo con ambas manos.

—Sí, media docena por lo menos. Pero unas han servido de nidos para nuestros queridos roedores y las otras están carcomidas, mordidas o apollilladas.

—Tendremos que hacer una lista de todo aquello que necesitamos. Si en los próximos días cesa el viento, iremos al pueblo y compraremos lo más urgente —dijo la muchacha restándole importancia a otro de los problemas que expuso su dama de compañía; entre ellos, encontraba prioritaria la necesidad de contratar lavanderas y costureras.

Fue bastante considerada al no dar su opinión sobre el lugar donde vivirían y evitó que se derrumbara cuando perdió las fuerzas. Su deber de esposa la hizo mantener una actitud afable y comprensiva con George, pero en la soledad de la habitación, quiso arrodillarse y llorar. Sin embargo, Ángela no se lo permitió. Le recordó que era una Rutland.

—Según me ha informado su esposo, puede desprenderse de los muebles de esta alcoba y decorarla a su placer —expuso caminando hacia la lumbre. C cogió el atizador y movió los troncos que ardían en el interior. Luego, levantó el hierro y lo observó pensando en si estaría suficientemente ardiente como para hacerle daño al mayordomo. Pues este, desde que accedió a la residencia, no la había dejado tranquila ni un segundo. Cada vez que se daba la vuelta, se lo encontraba a su espalda de pie, mirándola como si quisiera hacerla desaparecer con los ojos.

—Sí, lo sé —admitió sentándose sobre la cama—. Pero no tengo muy claro por dónde empezar —añadió dudosa.

—Yo comenzaría por la cama —opinó soltando la vara metálica y alejando sus pensamientos criminales de la mente—, las cortinas, la cómoda y quitaría esos cuadros. No entiendo por qué una mujer cubre las paredes de su alcoba con pinturas de paisajes.

—Tal vez los mirase y soñara con estar en ellos —propuso con cierta tristeza.

—La libertad no se encuentra en una pintura, señora —señaló caminando hacia el tocador—. Hay que luchar para lograrla.

—Ella no pudo luchar, solo pudo alcanzarla en sueños —manifestó en voz baja.

—Yo no estoy tan segura —apuntó al tiempo que llenaba la palangana de agua. Aunque por la oscuridad de esta, no podía confirmar que lo fuera en realidad.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Tricia abrazándose las piernas.

—Si las habladurías son ciertas...

—Lo son —determinó la joven—. ¿Acaso no eres consciente del estado en el que se encuentra este hogar? ¿No has caminado por la galería de los cuadros y te has parado a contemplar la imagen del monstruo?

—Sí —respondió Ángela—. Por eso insisto en que la difunta condesa logró esa libertad al morir. Seguro que su alma fue directa al cielo.

—Con sus hijos... —murmuró de nuevo Tricia.

—Dios los protege mientras el demonio disfruta torturando al torturador —comentó Ángela con la jarra en las manos—. Pero no quiero que piense que usted será otra esposa desgraciada —dijo después de depositar la vasija de barro sobre la cómoda—. Su marido la ama y esa diferencia marcará un antes y un después en este hogar.

—Algunas veces pienso que el destino quiso que nos encontráramos —comentó divertida Tricia—. Porque gracias a tus palabras soy incapaz de enfadarme o sentirme triste.

—Mi destino, el suyo, el de su esposo o el de esta casa se forja con los sentimientos y las decisiones que cada uno toma a lo largo de la vida. Yo supe que el mío era permanecer a su lado desde que noté la presión de una mano suya en una mía mientras les contaba la historia de mi esposo. Y le juro por Dios que mi lealtad es tan grande que me quitaría la vida si con ello logro que usted sea feliz para siempre —explicó aguantando las lágrimas que le hacían brillar los ojos.

—¡Ángela! —exclamó dando un salto de la cama para abrazarla—. ¡Yo también te quiero!

—Eso es muy hermoso, señora, y solo expresa la belleza y bondad que posee su corazón —admitió sonándose la nariz—. Por eso mismo, Dios le ha puesto al señor en su camino, esa fue la razón por la que usted se enamoró nada más verlo aquella tarde y que, semanas después, evitara el inminente compromiso con la señorita Preston. Solo Dios sabía que un alma cándida y a la vez fuerte, como la suya, puede librarlo de ese pasado que, aunque no quiera admitir, sigue atormentándolo.

—Pero... ¿cuánto tiempo tardará en liberarse? —preguntó levantando el rostro bañado en lágrimas.

—El que necesite. Como siempre le digo, ha de ser paciente y demostrarle que lo ama. Solo eso —apuntó separándose despacio de la muchacha.

—Paciencia... —susurró Tricia quitándose las lágrimas con las manos.

—Si es cierto que Dios creó a la mujer de la costilla de Adán, no solo adquirimos carne y huesos, señora. En ese trozo también nos llevamos la inteligencia y la paciencia, puesto que, para convivir con los hombres, necesitamos ambas a raudales —admitió divertida.

—«Dios hizo que el hombre cayera en un sueño profundo y, mientras estaba dormido, tomó una de sus costillas y, con eso, el señor Dios creó a la mujer» —recitó Tricia.

—Sí, pero en ese pasaje del Génesis olvidaron hacer referencia a las dos, de las tantas cualidades, que le arrebató la mujer al hombre —apuntó Ángela.

Ambas comenzaron a reír y no cesaron hasta que George salió de la oscuridad.

## XII



Aprovechó la ausencia de Tricia para reunirse con Sebastian en la biblioteca. Durante la cena, y con la discreción que caracterizaba a Herald, le informó que el empleado había llegado y que esperaba verlo lo antes posible. Fue muy duro dejar que subiera las escaleras y no acompañarla hasta la alcoba para calmar esa inquietud que intentaba esconder, pero la urgencia de averiguar a qué debían enfrentarse lo tenía tan inquieto que no podía pensar en otra cosa. No iba a permitir que, quienes juraron lealtad a Oliver, destrozaran su vida. Él protegería a su esposa por encima de todo. Sin embargo, la noticia del lacayo lo pilló por sorpresa.

—¿Estás seguro de lo que dices? —insistió.

—Sí, milord. Estoy muy seguro. La fuente de información es tan fiable como mi lealtad hacia usted.

—No lo entiendo... —murmuró levantándose del asiento—. ¿Te ha dicho esa fuente cuándo tomaron esa iniciativa?

—Desde que la noticia de su compromiso con lady Rutland llegó a sus oídos. Ambos, como venganza, contrataron a un hombre para que se trasladase a Brighton y hablara en su nombre con los capataces de ambas empresas —determinó.

Su rabia aumentó tanto que notó cómo le sudaban las manos. Por supuesto, esos dos no iban a quedarse sentados en sus cómodos sillones viendo cómo él disfrutaba de aquello que Oliver les prometió. Pero jamás imaginó que su plan incluyera el hundimiento de las dos empresas más importantes que poseían los Burkes: la dedicada al hierro, que abastecía al ferrocarril, y la naviera, destinada a la fabricación de nuevas embarcaciones. Si ellas desaparecían, el patrimonio de los Burkes decaería hasta la ruina.

—¡Malditos bastardos! —exclamó. Se giró hacia la mesa y dio un puñetazo, haciendo que todo lo que había sobre esta cayera al suelo o temblara—. ¿Cómo no barajé esa opción?

—Porque, al igual que yo, creyó que se centrarían en hacer que su matrimonio fracasara y no en hostigar a unos fieles empleados con repugnantes mentiras —apuntó Sebastian sin apartar la mirada de la tensa figura de su señor—. Si lo desea, puedo partir mañana mismo a Brighton y hablar con los trabajadores de las fábricas. Cuando descubran que nada es cierto y que todo lo que han oído es un engaño tramado por el juez Clarke y el reverendo Madden, abandonarán la rebelión y regresarán a sus puestos de trabajo.

—No —negó con rapidez—. Ese tema he de zanjarlo personalmente. No escucharán el discurso de otro hombre que no sea el mismo que les paga los honorarios —aseveró caminando hacia la pared de su derecha. De un manotazo, apartó un cuadro con los dos canes preferidos de Oliver retratados y abrió la puerta de madera que este ocultaba—. Partiré en dos días —anunció apretando la mandíbula, pues no le agradaba la idea de dejar a Tricia sola en aquel espantoso lugar. Le había prometido que no la dejaría sola y tendría que romper su promesa antes de lo esperado—. Mientras preparo el viaje, necesito que me hagas un favor —añadió sin eliminar la cólera en su tono de voz.

—Lo que me pida, excelencia —comentó sorprendido al apreciar que el conde confiaba tanto

en él que le desvelaba dónde se guardaban las joyas de la familia, el secreto mejor guardado durante siglos y cuya cuantía todo el mundo especulaba.

—Empeña todo esto —ordenó mientras arrojaba las bolsas de tela negra que había en el interior de la caja fuerte sobre una antigua y roída butaca. Al ver la cara de espanto que puso Sebastian, aclaró—: Tranquilo, tendrás una carta escrita de mi puño y letra para que no piensen que las has robado. —Luego extendió la mano derecha y comenzó a sacar las que había en el fondo de la caja—. Cuando obtengas la fortuna que valen, divídela en dos partes. Una se repartirá entre los sirvientes del pueblo que trabajaron bajo las órdenes de Oliver y el resto se dará como compensación a los que tenemos en las fábricas.

—¿Cómo dice? —preguntó abriendo los ojos de par en par.

—Si quiero demostrar que no soy como mi tío y que el nuevo conde de Burkes hará desaparecer la atrocidad y la destrucción que provocaron mis antepasados, he de gratificar como es debido a aquellos que soportaron su tiranía —explicó lanzando la última bolsa. Cerró de nuevo la pequeña puerta de madera, colocó el cuadro, se giró y observó lo que había sacado.

—Sigo sin entenderlo muy bien, excelencia. ¿Quiere que empeñe las joyas que han pertenecido a su familia desde hace varios siglos y que pague los honorarios que en verdad debieron tener aquellos que sirvieron a los Burkes?

—En efecto. Muchos de ellos continúan padeciendo la miseria a la que se los obligó y esto los ayudará a superarla. Además, mi esposa no las necesitará, ni yo se las ofreceré. Desde que fueron adquiridas, solo han traído mala suerte a las condesas que las lucieron y esa maldición ha de terminar. Es hora de que se utilicen para hacer el bien, no el mal —aseveró caminando hacia el decantador de *brandy*. Se sirvió una generosa cantidad en una copa y se la bebió de un trago. Luego la volvió a llenar, miró por encima del hombro al sorprendido empleado, y le sirvió otra a él. Con ambas copas en las manos, caminó hacia Sebastian—. Acostúmbrate a la buena suerte, viejo amigo, porque habrá mucha desde ahora en adelante —declaró ofreciéndole la bebida. Este, al principio, no supo muy bien si debía aceptarla, pero cuando George se la acercó a la mano, la cogió—: El estricto moralista murió y con él, la condena, la injusticia y la desgracia.

—La señora Blanche estaría muy orgullosa de usted, milord —comentó Sebastian alzando la copa.

—Entonces, brindemos por ella. Por la única mujer que luchó para que la perversidad que se respiraba en este miserable hogar no se adueñara de mi alma —dijo antes de brindar con el sirviente que le impidió presentarse en la mazmorra y escuchar los últimos sollozos de vida de Blanche.

—¡Por ella! —repitió Sebastian antes de beberse el licor de un trago, tal como hizo el conde.



Colocó las manos a ambos lados de la tina de acero y se levantó. Miró hacia la lumbre y reflexionó sobre la información que le había dado Sebastian. Miserables. La única palabra que halló para describirlos fue esa. Era grande la codicia de los dos que pretendían arruinarlo al no conseguir la herencia que se les prometió. Pero él no iba a quedarse con los brazos cruzados. Su objetivo era luchar incansablemente, ya no solo por la promesa que le hizo a Blanche, sino también por el bienestar de su esposa. Nada ni nadie le impediría que llevase a cabo sus votos matrimoniales; la protegería, la amaría y le daría todo aquello que necesitase hasta el final de sus días.

Sin dejar de observar lo que había a su alrededor, caminó despacio hasta situarse a los pies de la cama y frunció el ceño al no sentir la repulsión que habitualmente percibía al encontrarse en

esa alcoba. Nunca imaginó que algo tan simple como empeñar las joyas y ayudar con la recaudación a las familias que sufrieron la crueldad de los Burkes le aportara tanto placer y bienestar. «Todo lo que ves carece de valor, porque lo material puede desaparecer en cualquier momento, George. Lo que importa en la vida es aquello que guarda una persona en el interior y el tuyo me dice que serás un conde bueno y bondadoso. Cuando consigas convertirte en ese hombre, recuerda mirar atrás y solucionar aquellos problemas que nunca se solventaron. Todo aquel que cimienta fuertes muros para su futuro hogar, podrá construir una sólida mansión y esta nunca se destruirá con el paso de los años, sino que se mantendrá tan firme y segura como el primer día», le dijo Blanche una tarde de diciembre mientras le limpiaba la espalda con un paño. Soportó otro injusto castigo, uno en el que su tío, después de azotarle con un látigo la espalda hasta hacerla sangrar, lo obligó a permanecer desnudo sobre un diván junto a un balcón con las ventanas abiertas. Padeció tanto frío que su piel se volvió violácea y varios de sus dientes se mellaron por los tiritones.

Levantó el rostro y lo clavó en el crucifijo situado sobre el cabecero de la cama en la que durmió durante quince años. Luego extendió una mano hacia el dosel y lo apretó como si quisiera romper la gruesa pieza de madera. El recuerdo de aquel pasaje de su vida lo condujo hacia otro ocurrido la semana anterior y que le causó una cólera más irracional que la que pudo albergar en el pasado. Si la señora Hamberbawer no hubiera ordenado retirar el diván del balcón de la sala donde condujeron a Tricia para que se recuperara del desmayo, el ataque de ira lo habría cegado hasta el punto de destrozarse aquel ostentoso salón. Aquel día fue la segunda vez que escuchó los latidos de su corazón y, en ambas situaciones, la causante fue su esposa.

Cogió el batín de seda negra que Herald dejó sobre el colchón, se lo puso y ató el lazo con rapidez mientras pensaba en su mujer, en la osada joven que lo había seguido para explicarle que la señorita Preston no era la esposa adecuada para él. ¡Por supuesto que no lo era! Su mujer perfecta ofreció un escándalo en una de las fiestas más importantes de la sociedad londinense, dijo a sus padres que había perdido la virginidad con un español y le había agarrado la mano para consolar su tristeza cada vez que le mostraba una de las salas del hogar en el que la obligaría a vivir durante los próximos tres años. Su mujer ideal se había convertido en su esposa, en su condesa y en todo lo que necesitaba en la vida para ser feliz.

«¿A qué sabe mi boca?». Recordó George la pregunta que ella le hizo después de besarla la primera vez. «A miel». Atinó a decir, pues su mente estaba tan confundida y sus emociones tan alteradas que no supo bien si las palabras que brotaban de su boca eran adecuadas para que las escuchara una joven tan cándida. «¿Te gusta la miel, George?», le preguntó mediante suaves jadeos causados por la pasión del beso. No solo le gustaba, sino que lo volvía loco. Desde que llegó a Lambergury había añadido miel a todo lo que tenía en el plato para que la comida no le resultara repugnante. Gracias a ella, no había muerto de hambre.

«Miel...», pensó sin poder borrar la amplia sonrisa pícaro que dibujaron sus labios. Esta noche, no solo su boca sabría a miel, sino toda ella.

Cogió el candelabro que había sobre la cómoda y salió disparado de la habitación. Bajó las escaleras con la misma celeridad que un niño que esperaba un premio, entró en la cocina y rebuscó en la alacena. Cuando encontró el tarro de miel, lo miró y soltó una sonora carcajada. Dulce, pegajosa y sabrosa. Así se mostraría esa noche Tricia ante él. ¿Habría imaginado alguna vez que la primera noche en aquel horrible lugar sería la más divertida y erótica de su vida? No, hasta que Tricia se cruzó en su camino solo había oscuridad. Pero gracias a ella, ya emergía algo de luz a su alrededor.

Con las dos manos ocupadas, una con el frasco de miel y la otra con el candelabro, subió tan

rápido como bajó. A grandes zancadas, se colocó frente al dormitorio de su mujer. Apoyó el candelabro junto al que había encendido en una mesa, apagó las tres velas de este y se giró hacia la puerta. Con la agitación propia de un amante impaciente, giró el pomo y entró. Sin embargo, y pese al ruido que realizó, ellas no lo escucharon y decidió ocultarse entre las sombras para prestar atención a la charla que ambas mujeres mantenían. Cuando advirtió que no hablaban en inglés sino en español, frunció el ceño. ¿Qué estarían diciendo? ¿Hablarían de él? ¿Conversarían en ese idioma para que nadie descubriese las impresiones que ambas tenían sobre la residencia? Su alma se llenó de tristeza y su corazón comenzó a latir con rapidez mientras se giraba hacia una cómoda para depositar el tarro de miel. Tal vez no había sido una buena idea. Quizá la esperanza de que ella no se sintiera desdichada en aquel lugar solo era un reflejo de su propia necesidad. Aunque, cuando las dos comenzaron a reír por un comentario de Ángela, regresó a él la seguridad y la ilusión. Tricia sonreía como un ángel, su ángel.

—Imagino que la conversación ha sido divertida. No es una afirmación sino una pregunta, pues no he entendido nada de lo que habéis hablado —comentó saliendo de la oscuridad.

—¡George! —exclamó Tricia sin borrar de su rostro la felicidad y mezclando esta con la sorpresa que le había provocado su sigilosa aparición.

—Milord... —dijo Ángela haciéndole una leve reverencia—. Le aseguro que hacíamos mención a un versículo de la Biblia —expresó en un cuidado inglés.

—¿Sobre la Biblia? —replicó apoyándose en un dosel de la cama y cruzándose de brazos.

—Génesis dos, del veintiuno al veinticuatro —aclaró la dama.

—«Dios hizo que el hombre cayera en un sueño profundo y, mientras estaba dormido, tomó una de sus costillas y con eso el señor Dios creó a la mujer». ¿Me equivoco? —recitó George mirando a su esposa con la misma voracidad que Adán contempló la manzana que Eva le ofreció.

—Según Ángela, en esa costilla, no solo le arrebatamos al hombre carne y hueso, sino también la virtud de ser paciente —comentó Tricia respondiendo a las llamaradas ardientes que mostraban los ojos de su marido de la misma manera.

—Pero es tan solo mi opinión, milord —puntualizó con rapidez la dama—. No quiere decir que los hombres no lo sean, solo que, según mi experiencia, las mujeres tenemos más...

—No se disculpe, señora Domínguez —dijo George dibujando una gran sonrisa—. Estoy de acuerdo con su razonamiento. La mujer nació con la extraordinaria virtud de la paciencia, pues ha de tenerla para soportar a un marido.

—Es usted muy considerado, excelencia —señaló Ángela inclinando levemente la cabeza—. Milady, si no se le ofrece nada más, me retiraré a mi aposento.

—Gracias por todo, Ángela —dijo mientras su dama se dirigía hacia la puerta.

Fue incapaz de observar cómo la mujer se alejaba de la habitación, pues toda su atención se centró en admirar la expresión indecorosa de su marido. Esa que la transformaba en una desvergonzada y que aumentaba tanto la temperatura de su cuerpo que le causaba humedad en todas partes.

—A usted —respondió la española al salir.

Cuando Ángela cerró la puerta, se santiguó y se dirigió hacia su dormitorio. Daba gracias a quien decidiera situar las alcobas de la servidumbre en el otro extremo de la residencia porque esa noche, después de lo que advirtió en el rostro de ambos, nadie que permaneciera cercano a ellos iba a conciliar el sueño.

—Señora Domínguez —comentó Herald saliendo desde algún lugar del largo pasillo haciendo que Ángela se parara al momento y se llevara las manos al pecho por el susto—, ¿ha terminado por hoy su labor de dama de compañía?

—No —respondió alzando la barbilla y caminando con actitud altiva hasta que lo dejó atrás—. Mientras la señora respire, seguiré ejerciendo esa función —refunfuñó.

—¿Sabe dónde se encuentra su habitación? —preguntó Herald avanzando detrás de ella como si fuera un perro guardián.

—Sí, por supuesto que lo sé —aseguró volviéndose hacia él.

—Encaje bien la puerta y eche el pestillo, señora Domínguez. Como ha podido comprobar, aquí solo habitan hombres —continuó hablándole con ese tono de voz que podía poner los pelos de punta a cualquier temible criminal.

—¿Y? —espetó levantando una de sus cejas negras.

—Y muchos de ellos duermen en lechos fríos desde hace años —contestó apretando la mandíbula.

Ángela presionó los labios para no responder a su insinuación. Tensó la espalda y caminó sin detenerse hasta alcanzar la puerta de su alcoba mientras escuchaba el fuerte pisar de quien la seguía. Cuando giró el pomo para abrirla, observó que aquel titán vestido de negro, cuya imagen podía confundirse con el que debía tener la mismísima muerte, permanecía varios pasos alejado de ella.

—Buenas noches, señora Domínguez —dijo sin apartar la mirada y con las manos pegadas a la espalda.

—Buenas noches —respondió antes de entrar en la habitación.

Una vez que cerró la puerta y echó el pestillo, se apoyó en esta y suspiró. ¿Por qué le habían temblado las piernas al encontrárselo en el pasillo? ¿Por primera vez en sus treinta y cinco años había temido por su vida? Sin parar de buscar las respuestas a sus preguntas, se apartó de la entrada y caminó hasta llegar a la cama. Al sentarse de golpe sobre esta, el polvo que cubría las sábanas se esparció por el aire. Murmurando miles de insultos en español, se levantó de un salto y las quitó.

## XIII



—Paciencia... —susurró George. Miró hacia la puerta, asegurándose de que esta permanecía cerrada, volvió el rostro hacia su esposa y exhibió una sonrisa tan perversa que su esposa, al verla, tembló de emoción. Se descruzó de brazos, caminó hacia la mesilla donde dejó el candelabro y sopló las tres velas. Luego se volvió hacia Tricia y caminó hacia ella.

—Sí... —jadeó al apreciar cómo la pasión, la lujuria y el anhelo que ella sentía también lo expresaban los ojos grises de su marido.

—¿Y debes tenerla conmigo, querida? —preguntó cogiéndola de la cintura y tirando de ella como si quisiera acobijarla en sus entrañas.

—Sí —contestó levantando el rostro y respirando esa fragancia a jabón y masculinidad que desprendía su esposo—. He de tener mucha contigo, George.

—¿Qué motivos te he dado, mi señora? —insistió mientras la besaba muy despacio en el cuello y rezaba para que no hiciera alusión al estado lamentable de la residencia.

—Tu retraso —gimió cerrando los ojos. Inclino la cabeza hacia atrás y colocó las manos sobre los hombros de George para agarrarse a ellos y evitar un inminente desplome.

—Tenía asuntos que atender —respondió mientras sus labios recorrían la garganta, la barbilla y se posaban con suavidad sobre los de Tricia.

—¿Los resolviste? —pudo decir.

—Por ahora... —aseguró antes de besarla con tal necesidad que olvidaron de nuevo respirar.

No supo en qué momento George la alzó y la dirigió hacia una pared de la habitación. Lo único que pudo saber, en mitad de esa neblina de placer que le provocaban los besos apasionados y urgentes de su esposo, fue que se había quedado atrapada entre su rígido cuerpo y el muro y que, aunque quisiera huir, no podría hacerlo.

—George... —jadeó al notar cómo las manos de este se aferraban a sus muñecas apartándolas de los hombros para colocarlas sobre su cabeza.

—Tricia... —respondió, dirigiéndole una mirada cargada de posesión, deseo y ansia.

—¿Por qué me da la sensación de que jamás olvidaré esta noche? —preguntó divertida.

—Porque no lo harás —le aseguró antes de volver a besarla.

La presionó con más fuerza sobre la pared, acercó las caderas a las de su esposa y las ajustó, para que no tuviera ninguna duda de lo excitado que estaba y de las ganas que tenía de adentrarse en ella. El suspiro de Tricia le despertó más hambre de la que ya padecía por ella. George, febril por la excitación de su esposa, posó sus labios sobre su barbilla y fue descendíendolos hasta un pecho. Abrió la boca, le mordió un pezón por encima de la tela y después lo lamió. La repentina sacudida de placer que embargó a Tricia la hizo gritar y acercar su cuerpo aún más a él. Laxton levantó el rostro hasta que ambas miradas se encontraron y se sintió dichoso al observar el creciente deseo que los ojos de su esposa expresaban. Se obligó a centrarse en su propósito, que no era otro que volverla loca de placer. Mordió de nuevo ese pezón erecto y, tras escuchar un nuevo grito de su mujer, se apoderó del otro, mordiéndolo y lamiéndolo como hizo con el anterior.

Cuando se sintió satisfecho, apartó las manos de las muñecas y, con las palmas extendidas, fue acariciándole los brazos, los hombros, hasta colocarlas sobre los pechos, duros y tersos.

—Estaría toda la vida así —comentó con voz ronca mientras apretaba los senos con las manos—. Naciste para ser adorada y amada, y eso es lo que pretendo hacer durante toda mi vida: adorarte y amarte —añadió justo en el momento que se arrodilló frente a ella.

Su boca descendió por las costillas, el vientre, las caderas hasta llegar a su sexo, cubierto aún por el camisón. Inspiró el delicioso perfume femenino que ella desprendía entre las piernas y su visión se nubló. Era tan hechicero, tan hipnotizante, que lo abstraía de todo lo malo y le hacía ver una habitación alumbrada, cuando lo cierto era que solo la luz del fuego la iluminaba. Lentamente, arrastró sus manos por la temblorosa figura, llegó al dobladillo de la larga camisola y, sin apartar los ojos del rostro de Tricia, la fue subiendo hasta que la tela se arrugó sobre su cabeza. Bajó la mirada y la centró en los rizos oscuros que tenía frente a su boca.

—Aunque me pase el resto de mi vida bebiendo de ti, siempre estaré sediento... —aseguró antes de acercar los labios y saborear, de los pliegues húmedos, la esencia femenina producida por la excitación.

La invasión de aquella lengua, las caricias y las suaves acometidas, le provocaron un temblor tan inmenso que las rodillas se flexionaron. Entonces sintió la presión de las manos de George a ambos lados de sus caderas, sosteniéndola, agarrándola con fuerza. Ella, absorta en ese deleite que le había jurado y que cumplía, posó las suyas sobre el cabello de su esposo, enredó entre los dedos varios mechones y lo acercó más a su pelvis. La respuesta de George a su osado acto fue lamer y morder los pliegues, como si quisiera llevárselos consigo. Luego, se centró en un punto muy sensible. Cuando la lengua rozó esa zona varias veces, la hizo gritar y morir aun estando viva. En ese instante, los ligeros temblores se transformaron en sacudidas abrasadoras, desconcertantes y maravillosas.

Inclinó hacia delante la cabeza y el cabello cubrió su rostro; la imagen de su marido desapareció. Angustiada, pues necesitaba verlo y averiguar si sus gestos seguían expresando disfrute como el que ella sentía, echó la cabeza hacia atrás e intentó mantener los ojos abiertos. Pero las pestañas se volvieron pesadas debido al deseo y terminó por cerrarlos. Lo normal habría sido que se avergonzara al oírse jadear o sentirse abochornada al pedirle a su marido que no parara, que siguiera llevándola a ese estado de frenesí y que continuara enloqueciéndola hasta el punto de olvidar el espantoso lugar donde residirían los siguientes tres años; sin embargo, no había en ella rubor o repulsión, sino complacencia y regocijo. La sangre, esa que bullía en su interior, la recorría y la quemaba a su paso. Volvió a gritar hasta quedarse sin voz cuando esas sacudidas, esos hermosos zarandeos, se convirtieron en unas convulsiones tan increíbles que deseó cerrar las piernas y apartarlo de su lado. Cuando se rindió a ese estado placentero y agónico, él se apartó de ella, dejándola jadeando. Sin ser capaz de abrir los ojos, percibió cómo se levantaba y acercaba tanto la boca a la de ella que la besó.

No podía respirar. Los labios de George presionaban los suyos hasta el punto de no otorgarle ni un solo segundo para tomar aliento. Se desmayaba... No solo por la falta de aire en sus pulmones, sino por la emoción y la desesperación que él le transmitía al besarla, al tocarla, al hacer que sus caderas se ajustaran tanto a las de ella que la rigidez de su miembro excitado le ocasionó un ligero dolor en esa zona.

—Te quiero —dijo cuando el beso cesó—. Te quiero tanto que no sé qué sería de mi vida sin ti.

—No tienes por qué pensar en ello —respondió levantándole despacio el camisón, haciendo que su vello se erizara al sentir las caricias de esa prenda tocándole la piel—. Porque siempre,

siempre, estaré contigo —prometió.

Una vez que se quedó desnuda, no hizo referencia a que él continuara vestido. Ya sabía el motivo por el que se escondía y soñaba con el día en el que él confiara en ella, que le desvelara el secreto sin tener que insistir. Sin dejar de mirarlo, extendió las manos hacia el pecho de George para acariciárselo por encima de la bata. Pero él se las apartó con rapidez, la alzó, colocó las manos sobre los glúteos y, sin parar de besarla, la llevó hasta la cama. Una vez allí, la deslizó por su cuerpo con lentitud. El roce de la seda en las piernas, en el vientre, en los senos, la hizo estremecer. No sabía cómo lo había hecho, pero sus sentidos estaban tan despiertos que podía ver, oler, escuchar, percibir y saborear con tanta intensidad que empezó a asustarse.

—Tumbate —ordenó al entender que se hallaba tan desconcertada que no era capaz de echarse sobre la cama.

Tricia caminó hacia atrás y, una vez que notó la presión del colchón en los muslos, se sentó y se acomodó.

—Ven conmigo —pidió alargando las manos para que se enredara entre sus brazos.

—En breve, querida —respondió dirigiéndose hacia la puerta.

—¡George! ¿Qué ocurre? ¿Por qué te vas? —preguntó sentándose y luchando para que las lágrimas que empañaban sus ojos no se deslizaran por su rostro.

—No me voy a ningún lado —comentó al regresar. Levantó la mano derecha y le mostró un bote.

—¿Qué es eso? —preguntó inquieta.

—¿Te acuerdas de a qué sabía tu boca la primera vez que te besé?

—A miel —señaló haciendo desaparecer esas lágrimas con varios y rápidos parpadeos.

—Esta noche, querida esposa, no solo sabrá tu boca a miel, sino también el resto de tu cuerpo —le aseguró depositando el frasco sobre el colchón.

Se llevó las manos hacia el lazo de la bata y se lo desató. Despacio, y permitiendo que Tricia contemplara la parte frontal de su cuerpo, deslizó esta por los hombros y por los brazos hasta que la prenda terminó en el suelo.

—¿Cumplirás tu promesa? —dijo ella mordiéndose con suavidad el labio inferior.

Felicidad era un término demasiado simple para describir el regocijo que sintió al verlo desnudarse. Estaba orgullosa de él, hasta el punto que su pecho se ensanchó por la emoción y su corazón se volvió loco.

—¿A cuál te refieres exactamente? —preguntó cogiendo de nuevo el bote.

Se subió a la cama, colocó las rodillas a ambos lados de su cuerpo y la miró decidido a devorarla. Antes de depositar el tarro a un lado del colchón, metió varios dedos en él y sacó una buena cantidad.

—A la de no hacerme olvidar esta noche —aseguró Tricia recostándose y entregándose sin condiciones al siguiente sacrificio.

—Me propongo cumplir justo esa —indicó antes de posar los dedos pringosos sobre la boca y deslizarlos por la barbilla, por el cuello y sus pechos—. Decididamente, hoy es el mejor día para realizarla —susurró justo cuando sus labios tocaron los de ella.

Su sabor, el de George y el de la miel se mezclaron en el interior de la boca produciendo una combinación de sabores tan suculenta como erótica. Ambas lenguas se acariciaron, transportándolos a un mundo alejado, diferente y repleto de lascivia. Con mucha suavidad, alargó sus manos y las posó sobre la nuca de George, aunque enseguida se aferró a las sábanas.

—¡Oh, Dios! —gritó fuera de sí.

Él siguió devorándola sin darle una pequeña tregua. Enloquecida, enardecida por los cientos

de emociones que se apoderaban de ella, cerró los ojos. ¿Había dicho Ángela que debía sacrificarse para salvar el alma de su marido? Pues aquello daba fe, aunque no sabía muy bien si él se liberaba de la oscuridad o era ella la que entraba, pues había evocado a Dios en vano y lo que estaban haciendo describía a la perfección varios pecados mortales: gula, avaricia y lujuria.

—¿George, qué estás haciendo? —gritó. Apoyó los codos sobre el colchón y abrió bien los ojos para confirmar que George le había colocado las plantas de los pies sobre la cama.

—Cumplir la promesa —le recordó acariciándole despacio desde las rodillas hasta las caderas.

Inclinó el rostro hacia Tricia y le dio un beso apasionado que la dejó sin aliento. Luego, se colocó de nuevo frente a las piernas y la miró con necesidad y voracidad.

—¿Estás seguro? —preguntó, tumbándose de nuevo.

—Sí —afirmó con una amplia sonrisa. No apartó los ojos de ella ni cuando cogió el tarro y llenó su mano de miel. Necesitaba asegurarse de que Tricia permanecía tranquila y que confiaba en él—. Relájate, cariño —le pidió mientras extendía el néctar por su sexo—. Disfruta de todo lo que voy a darte —añadió antes de abandonar la cama. Se colocó de rodillas y, una vez que sus manos se agarraron a los glúteos de su esposa, tiró de ella.

—¡George! —exclamó.

—Relájate —repitió.

Acercó sus labios a los pliegues e inspiró con avidez esa mezcla de aroma de mujer y el olor característico de la miel. Cerró los ojos, abrió la boca y pegó la lengua a ella. Para que ella se acostumbrara, la acarició con la punta de esta, pero no tardó mucho en gozar de aquel sabroso manjar en toda su plenitud. Se despertó en él tal apetito que no dejó ni una sola gota.

«Porque de adentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, avaricias, maldades, engaños, sensualidad, envidia, calumnia, orgullo e insensatez. Todas esas maldades de adentro salen y contaminan el hombre».

Gritó con fuerza el nombre de su marido, se agarró con desesperación a las sábanas y sus dedos perdieron en algún momento la sensibilidad. Su cuerpo tembló tanto que notó cómo se elevaba del colchón. Fueron las manos de su esposo, aferradas a sus muslos, las que impidieron que se moviera. El placer la hizo retorcerse, convulsionar y chillar. Lo que George realizaba no tenía nada que ver con un simple acto de amor, era un ritual de posesión, de dominación, cargado de perversión y lujuria. Pero que Dios la eximiera en el día de su muerte de todos sus pecados, pues ella había caído en las manos del Diablo y no iba a separarse de él... ¡jamás!

—Mi amor... —susurró cuando se posó sobre ella.

Mientras seguía escuchando los jadeos que su esposa emitía, colocó su rígido y erecto miembro en la abertura del sexo de Tricia.

—Te quiero dentro de mí, George. Te necesito... —murmuró con voz agonizante al tiempo que acunaba el hermoso rostro entre sus manos—. Tómame, soy toda tuya y siempre será así.

—Lo sé —respondió apoyando la frente sobre la de Tricia—. Lo sé —reiteró adentrándose lentamente en su interior.

Entre jadeos, sollozos y respiraciones profundas, ambos se convirtieron en un solo ser. Se volvieron tan locos, tan dementes por ese deseo que se profesaban, que no escucharon cómo el armazón de la cama sonaba al zarandearse, ni oyeron al cabecero chocar contra la pared al ritmo de las embestidas de George. La empujaba y se retiraba, dentro y fuera, una y otra vez. En cada asalto, la necesidad de sentirla más próxima a él se hacía más real, fuerte y urgente. Fuera de sí, perdido en un mundo irracional, George cogió las manos de su esposa y se las colocó sobre la cabeza.

—Tricia, abre los ojos y mírame —pidió.

—Te veo, George. Te veo... —dijo acatando su mandato, permitiéndole observar el brillo que sus ojos presentaban por el deseo, mostrándole que su amor era tan verdadero como profundo.

—¡Mía! ¡Eres y serás siempre mía! —gritó en el último empujón, en la última posesión, antes de la llegada de su propio orgasmo.

—Lo soy —pudo decir Tricia antes de volver a gritar el nombre de su marido.

Los brazos de George temblaron y sus codos tocaron el colchón, su cuerpo, húmedo y resbaladizo por el sudor, cayó sobre ella como si fuera un bloque de plomo. Pero no se apartó hasta que su respiración se calmó, hasta que las fuerzas regresaron, hasta que las manos de la mujer que amaba se apartaron de la espalda y le acariciaron los antebrazos.

—Lo siento —dijo tumbándose hacia su lado derecho. Estiró una mano y la atrajo tanto a él que pudo percibir en su pecho los latidos arrítmicos del corazón de su esposa.

—No tienes por qué sentir nada, George. Ha sido maravilloso tenerte sobre mí. ¿Sabes? He tenido la sensación de que, durante unos segundos, me necesitabas y que solo yo podía ayudarte a sobrellevar la fragilidad que soportabas.

—Te he necesitado desde el momento en que te conocí —confesó acomodándose en el colchón para que Tricia se colocara sobre él. Una vez que ella lo hizo, apartó con la mano derecha los mechones que habían quedado pegados en su rostro y la observó maravillado—. Te necesitare siempre... —añadió antes de inclinarse y darle un tierno beso en los labios.

—¿Tanto como para no levantarte de la cama antes de que abra los ojos? Necesito confirmar si seguiré pensando que mi marido es el hombre más guapo del mundo pese a tener el cabello despeinado y un rostro somnoliento —admitió Tricia posando su cara sobre el pecho de él.

—He tenido muchas cosas que hacer —comentó apretando la mandíbula mientras le acariciaba la espalda.

—Pero ya las has arreglado, ¿verdad?

—No todas. Oliver, durante su vida, no zanjó ciertos temas importantes y tengo que poner orden en todos. Aceptar el título no solo conlleva ser un miembro más de la aristocracia, también he de afrontar ciertos contratiempos —dijo mirando al techo.

No era el momento de explicarle a Tricia que debía partir hacia Brighton en dos días. Había pensado que, lo mejor para ambos, era mantenerlo en secreto hasta el día siguiente, pero mucho se temía que la reflexión había alertado a su inteligente esposa.

—¿Por qué me da la sensación de que tus palabras me están avisando de algo que no quieres decirme? —preguntó apartando el rostro del torso de George para poder mirarlo.

—No es eso, querida —comentó abrazándola—. Solo quiero explicarte que debo zanjar ciertos temas que no se solventaron en el pasado y que son vitales para nuestro futuro.

—Ponme un ejemplo —dijo girándose para echarse sobre el colchón.

El momento de la verdad llegó.

—Sabes que tengo dos fábricas en Brighton, ¿verdad? —comenzó apoyándose sobre el codo derecho y volviéndose hacia ella.

—Sí —respondió alargando una mano hasta que alcanzó la sábana y se cubrió con ella. ¿Por qué tenía el presentimiento de que lo que iba a escuchar no sería de su agrado? ¿Por qué tenía la corazonada de que todo lo que había hecho George con ella era una compensación por algo que ocurriría en breve?

—Cuando subiste a esta alcoba, aproveché tu ausencia para mantener una reunión con Sebastian. Por ese motivo he tardado en acudir —explicó sin dejar de mirarla. Extendió la mano

izquierda y le acarició una mejilla con el pulgar.

—¿Y?

—Y me ha explicado que los empleados de ambas fábricas están alterados desde que murió mi tío.

—¿Por qué?

—¿Se marchaba de Lambergury? ¿Eso era lo que pretendía decirle? ¿No le había prometido que siempre estaría a su lado? ¿Iba a faltar a su palabra? ¿No quería marcharse con ella?

—Porque alguien les ha hecho creer que una docena de trabajadores serán despedidos y que los que se queden trabajarán más horas por un salario inferior —explicó con pesar.

—¿Quién ha podido hacer algo tan espantoso? —espetó sentándose sobre la cama y agarrando la sábana como si fuera un escudo—. ¿Quién quiere hacerte daño?

—Muchas personas... —concluyó acercándose a ella hasta que pudo posar la cabeza sobre sus piernas—. Durante décadas el odio hacia los Burkes se ha incrementado porque estos jamás fueron benévolos con quienes trabajaron bajo sus órdenes.

—Entiendo... —murmuró acariciándole el cabello—. Y es tu deber hacerles saber que tú eres diferente, ¿me equivoco?

—Sí —afirmó cerrando los ojos y disfrutando de las caricias de su esposa—. Lo soy.

—¿Cuándo partirás? ¿Cuándo regresarás? —preguntó conteniendo un repentino llanto.

—Dentro de dos días y calculo que regresaré antes de una semana. He de solventar las dudas de esos empleados, informarme de los proyectos que han de finalizarse y zanjar algunos contratos más. También revisaré las cuentas de ambas fábricas e intentaré contratar media docena de empleados para que puedan descansar los que llevan años sin tener un día libre.

—Eso no se arregla en una semana... —murmuró Tricia con pesar.

—Sabes que te llevaría conmigo si no corriera peligro —dijo George. Se incorporó, apoyó la espalda en el cabecero y la acercó a él hasta que pudo estrecharla entre sus brazos—. Pero según la opinión de Sebastian la situación es alarmante y no sería conveniente que me acompañaras. Los trabajadores están tan desesperados que podrían tramar algo en tu contra y no estoy dispuesto a que sufras ningún daño por mi culpa.

—Lo sé —admitió abrazándolo también.

—Pero todavía no me he marchado, querida —empezó a decir tras separarla ligeramente de él—. Aún nos queda un día para estar juntos y podemos aprovecharlo. Si lo deseas, mañana podríamos visitar el pueblo y comprar todo aquello que necesites hasta que yo regrese.

—Necesito muchas cosas, George, y una jornada de compras no es tiempo suficiente para convertir Lambergury en un hogar acogedor. —Al ver cómo su esposo fruncía el ceño, se dio prisa en aclarar—: Pero podríamos centrarnos en aquello que nos urge, como contratar a sirvientas que sepan coser y lavar. No entiendo por qué tu tío no contrató a ninguna mujer, son muy necesarias para la buena organización de un hogar.

—No las quería —masculló mirando hacia la chimenea. Una pequeña mentira más que añadir, pues la realidad no era otra que el deseo de Oliver de mantenerlo apartado del pecado. Desde que lo encontró con Logan, despidió a las sirvientas que trabajaban en Lambergury. Pensó que, de esta forma, volvería a la castidad, a la honradez y meditaría sobre la moralidad.

—Pues yo sí las necesito —aseguró—. Como también requiero de mantas, sábanas y víveres para llenar la alacena. Según Ángela, no hay nada en la cocina que pueda alimentarnos sin que nos cause algún tipo de enfermedad. Además, me gustaría mirar muebles para cambiar este dormitorio.

—Sospecho que tu dama española ha elaborado una extensa lista de todo aquello que

requerís —comentó con cautela.

—Sí, pero te prometo que he eliminado muchas de sus prioridades. No creo que necesitemos una cubertería de plata nueva. Si sacamos brillo a la que tenemos, será más que suficiente para poder comer con ella.

—¿Solo me pides eso? ¿No te preocupa nada más? —insistió acercando la boca a la de su esposa y mirándola anonadado por su generosidad.

—Eso y que no tardes mucho.

—No lo haré —le prometió antes de besarla una y mil veces más.

## XIV



Al abrir los ojos, sonrió. Tal como le pidió la noche anterior, George no se había marchado, seguía en la cama, a su lado y abrazado a ella. La emoción que la embargó al verlo fue tan grande que la hermosa imagen de su marido, descansando plácidamente, se volvió borrosa por la aparición de algunas lágrimas. Sí, en efecto, era el hombre más seductor y fascinante que había conocido pese a que su cabello rubio estaba alborotado y que la creciente barba le ensombrecía el rostro. Su querido George, su esposo, su amado y el conde más bondadoso que había conocido, había cumplido su promesa. Muy despacio, para no despertarlo, extendió la mano derecha y le acarició con las yemas de los dedos la mandíbula. Mientras sentía la aspereza de la barba, pensó en todo lo que sufrió antes de que ella llegara a su vida. No le habría sido fácil convivir con el difunto conde después de haber gozado de la protección y el cobijo de unos benévoloos padres. ¿Quién pudo ayudarlo en los momentos más duros de su corta vida? ¿Quién, de todas las personas que permanecían en Lambergury, fue tan misericordioso para salvarlo de la maldad del conde?

Tricia cerró los ojos y dejó que las lágrimas vagaran por el rostro al tiempo que un nombre aparecía en su mente: Blanche. Sí, seguro que la esposa de la bestia, la mujer que perdió a sus diez hijos, sintió la necesidad de velar por él. ¿Lo trataría como el hijo que nunca tuvo? ¿Lucharía para salvarlo de los castigos a los que fue sometido? ¿Qué hacía ella cuando el conde le azotaba la espalda? ¿Lloraría de impotencia? Tricia tragó saliva para eliminar el nudo que le apretaba la garganta e intentó alejar esos pensamientos de su mente. Pero le resultó imposible asimilar que un hombre tan caritativo como su esposo padeciera tales atrocidades. Sin contar con la miseria con la que se le obligó a residir. Hasta lo que ella conocía, la aristocracia, incluso la venida a menos, siempre había mantenido una resplandeciente imagen frente a los demás. Sin embargo, aquel lugar, aquella residencia a la que debía llamar hogar no exhibía la posesión económica ni la social que caracterizaba el linaje Burkes. Estaba tan arruinada y lúgubre que, tal como concluyó antes de entrar, resultaba un paraíso para asesinos o ladrones.

—¿En qué piensas? —preguntó George sin abrir los ojos, dejando que los dedos de su esposa siguieran acariciándole el rostro.

—Pienso en que me he convertido en la mujer más afortunada de Inglaterra al haberme casado con el hombre más maravilloso —respondió dibujando una forzada sonrisa.

—¿Me consideras maravilloso después de lo que hicimos durante la noche?

Abrió los ojos y, sin darle tiempo a que huyera de su lado, se colocó sobre ella y la besó.

—George... —gimió cuando sus labios se libraron de la presión de los de su marido.

—Querida... —dijo besándole la nariz, las mejillas, el cuello, los pechos.

—¿No pretenderás...? ¡Oh! ¡No seas malo! —gritó sonriente al tiempo que colocaba las manos sobre su rostro y lo separaba de su vientre—. Recuerda que no podemos perder toda la mañana aquí dentro.

—No será toda la mañana, amor, me basta con un ratito —ronroneó posando de nuevo su boca sobre el estómago de ella. Separó los labios y, con la punta de la lengua, le acarició el ombligo.

—Te prometo que te recompensaré si dejas de hacerme eso —susurró posando ambas manos sobre el cabello rubio y despeinado.

—¿Recompensarme? —soltó George retirándose con rapidez del abdomen de su esposa. Apoyándose en las palmas fue subiendo por ella con la majestuosidad que exhibía un león tras apoderarse de una pieza—. ¿Cómo pretendes recompensarme, mi señora? Porque debes ofrecerme algo muy perverso para que elimine la imperiosa necesidad de hacerme mía de nuevo —alegó moviendo su miembro erecto y duro sobre las caderas de Tricia para que no pusiera en entredicho su confesión.

—¿Te parece buena idea untarte con miel? —preguntó abriendo los ojos como platos al notar el rígido sexo de su marido rozándola. Con la mano izquierda, golpeó con suavidad el antebrazo derecho de George y, una vez que este se inclinó hacia ese lado, se halló libre de la presión de aquel fuerte y erótico cuerpo.

—Querida, creo que tu piel, mi lengua y mi estómago han tomado demasiado néctar azucarado durante esta noche —concluyó dibujando una enorme sonrisa mientras observaba cómo Tricia tiraba de la sábana para cubrirse y abandonar la cama.

—¿Te parece bien una botella de champán, mi señor? —sugirió haciendo una ligera reverencia. Después, enredó con rapidez la sábana alrededor de su cuerpo y caminó hacia la ventana. El momento de júbilo que vivía le hizo olvidar que George odiaba exponer su cuerpo desnudo a la luz y, sin pensar en ello, descorrió la cortina, facilitando la entrada de los rayos del sol e iluminando el interior de la habitación—. El viento ha desaparecido —comentó mirando al exterior—. Espero que no regrese en varios días.

—No lo hará —le aseguró.

Al escuchar la voz de su marido tan alejada se giró con rapidez para averiguar el motivo. Al contemplarlo parado en el otro extremo de la habitación y con la bata de seda puesta, su corazón se llenó de tristeza. ¿Lo que habían hecho durante la noche no le demostró que podía confiar en ella? ¿Seguía sin estar preparado para contarle sus secretos? Silenció un sollozo y apartó la mirada de él para fijarla en lo que se suponía que era un jardín, porque, en vez de alegres flores, solo había tallos secos esparcidos por la tierra. Después, fijó la mirada en las montañas y suspiró.

—Detrás de ellas se encuentra el mar —explicó George colocándose a su espalda.

—Pues alguien debería apartarlas de ahí para que pudiera contemplarlo cada vez que me asome a la ventana —comentó con sarcasmo.

—¿Nunca lo has visto? —preguntó cogiéndola de los brazos y haciéndola girar hacia él.

—Sí, navegué durante mi viaje a España y visité la maravillosa playa de un pueblecito de Granada —recordó mientras sus miradas se cruzaban y apreciaba en aquellos ojos el brillo de la preocupación.

—Seguro que nuestras playas son mejores que las que poseen los españoles —dijo dibujando una pequeña sonrisa. Acunó el rostro de su esposa con ambas manos y le dio un ligero beso—. ¿Cuánto tardarás en prepararte? —quiso saber.

—No mucho. Supongo que Ángela estará en el pasillo con el desayuno esperando a que salgas —explicó mientras lo abrazaba e intentaba reconfortarlo de aquello que pensaba y lo inquietaba.

—Entonces dispongo del suficiente tiempo para informar a Herald que debe prepararme el equipaje —apuntó colocando los brazos alrededor de su cintura para acercarla aún más a él.

La extrañaría, la añoraría tanto que le resultaría difícil mantenerse cuerdo durante los días que permaneciese lejos de ella. Pero no había otra solución si quería proporcionarle la vida que se merecía. Aunque la agonía de no tenerla no duraría mucho. En cuanto llegara a Brighton,

convocaría una reunión con todos los empleados y les dejaría claro que bajo su mandato cesarían las injusticias, los castigos y que todos los que trabajaran en las fábricas serían remunerados y respetados como se merecían.

—Te daré todo el que necesites —murmuró posando el rostro en su pecho.

No era justo que tuviera que marcharse tan pronto. No era justo que la dejara sola en aquel tenebroso lugar y no era justo que alguien que odiaba a los anteriores condes lo inmiscuyera en una disputa que él no inició. ¿Por qué las personas no podían darle un voto de confianza? ¿Por qué no se mantuvieron tranquilas hasta que él les explicase qué pretendía hacer? ¿Por qué no le permitían unos días más para que ambos disfrutaran de su matrimonio? «He de arreglar el pasado para poder tener un futuro juntos». Eso le dijo cuando le habló sobre la revuelta en las fábricas. Sin embargo, no estaba muy segura de que su esposo pudiera lograrlo en los días que le había pedido.



—Ponme las esmeraldas —le dijo a Ángela al mirarse en el espejo y decidir que el collar y los pendientes más apropiados para acompañar al vestido que eligió eran esos en concreto.

—Como siempre, tiene un gusto exquisito —respondió la dama sacando del joyero la gargantilla que le pidió.

—Creo que ellas me darán el aspecto de condesa que todo el mundo ansía ver —apuntó con cierta intranquilidad—. No podemos olvidar ningún detalle y necesito mostrar una imagen inmejorable.

—Siempre luce de esa manera, señora —manifestó la dama observándola sin pestañear—. No debe inquietarse.

—Lo hago porque mi marido me ha confesado que nuestra aparición en el pueblo provocará revuelo y expectación.

—Imagino que estarán ansiosos por conocer a la joven y hermosa esposa del nuevo conde —dijo Ángela mientras extendía sobre el pecho de Tricia el collar.

—No se trata de eso. Según parece, ningún Burkes paseó por las calles de este con su esposa agarrada del brazo —aclaró la muchacha.

—Para todo hay una primera vez —apuntó Ángela cerrando el broche de la gargantilla—, y espero que haya muchas en su matrimonio.

—Yo también lo espero... —susurró acariciando las gemas verdes con la punta de los dedos.

Pero las tendría cuando él regresara, tras hablar con los empleados y anunciarles las decisiones que había tomado. Mientras tanto, no habría muchas primeras veces entre ellos.

—No entiendo por qué tiene hoy la piel tan pegajosa —indicó la dama cuando se dirigió hacia el joyero para coger los pendientes.

—Pues yo sí sé cuál es el motivo, pero no sería apropiado contártelo —respondió Tricia antes de esbozar una sonrisa coqueta.

—¿Por qué no me pidió que le preparara un baño? —dijo mientras regresaba a su lado.

—Porque no puedo retrasarme. Si queremos comprar todo aquello que necesitamos y entrevistar a las posibles candidatas, no tendremos tiempo suficiente con un par de horas —declaró apartándose el tirabuzón que ocultaba la oreja derecha para que Ángela pudiera ponerle el pendiente.

—Rece usted para que en ese pueblo no haya muchas moscas —apuntó la dama asegurándole el broche. Mientras le ponía el otro, escuchó una leve risita de su señora. Desde que entró en la habitación, la joven no era capaz de hacer otra cosa que no fuera suspirar y sonreír. Eso la llenó

de júbilo puesto que la felicidad de su señora también era la suya.

—¿Qué tienen que ver las moscas con todas las tareas que debemos realizar? —preguntó volviéndose hacia ella.

—Porque les gusta mucho la miel, señora, y en cuanto la huelan volarán sobre usted como si fuera una succulenta boñiga de caballo.

—¡Ángela! —exclamó divertida Tricia.

—¡Siempre a su servicio, milady! —respondió antes de que ambas volvieran a reírse y olvidaran, por unos segundos, la podredumbre en la que vivían—. ¿Está preparada para deslumbrar a su amado conde? —le preguntó cuando cesaron las risas. Caminó varios pasos hacia atrás, la inspeccionó de arriba abajo y se sintió muy orgullosa al confirmar lo bella que se presentaría su señora ante los habitantes del pueblo.

—Sí —aseguró enderezando la espalda y caminando hacia el pasillo.

—No me cabe la menor duda de que su destino era convertirse en una gran condesa —comentó Ángela andando por el estrecho pasaje detrás de ella.

—Nací para ser la condesa de Burkes y casarme con un hombre tan maravilloso como lo es mi espo...

Tricia se quedó en silencio cuando se colocó sobre el primer peldaño de la escalera y observó la seductora figura de George esperándola en el recibidor. Pese a que el color del traje seguía siendo negro y la camisa blanca, el chaleco, el corbatín y el pañuelo eran malva. ¿Le había dicho, antes de que abandonara la habitación, de qué color sería su vestido? No, no lo había hecho porque lo eligió después de que Ángela le mostrara tres de diferentes tonalidades y diseños. Entonces, eso solo podía significar que estaban tan compenetrados que, pese a estar lejos, pensaban en lo mismo. Con una sonrisa que le cruzaba el rostro y sintiendo cómo el corazón volvía a latir acelerado, fue descendiendo poco a poco hasta que George la recibió.



—Milord, todo está listo —anunció Herald cuando este se situó al pie de la escalera para esperar a su esposa.

—Muchas gracias. ¿También han preparado el carruaje en el que viajarán la señora Domínguez y Sebastian? —preguntó colocando las manos a la espalda y pisando reiteradamente el suelo con la punta del zapato derecho.

—Sí, excelencia —respondió con cierto malestar.

—¿Qué sucede? ¿Ha llegado alguna información que deba saber? —perseveró al percibir la inquietud con la que habló el mayordomo.

—No, milord. Le aseguro que todo está controlado. Incluso varios de nuestros empleados ya están en el pueblo para proteger a la condesa en todo momento —informó.

—Entonces, ¿a qué se debe la desazón que he notado en su voz?

—No creo que deba opinar sobre dicho tema.

—Herald, lleva usted trabajando en esta residencia más de dos décadas. Ha visto y oído cosas que podría haber utilizado para arruinar a los Burkes y, debido a su lealtad, nunca lo ha hecho. Con lo cual, si algo lo perturba, puede comentármelo, le aseguro que le pondré remedio de forma inmediata.

—Si usted así lo quiere...

—Sí —afirmó George con rotundidad.

—En ese caso, considero que la dama de compañía de la condesa no debe viajar sin vigilancia.

—¿Por qué dice eso? —preguntó George confuso y sorprendido de que ese tema en cuestión fuera el motivo de su inquietud.

—Porque no sería apropiado, dadas las circunstancias, que la mujer de confianza de su esposa viaje sola con Sebastian.

—¿Sabe que es viuda? ¿Y que, con treinta y cinco años, puede hacer o deshacer a su antojo? Recuerde que Oliver murió y que yo soy una persona totalmente diferente.

—Eso sí lo sé, milord. Lo que no conocía era que la dama es viuda. Pensé que su luto se debía al fallecimiento de un familiar cercano —mintió. Sí que lo sabía y, por eso mismo, no le agradaba la idea de que ella permaneciera al lado de un hombre tan educado y sonriente como Sebastian.

—Pues erró en su conjetura. No entiendo cómo un hombre tan sagaz, como así le considero, no lo descubrió cuando me oyó nombrarla señora Domínguez —apuntó irónico.

—Lo siento, milord. He estado tan ocupado esquivando los dañinos y crueles comentarios de la señora hacia mi persona que no he reparado en ese importante detalle —alegó agachando la cabeza.

—Ya veo... —murmuró acariciándose la barbilla mientras observaba al empleado con ojos suspicaces.

—Milady ha llegado —anunció Herald cuando levantó la mirada y la vio.

George se giró con rapidez hacia la escalera y se quedó sin aliento al contemplarla. No podía definir su belleza y su resplandor con palabras tan sencillas. Ella, aquella joven que lo miraba y se ruborizaba al recordar qué habían hecho la noche pasada, desprendía tanta luz que la oscuridad de Lambergury se esfumó.

—Malva... —murmuró caminando hacia ella.

¿Cómo era posible que hubieran coincidido con la misma tonalidad? Volvió a darle gracias a Dios por haberla puesto en su vida y que lo ayudara a recordar qué significaba la palabra felicidad. Con el corazón latiendo tan deprisa que podía salirse del pecho en cualquier momento y con una sonrisa tan grande que podía notar las comisuras de sus labios rozándole las orejas, la recibió.

—Definitivamente, he debido morir y despertar en el cielo —comentó cogiéndole una mano para besarle los nudillos, ocultos bajo un guante blanco.

—Milord, no es conveniente que me regale ese tipo de elogios porque producen un sonrojo inadecuado para una condesa —apuntó divertida Tricia.

—Pues resulta, milady, que observar ese sonrojo mientras permanece desnuda sobre mi cama me vuelve un hombre tan demente y lujurioso que soy incapaz de apartar mi boca de su dulzona piel —le susurró al oído al tiempo que caminaban agarrados del brazo hacia la puerta de salida.

Tricia sintió cómo los mofletes le ardían.

—¿Pretende acompañar a sus excelencias? Si no recuerdo mal, usted es la dama de compañía y, como puede apreciar, milady no requerirá de sus servicios durante la mañana —dijo Herald cuando Ángela se quedó parada, bajo el dintel de la puerta de la entrada, observando cómo se alejaba la feliz pareja.

—¡Por supuesto! —exclamó Ángela volviéndose hacia el mayordomo—. Milady tiene demasiadas tareas que realizar y necesita, hoy más que nunca, mi ayuda.

—Sería más apropiado que se quedara aquí y arreglara el hogar de los condes para cuando regresen —puntualizó el sirviente frunciendo el ceño.

—Mi cometido —comentó ella acercándose a este y presionando su impoluto chaleco negro con un dedo de la mano derecha—, no es adecentar esta repulsiva residencia, sino acompañar a la

señora y mitigar el sufrimiento que padece desde que puso sus preciosos pies en esta pocilga.

—Creo que usted no debería exponer sus opiniones con tanta libertad —dijo él cogiéndole la muñeca y apartando su mano con rapidez del pecho—. Su procedencia española, irrespetuosa, chabacana e inmoral, es inapropiada para el cargo tan importante que se le ha otorgado.

Pese a que ella era una mujer bastante alta, Herald le sobrepasaba una cabeza. Aun así, no se amedrentó. Fijó sus ojos claros en los oscuros del mayordomo y prosiguió con entereza.

—No he de darle ninguna explicación sobre quién soy, de dónde vengo, qué hago en el interior de mi alcoba o qué voy a hacer durante las horas que pase en este lúgubre hogar —manifestó zafándose del agarre—. Pero sí que le dejaré varias cosas claras, mayordomo principal de esta cuadra pestilente. Además de asistir a su excelencia y ser una española muy rencorosa, tengo la increíble habilidad de degollar gallinas antes de que estas píen pidiendo clemencia.

—¿Y? —espetó él enarcando las oscuras cejas y tensando el cuerpo debido a la proximidad de ambos.

—¿Y? —repitió dando un paso hacia atrás. Se agarró con ambas manos la falda del vestido negro, lo alzó y le dirigió una mirada cargada de odio—. Y le aseguro que la garganta de un hombre es más fácil de cortar que las que poseen dichas aves —añadió antes de erguir la espalda, salir al exterior y subirse al carruaje donde Sebastian la esperaba—. Gracias, es usted muy amable —dijo cuando le tendió una mano para ayudarla a entrar.

—No las merezco, señora —alegó el hombre—. Espero que no le resulte incómodo viajar conmigo.

—¡Para nada! Este pequeño viaje juntos nos proporcionará la ocasión perfecta para charlar —expuso sentándose al lado de la ventanilla. Cuando miró hacia la puerta, descubrió que el mayordomo seguía parado en la entrada y la contemplaba con el ceño fruncido. Divertida, porque enfadarlo se iba a convertir en su deporte preferido mientras viviera allí, se acercó al cristal y le sacó la lengua.

—¡Condenada española! —tronó Herald cerrando la puerta de un portazo.

—¿Charlar? ¿Qué desea saber? —preguntó Sebastian intranquilo.

—¿Qué le parece si empezamos la conversación hablando sobre Herald? —dijo volviéndose hacia su acompañante—. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando en Lambergury? ¿Por qué siempre está de tan mal humor? ¿Alguna vez lo ha visto sonreír? ¿Viste así por el luto del conde o porque le agrada mostrar la típica imagen de enterrador?



—¡No! —exclamó Tricia cuando, tras George golpear el techo del carruaje para avisar al cochero de que podía emprender la marcha, le cogió las manos, tiró de estas y la sentó sobre su regazo.

—¿No? —preguntó él dándole besos en el cuello y en la zona de los hombros donde la tela del vestido no cubría.

—George, no quiero que se me arrugue el vestido y que todo el mundo piense en el motivo por el que la condesa de Burkes presenta una imagen desaliñada —expuso mientras era incapaz de borrar la sonrisa traviesa que dibujaban sus labios.

—Cuando vean lo afortunado que he sido al casarme con una joven tan bella, seguro que más de uno se acercará a la verdad —murmuró George bajando, con la punta de los dedos, un poco más la prenda para seguir besándole el hombro.

—Por favor —dijo girándose hacia él. Cogió su rostro con ambas manos y lo alzó para que

la mirase a los ojos—. Te lo suplico, George. No continúes.

—Me pides un imposible, mi señora. —Colocó una mano sobre su nuca, la atrajo hacia su boca y la besó.

¿Cómo iba a resistirse al disfrute que le proporcionaban los labios de su marido? ¿Cómo podía parar todas las emociones que la embargaban cuando aquellas manos, grandes y poderosas, recorrían su cuerpo con tanta avidez, si ya se había convertido en una adicta a sus deseos? No. No podía luchar contra algo que ella misma pedía sin necesidad de hablar.

—¿Podríamos concentrarnos en lo que vamos a hacer? —soltó cuando ese beso apasionado y demoledor finalizó.

—Está bien —claudicó apoyando la frente sobre su hombro—. Mis oídos te pertenecen, querida. Dime todo aquello que deseas.

Le rodeó la cintura con los brazos y, con los ojos cerrados, buscó aquello que llamaban voluntad para que esta calmara su erección y pudiera centrarse en la charla.

—¿Qué prefieres hacer primero?

—¿Qué me sugieres? —preguntó inspirando el embriagador perfume a moras. Era una tortura. Lo que Tricia hacía con él en aquel momento era tan cruel que ningún castigo era más doloroso que no poder disfrutar de nuevo de su divino cuerpo.

—Creo que la mejor opción es comprar todo aquello que necesitamos y luego entrevistar a las sirvientas. ¿Cuántas podemos emplear? —continuó diciendo al tiempo que posaba las manos sobre los antebrazos que rodeaban su cintura.

—Ese plan es muy acertado —dijo con rudeza. Toda la magia que vivía desapareció como la niebla con la llegada del sol—. Después de comprar todo aquello que necesites, te dejaré con mi administrador para que él supervise las entrevistas y concluyáis juntos cuántas se pueden contratar.

—¿No me acompañarás? Creo que es tu deber, como conde y esposo, confirmar que mis elecciones... ¡George! —exclamó cuando la levantó de su regazo y la colocó sobre el asiento—. ¿Qué te ocurre?

George observó el rostro confuso de su esposa y se sintió un villano por tratarla con tanta brusquedad, pero al escuchar que le pedía ayuda para entrevistar a las sirvientas, la neblina de placer que lo poseía desapareció. No, no podía estar a su lado cuando se reuniera con ellas, si aparecía alguna porque, desde lo ocurrido con Birdie, ninguna criada con algo de dignidad, por muy necesitada que estuviese, se atrevía a solicitarles un empleo. De todas formas, Oliver se habría negado en rotundo. Según su tío, todas las mujeres conducían a los hombres a la perdición, a la inmoralidad y desestabilizaban la solemne capacidad de razonar que estos poseían. Pero, además de la conocida y afamada repulsión que su tío profesaba hacia ellas, también existía otro motivo por el que no debía acompañarla. Pese a los años que habían transcurrido desde aquel infortunio, la gente no habría olvidado lo que Clarke y Madden divulgaron en el pueblo. No le cabía duda de que, si él estaba presente, las sirvientas lo observarían con recelo pues pensarían en a quién, de todas, él escogería para llevar a cabo sus perversiones.

—¿George? —preguntó al verlo tan callado y pensativo.

—Querida, confío en tu buen juicio —se excusó cogiéndole las manos.

—Aun así, considero que...

—Te prometo que regresaré a ti en cuanto termines con esas entrevistas. Si te parece bien, me dedicaré a pasear por las calles y a explicar, a todos los caballeros que conozco, que me he casado con la mujer más bella e inteligente del mundo y que, debido a ello, puedo dedicarme a otros asuntos menos femeninos —expuso intentando no mostrar la congoja que le suponía dejarla

sola en un momento tan importante para ella.

—La soberbia es un pecado mortal —masculló Tricia sin retirar las palmas de las de su marido.

—Entonces, mi señora, que me condene Dios por ese horrible pecado cuando muera —aseveró antes de besar con ternura ambas manos y volver a abrazarla.

Llegaron al pueblo poco después de finalizar la conversación, pero fue tiempo más que suficiente para que la mente de Tricia le ofreciera miles de razones por las que su esposo evitaba estar presente durante las entrevistas. Entre todas las que barajó, se quedó con una que podía explicar ese desconcertante comportamiento; si todas las condesas habían sido tratadas con desprecio y ninguna de ellas tuvo el derecho de opinar sobre cómo dirigir Lambergury, George, con ese voto de confianza, le otorgaba la libertad que ellas no tuvieron. Eso solo confirmaba su grandiosa bondad y el deseo de convertir a la nueva generación de Burkes en una familia distinta.

—¿De verdad necesitas siete botes de hidróxido de sodio? —le preguntó después de haberle pedido a la dependienta, del octavo establecimiento que visitaron, aquel peligroso líquido.

—Quizás deba pedir diez más, ¿verdad? —respondió ella entornando los ojos y llevándose un dedo hacia la barbilla para golpearla con suavidad.

—Si me dices para qué las vas a utilizar, te contestaré con exactitud —dijo poniendo las manos a la espalda y acercando tanto su rostro al de Tricia que pudo oler de nuevo su perfume.

—¿No sabes que el hidróxido de sodio se utiliza para hacer jabón? Podremos limpiar alfombras, sábanas, colchas, cuadros, moquetas, cortinas... —enumeró sin eliminar la sonrisa de su rostro al ver la cara de espanto que mostró George.

—No, no lo sabía, pero si tu pretensión es sacarle brillo a Lambergury durante mi ausencia, te aconsejaría que añadieras esas diez que has pensado —expuso retirándose de ella y fijando la mirada en la tendera cuando regresó con ellos—. Mis lacayos vendrán esta tarde para llevarse todo lo que hemos comprado y saldarán la deuda —la informó con un tono de voz que dejó a Tricia asombrada pues, hasta ese momento, no había hablado con tanta solemnidad—. Añada, por favor, diez unidades más de hidróxido.

—Sí, excelencia —respondió la tendera.

—¿No te ha gustado mi idea? —preguntó tras coger el brazo que él le ofrecía y caminar hacia la salida.

—Al contrario, me resulta excelente. Ya es hora de que una condesa ponga orden en Lambergury, pero siempre que recuerdes que no debes cambiar nada de lo que hay en la residencia salvo nuestro dormitorio.

—No lo haré, solo considero que no nos vendrá mal un poco de higiene —apuntó con firmeza. Podía vivir rodeada de miseria, pero esta, al menos, debía estar limpia y adecuada.

—Confío en ti —dijo sin mirarla.

Caminaron por la larga avenida hasta que alcanzaron la residencia del administrador. En ese momento, Tricia advirtió cómo la figura y el rostro de su marido se endurecían. Apretaba tanto la mandíbula que podía desencajarse en cualquier instante. Despacio, giró la cabeza hacia el lugar donde él miraba y descubrió que, situados en la acera opuesta, se encontraban dos caballeros de una edad aproximada a la que tenía su padre, aunque sus siluetas no eran tan esbeltas. Mientras uno era tan obeso que no se diferenciaba dónde terminaba la espalda y comenzaban las piernas, el otro era muy alto y delgado. Cuando su mirada y la de estos se cruzaron, se llevaron una mano al sombrero y la saludaron.

—¿George? —preguntó al volverse hacia él y descubrir que sus ojos se habían llenado de sombras, de maldad y de odio.

—¿Señora Domínguez! —tronó George.

—¿Sí, excelencia? —respondió con rapidez la mujer dando un paso hacia delante.

—Acompañe a la condesa y ayúdela con la selección. Confío en su buen criterio para apartar a las empleadas inadecuadas u holgazanas —dijo ofreciéndole el brazo de su esposa.

—Por supuesto, milord —dijo la dama de compañía colocándose en el lugar que, un segundo antes, ocupó el conde—. Vamos, señora. Tenemos mucho que hacer ahí dentro.

—¿George? —repitió ella sin moverse.

—Todo está bien, querida —dijo esbozando una falsa sonrisa. Luego se giró, enderezó su figura y caminó con paso firme hacia quienes seguían mirándolos con descaro.

—¿Sabe que he tenido una conversación muy interesante con Sebastian durante el viaje? —empezó a decir Ángela mientras tiraba con suavidad de su señora hacia la entrada—. Me ha hablado bastante sobre la vida del repugnante Herald. Al parecer, trabaja con la familia de su esposo desde que cumplió la dulce y tierna edad de veinte años. Como también me ha explicado que el mes pasado cumplió los cuarenta y dos, he resuelto que lleva veintidós viviendo en Lambergury. Ahora entiendo por qué su rostro siempre se muestra tan avinagrado... —habló sin parar, sin tomar siquiera una bocanada de aire.

—Ángela... —susurró Tricia mirándola con preocupación.

—Su excelencia es un hombre poderoso, señora, y estoy segura de que saldrá airoso de cualquier situación —intentó consolarla.

—Lo sé —respondió adentrándose en el interior de la oficina, no sin antes mirar por encima de su hombro izquierdo y observar cómo George se colocaba frente a los extraños con porte desafiante.

## XV



Los sirvientes a los que ordenó que mantuvieran alejada a su esposa de aquellos indeseables no cumplieron con su cometido. Intuyó que los habían amenazado de alguna forma, lo que ponía de manifiesto que sus propios trabajadores no se sentían seguros bajo su protección. Si ese era el motivo, antes de marcharse a Brighton tendría que hablar con ellos y dejarles muy claro que la relación entre los Burkes y aquellos miserables finalizó cuando él tomó posesión del título. Mientras caminaba hacia Clarke y Madden, miró hacia la derecha y descubrió que Sebastian había abandonado su posición para situarse bastante cerca. Quizás pensaba que se dirigía a ellos con la intención de darles su merecido y el fiel lacayo quería evitar un escándalo, algo que, por las sonrisas que mostraban los repugnantes rostros de los dos hombres, era lo que esperaban. Desconocían que, por su bienestar personal y mental, había aprendido que unas palabras causaban más daño que un par de buenos derechazos.

—¡Laxton! ¡Qué alegría nos da verte de nuevo! Ahora mismo le decía a Clarke que debíamos acudir a Lambergury, sin ser invitados, para que pudiéramos conversar sobre lo ocurrido —dijo el reverendo a modo de saludo y extendiéndole una mano—. Imagino que a su esposa no la importará recibir la visita de dos prójimos tan honorables como nosotros.

—No vuelva a dirigirse a mí de ese modo —gruñó al pararse frente a ellos. Miró la mano que le ofrecía con repulsión y luego clavó los ojos en ambos rostros—. Para ustedes, soy milord o excelencia y, mientras viva, no se acercarán a mi esposa ni volverán a pisar una piedra de mis tierras —añadió apretando los puños.

—¡Déjate de tonterías! —intervino el juez—. Sabes tan bien como nosotros que nunca te has merecido ese tipo de distinción ni privilegio.

—Pero los tengo —declaró solemne.

—Sí, porque conseguiste convencer a ese miserable abogado —le reprochó el magistrado—. Recuerda que, pese haberte casado con... ella —manifestó arrugando la frente—, aún no has resuelto todas las condiciones que Oliver redactó en su testamento. Soy bastante paciente, Laxton, y durante tres años pueden ocurrir un sinfín de infortunios; nunca se sabe qué nos deparará el mañana —añadió mordaz.

—Como se acerquen a ella e intenten hacerle daño, juro por Dios que los mataré —aseveró acortando con rapidez la distancia que los separaba.

—¡Dios nos libre de cometer esa atrocidad! —respondió Madden mirándolo sin parpadear—. Jamás dañaríamos a una mujer.

—No tenemos que hablar ni relacionarnos con la condesa para destruir tu matrimonio —intervino el juez—. Tú mismo te encargarás de arruinarlo, pues la sangre de Oliver corre por tus venas —añadió con crueldad.

—Se equivoca —masculló George.

—¿Sabe tu joven esposa lo que hiciste con la doncella? —intervino de nuevo el párroco—. Porque fue un asunto tan escandalosamente inmoral que aún se recuerda en el pueblo...

—Se ha casado con una Rutland —mencionó Clarke—, y, por si no lo recuerdas, viejo

amigo, su padre fue uno de los mayores crápulas de Londres. ¿Has olvidado el motivo por el que tiene una mano inútil? Estoy seguro que, después de los escándalos que provocó el duque, su hija no se asombrará de las perversiones sexuales de su marido con...

No se contuvo más tiempo. George cogió a ambos de los cuellos de las camisas y los obligó a que lo miraran a los ojos, rojos por la cólera y ensombrecidos por el odio.

—Manteneos lejos de mi esposa, de Lambergury y de mi vida —advirtió apretando los dientes—. Si desobedecéis mis órdenes, os prometo que os lo haré pagar. Como bien sabéis, tuve al mejor maestro y sé cómo hacer que un hombre sufra tanto que pida a gritos su muerte. —Después de esto, los soltó.

—Clarke, ¿estás escuchando la amenaza de este impúdico hijo de Dios hacia dos hombres de intachables reputaciones? ¿Esta violenta actitud no es suficientemente reprehensible para celebrar un juicio y enviarlo a la cárcel? —perseveró el reverendo con sarcasmo mientras se arreglaba la camisa.

—No nos hará falta un juicio para conseguir aquello que nos pertenece —repuso el magistrado dirigiéndole a George una mirada desafiante—. Él mismo nos lo servirá muy pronto en bandeja de plata —alegó dibujando una amplia sonrisa.

—Eso no sucederá jamás —aseveró el conde antes de girarse sobre sí mismo y caminar hacia la oficina del administrador.

En cada paso que daba, la inquietud y la cólera aumentaban. Intentó tranquilizarse, pero no pudo. Las ganas de volverse hacia ellos y asestarles la paliza que se merecían se hacía poderosa, notaba cómo su sangre bullía anhelando venganza. Sin embargo, esa rabia disminuyó al recordar que su esposa se hallaba en el interior de la oficina y que lo estaba esperando. Si cometía la locura de agredirlos, lograrían el propósito de apartarlo de ella para siempre.

—¿Milord? —dijo Sebastian cuando lo alcanzó—. ¿Se encuentra bien?

—No —respondió sin mirarlo—. Todavía tengo ganas de apretarles las gargantas con mis propias manos —añadió levantando las palmas y oprimiéndolas con fuerza.

—No lo haga, señor. Piense en su señora, en la difunta condesa y en el cambio que ha comenzado desde que llegó —alegó el sirviente.

—¿Crees que eso será suficiente para que todo el mundo olvide qué sucedió en el pasado? —preguntó incrédulo.

—Sí. Milord, le prometo que lo conseguirá —aseguró con rapidez—. Para que usted mismo acepte esa verdad, he de informarle que esta mañana he visitado los hogares de los sirvientes que me pidió y, ¿sabe cómo han recibido esos pagos atrasados y su generosidad?

—No —respondió emitiendo un largo suspiro.

—Con tal gratitud que todos han rezado a Dios para que lo ayude a lograr un matrimonio afortunado y que alcance de una vez por todas la prosperidad que se merece —indicó.

—¿Eso han dicho? —espetó asombrado.

—Se lo juro. No ha habido ni una sola persona que no me haya pedido que le bese las manos y que le agradezca su inmensa piedad.

—Eso es un buen comienzo, ¿verdad? —murmuró antes de pararse frente a la puerta de la oficina. Luego agachó la cabeza y decidió cambiar de dirección. Lo más acertado era dirigirse al carruaje y aguardar allí dentro la llegada de Tricia porque, aunque Sebastian le hablaba de perdón y de una nueva vida para él y su esposa, todavía no estaba muy seguro de que eso fuera posible.

—Sí, milord. El mejor inicio que ha podido dar el nuevo conde de Burkes —declaró antes de caminar tras los pasos del conde.



Tricia se sentó sobre la cama y miró la bandeja de comida que Ángela le llevó. Supuso que la noche antes de la partida de George sería diferente. Creyó que cenarían juntos, que charlarían sobre las diez nuevas empleadas y que ambos se reirían de las preguntas tan inadecuadas y suspicaces que la dama de compañía hizo a las candidatas. Pero no fue así... Después de salir de la oficina del administrador, Sebastian la informó que el señor la esperaba en el carruaje. Sin perder un segundo, corrió en su búsqueda. Al abrirle el cochero la puerta, su marido había dejado de ser el hombre amable, comprensible y cariñoso que ella conocía. Permaneció distante durante el regreso, con los brazos cruzados y mirando a través de la ventana. Dedujo entonces que la conversación que mantuvo con aquellos dos extraños no fue agradable para él. En realidad, ella ya se lo había imaginado al advertir las sombras en los ojos de su marido y en la actitud que exhibió cuando los descubrió. ¿Quiénes eran? ¿Por qué tenía la sensación de que esos hombres les acarrearían problemas?

Imaginó que la rabia de George cambiaría cuando llegaran al hogar, pero no fue así. Una vez que bajaron del carruaje y la acompañó hasta la puerta en un inquietante silencio, se alejó de ella cuando les abrió Herald.

—Reúna a todos los sirvientes en el comedor —ordenó al mayordomo incluso antes de que este los saludara—. ¡Los quiero allí en cinco minutos! —tronó.

—Sí, excelencia —respondió y, acto seguido, se marchó.

—George...

—Tricia, por favor, no es el momento de preguntas —dijo dando varios pasos hacia la sala donde convocó al servicio—. Ve a la habitación y espérame allí. Te prometo que subiré lo antes posible.

Acompañada por Ángela, hizo lo que le pidió, pero las horas pasaron y George no fue a su encuentro. La desesperación y la tristeza se apoderaron de ella y no pudo tomar ni un solo bocado de su plato preferido. ¿Qué había sucedido mientras ella estaba en el interior de la oficina? ¿De qué hablaría con aquellos dos hombres para convertirlo en un ser tan cruel como su tío? La mirada de George se oscureció y encolerizó tanto que parecía hallarse frente al difunto conde de Burkes.

Se levantó de un salto de la cama y caminó por la habitación buscando las posibles respuestas, pero lo único que provocó esa angustiosa reflexión fue que su desazón aumentara. Exasperada y decidida a no pasar la noche sola en la alcoba, salió de esta con tal presura que se olvidó de ponerse la bata. Cuando alcanzó el primer peldaño de la escalera, se detuvo para escuchar y observar el interior del hogar.

Toda la residencia permanecía en un escalofriante silencio. Afianzando el deseo de buscarlo, pues aquello le advirtió que nada bueno había ocurrido, se agarró al pasamanos y bajó despacio sin dejar de contemplar a su alrededor. ¿Cómo habían soportado vivir en un lugar tan terrible? ¿Por qué el difunto conde no ordenó al menos reparar los cristales rotos de las vidrieras? ¿Por qué no habían cambiado las cortinas? Estas estaban tan ajadas y agujereadas que podía ver lo que había en el exterior sin necesidad de recorrerlas. De repente, escuchó el crujido de la madera que pisaba. Se aferró con ambas manos a la baranda y cerró los ojos, asustada al pensar que rodaría por ellas como le pasó al antepasado de su marido. Al no suceder nada, tomó fuerzas y bajó tan rápido como pudo. Toda la casa estaba en un estado lamentable y lo único que ella podía hacer, durante los tres próximos años, era limpiar aquella miseria.

—¿Milady? —La voz de Herald, quien apareció frente a ella sin hacer ruido, la asustó—. Lo siento, excelencia, no pretendía asustarla.

—No se preocupe, Herald —dijo ella apartando las manos de la garganta.

—¿En qué puedo ayudarla, señora?

—Solo quiero saber dónde está mi esposo y si ha terminado la reunión que convocó —dijo mientras miraba hacia la oscuridad que presentaba el lado derecho y el izquierdo de la casa. Concluyó con pesar que Lambergury era aún peor de noche. Si existía un infierno, sería muy parecido a lo que ella tenía ante sus ojos en aquel momento.

—Sí, hace algo más de dos horas que finalizó, pero su excelencia se encerró en la biblioteca —aseguró con tono preocupado.

—¿De verdad? —preguntó sobresaltada.

—Sí.

—Está bien. Gracias por todo. Puede retirarse —le pidió mirando atemorizada el pasillo que debía recorrer.

—Buenas noches, milady —comentó haciéndole una ligera reverencia.

—Buenas noches —respondió antes de dirigirse hacia esa zona de la casa.

Sus pies recorrieron con rapidez el suelo del oscuro corredor en el que se encontraban los retratos de los antepasados de su marido. El vello se le erizó y sintió unos repentinos cosquilleos en la nuca, como si estos la miraran con desprecio por tomar la decisión de averiguar qué le ocurría a George y ayudarlo. Asustada y ansiosa, se colocó frente a la biblioteca y abrió la puerta despacio.

La tenebrosidad no tenía fin.

No había candelabros con velas encendidas, solo los destellos que desprendían las llamas de la chimenea iluminaban la biblioteca. Miró hacia delante, con la esperanza de encontrarlo detrás de una mesa, gestionando el asunto que le impedía subir a la habitación, pero George no se hallaba allí, sino frente a la chimenea, sentado en un enorme y antiguo sillón orejero. Un haz de luz azafranado lo rodeaba. El movimiento que hacían las llamas en el interior de la chimenea se reflejaba en las paredes y estanterías, convirtiéndolas en alargadas sombras fluctuantes. Parecía que había bajado al infierno mientras miles de almas negras volaban a su alrededor. El leve gesto que realizó la mano derecha de George, para agitar el líquido ambarino que había en el interior de una copa, la despertó de esa ensoñación infernal. ¿Se había pasado las horas bebiendo? ¿Por qué? ¿Qué podía preocuparlo tanto para apartarse de ella? ¿Por qué no buscaba el refugio de sus brazos para calmar aquello que lo perturbaba?

Avanzó muy despacio hacia el sillón, aunque se frenó al descubrir que justo a su lado había una estantería retirada de la pared. ¿Se trataba de un pasadizo? ¿Lambergury escondía túneles? ¿Hacia dónde se dirigían? ¿Por qué no le habló George sobre ellos cuando le mostró el interior de la residencia? Pese a que sentía la imperiosa necesidad de averiguar qué se ocultaba allí dentro, se centró en su marido, quien seguía tan abstraído en sus pensamientos que no reparó en su presencia.

Al colocarse entre él y la chimenea descubrió que se hallaba en mangas de camisa y con varios botones desabrochados. Su cabello rubio lucía despeinado, como si se hubiera pasado mucho tiempo tocándose con desesperación, y el tobillo de su pierna derecha descansaba sobre la rodilla de la izquierda. Cansado y abatido. Así lo descubrió.

—No deberías estar aquí —dijo sin levantar ni desviar la mirada, como si continuara observando el fuego a través de su cuerpo.

—Debo estar allí donde tú te encuentres —respondió extendiendo las manos hasta que estas acunaron su rostro—. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué no has subido a nuestra alcoba? ¿Qué te retiene aquí? —preguntó con ternura cuando sus miradas se encontraron. El odio había desaparecido de sus ojos grises, pero la tristeza ocupó su lugar.

—No sé el motivo por el que Dios te puso en mi vida, pues no merezco una mujer como tú. No debería sentirme feliz al tenerte a mi lado y tendrías que librarte de...

—Deja de decir tonterías —lo hizo callar poniéndole un dedo sobre los labios—. Mereces todo lo que tienes y todo lo que vas a conseguir a partir de ahora —aseveró apartando el dedo con suavidad—. Porque eres el hombre más honrado y compasivo que he conocido jamás.

—Eso lo dices porque no conoces mi pasado —masculló. Se llevó la copa a los labios y se bebió el resto de licor de un sorbo.

—Podrías contármelo. De ese modo, yo misma decidiré si tus reflexiones son acertadas o no —expuso. Muy despacio, para que esa actitud débil que mostraba no cambiara de nuevo, apartó la pierna que descansaba sobre la otra. Una vez que ambos pies se posaron sobre el suelo, se levantó el camisón hasta las rodillas y se sentó a horcajadas sobre él—. Después de escucharte, si determino que no eres un hombre adecuado para mí, te abandonaré y me buscaré un amante —comentó acariciándole el cuello, los hombros y los brazos con ambas manos.

—Tricia, vete a la cama. Te prometo que subiré cuando me tranquilice y reflexione sobre todo lo que ocupa mi mente —rogó, girando la cabeza hacia su izquierda para no verla, porque estar a su lado, sentir sus dulces caricias y oler su embriagador perfume le hacían olvidar todo el odio que debía sentir por el juez y el reverendo.

—No me voy a marchar sin ti —aseguró tras poner las manos sobre su pecho, que comenzó a moverse agitado.

—Eres una mujer muy testaruda, esposa mía —susurró. La miró y extendió los dedos de la mano derecha para dejar caer la copa. Luego, las posó sobre la espalda de Tricia y la acercó aún más a él—. No entiendo cómo una mujer tan brillante se empeña en estar con un hombre como yo.

—Según me han explicado, el amor causa locuras, mi señor —expuso inclinando la cabeza hacia delante para que las puntas de su cabello negro acariciaran el rostro, el cuello y los hombros de su esposo.

—He de concluir, pues, que estás completamente enamorada de mí.

—Desde el primer día —declaró justo antes de acercar su boca a la de él y besarlo con la misma necesidad que George.

Sus manos dejaron de acariciarle el pecho, que se movía al compás de la agitada respiración, para centrarlos en desabrochar los botones de la camisa. Una vez que pudo tocar la piel y el vello de esa parte de su cuerpo, Tricia se excitó tanto que comenzó a mover las caderas inconscientemente.

—Aquí no —jadeó George cuando sus bocas se separaron.

No quería poseer a su esposa en aquel lugar. No podía escuchar los gemidos de Tricia en el mismo sitio donde él oyó sus propios gritos de dolor, de desesperación y llantos de impotencia. El sentimiento de culpa que le recorrería cuando ella descubriese que habían hecho el amor a tan solo unos pasos de donde se encontraba la mazmorra en la que Blanche murió, y en la que él permaneció tantas horas e incluso días cumpliendo castigos injustos, jamás desaparecería.

—Aquí sí —afirmó Tricia antes de bajar las manos hasta el pantalón para desabrocharle el botón—. Me prometiste que llenaríamos Lambergury de amor y eso mismo quiero hacer —añadió metiéndolas bajo el pantalón.

Justo cuando George le agarró los brazos para apartarla, se quedó inmóvil al notar las puntas de los dedos acariciándole el sexo. Suspiró hondo, la miró atolondrado y descubrió con asombro que sus ojos solo podían ver el hermoso rostro de su esposa, que todo lo que había a su alrededor dejó de existir. ¿Cómo hallar algo de sensatez si ella lo conducía directo a la locura?

—Tricia... —susurró antes de cerrar los ojos y embriagarse del placer que comenzaba a

recorrerle la piel.

Sus manos siguieron acariciando la espalda de su esposa de arriba abajo. Cuando el deseo aumentó, cuando la necesidad de tenerla se volvió tan urgente que le dolieron las entrañas, esas caricias se tornaron desesperantes. Clavó las yemas de los dedos en ella y apretó la tela del camisón.

—George —jadeó ella—. Abre los ojos y mírame —le pidió.

Al hacerlo, pudo ver el brillo de los preciosos ojos de la mujer que amaba. Su necesidad era tan parecida a la suya, tan semejante, que se habían convertido en un mismo ser. Despacio, George apartó las manos de los omoplatos de Tricia y bajaron lentamente hasta sus caderas. Al levantarla, pues quería bajarse los pantalones, ella protestó.

—No seas impaciente, querida —la regañó mientras los deslizaba hasta las rodillas. Una vez que se quedó expuesto para ella, añadió—: Ahora puedes tomarme entero. Soy todo tuyo.

Y eso hizo Tricia, apoyó las rodillas sobre el sillón y se deslizó despacio por el erecto sexo de su marido.

—Muévete así —le indicó al tiempo que sus grandes manos se posaban en el trasero, amasándolo y acariciándolo, animándola a que lo tomara con más profundidad.

—¡Oh, Dios! —exclamó Tricia al sentir en el interior de su cuerpo una fuerte presión.

—Continúa. No pares. Sigue así, mi amor.

Los vaivenes pasaron de lentos a rápidos, de suaves a bruscos, de tenues a profundos. Tricia cerró los ojos, apoyó las manos sobre los hombros de George y dejó que ese baile que iniciaron se prolongase hasta que su mente, perdida en una sensual neblina de placer, lo hizo olvidar la preocupación y la inquietud que había sentido horas antes. Se obligó a abrir los ojos al notar el empuje de las grandes manos ajustando sus caderas a las de él, como si se trataran de dos piezas de un puzzle que debían unirse para formar un dibujo. El deseo, la pasión y la lujuria se apoderaron tanto de ella que no podía controlar su cuerpo; su boca se abrió para poder liberar todos los gemidos de placer que la recorrían y sus manos, pese a estar apoyadas sobre los hombros de su esposo, temblaban y se deslizaban por ellos.

—Te quiero —soltó a viva voz cuando los zarandeos de sus caderas se tornaron desesperantes, urgentes.

—Mi esposa, mi preciosa mujer —respondió George sin parar de moverla sobre él. Acercó los labios a su boca y la besó con la misma pasión.

Después de eso, el sonido de sus jadeos interrumpió el silencio de aquel lugar y, tal como les sucedía cada vez que estaban juntos, todo careció de importancia salvo estar uno con el otro.

—Mi señora... —murmuró al sentir cómo su cuerpo temblaba por la llegada del orgasmo.

—Mi señor... —respondió antes de presionar con más fuerza los dedos en sus hombros y enmudecer un grito de satisfacción en los labios de su marido.

Ellos, el placer, el amor y la luz que desprendían cuando estaban juntos eliminaron la oscuridad y el dolor causados durante siglos en aquel espantoso lugar.

George apartó las manos de las caderas de Tricia y la abrazó cuando los espasmos del clímax cesaron. Respiró hondo, llenándose de esa mezcla de perfume que provocaba el esfuerzo del sexo y la fragancia a moras. ¿Cómo iba a soportar tantos días alejado de ella?

—Ya te extraño —comentó Tricia como si le leyera el pensamiento—. Aún no te has ido y ya quiero que vuelvas —admitió apenada.

—Te he prometido que no tardaré —dijo retirando los brazos de su cuerpo. Luego, con mucha ternura, posó las manos sobre su rostro y se sintió un villano por hacerla entristecer.

—Eso me has prometido. —Se obligó a no llorar.

—Y cumpliré mi promesa —aseveró antes de volverla a besar.

Tricia descubrió en ese beso tierno, suave y cálido que George estaba tan afligido como ella. ¿Eso significaba que, pese a no haberle dicho que la amaba, lo hacía? El sentimiento de tristeza aumentó al deducir que sí. No era justo para ninguno de los dos que tuvieran que separarse cuando comenzaban a comprenderse y amarse.

—Vamos, querida —dijo ayudándola a levantarse. Una vez que los pies de Tricia se apoyaron en el suelo, él se alzó del sillón, se subió los pantalones, la miró y volvió a abrazarla.

—George, tienes que descansar —le recordó cuando el abrazo finalizó—. Mañana te espera... ¿Qué haces? ¡George! —exclamó sonriente cuando la cogió en brazos.

—¿Piensas, de verdad, que tengo la intención de pasarme el resto de la noche durmiendo? —preguntó mientras caminaba hacia la salida.

—Sí, por eso mismo bajé.

—¿En serio? —preguntó enarcando una ceja—. ¿Bajaste para recordarme que debía dormir?

—Sí —contestó sin borrar la amplia sonrisa que dibujaban sus labios.

—Pues no has cumplido tu propósito, mi señora.

—¿No?

—No —aseguró—. Lo que has hecho al venir a buscarme ha sido despertar a la bestia que mantenía dormida. Ahora, esta no volverá a cerrar los ojos hasta que haya saciado su hambre —apuntó atravesando el pasillo.

—¿Y esa bestia está muy hambrienta? —dijo apoyando el rostro sobre el pecho para no ver de nuevo el retrato de aquel quien hizo daño a su esposo.

—Tiene un hambre voraz —aseguró mientras pisaba el primer peldaño de la escalera.

## XVI



Ángela apartó rápidamente la oreja de la puerta de la biblioteca y corrió tan veloz como pudo hasta esconderse bajo el hueco de la escalera. No quería que la descubrieran husmeando, pues solo quería confirmar que la angustia de Tricia había desaparecido. Suspiró aliviada al ver cómo el conde se dirigía a su alcoba con su amada en brazos. Al fin llegaba la calma a Lambergury porque si su señora permaneció inquieta desde que llegaron, ella lo había estado más con la extraña actitud del marido. Tanto se angustió que buscó la manera de acorrallar e interrogar a Sebastian. Este, atemorizado por su enfado, le explicó quiénes eran aquellos dos hombres y por qué se había disgustado tanto su excelencia. También le aclaró el objetivo de la misteriosa reunión y, finalmente, Ángela lo comprendió todo. Era lógico que estuviera nervioso y que buscara la forma de protegerla de la maldad de aquellos hijos del demonio mientras permaneciera en Brighton. Pero no debía preocuparse por la muchacha, ella la mantendría a salvo hasta que regresara y si para ello debía llevar una daga escondida bajo las faldas, lo haría con mucho gusto. Una de las cosas que le enseñó el ladrón de su marido fue a defenderse de todo aquel que quisiera hacerle daño.

Mientras caminaba hacia la cocina, reflexionó sobre la avaricia que poseían algunos humanos. Era tan grande y despiadada que no eran capaces de permitir que una joven y enamorada pareja alcanzara un futuro próspero. Asimismo, concluyó con agrado que todo el personal que trabajaba en aquel lugar era leal al nuevo conde y que no solo cuidarían de la condesa, sino también del propio señor.

Entró en la cocina, alargó la mano derecha hacia una mesita y cogió uno de los candelabros. Con mucho cuidado, pues aquella sala solo estaba iluminada por la poca luz que desprendían las ascuas y no quería alertar a nadie de su presencia, caminó hasta la chimenea y encendió las velas. Después, se dirigió hacia la enorme mesa de madera que había en el centro, lo apoyó en una esquina y se giró hacia los armarios con las manos en la cintura.

—¿Dónde diablos habrá puesto ese inútil un cazo pequeño? —preguntó en voz alta mientras caminaba hacia la primera estantería que halló—. ¡Estos ingleses siempre convierten lo sencillo en complicado! —prosiguió en español.

—¿Señora Domínguez?

—¡Por Dios bendito y todos sus ángeles caídos! —exclamó en su lengua materna llevándose las manos al pecho al descubrir que, parado en la entrada, se encontraba la alta y siniestra figura del mayordomo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Herald caminando hacia el interior.

—He dicho —empezó a hablar en inglés—, que odio a todos los mayordomos que aparecen sigilosos y asustan a las buenas señoras que necesitan una taza de leche caliente antes de regresar a sus alcobas.

—Miente —continuó con esa voz ruda que ponía los pelos de punta a todo el que lo oyera.

—¿Por qué sabe que lo hago? —inquirió colocándose detrás de la gran mesa, creyendo que esta le ofrecería la protección suficiente para huir en cuanto tuviese una mínima oportunidad.

—Porque ha utilizado muy pocas palabras para expresar tantas frases al mismo tiempo —aseguró. Apartó la mirada de Ángela y la fijó en una de las puertas del armario que había sobre la pila de lavar. La abrió y sacó el cazo que, supuestamente, andaba buscando la dama de compañía. Con él en una mano, caminó hacia la mesa y lo depositó frente a ella—. El cocinero guarda la leche detrás de ese biombo, pero tendrá que utilizar una taza para servirse.

—No sé si darle las gracias o mandarlo al infierno —masculló Ángela. Se giró, cogió uno de los vasos de porcelana que había sobre un poyete y anduvo hasta el biombo. Levantó la tapa de esa olla repleta de leche, metió el vaso y lo sacó tan colmado que se cayeron algunas gotas al suelo. Se giró para regresar a la mesa y vio a Herald tan cerca que podía oler el aroma de su jabón—. ¡Apártese! —ordenó empujándole con la mano libre.

—Anoche le indiqué que debía moverse con cuidado por la residencia para no llamar la atención de los hombres que viven aquí —refunfuñó siguiéndola—. Y veo que usted hace lo que le apetece pues hoy, además de pasear sin vigilancia, ha tenido la indecencia de salir de su habitación en paños menores.

—¿Paños menores? —soltó Ángela volviéndose hacia él—. ¿A esto lo llama paños menores? ¡Pues se equivoca! Esto, señor Herald, se llama bata y oculta un largo, casto y austero camisón. Lo que hay bajo estas prendas no le interesa ni debería pensar en ello.

—Es usted una mujer muy descarada —comentó Herald acercándose más—. ¿Cuánto tiempo estuvo casada? ¿De qué murió su marido?

—¿Cómo dice? —gruñó asombrada, agarrando con tanta fuerza el vaso que podía hacerlo añicos en cualquier momento.

—Desde que llegó me he preguntado cuánto tiempo estuvo casada y si la muerte de su esposo tuvo alguna relación con el veneno que desprende esa lengua viperina que guarda en el interior de su boca —masculló presa de los celos. ¿Cómo se le había ocurrido merodear vestida de esa forma? ¿Acaso no era consciente de lo que podía pasarle?

—Ni le importa el tiempo que duró mi matrimonio ni cómo falleció mi esposo —aseguró altiva—. Pero deduzco que ha sido testigo de tantas maldades en esta residencia que no ha considerado la posibilidad de una muerte normal —apuntó levantando la barbilla. ¡Ni mucho menos le iba a contar a aquel idiota que una víctima de su marido se defendió con un arma! ¡Lo que le faltaba para aumentar su suplicio!

—He visto muchas cosas desde que comencé a trabajar bajo las órdenes del difunto conde —admitió con aflicción y, por un segundo, Ángela se apiadó de él.

—Pudo marcharse —dijo moviéndose hacia un lado. Fue hacia el cazo y vertió la leche. Luego se dirigió a la chimenea y lo posó sobre las ascuas—. Todo el mundo es libre para elegir el destino de su vida. Si no lo hizo fue porque le agradaba vivir bajo las órdenes de ese monstruo.

—¡No! —exclamó Herald dando un puñetazo sobre la mesa—. ¡No me quedó otra opción!

—Si usted lo dice... —comentó Ángela clavando los ojos en la leche, que comenzaba a humear.

—Mi padre fue uno de los pocos burgueses que vivía en el pueblo que hoy ha visitado —empezó a decir—. Pero una mala gestión hizo que perdiera toda la riqueza que acumuló durante años. Seis meses más tarde, cuando ya no pudo soportar la misera a la que nos llevó, se suicidó, dejándonos solos y desamparados a mi madre y a mí.

—No pretendía hacerle recordar... —intentó decir Ángela mirándolo con tristeza, pero Herald levantó la mano derecha para que lo escuchara.

—Abandoné los estudios que cursaba y me busqué un trabajo que me permitiera alimentar a mi madre. La única persona que me ofreció un puesto digno fue el conde. Tal vez porque en el

fondo se sentía culpable de haber incitado a mi padre a esa mala inversión.

—Ese hombre no tenía conciencia, remordimientos, ni sentimientos de culpa. De haberlos tenido, habría impedido que su padre se arruinara —masculló Ángela tensando su cuerpo y observándolo sin pestañear.

—Posiblemente —susurró Herald apoyando las manos sobre la mesa.

—¿Qué pasó con su madre? —preguntó mientras enrollaba la tela de la bata en su mano derecha para coger el mango del cazo caliente.

—Terminó por casarse con un viudo que, por suerte para ella, la trató con la delicadeza y el respeto que se merecía —declaró mediante un largo suspiro.

—¿Por qué no se marchó entonces? —perseveró Ángela colocando otra taza sobre la mesa. Mientras Herald la miraba desconcertado, ella repartió la leche en ambos recipientes, se sentó en una de las sillas cercanas al mayordomo y rodeó con las manos su vaso caliente.

—¿A dónde? —contestó acomodándose en otro asiento—. Las únicas referencias que podía mostrar a los futuros señores eran las que escribiese el conde y, como habrá concluido, no habrían sido muy elogiosas.

—Pero con la llegada del señor, todo será diferente, se lo aseguro. Hasta podrá desprenderse de esos trajes tan deprimentes —comentó Ángela apartando una mano del vaso para ponerla sobre una de las de Herald. Este, al principio, se quedó mirándola tan sorprendido que ella soltó una carcajada.

—¿Qué le parece tan gracioso, señora Domínguez? —espetó sin eliminar ese contacto.

—Me río de usted, Herald —comentó sin parar de sonreír—. Jamás imaginé que un ser tan estirado, siniestro y enfermizamente grosero fuese, en el fondo, un hombre bastante remilgado.

—No soy remilgado sino cortés —aseveró girándose en el asiento hacia ella.

—¿Cortés? —continuó divertida—. ¿Qué significa para usted esa palabra?

—Ser cortés, señora Domínguez, es la única cualidad en la que me centro ahora mismo para contener ciertos anhelos hacia su persona —contestó observándola fijamente.

—Pues no lo sea. Le aseguro que yo no tengo... —Ángela se quedó callada cuando aquel inmenso hombre vestido de negro apartó, como si ardiera, su mano de la de ella.

Después se levantó y, en una milésima de segundo, la dama de compañía sintió en su rostro el calor de aquellas grandes manos.

—¿Estás segura de que no quieres mi cortesía, Ángela? —le preguntó acercando sus labios a los de ella—. Porque como aceptes aquello que he deseado desde que me apartaste de la puerta, tu futuro y el mío cambiarán.

—Estoy segura —atinó a decir, pues el corazón le latía con tanta fuerza que se había trasladado a su garganta y le impedía respirar.

Herald la besó con tanta ansia y avidez que Ángela no supo cuándo la alzó de la silla y la sentó sobre la mesa. Tampoco advirtió el momento en el que la peineta que enrollaba su cabello salió volando, las tazas se volcaron, se derramó la leche y las velas del candelabro se apagaron. En lo único que pudo centrarse la española fue en admitir que, desde ese instante, ya no deseaba más cortesía por parte de Herald.



Llevaba varias horas sentado en el butacón que había junto a la cama sin parar de mirarla. Su preciosa mujer, quien había convertido su tristeza en una inmensa dicha, descansaba plácidamente. Se contuvo más de mil veces para no acercarse a ella y envolverla de nuevo entre sus brazos. Pero no quería despertarla, no quería que Tricia se levantara para despedirlo, no quería ver cómo su

figura se perdía en la lejanía o verla llorar. Prefería recordarla así, bajo la sábana, con su pelo alborotado y manifestando en su rostro la paz que él también empezaba a sentir. No era una despedida, se obligó a pensar mientras se levantaba del asiento y caminaba hacia la puerta. Su separación apenas duraría cinco días y, una vez que regresara, nadie volvería a apartarla de su lado.

Antes de cerrar la puerta, la miró de nuevo y su pecho se ensanchó de gozo. Tricia era la mujer perfecta para él. No solo porque exudaba luz por cada poro de su piel, sino también porque en la cama ambos se compenetraban a niveles inimaginables. Cerró la puerta, dibujando una leve sonrisa tras recordar la valentía que ella mostró al seguirlo hasta el balcón de los Hamberbawer. Gracias a esa osada actitud, su vida se había transformado en algo maravilloso y hasta comenzó a creer en los milagros.

—Buenos días, milord —dijo Sebastian al encontrarlo en mitad del pasillo.

—Buenos días. ¿Sabes si han preparado todo lo que pedí? —le preguntó poniendo las manos a su espalda.

—Sí, señor. Además, Herald acaba de confirmarme que el equipaje está en el carruaje y que el cochero lo espera —informó.

—Prosigamos entonces —dijo mientras accedía a la habitación donde se vestiría.

Diez minutos más tarde, George bajaba las escaleras con una terrible congoja recorriéndole el cuerpo. Jamás pensó que alejarse de aquel lugar le resultaría tan agobiante, pero la culpa de esa nueva visión la tenía la mujer que aún seguía durmiendo. Ella había sido la primera en hacer realidad el cambio que le prometió a Blanche.

Cuando pisó el suelo del recibidor miró a las dos personas que lo esperaban en la entrada y arrugó la frente al descubrir cierta tensión en ellos. ¿Nunca se comportarían como dos personas civilizadas? ¿Se pasarían toda la vida odiándose?

—Herald, espero que sea consciente de la responsabilidad que le otorgo. No solo tendrá que vigilar a los empleados, sino que ha de velar por la vida de mi esposa —declaró con firmeza—. Como anuncié ayer, Clarke y Madden no han de acercarse durante mi ausencia y, si lo hacen, tiene mi permiso para coger una de las armas que guardo en la biblioteca y dispararles.

—Sí, excelencia. No se preocupe, vigilaré y cuidaré de Lambergury y de su esposa hasta que regrese.

—Señora Domínguez —comentó George dando un paso hacia ella—. Confío en usted para mantener entretenida a mi esposa durante estos días. Recuerde que solo ha de limpiar, que no debe cambiar nada salvo nuestra alcoba.

—Sí, señor. No se preocupe. Ayudaré a la señora en todo lo que me pida y la aconsejaré de buena fe cuando así lo requiera. Aunque, si me permite opinar, le aseguro que la condesa, pese a ser muy joven, sabrá manejar con soltura todo aquello que ha decidido llevar a cabo.

—No me cabe la menor duda de que mi esposa lo hará correctamente, pero me preocupan las nuevas empleadas. No estoy seguro de que ellas sean tan fieles a la condesa como lo es usted. Tal como ayer le explicó Sebastian después de su terrible coacción, la maldad de Clarke y Madden puede atravesar estos fuerte muros.

Ángela sintió cómo le quemaban las mejillas por la vergüenza. Nunca imaginó que Sebastian le hablara al señor de la pequeña reunión que mantuvieron. Pero en el fondo se alegró de que lo hiciera, pues aquel gesto confirmaba su lealtad hacia él.

—Lo siento, señor —dijo agachando ligeramente la cabeza—, pero como bien ha dicho, mi devoción hacia la condesa es tal que no podía quedarme con los brazos cruzados.

—Le agradezco que posea ese sentimiento tan noble hacia mi mujer. Le juro por Dios que es

lo único que necesito escuchar en este momento —declaró con sinceridad George.

—Milord —intervino Herald—, creo que sería apropiado informarle que la señora Domínguez ha decidido llevar una daga bajo la falda de su vestido.

George se quedó mirando primero al mayordomo y luego a la española. ¿Había escuchado bien? ¿Hasta ese punto pretendía Ángela proteger a su esposa? ¿Que Dios se apiadara de aquel que quisiera dañarla!

—¿Sabe utilizarla? —preguntó dibujando una amplia sonrisa.

—Por supuesto, señor —respondió la dama levantando el rostro con orgullo—. Puedo hacer maravillas con un puñal en mis manos. —Después de esto, miró a Herald con los ojos entornados.

—Confío en ambos —manifestó George posando una mano en el hombro izquierdo de Herald y la otra, en el derecho de Ángela—. Por favor, hagan todo lo que esté en sus manos para mantenerla a salvo.

—Sí, excelencia —declararon al unísono.

George avanzó hacia el exterior sin mirar atrás, se metió en el carruaje y su corazón se oprimió al ver los tejados de su hogar desaparecer en la distancia. «No tardaré», pensó una y otra vez.

—¿Cómo has podido decirle al señor que escondo un cuchillo? —increpó Ángela a Herald cuando este cerró la puerta—. ¿No has pensado, durante un segundo, que podía haberme despedido? —añadió poniendo las manos en la cintura

—¿Por eso mismo lo he hecho! —soltó mirándola fijamente—. Albergaba la esperanza que al señor le complaciera tu decisión y no te echara de Lambergury a patadas —masculló.

—¿Y qué habría pasado si no hubiera reaccionado con tanta benevolencia? ¿Tantas ganas tienes de alejarme de ti? ¡Ni que llevásemos treinta años casados! —refunfuñó mientras se levantaba las faldas del vestido para subir las escaleras.

—Habría corrido detrás de ti —aseguró una vez que fue hasta ella, la cogió del brazo y la giró hacia él—. Ayer te dije que tu futuro y el mío cambiarían. ¿Lo recuerdas?

—¿Oh, qué bonita declaración de amor! —exclamó con sarcasmo Ángela—. Para un hombre frívolo, siniestro y esquivo, he de admitir que es una...

No terminó la frase, Herald la atrajo hacia él, tomó su cabeza entre sus manos y la besó durante unos largos y lascivos minutos, dejándola lánguida y jadeante en sus brazos.

—No soy ducho en declaraciones de amor, es más, aún no sé si a esto se le puede llamar así. Lo único que puedo decirte es que espero que pasen esos treinta años y siga necesitando tus besos. Y ahora, española mía, confirma que la señora está despierta. Si esas doncellas quieren ganarse el salario, no tardarán en aparecer y la condesa debe estar lista para recibir las. ¿Entendido? —añadió soltándola lentamente

—Sí —jadeó, pues no sabía qué la había aturdido más, si el beso o la sinceridad que expresaban sus palabras. Se giró y, notando en la espalda la intensa mirada de Herald, subió.



Cuando Ángela abrió la puerta, toda esa bruma de aturdimiento y emoción que le había provocado la pasión del mayordomo quedó olvidada al encontrarse a la muchacha en camión frente a la ventana, con las manos en el rostro y llorando sin consuelo. Corrió hacia ella y abrió los brazos para que Tricia se acurrucara entre ellos.

—No tardará en regresar —dijo abrazándola con fuerza—. Estoy segura de que hará todo lo que esté a su alcance para volver lo antes posible a Lambergury.

—¿Por qué no me ha llevado con él? ¿Por qué no me ha despertado para despedirse?  
—lloriqueó, escondiendo su rostro en el pecho de la doncella.

—Señora, su marido estaba tan triste por esa partida que no habría soportado decirle adiós  
—comentó apretándola con más fuerza—. Y la ha dejado aquí para protegerla. Ha de ser  
consciente de que, si le sucediera algo, se volvería loco.

—Me habría quedado en algún hotel mientras él resuelve los problemas en las fábricas  
—hipó.

—No dudo de que usted no habría puesto en peligro el trabajo de su marido, pero si los  
empleados están tan alterados como he escuchado, estos podrían buscarla y raptarla. ¿Sabe a qué  
tipo de sufrimiento y desesperación llevaría ese secuestro a su esposo?

—Enloquecería... —susurró apartándose las lágrimas del rostro—, y se volvería tan cruel  
como el difunto conde —añadió.

—En efecto y lo que usted pretende es hacerlo cambiar, ¿verdad?

—Sí —aseguró con firmeza.

—Pues demuéstrole que también desea ese cambio saliendo de esta habitación para llevar a  
cabo lo que le ha prometido. Seguro que cuando regrese y contemple su esfuerzo, su amor y su fe  
por usted crecerán.

—¿Eso crees?

—Señora, solo hace falta mirar a los ojos del conde para confirmar que la ama tanto que  
podría cortarse las piernas si eso la hace feliz —aseguró sin titubear.

—Yo también lo quiero —declaró caminando hacia el tocador.

—Pues olvidemos toda la tristeza y centrémonos en la alegría que le causará a su esposo  
cuando regrese y vea qué ha hecho aquí —aseguró caminando hacia el vestidor.

—Pero va a ser tan duro levantarme y no tenerlo cerca —murmuró.

—Es usted muy joven —comentó Ángela con una sonrisa—, pero aprenderá con el tiempo  
que un matrimonio no solo se consolida cuando están juntos, sino también cuando se mantienen  
separados. A veces, hasta las bondadosas esposas rezamos para que nos dejen solas varias veces  
al día y que jamás enfermen. ¡Que Dios se apiade de las mujeres cuando sus maridos enferman!  
—apuntó poniendo los ojos en blanco—. No sabe usted lo infantiles que se vuelven cuando eso  
sucede. Todo gira en torno a ellos, incluso la vida de la esposa, quien no debe descansar ni  
enfermar, por supuesto. Pero le aseguro que ese no es su caso todavía —añadió haciendo un gesto  
de despreocupación—. Eso solo ocurre después de décadas y décadas de convivencia. Usted  
ahora mismo debe centrarse en desinfectar esta residencia y en pensar cómo curará el escozor  
entre las piernas cuando su conde regrese. ¿Quiere que le prepare unos botes de bálsamo?

—¡Ángela! —exclamó divertida Tricia.

—Siempre a su servicio, milady —respondió antes de colocar el vestido que eligió sobre la  
cama.

## XVII



Tricia observó su reflejo en el espejo, se cubrió las mejillas con las manos y suspiró. La palidez no había desaparecido a pesar de pellizcarse los mofletes. Su rostro se empeñaba en mostrar la rara enfermedad que padecía desde una semana atrás, justo cuando recibió la última carta de George. En todas las anteriores confesaba que la extrañaba, que si no regresaba pronto se volvería loco y que sus días se habían vuelto fríos sin ella. Pero en esa, solo se centró en explicarle que los problemas en las fábricas no se habían resuelto, que tenía sobre la mesa varios contratos importantes y que había acordado tres reuniones más con los directores del ferrocarril. Ella le respondió que no se preocupara, que resolviese hasta el último quehacer para que no tuviera que volver a Brighton en mucho tiempo. Y ahí se acabó toda la comunicación entre ambos. Después de eso, nada.

Se levantó del asiento y se dirigió hacia la puerta, extrañada de que Ángela no hubiera aparecido. Últimamente, su dama presentaba una actitud bastante rara, como si escondiera un secreto muy importante. Pero por mucho que intentó sonsacarle qué le ocurría, esta cambiaba de conversación con rapidez. Sin esperar a que llegara, salió de la alcoba y escuchó el bullicio de las nuevas sirvientas. Desde que llegaron, Lambergury había recobrado algo de vida y de higiene. ¡Hasta el oro de los marcos de las pinturas habían recuperado el brillo! Sin embargo, pese a todo, no era feliz. Esa era la causa de su enfermedad; se levantaba todas las mañanas vomitando y su cuerpo se mostraba débil. ¿Se podía morir de amor? Los dramaturgos y poetas siempre hablaban en sus escritos que el desamor podía matar a un enamorado y tenían razón. Así se sentía desde que leyó aquella carta.

—Señora, disculpe la tardanza —comentó Ángela al encontrarla bajando las escaleras—. He tenido que resolver un incidente en la cocina —añadió atusándose el pelo.

—No entiendo el motivo por el que últimamente te presentas tan despeinada —dijo de malhumor, pues era otro síntoma de su enfermedad. De repente, estaba contenta y al segundo se enfadaba con todo el que se acercara a ella. ¿Desaparecería su malestar cuando George regresara? Solo esperaba que no tardara mucho o se encontraría una tumba cubierta de flores.

—Señora, no sé si se ha dado cuenta, pero desde que se marchó el señor, hace ya quince días, no hemos parado de limpiar, matar ratas y sacar basura —explicó cuando la condesa pisó el último peldaño—. Eso requiere un esfuerzo que me impide mostrar una imagen decente.

Además de eso, había otra razón que no podía desvelar porque ni ella misma daba crédito a lo que ocurría con Herald. ¿Quién dijo alguna vez que la fogosidad de un hombre finalizaba antes de cumplir los cuarenta? Pues erró, igual que se equivocó quien anunció que la superficie de la Tierra era plana. Ni su difunto esposo con treinta años era tan insaciable. Herald no solo aprovechaba cualquier situación en la que estuviera sola para robarle mil besos o manosearla, sino que, al llegar la noche, y mientras todos descansaban en sus habitaciones, él aparecía en la suya con una sonrisa que le cruzaba el rostro y tan ansioso de poseerla que podía partirla en dos.

—¿Sabes si el carruaje está esperándonos o ese incidente en la cocina te ha impedido también informarle a Herald que tenía pensado salir esta mañana? —preguntó mordaz.

—En mi adorara España —apuntó Ángela ayudándola a ponerse el abrigo—, tenemos un refrán muy antiguo que dice: «Gato enfadado, araña hasta con el rabo».

—¿Qué quiere decir? —preguntó la condesa enarcando una ceja.

—Quiere decir, señora, que le vendrá muy bien abandonar por unas horas Lambergury, caminar por el pueblo y hablar con otras personas que no sean las que viven bajo este techo.

—¿Crees que este malestar que padezco desaparecerá al salir de aquí? —dijo entornando los ojos.

—Eso y la valoración del médico. Recuerde que ha decidido ir a su despacho para que le aclare si todos los síntomas que posee son debidos a los líquidos que hemos usado para limpiar. Si no mal recuerdo, su esposo la advirtió que eran muy peligrosos —añadió mientras caminaba a su lado hacia la salida.

—Desde que tengo uso de razón, mi madre los ha utilizado y nunca le ha ocurrido nada —respondió secamente.

—Pero ¿lo hizo después de que usted naciera o antes? —apuntó Ángela mirándola sin parpadear, pues ella ya se temía qué le ocurría a Tricia, pero no podía decir nada hasta que aquel inepto doctor confirmara su opinión.

—Después, por supuesto. De lo contrario, ¿cómo iba yo a saberlo?

—Tiene toda la razón. Disculpe mi ignorancia, señora —contestó tras ayudarla a subir al interior del vehículo.

Dio gracias a Dios por que el médico apareciera una mañana por Lambergury para conocer a la joven condesa. Creyó que él resolvería la duda que tenía. Sin embargo, este actuó de manera absurda. ¿Por qué no le había hecho las preguntas adecuadas? ¿Había dado por hecho que un embarazo no podía notarse hasta que llegara la hora del parto? ¡Solo a los ingleses se les pasaba por alto una cosa así! En el pueblo en el que vivió, no se debían hacer pruebas de orina para añadir semillas de trigo en ella o meter una cebolla en el útero de una mujer para averiguar si al despertar el aliento le olía a cebolla. ¡Menuda tontería! A ellos solo les bastaba observar el tamaño de los pechos de la mujer y escucharla gruñir para confirmar que estaba encinta. Pero claro... ¿cómo se iba a ganar el doctor su generoso salario si confirmaba el diagnóstico a la primera?

—¿Qué desea hacer en primer lugar? —preguntó después de llevar más de diez minutos callada y mirando hacia el cristal de la ventana.

—Si lo que has dicho es cierto, me gustaría caminar antes de ir a visitar al señor Rickley.

—Me parece una decisión muy acertada —aseguró sin apartar la mirada de la joven.

¡Por el amor de Dios! ¿La muchacha no se había dado cuenta de cómo le apretaba el vestido el busto? ¡Si no podía respirar con normalidad! Solo esperaba que el anuncio de su embarazo, si es que el médico así lo dictaminaba, la relajara hasta el punto de no arañar con la cola, como el gato del que habló.

Cuando el cochero estacionó, Ángela salió en primer lugar para ayudarla a bajar. También era cierto que ella no podía hacerlo sola porque estaba demasiado débil, pero todo era causado por el mismo problema. Cuanto más comía, más vomitaba y la condesa terminó por no probar bocado para evitar esas náuseas. Sin embargo, la muchacha debía acostumbrarse a ellas, puesto que muchas mujeres no dejaban de hacerlo hasta que el ser que crecía en su interior nacía.

—Creo que deberíamos dirigirnos a una sastrería —dijo Tricia mientras caminaba por una de las calles principales del pueblo—. Quiero encargar varios trajes para Herald.

—¿Para el mayordomo?! —exclamó volviéndose hacia ella—. ¿Por qué? ¿Acaso le ha pedido que le compre...?

—¡No! ¡Él no me ha pedido nada! —respondió con una sonrisa, la primera que ella mostraba en una semana—. Pero no me gusta esa imagen que presenta. Me recuerda la tenebrosidad que Lambergury vivió durante años y no quiero que nuestros invitados piensen que la crueldad del difundo conde de Burkes sigue reinando en mi hogar.

—¿Qué color ha pensado para esos nuevos trajes? —prosiguió interesada.

—¿Qué te parece azul marino o rojo? Podría añadir unos chalecos grises y unas camisas blancas.

—¿No le parece mejor vestirlo de rosa? —soltó divertida. «¡Pobre Herald!», pensó. Solo le faltaba que su señora se empeñara en hacerle cambiar también su imagen para añadir otra obsesión a su nueva actitud.

—¿Te burlas de mí? —preguntó parándose. Luego la miró con el ceño fruncido.

—¡Dios me libre de cometer un acto tan imprudente, señora! Pero ¿no cree que para tal decisión debería estar él presente? Además, no sabemos sus medidas, salvo que es muy grande, y el pobre sastre a quien encomiende dicha tarea se pondrá histérico al no poder complacerla con prontitud.

—Tienes razón —admitió caminando de nuevo.

Volvió a quedarse callada, sumida en sus pensamientos. Ángela regalaría sus pocos ahorros por averiguar en qué pensaba, aunque mucho se temía que el conde era el motivo de sus desvelos. Llevaba sin escribirle desde que llegó la última correspondencia. No sabía qué le había dicho en ella, pero la muchacha se veía más triste y lánguida desde entonces. Durante las noches, ella hablaba con Herald y este solo le decía que el joven conde tendría un buen motivo. ¿Cuál sería? ¿No habría solventado la cólera de los trabajadores? ¿Estaría en peligro? ¿Le habrían agredido? ¿Le habrían partido los brazos? Porque ese fue el mejor y único motivo que encontró para que no pudiera escribir.

—¡Lady Burkes! —exclamó una mujer con dos niños sobre sus brazos acercándose a la muchacha—. ¡Que Dios la proteja y le dé mucha salud!

—¡No! —gritó Tricia a Ángela cuando se colocó entre ellas.

—Milady —respondió la dama mirándola extrañada.

—Le aseguro que no quiero hacerle daño —comentó la mujer deslizando por su cuerpo al mayor de sus niños hasta que este tocó el suelo—. Solo necesito agradecerle todo lo que ha hecho por nosotros.

—Yo no... yo no he hecho nada —murmuró Tricia perpleja.

—Le aseguro que sí —insistió ella.

—¿Qué es lo que dices que ha hecho lady Burkes? —espetó Ángela sin separarse de la condesa.

—Con su bondad y piedad ha ayudado a la gente del pueblo —contestó ofreciéndole el bebé que llevaba en sus brazos—. Le puse su nombre, lady Burkes.

—¿Cómo? —dijo cogiendo a la pequeña.

—Se llama Tricia en su honor, pues gracias a usted, a mis hijos no le faltará un plato de comida caliente sobre la mesa.

—Sigo sin entender nada... —señaló la condesa sin poder apartar los ojos de aquel rostro sonrojado. Una niña. Tenía una recién nacida de cabellos oscuros sobre sus brazos y esta seguía durmiendo plácidamente.

—Lord Burkes mandó a uno de sus empleados al pueblo para que empeñara las joyas que siempre pertenecieron a las condesas. Según nos comentó ese lacayo, tanto el conde como su esposa decidieron que debían pagar los honorarios que el cruel difunto no nos remuneró en su

tiempo.

—¡Santo Dios! —exclamó Ángela llevándose las manos al pecho.

—¿Fueron muchos los afectados? —preguntó la condesa con voz estrangulada debido a la emoción.

—Casi todo el pueblo, milady. El antiguo conde nos obligó a vivir en una horrible miseria. Los niños lloraban porque no podían llenar sus pequeños estómagos y los padres lo hacíamos al ver desnutridos a nuestros hijos. Pero ahora nuestras alacenas están llenas y no se escuchan llantos por las calles sino risas, las de unos niños felices y alimentados.

—¿Señora? —preguntó Ángela al ver cómo Tricia empezaba a doblar las piernas.

—¿Se encuentra bien, milady? —se interesó la mujer alargando los brazos para que la condesa le devolviera a su hija.

—Jamás me he encontrado mejor —respondió. Una vez que entregó el bebé a su madre, extendió una mano para que Ángela la sostuviera.

—Si necesita mi ayuda o de la de cualquiera, pídale. Estamos ansiosos por asistirle en todo aquello que le urja —apuntó la mujer.

Cuando Tricia miró hacia ambos lados de la calle observó que había mucha gente parada y mirándola. ¿A todos ellos había ayudado su marido? ¿Ese era el motivo por el que no le había ofrecido las joyas de su familia? ¿Por qué no le dijo qué pensaba hacer con ellas? ¿Crearía que se opondría a su bondadosa decisión?

—Gracias por haberte acercado —comentó la condesa agarrándose con más fuerza al brazo de Ángela.

—No me dé las gracias, milady. Somos nosotros quienes debemos agradecerle que se haya casado con el conde y que lo haya liberado de la crueldad que padeció. Le aseguro que siempre hemos sabido qué ocurría en Lambergury, pero por miedo a futuras represalias no hicimos nada.

—Lo sé —suspiró.

—No la entretengo más, milady. Que tenga un buen día —dijo la mujer haciendo una leve reverencia.

—Te deseo lo mismo —declaró antes de proseguir el camino.

—Señora, ¿quiere que volvamos? No tiene fuerzas ni para dar dos pasos seguidos —susurró la dama.

—Primero necesito hablar con el médico. Después, mantendremos una interesante charla con Herald. Seguro que él sabe qué más ha hecho mi marido desde que llegamos y quiero conocer hasta el último detalle —manifestó con firmeza.

—¿Y si no quiere hablar? —objetó Ángela.

—Buscarás la manera de golpearle la cabeza para que pierda el conocimiento. Luego lo amordazarás y sacarás el cuchillo que guardas en la bota de tu pie derecho. Seguro que nos contará todo aquello que deseamos averiguar cuando descubra que eres diestra degollando gallinas.

La española apretó con fuerza los labios.



—Abra la boca y saque la lengua, milady —le pidió el médico una vez que se colocó frente a ella—. ¿Ha sufrido últimamente dolores de garganta? Parece que está algo roja.

—¿No cree que los vómitos pueden ser la causa de ese enrojecimiento? —intervino Ángela poniendo las manos en la cintura y moviendo, sin parar, la punta de su zapato derecho.

—¿Lo hace con frecuencia? —preguntó el médico después de subirse las gafas y mirar a la

dama como si quisiera asesinarla.

—Últimamente, sí. Antes solo lo hacía al levantarme, pero desde hace unos días cualquier olor que me parezca desagradable me provoca arcadas —explicó dirigiéndole a Ángela una mirada de advertencia.

—Le recomiendo que tome infusiones de *Valeriana officinalis* para suavizar ese dolor de garganta. Tengo, si lo desea, unas pocas raíces en el cajón —comentó el doctor después de tomar asiento—. Espero que eso le...

—¡Por el amor de Dios! ¿Acaso no va a preguntarle nada más? —volvió a intervenir Ángela—. ¿No quiere averiguar cuándo tuvo su último período? ¿No le parece adecuado preguntarle si ha notado ciertos cambios en su cuerpo?

—¿Qué insinúas? —preguntó Tricia mirándola sin parpadear.

—Señora, recuerde que terminó su ciclo cinco días antes de conocer a su esposo y que tiene un retraso de cuatro días.

—¡Eso no significa nada! —exclamó el médico—. Los períodos femeninos pueden verse alterados por vivencias y emociones nuevas. Que lady Burkes se haya casado, hecho un viaje y resida en un lugar diferente puede alterar dicho ciclo —aseveró con soberbia el señor Rickley mientras sacaba del cajón una bolsita con aquello que le había indicado tomar.

—¡Ángela! —exclamó la condesa levantándose del asiento—. ¿Desde cuándo lo sospechas? ¿Por qué no me has dicho nada? ¿Ese es el motivo por el que estás tan inquieta últimamente? ¿No te atrevías a decirme que podía estar embarazada?

—No es eso, señora —apuntó mirando al médico—. Esperaba que un hombre con estudios y con varias décadas de experiencia en medicina le explicara qué le ocurría con algo más de destreza.

—No se emocione, lady Burkes. Cabe la posibilidad de que no lo esté. Como bien le he explicado antes, todo aquello que provoca estrés a las mujeres puede afectar a su ciclo —reafirmó el doctor deslizando la bolsita hacia la condesa.

—¿Cuándo lo sabré con más exactitud? —espetó volviéndose al señor Rickley.

—Cuando esté de parto —gruñó Ángela cruzándose de brazos.

—Dejemos que pasen un par de semana más. Si los síntomas que padece no aminoran, iré a visitarla y le haré una prueba para confirmarlo.

—Sí, la de la cebolla o la del trigo —masculló la dama de compañía.

—Muchas gracias, señor Rickley. Ha sido usted muy amable y comprensivo —expresó Tricia levantándose del asiento sin coger la bolsita que el médico le ofrecía—. Ya le informaré de cómo me encuentro en los próximos días —añadió extendiéndole una mano.

—Milady, ha sido un placer atenderla. Solo le pido paciencia y que no se deje llevar por absurdas ilusiones. Llevo más de treinta años ejerciendo mi profesión y he visto mujeres que, después de descubrir que no estaban embarazadas, se han sumido en una horrible depresión —comentó antes de cogerle la mano y besarle los nudillos.

—Lo tendré en cuenta —respondió Tricia—. Ángela, ya sabes qué debes hacer —advirtió, pues por la cara que la mujer mostraba, en vez de pagarle el salario acordado podía golpearle con el bolso que agarraba con fuerza—. Mientras tanto, saldré a la calle, necesito tomar un poco de aire fresco.

—Sí, milady —respondió apretando los dientes.

¡Embarazada! ¡Estaba embarazada! ¡No podía creer que eso fuera posible! Bueno, sí que podía imaginárselo porque desde que se casó no hubo ni una sola noche que no permanecieran juntos. Pero... ¿tan rápido? ¿Eso podía lograrse con tanta facilidad? En alguna ocasión escuchó

hablar a su tía Anais que tardó un año en quedarse embarazada de Hope, a su tía Evelyn más de ese tiempo, pese a que tío Roger era muy apasionado, y a su madre... «¡Oh, Dios mío!», pensó. ¡Tenía que decírselo a todos! En cuanto conocieran la noticia, acudirían a Lambergury para cuidarla hasta la llegada del pequeño. ¿Y George? ¿Cómo reaccionaría cuando descubriera que pronto sería padre? ¿Estaría tan feliz como ella?

Ilusionada y emocionada se llevó las manos al vientre cuando salió a la calle, como si sintiera la necesidad de proteger a ese diminuto ser de algo o de alguien.

—¿Lady Burkes? ¿Puede atendernos unos minutos?

Dos mujeres de mediana edad se pararon frente a ella en cuanto bajó los dos peldaños de la casa del doctor. Tricia las miró alarmada. ¿Serían otras bondosas esposas que se habían acercado a ella para darle las gracias por el acto piadoso de su marido?

—Discúlpenos, milady —comentó la más bajita, cuyas mejillas presentaban un intenso sonrojo, como si hubiera corrido durante un largo trayecto—. Soy la señora Clarke y ella es la señora Madden.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó Tricia con una enorme sonrisa.

—No hemos venido a solicitar su ayuda, milady, sino para ayudarla nosotras a usted —respondió la señora Madden.

—¿A mí? —dijo la condesa sorprendida.

—Necesita saber que se ha casado con un hombre muy cruel y que no ha sido sincero con usted —repuso la señora Clarke.

—Creo que se equivocan. No me casé con el antiguo conde, sino con el sobrino de este —declaró dibujando una amplia sonrisa.

—¿Con George Laxton, cierto? —intervino la señora Madden.

—Sí —afirmó Tricia mirando primero a una y luego a la otra.

—Milady. Nadie ha tenido la decencia de explicarle qué sucedió realmente en Lambergury. Pero nosotras tenemos el deber moral de hacerlo. —Antes de que Tricia pudiera responder, ella prosiguió—: El difunto conde cuidó de su sobrino desde que este quedó huérfano. Sus impúdicos padres solo le mostraron una vida llena de inmoralidad, deshonor y pecado. Pese a los intentos del conde por salvar su alma corrompida, murió sin conseguirlo —habló sin respirar la esposa del reverendo.

—¿Cómo dice? —soltó la condesa protegiendo aún más su vientre.

—¿Sabe usted que utilizó a una sirvienta para cumplir sus perversiones sexuales? ¡La compartió con el vizconde de Devon! No le hablaríamos de tal atrocidad si nuestros esposos no lo hubieran visto con sus propios ojos —añadió la mujer del juez.

—¡Mienten! ¡Mi esposo es un hombre bondadoso y fiel! —exclamó Tricia dando un paso hacia delante—. No entiendo el propósito que las ha llevado ante mí, pero si lo que desean es que abandone a mi marido, ¡no lo conseguirán!

—Sé que no nos cree, milady, pero es cierto. Su esposo no es fiel y jamás cumplirá los votos que juró en su matrimonio. Sabemos que se ha marchado, que lleva tiempo en Brighton y que no le ha escrito desde hace una semana.

—¿Cómo saben eso? —tronó Tricia volviéndose hacia ellas y entornando los ojos. Notaba los latidos de su corazón en la garganta, cómo le sudaban las manos y cómo la ira se adueñaba tanto de ella que deseaba propinarles un bofetón para hacerlas callar.

—Porque es el tiempo que la antigua amante de su marido lleva fuera de este pueblo —aseguró la mujer del reverendo.

—¡Mienten! —les gritó—. ¡Están mintiendo!

—¿Qué diablos ocurre aquí? —chilló Ángela apareciendo con el cuchillo en las manos.

—¡Nos quieren matar! —exclamó la mujer del reverendo dando unos pasos hacia atrás.

—¿Quiénes son? ¿Por qué atosigan a la condesa? —preguntó la dama señalando con la punta de la daga primero a una y luego a la otra.

—Somos la señora Clarke y la señora Madden —comentó altiva la mujer del juez—, y solo...

—¡¡Hijas del diablo!! —bramó Ángela al descubrir quiénes eran. Se acercó a ellas con el puñal en la mano—. ¡Os voy a degollar como si fuerais unas miserables gallinas!

—¡Corre, Bertha! ¡Corre! —exclamó la mujer del reverendo tras girarse—. ¡Qué nos degüellan! —Se levantó las faldas del vestido y se alejó de allí tan rápido como le permitieron sus piernas.

—¿Señora? —preguntó Ángela cuando confirmó que se habían alejado—. ¿Qué le han dicho? ¡No se crea nada de esas zorras!

—Solo han soltado un montón de tonterías —aseguró la condesa—. Pero me han hecho pensar en el futuro —dijo caminando a grandes zancadas hacia el carruaje—. No voy a permitir que mi hijo crezca en ese horrible lugar, ni que descubra la maldad que soportó su padre. ¡Hoy mismo zanjaré ese repugnante pasado!

—¿Cómo lo hará? Señora, recuerde que su esposo le pidió... Por favor, me está asustando. Usted nunca se enfada y tiene los ojos inyectados en sangre.

—¡Volvemos a Lambergury! —ordenó a viva voz al cochero cuando ella misma abrió la puerta.

—¡Señora! ¡Tenga piedad! —insistió la dama.

—Para lo que pretendo hacer no necesito piedad, Ángela, sino decisión —declaró antes de subir al carruaje sin ayuda.

## XVIII



Se obligó a no moverse del interior del carruaje hasta que el vehículo estacionó, pero una vez que el cochero abrió la puerta, saltó por encima de las piernas de Ángela y salió disparada hacia la entrada de la residencia.

—¿Milady? —preguntó sobresaltado Herald cuando la vio con la falda del vestido levantada hasta las rodillas y atravesar rauda el umbral—. ¿Qué le sucede? ¿Dónde está la señora Domínguez?

—Herald, necesito que envíe ahora mismo a uno de nuestros empleados al pueblo. Quiero que averigüe cuántas cartas de mi esposo he debido recibir durante esta semana —ordenó lanzándole el abrigo—. Cuando lo haya hecho, reúname conmigo en la biblioteca. Tenemos que hablar —dijo antes de dirigirse hacia allí. Mientras recorría el pasillo donde estaban los cuadros de los antepasados de George, soltó una carcajada histérica al mirarlos—. ¡Os quedan unos minutos en esa miserable pared! —exclamó señalándolos con el dedo—. ¡Disfrutad mientras podáis! —añadió antes de abrir la puerta de la biblioteca.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Herald a Ángela cuando se acercó.

—Muchas cosas —suspiró—. Entre ellas, hemos descubierto que el conde empeñó las joyas para pagar los salarios de aquellos que trabajaron para su tío. Aunque sospecho que eso ya lo sabías —apuntó entornando los ojos.

—El señor me pidió que no... —intentó excusarse, pero ella alzó la mano derecha para que no continuara hablando.

—Ahora no me importa que no consideres nuestra relación tan seria como para mantenerme informada de ese tipo de acontecimientos —masculló enojada—. Lo que realmente me preocupa es que la señora está embarazada y que, por desgracia, ha conocido a las señoras Clarke y Madden.

—¿Qué diablos dices? —tronó agarrándole de un brazo y olvidando el sentimiento de culpa por su falta de sinceridad—. ¿No te encomendó el señor la misión de protegerla? ¿Qué estabas haciendo mientras eso ocurría? —la regañó.

—¡Ni se te ocurra pensar que no he sabido hacer bien mi trabajo! Esas arpías la asaltaron mientras yo liquidaba la factura al doctor. Habría salido antes si ese necio no me hubiera reprendido por haberle dicho a la condesa que...

Se soltó del fuerte agarre, apretó los labios, entornó los ojos hasta que estos formaron unas finísimas rendijas verdes, movió las aletas de la nariz al ritmo de su inquieta respiración y hasta Herald pudo escuchar los fuertes golpes que daba su corazón al latir.

—¡Ángela! —la llamó para hacerla volver al aquí y al ahora.

—¡Maldito hijo de puta! —tronó en español mientras andaba de un lado a otro del recibidor.

—¿Qué? ¿Qué has pensado? ¿Por qué blasfemas en tu idioma? —quiso saber caminando detrás de ella.

—¡Ahora lo entiendo todo! ¡Será malnacido! ¡Tenía que haberlo degollado! —aulló de nuevo en inglés agitando las manos, como si estuviera boxeando contra el aire.

—Por favor, Ángela, tranquilízate y cuéntame qué ha sucedido —pidió cogiéndola de las muñecas para que no se hiciera daño al golpear cualquier cosa que encontrara a su paso, incluido él.

—¿No me dijiste que todo el personal conocía qué condiciones dictó el difunto conde en su testamento? —preguntó mirándolo a los ojos.

—Eso sí te lo conté —recordó con sarcasmo, pues no le agradó que ella pusiera en entredicho su relación—. Él mismo nos las leyó para advertirnos que nuestros puestos de trabajo estarían en peligro si su sobrino no las cumplía —admitió Herald.

—¿Entre ellas estaba la necesidad de engendrar un heredero?

—Sí. El señor tenía un plazo de tres años para que eso sucediera.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó con tanta alegría que dejó perplejo a Herald.

—¿Qué has pensado, Ángela?

—¿No crees que esa revuelta en las fábricas, el hecho de que el médico apareciera en Lambergury sin ser avisado y que esas brujas hayan encontrado el momento para acercarse a la condesa han sido artimañas de un plan para destruir el matrimonio? —dedujo.

—No sé qué decirte. Es cierto que el señor Rickley, el juez Clarke, el reverendo Madden y el antiguo conde mantenían una relación bastante cordial. Además, el doctor fue quien se encargó de atender a la condesa en sus partos y quien acudió para confirmar su fallecimiento —dijo con dificultad, pues le apareció un nudo en la garganta al recordar el fatídico día.

—¿Ves? ¡Ellos estaban compinchados! —continuó eufórica—. Me apostaría la cabeza a que esos dos granujas y sus avinagradas mujeres hablaron con el médico y le prometieron una recompensación si las ayudaba —concluyó Ángela.

—Pero ¿cómo sabían ellas que la condesa estaba allí si la señora pensó visitarlo después de vomitar el desayuno? —se preguntó Herald con cierta inseguridad.

—Él les hizo llegar esa información —reflexionó Ángela—. Nos recibió un muchacho joven, de unos quince años, y luego no lo vi al salir —recordó—. Por eso me distrajo con absurdas acusaciones, porque sabía que esas dos estarían en la calle y que hablarían con la muchacha —manifestó apretando los puños—. ¡Quiero matarlo! ¡Quiero arrancarle la nuez con mis propias manos! —tronó caminando hacia la puerta, aunque no llegó a tocar el pomo porque Herald la cogió de la cintura y la alzó del suelo—. ¡Suéltame! ¡Quiero darle su merecido! ¿No le dijo a la señora que su enfermedad se le pasaría con infusión de valeriana oficial? ¡Pues lo obligaré a que se beba una tina entera a ver si consigue curar su miserable vida!

—¿Quieres decir *Valeriana officinalis*? —preguntó al apoyarla sobre el suelo y girarla hacia él.

—Creo que así se llama, pero no estoy muy segura porque no entiendo el latín. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué has puesto esa cara?

—¿La tomó? ¿El médico le dio un té de dicha raíz? —insistió con angustia mientras le agarraba con fuerza los antebrazos.

—¡Por supuesto que no! ¡Jamás permitiría que la señora bebiera nada que no hubiera revisado yo primero!

—¡Gracias a Dios! —exclamó Herald suspirando aliviado y relajando la presión que sus manos ejercían sobre los brazos de Ángela—. ¿Sabes para qué se utiliza el té de esa planta?

—No.

—Provoca abortos. Muchas sirvientas las utilizan... ¡Ángela! ¡Condenada mujer! ¿Adónde diablos vas? —gritó impidiéndole salir de nuevo.

—¡Ahora sí que voy a matarlo! —tronó entre sus brazos—. ¡Suéltame! ¡Ese miserable se

merece morir por ayudar a esos hijos del diablo!

—Ángela, por favor, cálmate. Te juro que, si quieres ir a visitarlo, yo mismo te acompañaré. Así comprenderás de una vez por todas que no te trato como a una amante, sino como a una esposa. Pero primero centrémonos en averiguar qué han podido decirle a la condesa. ¿Te importaría ir a la biblioteca y averiguar qué está haciendo mientras yo hablo con Chris? —dijo tomando su cara entre las manos para que lo mirara a los ojos.

—¿Por qué tienes que hablar con Chris? —preguntó ella poniendo sus manos sobre las de Herald y relajándose tanto, al escucharlo hablar de aquella forma sobre ellos, que sintió debilidad en las piernas.

—Milady quiere que envíe a uno de los trabajadores al pueblo y que descubra cuántas cartas ha recibido esta semana. No entiendo qué pretende averiguar, porque si el señor le hubiera escrito... —intentó decir.

—Herald, si ella te ha ordenado eso, no la cuestiones y hazlo —lo interrumpió retirándose de él muy lentamente—. Sé que la condesa es muy joven, casi una niña en verdad, pero te aseguro que es muy inteligente. Nunca hace algo sin tener un buen motivo para ello.

—Y, ¿de qué quiere hablar conmigo? Porque también me ha pedido que me reúna con ella en la biblioteca cuando envíe al lacayo al pueblo —manifestó intrigado.

—A eso no puedo contestarte, pero si estuviera en tu lugar, no tardaría en acudir y responder a todas sus preguntas con sinceridad —dijo antes de darle un beso en la mejilla y dirigirse hacia dicha habitación, rezando para que la señora no le pidiera que lo golpeará, lo amordazara y le pusiera la daga en el cuello.



Lanzó al suelo todos los libros que había en aquel estante y ninguno hizo que se moviera de la pared. ¿Dónde estaría el mecanismo que necesitaba? Tricia se apartó el sudor de la frente con una manga del vestido y luego miró a su alrededor.

—Piensa, piensa —dijo en voz alta.

Caminó sobre los libros, pisándolos al pasar por encima, y se dirigió hacia la mesa de despacho. Movié los papeles, alzó los tinteros, abrió los cajones y rebuscó en ellos, pero no encontró ni una pequeña llave.

—¿Señora? ¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó Ángela al entrar en la biblioteca—. ¿No le han gustado los libros? ¿Por eso están en el suelo?

—No es momento de burlas —masculló dirigiéndole una mirada amenazante—. Quiero averiguar cómo se retira esa estantería —dijo señalándola con un dedo.

—Lo que normalmente hacemos, cuando queremos cambiar de sitio las cosas, es arrastrarlas —comentó la dama mordaz acercándose al estante vacío—. Aunque esta parece que pesa demasiado para nosotras —añadió tras agarrar y tirar de ella.

—No se mueve así —declaró con soberbia Tricia—. Hemos de buscar una llave secreta. En la Edad Media, los señores de los castillos encargaban a herreros unos cerrojos que se abrían a través de mecanismos secretos —explicó Tricia caminando hacia la española.

—¿Cree que hay algo detrás de este mueble? —preguntó retirándose de este para observarlo de arriba abajo—. ¿Y dónde pueden estar los anclajes?

—Es lo que trato de averiguar —admitió tras respirar hondo—. Pensé que algún libro la movería, pero no ha sido así. Tampoco he visto una cerradura donde meter una llave —añadió.

—¿Está segura de ello? Porque quizás esa mesa tenga un falso cajón y solo tenemos que coger un hacha, partirla en mil pedazos y...

—¡Herald! —exclamó la condesa cuando vio al mayordomo llegar—. ¡Dime cómo puedo separar esa estantería de la pared! —ordenó a gritos.

—Milady, ¿cómo lo ha...? —Se quedó rápidamente callado al haber sido imprudente—. Lo siento, señora. Esta es la biblioteca del señor y no le agradará saber que usted...

—No te he preguntado si a mi esposo le gustará o no mi decisión de saber qué hay detrás de esa pared, ¡te he ordenado que la abras! —rugió hasta que se quedó sin voz.

—Por favor, Herald, haz lo que te pide —le indicó Ángela mirándolo con compasión, pues advirtió en su rostro la lucha entre el deber de proteger aquello que escondía el mueble y la orden que le dictaba la condesa.

Mientras Ángela se colocaba al lado de Tricia, Herald se dirigió hacia la chimenea en silencio y con la cabeza agachada. Solo esperaba que su excelencia entendiese su decisión. Una vez que se situó frente a esta, alargó una mano hacia un candelabro clavado en la pared y lo giró. De repente, un chirrido eliminó el silencio de la habitación. Los tres se quedaron mirando la estantería y permanecieron mudos hasta que esta se quedó atascada en mitad del camino.

—¿Qué es eso? —preguntó Ángela.

—La mazmorra del difunto conde —contestó.

—¿Una maz... mazmorra? ¿Para qué diablos quiere un conde un lugar como ese en la residencia? ¿Pensaba que volvería la época de la esclavitud?

—¿Milady? —dijo el mayordomo con la esperanza de que ella hubiera cambiado de opinión al oler el hedor que desprendía el interior.

—Ángela, coge un leño del interior de la chimenea para que nos sirva de antorcha y ponte a mi lado —ordenó Tricia dando un paso hacia delante.

—Señora, por favor, no debería entrar ahí. A su excelencia... —Herald apretó los labios cuando Tricia levantó una mano para hacerlo callar.

Sin demorarse ni un solo segundo, al ver que la muchacha estaba empeñada en entrar en aquel oscuro lugar, Ángela cogió de la chimenea un tronco en llamas y regresó. Una vez que se colocó a su lado, la miró esperando una nueva orden.

—¿Está segura? —perseveró la española.

—Sí —afirmó Tricia mirando hacia el interior de la mazmorra—. Quiero averiguar qué hay dentro.

—¿Te vas a quedar ahí parado? —le preguntó Ángela a Herald.

Este, después de negar con la cabeza, caminó hacia ellas.

—¿Te importaría ir delante para iluminarla? —le pidió la condesa a la dama.

—Póngase detrás de mí —indicó esta.

Cuando confirmó que Herald se había acercado lo suficiente a la joven como para cogerla en brazos si se desmayaba, dio varios pasos hacia el interior. Luego movió de un lado a otro la espontánea antorcha.

—¡Dios bendito! ¿Qué diablos se ha hecho aquí? —soltó Ángela antes de cubrir su boca con la otra mano. Se volvió hacia los dos y no supo concretar qué rostro mostraba más sorpresa o miedo.

—¿Qué es esto? —preguntó Tricia al mayordomo.

—El difunto conde la usaba para hacer cumplir los castigos —explicó él.

—¿Los castigos? ¿A quién? ¿A mi marido? ¿A los sirvientes? —inquirió la joven sin poder apartar la mirada de aquellas gruesas y mohosas cadenas, de los látigos, los garrotes y las cuerdas que aún permanecían colgadas de la pared. Después, centró la mirada en el suelo, repleto de oscuras manchas. Asqueada, apartó sus ojos de allí, los centró en la mesa de madera que había a

la derecha y un escalofrío recorrió su cuerpo.

—A todos —admitió Herald.

—¿Los encerraba aquí y los maltrataba?! —gritó atónita Ángela.

—Sí —afirmó el mayordomo.

—¿Cuántas veces castigó a mi marido? ¿Cuántas veces lo dejó aquí encerrado? —preguntó Tricia al sirviente con los ojos repletos de lágrimas.

—Muchas, milady. Tantas que no podría darle un número aproximado —contestó con pesar.

—¿Le fustigaba la espalda con esos látigos? ¿Lo amarró con esas cadenas y cuerdas?

—Sí, milady —confirmó.

—¿Para qué utilizaba la mesa?

—Para inmovilizarlo. Mientras el señor fue un niño pequeño e indefenso, lo azotaba allá donde lo encontrase, pero cuando se hizo mayor y fuerte, nos pedía que lo arrastrásemos hasta aquí, que lo colocáramos boca abajo y que lo atáramos a la mesa de pies y manos. Luego, él lo azotaba hasta que el muchacho perdía la consciencia por el dolor.

—¿Por el amor de nuestro Cristo! ¿Cómo no hiciste algo para impedirselo? —preguntó alarmada Ángela—. ¡Eras más fuerte y más alto que él! ¡Podrías haberle asfixiado con esas grandes manos! —lo increpó.

—¿Recuerdas la herida que viste en mi abdomen la primera noche que estuvimos juntos? —dijo Herald mirándola sin parpadear y desvelándole a la condesa que mantenían una relación.

—Sí —respondió al tiempo que Tricia los observaba con más desconcierto si cabía—. Me dijiste que ella te recordaba quién eras y cuál es tu posición en el mundo.

—Eso mismo me gritó el conde cuando me la hizo, después de pillarme intentando sacar a la condesa de aquí dentro —admitió.

—¿Por qué estaba Blanche encerrada? —intervino la muchacha.

—La señora no soportaba que el conde maltratara al señor y aquel día volvió a rogarle que no siguiera golpeándolo. El conde le dio un bofetón, la zarandeó y la lanzó por las escaleras. Como estaba embarazada, perdió el crío y él la encerró ahí como castigo hasta que...

—¿Hasta qué? —soltó Ángela llevándose la mano libre a la garganta.

—Hasta que ella murió desangrada —concluyó el mayordomo con un largo y profundo suspiro.

—¿Cómo te hizo eso? —gritó la dama notando el calor de las lágrimas deslizándose por su rostro.

—Me clavó la lanza que tiene en el armario de las armas. Esa que luce el primer conde de Burkes en su retrato —manifestó apretando los puños—. Por suerte para mí, él no tenía mucha fuerza y mi piel estaba dura por el trabajo físico que nos obligaba a hacer. De lo contrario, hoy no estaría aquí.

—¡Maldito bastardo! —bramó la española—. ¿Cómo pudo ser tan cruel? ¿Y seguiste trabajando para él? —lo reprendió—. ¿Acaso no tienes ni una pizca de dignidad? —añadió encolerizada.

—Mi madre aún no se había casado, Ángela. Ella seguía dependiendo de mí —manifestó Herald mirándola con tristeza.

—¡Aquí se acaba toda esta miseria! —tronó Tricia girándose sobre sí misma—. ¡Voy a poner fin a la maldad que se padeció en esta casa! ¡No voy a permitir que mi hijo crezca en un lugar así! —añadió antes de salir de la mazmorra.

—¡No te quedes ahí parado! —exclamó Ángela corriendo detrás de la muchacha—. Señora, por favor. Respire y tranquilícese. Recuerde que lleva un bebé en sus entrañas y que debe cuidarlo

—dijo al verla rebuscar en la mesa del despacho.

—Eso mismo voy a hacer —masculló con el abrecartas en una mano—. ¡Sígueme! —ordenó mientras volvía a pisar los libros tirados en el suelo y abandonaba la biblioteca.

—Espéreme, señora. En cuanto deje el leño dentro de la chimenea, yo le...

—¡No! ¡Tráelo! —continuó mandando al tiempo que corría hasta los cuadros de los antiguos condes—. ¡Lo necesito!

—¡Ay, Dios mío! —exclamó la dama corriendo detrás de la condesa.

—¡Maldito seas! —chilló Tricia mientras rajaba el lienzo del tío de George—. ¡Maldigo tu vida y tu muerte! —Lo rompió hasta que la imagen de Oliver quedó hecha jirones—. Espero que ardas en el infierno y que tu alma sufra tanto dolor como el que le infligiste tú a ellos.

Una vez que destrozó el cuadro, caminó hasta el retrato de Blanche.

—¡Señora, deténgase! —le pidió Ángela sujetando el palo ardiendo con una mano—. ¡No, por favor! ¡No le haga eso a la condesa!

—Ella no se merece seguir padeciendo esta esclavitud —dijo Tricia abriendo la mano para que el abrecartas cayera al suelo—. Ella necesita liberar su alma de todo lo que la ha rodeado durante tantos años y yo voy a otorgarle esa liberación —aseguró cogiendo el cuadro. Con él en las manos, recorrió el pasillo hasta la entrada. Allí la esperaban todos los sirvientes que, alarmados por el escándalo, acudieron en tropel—. ¡Coged todo aquello que pueda quemarse y sacadlo al jardín!

—¿Milady? —murmuró Herald detrás de ella.

—Voy a salvar a mi esposo, a Blanche y a todo el mundo que vive en esta residencia de la oscuridad que han padecido durante siglos —aseveró antes de salir al exterior.

«Y el que no se encontraba inscrito en el libro de la vida fue arrojado al lago de fuego», recitó para sí.

Cuando se colocó en el centro de lo que en su día fue un hermoso jardín, esperó a que se acercara su dama con el palo ardiendo. Cuando Ángela llegó y lo puso sobre el suelo, las ramas de las plantas secas comenzaron a arder. Tricia miró el cuadro de Blanche y lloró desconsoladamente. La sospecha que tuvo la primera vez que la vio fue confirmada. Aquella bondadosa mujer falleció, junto con el décimo de sus hijos, para salvar a George. Pero jamás imaginó que muriera de aquella forma tan abominable. ¿Cómo fue tan despiadado de dejarla allí dentro sola, rodeada de oscuridad y desangrándose? ¿No albergó en su corazón ni una pizca de bondad hacia la mujer con quien se había casado? No, por supuesto que no. Aquel hombre no tenía corazón ni alma.

—Te libero de esta prisión y de la crueldad que te obligaron vivir —murmuró colocando el cuadro sobre las llamas—. Espero que tu alma descanse al fin junto a las de tus hijos —añadió antes de ver cómo el fuego arrugaba el lienzo por el calor de las llamas y lo convertía en cenizas negras.

—¿Qué quiere que hagamos con todo esto, milady? —preguntó una de las nuevas sirvientas que portaba en las manos todo aquello que encontró inflamable.

—Lanzadlos al fuego y traed más troncos. He de quemar tantas cosas que no tendré suficiente con las ramas que hay en este seco jardín —aseveró antes de volver al interior de Lambergury y quitar a tirones las cortinas que tanto odiaba.

## XIX



George regresó al carruaje, colocó el ramo de flores a su lado y golpeó el techo para indicarle al cochero que podía continuar. Cuando emprendió la marcha, se reclinó hacia atrás en el asiento y sonrió. Al fin regresaba a su hogar.

Jamás pensó que llegaría un día en el que llamase Lambergury de una forma tan afectiva. Aunque era cierto que tampoco albergó la esperanza de encontrar una esposa que le cambiase tanto la vida que dejara de importarle la podredumbre que lo rodeaba y el pasado que padeció en aquel lugar desde los trece años. Sin duda alguna, el amor de Tricia era todo lo que necesitaba para que la oscuridad desapareciera de su cabeza y de su vida. Se frotó las manos, debido a la emoción y el ansia que sentía por llegar. Necesitaba verla, besarla, abrazarla, cogerla en brazos, llenar los pulmones con su perfume a moras y amarla de nuevo. ¡Solo Dios sabía cuánto la había extrañado!

Durante las catorce noches que permaneció durmiendo en el sillón que compró para su despacho, pues no quiso hospedarse en ningún hotel, no hubo ni un solo segundo en el que no se preguntara qué estaría haciendo su adorada esposa en ese instante. Ya no tendría que imaginar dónde, con quién o cómo estaba Tricia porque, una vez que entrara en la residencia, obtendría la respuesta con tan solo mirarla.

Giró despacio la cabeza hacia la derecha y contempló el ramo de flores. Esperaba que le gustasen tanto que olvidara el enfado que debía padecer desde que le anunció que tenía que retrasar su vuelta. Era muy conocida la terquedad de los Rutland y las adversidades que padecían aquellos que les hacían daño, aunque esperaba que su esposa con él fuera diferente. Quizás, cuando confesara que había sufrido muchísimo al no recibir respuesta de las tres últimas cartas y que vivió una agonía al no saber nada de ella durante una semana, se apiadara de él y no lo apartara de su lado.

George borró la sonrisa que aún dibujaban sus labios y apretó con fuerza un puño al recordar el motivo por el que se alargó su estancia en Brighton, pero no podía dejar escapar una oportunidad como aquella. ¿Quién eludiría la única posibilidad que tenía para desenmascarar a los dos bastardos más grandes de Londres? Él no. Por eso, cuando Sebastian descubrió que el empleado que contrataron el juez y el reverendo para crear el motín en las fábricas seguía en la ciudad, no lo dudó ni un solo segundo y fue en su búsqueda.

Su boca volvió a esbozar una sonrisa al recordar aquel día. Cualquier malhechor eficiente habría salido de la ciudad en cuanto terminó la misión que le encomendaron, pero aquel hombre no tenía la capacidad de pensar con coherencia. El muy necio decidió gastar el pago que obtuvo en visitar burdeles y pernoctar en ellos. Una vez que supieron dónde se encontraba, hizo todo lo posible para que el desatinado empleado no escapara. Cuatro agentes aparecieron en el prostíbulo en el que se hospedó aquella noche y se lo llevaron a comisaría sin darle tiempo a vestirse. Hasta ahí, todo parecía perfecto. Pero la maldad de Clarke y Madden llegó hasta el magistrado que debía juzgar al hombre. Antes de que lo declararan inocente, pidió ayuda a la única persona que podía impartir una justicia honesta: Federith Cooper. Tres días transcurrieron desde que le

escribió y pudo ejercer de abogado acusador. Cuando el preso levantó el rostro y descubrió la figura del barón de Sheiton detrás de los gruesos barrotes de acero, confesó toda la trama sin tan siquiera hacerle una pregunta.

—A partir de aquí, me ocupo yo —aseveró Federith poniéndole una mano sobre el hombro.

Y eso mismo hizo. Desde ese instante, puso orden al caos de las fábricas. Firmó varios acuerdos con el ejército, quienes le solicitaron la construcción de tres navíos más, convocó varias reuniones con los arquitectos y directores encargados del ferrocarril para ofrecerles materiales más acordes a sus modernas exigencias, contrató más personal y visitó los hogares de aquellos que estaban enfermos o sufrían pobreza. Mientras tanto, Sebastian se encargaba de pagar las medicinas de los trabajadores y las de sus familiares, además de saldar los honorarios que les fueron negados. No cesó de trabajar hasta esa misma mañana, en la que firmó el último papel que le quedaba sobre la mesa del despacho y habló con el nuevo administrador acerca del futuro de las dos empresas. Todo había quedado zanjado unas horas después del amanecer, momento en el que se metió en el interior del carruaje y ordenó al cochero que pusiera rumbo a Lambergury. El futuro que se merecía Tricia se hacía posible.

—¡Milord, mire la residencia! —gritó el cochero mientras el vehículo giraba hacia la derecha para acceder al corto sendero que conducía a esta.

George se inclinó hacia delante y, cuando sus ojos descubrieron una inmensa colina de humo negro que casi unía el cielo con la tierra, se quedó tan conmocionado que no fue capaz de pensar ni de reaccionar. ¿Fuego? ¿Era de verdad fuego? ¿De dónde procedía? ¿De su hogar? ¿Lambergury estaba ardiendo? De repente, su mente se activó y su cuerpo comenzó a despertarse del *shock*. Sin esperar a que el cochero parara, abrió la puerta, saltó y corrió hacia su hogar gritando con todas sus fuerzas el nombre de su esposa.

—¡Arroja eso también! —ordenó la condesa a la sirvienta que miraba el candelabro que tenía en las manos—. Seguro que el fuego lo consumirá tal como ha hecho con todos los demás —añadió antes de lanzar las últimas cortinas que arrancó de los ventanales del recibidor.

—¡Tricia! ¡Tricia! —escuchó a lo lejos.

—¡¿George?! —gritó mirando a su alrededor, como si creyera que el esfuerzo y el cansancio le estaban provocando una alucinación en la que podía escuchar cerca la voz de su esposo. Pero cuando vio que era real, que su marido corría hacia ella, salió a su encuentro sin levantarse el vestido—. ¡Has venido! ¡Ya estás aquí! —exclamó con una mezcla de alegría y llanto.

Cuando la vio correr hacia él, George sintió cómo su cuerpo recobraba la vida y su corazón volvía a latir.

—¡Mi amor! —sollozó al estrecharla entre sus brazos—. ¡Gracias a Dios que estás bien!

—Lo estoy —aseguró sin soltarse de esos fuertes y cálidos brazos.

A George no le importó que las llamas crecieran tanto como para alcanzar las hojas de los árboles, que gran parte de los muebles que habían estado en Lambergury durante décadas o siglos ardieran en aquella enorme fogata, que los sirvientes se quedaran parados alrededor de esta esperando una nueva orden, que su mujer no oliera a moras sino a humo. En lo único que pensó fue que su esposa estaba viva y en sus brazos.

—Cariño, ¿qué ha sucedido? ¿Por qué hay fuego en el jardín? —preguntó separándola muy despacio de él.

—«Mantén el fuego encendido. Jamás permitas que se apague para que las almas pérfidas se dirijan al infierno» —recitó ella.

—¿Qué quieres decir con eso, cariño? —preguntó acunando su rostro entre las manos, aún temblorosas por el pánico.

—George, te estoy salvando de todo lo que has vivido. Quiero que tengamos un futuro lleno de luz y prosperidad —comentó con ahogo, pues el agotamiento comenzaba a adueñarse de su cuerpo.

—¿Salvando? Tricia, mi amor, ¿hasta ese punto te has enfadado por haberme retrasado? —dijo sin apartar los ojos de ese rostro sonrojado por la cercanía al fuego—. Puedo explicártelo todo.

—George, no se trata de eso —dijo esbozando una ligera sonrisa—. He descubierto lo que te hizo... —intentó decir, pero, de repente, sus piernas se doblaron y su visión se nubló. En un acto desesperado para no caerse, extendió las manos hacia él para que la sujetara.

—¿Tricia? ¿Qué te ocurre? —preguntó George apartando con rapidez las manos de su rostro para colocarlas alrededor de la cintura—. ¿Qué diablos ha pasado? —tronó mirando a Herald y Ángela, quienes se habían acercado a ellos.

—George... —susurró Tricia antes de perder el conocimiento.

—¡Maldita sea, Tricia! —gritó cogiéndola en brazos—. ¡Que alguien vaya al pueblo y llame al señor Rickey! —ordenó mientras caminaba con ella hacia la entrada del hogar.

—¡No! —gritó Ángela detrás de él—. ¡Si ese hombre aparece por aquí, no saldrá vivo!

—¿Por qué dice eso? —espetó George parándose para mirarla.

—Milord —intervino el mayordomo—, es largo de contar. Es mejor que lleve a la señora a su dormitorio y, cuando esté descansando, hablaremos de todo lo que ha sucedido.

Más aturdido de lo que ya se encontraba y con cientos de preguntas surgiéndole en la mente, caminó hasta el interior de la residencia. Pisó la entrada y observó el desorden que había en ella, su confusión se tornó en cólera. Aquel lugar, en el que se respiraba odio y maldad, había destrozado a su esposa hasta el punto de enloquecerla. ¿Cómo albergó la esperanza de que ella fuera feliz allí? ¡Nadie podía serlo!

—¡Que sigan con la quema! —ordenó antes de pisar el primer peldaño—. Que no quede nada salvo los colchones donde dormiréis hasta que adquiramos unos nuevos —añadió.

George no escuchó las respuestas de los sirvientes, ni el crujir que emitían los escalones de madera al pisarlos. En lo único que se centró fue en seguir oyendo la respiración de Tricia y en sentir en el pecho el latir del corazón de su mujer. Cuando accedió a la habitación, se dirigió directamente hacia la cama. Ni siquiera reparó en el cambio que se había producido en esta. La recostó con mucho cuidado sobre la colcha, la acomodó y la cubrió con la manta que había a los pies.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó a Herald y a Ángela cuando los vio entrar—. ¿Cuál ha sido la causa por la que mi esposa se ha puesto a quemar todo lo que hay en la residencia? —insistió apartándole los mechones de cabello que seguían pegados en las mejillas por el sudor—. ¿Por qué no queréis llamar a Rickley?

—Milord —comenzó el mayordomo dando un paso hacia delante—, hemos descubierto que el señor Rickley se ha confabulado con el señor Clarke y con el señor Madden.

—Pero... ¿qué decís? ¿A qué viene esa acusación? —espetó volviéndose hacia ellos bruscamente.

—Señor —intercedió Ángela—, le aseguro que la condesa no ha corrido peligro alguno y que la hemos protegido tal como nos pidió.

—¿Tricia ha estado en peligro? —inquirió abriendo los ojos de par en par y apretando la mandíbula—. ¡Explicadme de una vez por todas qué ha sucedido durante mi ausencia! —tronó.

—Su esposa no se ha encontrado bien últimamente, excelencia —habló Herald—. Pensábamos que se debía a la tristeza que la embargó cuando descubrió que retrasaba su llegada.

—Esta aumentó al pasar los días y no tener información sobre usted —apuntó Ángela.

—¡Tres cartas! —gritó George apartándose de la cama—. He escrito a mi esposa tres dichas cartas durante la última semana y no he tenido respuesta por su parte. ¿Es que no las habéis recibido?

—Te lo dije —apuntó Ángela a Herald.

—No, excelencia. La señora no ha recibido nada en estos últimos siete días —confesó el mayordomo.

—Pero sabemos quién las ha podido robar —apostilló Ángela entornando los ojos.

—¿Robar? ¿Con qué fin? —insistió el conde.

—Destruir su matrimonio —determinó la dama de compañía.

—Os pido, por favor, que me contéis todo lo que ha ocurrido aquí desde que me marché —comentó George fijando la mirada de nuevo en Tricia.

—Sí, milord —respondieron al unísono.



Apoyado en el marco de la ventana, se acarició la barba, esa que dejó crecer durante los días que permaneció fuera, y miró al exterior. El fuego seguía vivo y continuaría de ese modo hasta que no quedara nada en el interior de Lambergury que se pudiera quemar. Había tomado una decisión y no iba a cambiar de parecer por nada ni por nadie. Tal como le dijo Tricia, ambos necesitaban comenzar una nueva etapa y en esta no tenía cabida el pasado que se vivió allí. Se volvió hacia ella y sonrió. Pese a todo, debía admitir que su coraje y valentía lo tenían tan anonadado como orgulloso. Había sido capaz de empezar algo que él nunca pudo hacer por temor a lo que sucedería en el futuro. Sin embargo, ella no sopesó si su actuación los conduciría a una pronta ruina. Lo único que le importó a su joven esposa era salvarlo de la maldad que padeció. Pero gracias a Dios y a ella, había conocido a un hombre que lucharía para que el juez y el párroco no lograsen su propósito. En cuanto Sebastian hablara de nuevo con el barón, este buscaría la manera de ayudarlos.

«Llegaste a mi vida para hacerme un hombre fuerte», pensó mientras se apartaba de la ventana y caminaba hacia los pies de la cama. ¿Cómo podía transmitirle tanto valor? ¿Cómo era capaz de enfrentarse a todos por él? Porque, desde que la conoció, había hecho todo lo posible para sacarlo del abismo en el que se encontraba. ¿Serían ciertas las palabras de Ángela? ¿Su amor era tan grande y poderoso que no habría barreras infranqueables para Tricia?

—Milord, no he de recordarle la suerte que ha tenido al casarse con una mujer como la señora, ¿verdad? —le soltó en mitad de la conversación que mantenían.

—No, señora Domínguez —respondió—. No hace falta que me lo explique, soy consciente de ello.

—Entonces, solo falta que usted sea sincero de una vez. No ha sido muy considerado por su parte haberla mantenido al margen de todo. Una esposa ha de estar para lo bueno y para lo malo porque si todo en el matrimonio fuera hermoso, feliz y exento de problemas, ¿dónde se hallaría la esencia del perdón, el consuelo y el afecto?

Admitió con tristeza que la dama de su esposa tenía razón. Pero ya no podía retroceder el tiempo y buscar el momento adecuado para hacerlo. Lo único que podía era esperar a que se despertara y hablarle con la franqueza que se merecía.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Tricia cuando abrió los ojos—. ¿Tan horrible estoy?

—añadió intentando levantarse.

—¡No te muevas! —soltó rodeando la cama hasta sentarse al borde de esta—. Ángela me ha dicho que debes descansar.

—¿Te ha dicho también que estoy embarazada? —dijo extendiéndole las manos para que se las tomara.

—Sí —afirmó cogiéndoselas y besando una y otra vez esos delicados dedos.

—Lo siento, me habría gustado darte yo misma la noticia. Quería ver qué expresión mostraba tu rostro al anunciarte que vas a convertirte en padre —comentó con un poco de morriña.

—¿Pensabas que no me agradaría saber que voy a tener un hijo? —espetó sorprendido. Apoyó las manos sobre la cama y la miró confundido.

—No lo sé... —susurró—. La verdad es que no hemos hablado de ello y como ha sido todo tan rápido —añadió bajando la mirada y moviendo los dedos de ambas manos sobre la sábana.

—¡Soy el hombre más afortunado del mundo! —exclamó abrazándola—. Eres lo mejor que me ha pasado, Tricia, y desde que llegaste a mi vida solo me has dado luz y felicidad —admitió sin soltarla.

—Entonces, ¿por qué tus ojos siguen mostrando sombras?

—Porque me duele no haber sido sincero contigo —afirmó antes de separarse de ella muy lentamente—. Has sufrido mucho por descubrir cosas que debí contarte —dijo cogiéndole las manos de nuevo para ponerlas sobre su pecho—. Tu dolor me ha hecho más daño que el que me causaron en la mazmorra.

—¿Te ha dicho Herald que la he visto? —se atrevió a preguntar apoyando más las manos en ese pecho agitado, cuyos latidos podía sentir vibrar en las palmas de estas.

—Sí —admitió agachando la cabeza—. Y siento mucho no haberla destruido antes de que pudieras contemplar esa abominación.

—¡Mírame, George! —ordenó.

Al no hacerlo, apartó las manos de su pecho y las colocó a ambos lados del rostro para levantárselo y obligarlo a que la mirara.

—No puedo hacerlo, Tricia. Me siento tan avergonzado...

—No tienes motivos para sentirte de ese modo —habló con ternura al tiempo que volvía a abrazarlo—. Tú no eres el culpable de nada, eres una víctima —insistió en hacerle comprender.

—No es cierto. Hay cosas en mi vida que podría... —Se quedó callado, se apartó despacio de ella y la miró desesperado.

Tricia observó, a través de sus ojos grises, la lucha que George mantenía en su alma. Quería confesar, necesitaba liberarse de ese pesar, pero algo lo retenía. ¿Miedo? ¿A qué podía tener miedo su marido si ya no estaba en peligro? «A perderme», reflexionó con una mezcla de gozo y tristeza. Pero ella no se alejaría jamás de él porque, durante los quince días que pasó sin George, supo lo que era vivir en el infierno.

—La noche antes de tu partida me dijiste que si conocía tu pasado llegaría a la conclusión de que no me mereces —dijo moviéndose en la cama hasta que encontró los almohadones. Se reclinó sobre ellos y prosiguió—: Ahora quiero saber si tus palabras son ciertas —comentó con firmeza, pues era la única manera que halló para que su marido reaccionara de una vez.

—¿Y si lo son? —espetó poniéndose de pie con rapidez—. ¿Qué vas a hacer? ¿Te marcharás y te buscarás al amante del que hablaste? —añadió enfadado.

—Primero habla y luego te responderé —dijo con severidad. Su corazón latió con fuerza cuando confirmó que George la amaba tanto que temía perderla.

—¿Por dónde quieres que empiece, mi señora? —soltó mordaz.

Se apartó de la cama y comenzó a andar por la habitación tocándose la barba, frotándose la cara y el pelo.

—Empieza por el principio, mi señor —dijo cruzándose de brazos.

—Ya te expliqué que mis padres huyeron juntos y que mi padre fue declarado hijo ilegítimo —comenzó dirigiéndose hacia la ventana, al lugar más alejado de ella—. Pero me faltó añadir a esa historia que mi abuelo me nombró su único heredero.

—¿Te reconoció? ¿Por qué hizo eso? —preguntó Tricia sorprendida.

—Odiaba a mi padre por haberlo desobedecido, pero aún odiaba más a Oliver porque sabía que su maldad era más destructiva que la suya —dijo apretando los dientes.

—¿Qué hizo tu tío para que no se cumpliera la última voluntad de tu abuelo? —prosiguió.

—Necesitó la ayuda del juez Clarke y el reverendo Madden para anular el testamento —admitió—. Desde ese día, los tres se convirtieron en inseparables.

—Entiendo... —reflexionó ella.

—Le hacía falta con rapidez un heredero, se negaba a que el título regresara a mi padre o a mí, así que le pidió a Madden que le buscara una esposa joven con quien pudiera tener muchos hijos. El reverendo fue quien acordó el matrimonio entre Oliver y Blanche. —Se apoyó sobre el cristal de la ventana, se giró hacia ella y se cruzó de brazos—. Blanche me confesó que no supo cómo era su marido hasta que lo encontró en el altar y que al mirarlo a los ojos intuyó que viviría en el infierno.

—No se equivocó —apuntó Tricia descruzando los brazos. Luego miró hacia las paredes, donde antes habían estado los paisajes de Blanche y dijo—: ¿Por qué no intentó escapar? ¿Nadie pudo ayudarla?

—Cuando un ser como mi tío tiene el respaldo de los hombres más importantes de la región, nadie tiene el valor de enfrentarse a ellos. Blanche sabía que tarde o temprano la encontrarían y que el castigo al que se vería sometida sería terrible —admitió George con tristeza.

—¿Más cruel que dejarla morir desangrada en esa horrible mazmorra? —dijo Tricia con suavidad.

—¡Dios! —exclamó George descruzando los brazos para frotarse la cara—. Si pudiera retroceder en el tiempo... —En ese momento comenzó a andar de derecha a izquierda, como lo haría un león encerrado en una diminuta jaula—. Si pudiera volver al instante en el que la empujó por las escaleras... Si hubiera tenido valor... ¡ella no habría muerto! —exclamó mirando a Tricia.

—¿Cuántos años tenías? —preguntó.

Al ver sus ojos brillantes por las lágrimas, se movió despacio sobre la cama hasta que llegó a los pies de esta.

—Dieciséis —respondió secamente—. Era lo suficiente mayor para...

—¡Eras un niño, George!

—Un niño cobarde —admitió apretando la mandíbula.

—Estabas viviendo con un monstruo, tú mismo lo admitiste cuando llegamos el primer día a este lugar. ¿Qué puede hacer un niño de dieciséis años para luchar contra un ser tan despiadado? —insistió desesperada.

—Nada. No hice nada... —murmuró clavando la mirada en el suelo.

—¿Qué ocurrió después de la muerte de Blanche? —perseveró mientras sus pies se balanceaban sobre la cama; era tan alta que debía saltar para subir y bajar de ella.

—Me rebelé —declaró alzando el rostro.

Tricia se quedó atónita al advertir la transformación de aquel rostro. Las lágrimas habían

desaparecido y dieron paso a una expresión de ira. Hasta sintió escalofríos al contemplar la sonrisa que esbozó. ¿Cuánto odio podía llegar a sentir una persona hacia otra?

—¿Cómo lo hiciste? —dijo con voz temblorosa.

—Desde aquel día encontré placer y diversión en todo aquello que él consideraba inmoral, pecado, deshonor o perversión —aseguró sin mermar su cólera.

—Como compartir a una sirvienta —apuntó soltando todo el aire que contenían sus pulmones.

—¿Cómo...? Te lo han dicho ellas, ¿verdad? ¿De ese tema hablasteis cuando te asaltaron en la calle? —aseveró con más odio en su rostro, si cabía esa posibilidad.

—Me dijeron que tu tío intentó salvar tu alma, pero que no lo consiguió. Me hablaron de tu idilio con la sirvienta y que el vizconde de Devon participó en esas orgías —explicó sintiendo cómo su pecho se oprimía por el dolor que le causaban unos celos que no debería tener, pues ahora era solo suyo.

—No te voy a negar que hasta que cumplí los veintitrés utilicé el sexo como medio de salvación, pero todo cambió cuando Oliver se presentó con Clarke y Madden en la habitación de la sirvienta y nos pilló a los tres. Hasta aquel día, yo era el responsable de mis actos y asumía la culpa. Sin embargo, cuando descubrí que mi tío estaba chantajeando a Logan, entendí que mis malas decisiones podían tener graves consecuencias hacia aquellos que respetaba y apreciaba. Eso no quiere decir que haya sido casto desde entonces, pero te prometo que desde que te conocí no ha habido otra mujer —manifestó determinante.

—Lo sé. Por eso, cuando ellas insistieron en que no me habías escrito porque estabas con esa sirvienta, supe que no eran buenas personas y que deseaban hacernos daño —aseveró orgullosa.

—Eres tan inteligente —comentó dando varias zancadas hasta que se colocó frente a ella—. ¿Entiendes ahora el motivo por el que insisto en que no te merezco? Apenas has cumplido los veinte años y eres más lista y adulta que yo. —Tomó su rostro entre sus manos y la miró con tal adoración y admiración que el corazón de Tricia latió agitado.

—Si eso es todo lo que tenías que decirme, sigo sin entender por qué no me mereces. Hasta ahora lo único que he escuchado es que has sufrido la cólera de un loco y que has mantenido aventuras con mujeres. ¿Tienes algo más que añadir? —quiso saber, seria, con la esperanza de que su marido al fin le desvelara el motivo por el que no era capaz de desnudarse con la habitación iluminada.

—¡Los Rutland sois las personas más tozudas del mundo! —exclamó apartándose de ella.

—Sí, eso dicen. Pero nosotros no lo consideramos un defecto, sino una virtud —aseveró cruzándose de brazos.

—¿Quieres ver con tus propios ojos por qué no te merezco? —soltó llevándose las manos hacia los botones de la camisa.

—¡Adelante! Explícame de una vez por todas por qué no eres una persona a la que puedo amar —lo instó intentando mostrar una actitud serena cuando en realidad temblaba de miedo.

—No puedes amarme —comentó sacándose la camisa del pantalón—. En realidad, nadie puede amar a un desfigurado como yo —añadió antes de girarse y quitarse la camisa.

—¡Dios bendito! —exclamó Tricia llevándose las manos a la boca al ver cientos de marcas en la espalda de su marido.

Unas tan profundas que se habían convertido en gruesos surcos y otras tan largas que le cruzaban la espalda. Todas ellas formaban una monstruosa red blanquecina sobre su piel.

—Cuando era niño, me castigaba arrodillándome frente a su mesa y, mientras yo leía los pasajes de la Biblia, él me azotaba con una vara. No se quedaba satisfecho hasta que la sangre

manchaba el suelo. Después me obligaba a dormir desnudo frente a una ventana abierta. Decía que de ese modo mi alma dejaba de tener el fuego del infierno y conseguía la paz divina. Luego, cuando crecí y mi constitución se hizo más fuerte y grande, necesitó la ayuda de los sirvientes para hacerme cumplir dichas penitencias —masculló.

—Herald me explicó esa parte de tu vida —lo interrumpió, pues no quería escuchar por segunda vez las atrocidades que había hecho su tío con él—. ¿Por qué no pediste ayuda? ¿Tampoco tenías a nadie a quién acudir? —preguntó bajándose de la cama.

—Pude pedir ayuda a Logan, es más, en multitud de ocasiones quiso hablar con su hermano para que mediara en la situación, pero yo se lo impedí porque no podía marcharme de aquí —respondió agachando la cabeza.

—¿Por qué? —insistió colocándose delante de él. Puso sus manos sobre el rostro y lo obligó a mirarla.

—Le prometí a Blanche que me convertiría en el próximo conde de Burkes y que haría desaparecer la maldad que perdura en el título desde antaño —admitió al tiempo que sus ojos volvían a llenarse de lágrimas—. Se lo debía —comentó sollozando, no le importó que su esposa lo viera llorar como cuando era niño—. Ella dio su vida por salvarme, ella perdió...

—¡George, mi amor! —exclamó Tricia abrazándolo y ofreciéndole el consuelo que necesitaba—. ¡Has cumplido tu promesa! ¿Sabes que, durante mi visita al pueblo, se me acercó una mujer con una niña en brazos? —Él negó con la cabeza—. Quería explicarme que, gracias a la bondad de mi marido, sus hijos no pasarían hambre y que correteaban felices por las calles. ¡Hasta le puso mi nombre a esa pequeña criatura! La gente te adora, George, porque han descubierto que no eres como tu tío y que estás reparando todas las atrocidades que hizo él.

—No he hecho nada... —continuó sin poder frenar su llanto.

—Sí, cariño —dijo apartándose de él. Le cogió una mano y lo arrastró hasta la ventana—. ¿Ves? Contempla tu obra con tus propios ojos. Estás consiguiendo todo aquello que le prometiste a Blanche y ambos seguiremos cumpliendo esa promesa el resto de nuestras vidas.

—Yo no he hecho eso —manifestó tirando de la mano hasta que la tuvo cerca—. Has sido tú, Tricia.

—Pero lo hice pensando en ti —aseguró con una leve sonrisa.

—«Manténgala lejos del fuego, señor. Milady tiene cierta predilección por ver cómo arden las cosas que no le agradan» —recordó George abrazándola con fuerza—. Y, por lo que he comprobado, el señor Stone tenía razón.

—Para cumplir la promesa que le hiciste a Blanche, debías comenzar por deshacerte de todo aquello que te recuerda el pasado —comentó altiva, pues creyó que las palabras de George eran un reproche.

—¿Sabes qué me dijo Cooper antes de que ambos viajáramos hacia aquí? —preguntó dibujando al fin una pequeña sonrisa.

—No.

—«Terminará por averiguar la verdad y, en ese momento, tendrás que buscarte otra residencia dónde vivir porque le prenderá fuego» —evocó sus palabras.

—Pues se equivocaba, solo he quemado lo que hay en el interior porque sé que podemos reconstruir un bonito hogar aquí dentro.

—¿Sigues queriendo vivir conmigo, pese a todo lo que te he contado, pese a descubrir que te has casado con un cobarde? —aseveró atrapando su rostro para que no se alejara.

—¿De verdad pensabas que después de oírte saldría huyendo de Lambergury pidiendo a gritos que alguien salvara mi alma corrompida?

—¿Harías eso? —susurró enarcando una ceja.

—No, porque los Rutland, además de tenaces, somos propensos a la inmoralidad —manifestó con orgullo—. Mi respuesta es muy sencilla, George. Te quiero y jamás me separaré de ti. Quiero vivir una vida...

No terminó de hablar, George la besó con tal necesidad y ternura que Tricia tuvo que alargar las manos y enredarlas en su cuello para no caerse.

—Te quiero, Tricia.

—Hum... —respondió con los ojos cerrados—. Es la primera vez que me lo dices. Desde que nos casamos solo me has dicho mi amor, mi señora, querida, pero nunca te quiero —comentó abriendo los ojos y dibujando una cálida sonrisa.

—Pues me lo escucharás decir cada día de mi vida —aseguró antes de volver a besarla.

# Epílogo



«Porque todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Esta es la victoria que triunfa sobre el mundo: nuestra fe».

1Jn 5, 4

## Ocho meses después...

Extendió las manos hacia el lado de la cama donde descansaba George y, al notar el frío de la sábana, abrió los ojos. ¿Qué motivo había tenido esta vez para levantarse antes del alba? ¿Qué habrían planeado su padre y sus tíos para mantenerlo nuevamente alejado de ella? Desde que estos llegaron, su pobre esposo acudía a la alcoba tan cansado que solo podía decirle lo mucho que la quería y lo mucho que odiaba a su nueva familia antes de quedarse dormido. Aunque era mentira. Él los adoraba porque, desde que los informaron de las pretensiones del juez y el reverendo, hicieron todo lo que estuvo en sus manos para librarlo de las cláusulas del testamento. Mientras tío Roger trabajaba con el esposo de su hermana, el señor Lawford, para buscar la manera de devolverle la legitimidad al padre de George, tío Federith y su padre indagaron en la vida del juez Clarke, del reverendo Madden y del señor Rickley. Encontraron tantos hechos delictivos que estos no pudieron eludir la implacable justicia del barón. El día que los tres fueron apresados y encarcelados, George, su padre y sus tíos se emborracharon tanto que se quedaron dormidos sobre la alfombra de la biblioteca. Como bien dijo su madre: comenzaban una nueva vida.

Tricia se sentó, miró hacia la ventana y sonrió. Desde el día que su marido le abrió el corazón y le desveló sus secretos, las cortinas siempre estaban descorridas. De este modo, la oscuridad que la vivienda había padecido durante siglos desaparecía. Despacio, pues su abultado vientre no le permitía moverse con soltura, se giró, posó los pies en el suelo y bostezó. En ese momento, el pequeño que crecía en su interior comenzó a moverse. Tricia posó las manos sobre la barriga y volvió a sonreír. Al igual que ella, su hijo necesitaba alimentarse y, si quería hacerlo parar, debía cumplir su deseo lo antes posible. George no podía dudar sobre su paternidad porque la criatura, aunque todavía no había nacido, luchaba por saciar su apetito al igual que hacía él: incansablemente. Solo esperaba que a su hijo no le gustara tanto la miel...

Caminó hasta la butaca, cogió la bata de seda blanca, se la puso y, mientras se dirigía hacia el pasillo, se ató el lazo. Andando sobre la enorme alfombra, que habían comprado para silenciar las ruidosas pisadas de todos los que residían en Lambergury desde seis meses atrás, descubrió que el hogar se hallaba en un extraño silencio, como si solo ella permaneciera en el interior. ¿Dónde estarían? No habrían sido tan desconsiderados como para dejarla sola en su situación, ¿verdad?

Se apoyó en el pasamanos de la baranda de madera y bajó las escaleras con tanta lentitud que el tiempo se le hizo eterno. Mientras posaba sus pies descalzos en los fríos peldaños, observó a su alrededor y disfrutó del cambio que se había producido en Lambergury. No quedaba ni rastro de la residencia que halló la primera vez que entró. Atrás quedaron los cristales rotos, las paredes

amarillentas, las cortinas remendadas, los muebles carcomidos, el correteo de las ratas y, por suerte para ella y su hijo, ya no se respiraba el fuerte olor de la miseria, sino que ahora solo se inspiraban los aromas que desprendían las flores recién cortadas. Lambergury se había convertido en un verdadero hogar y todo gracias a la solidaridad humana.

Tricia suspiró hondo al recordar la mañana en la que Herald les informó, mientras desayunaban, que había una veintena de hombres y mujeres en la entrada de la residencia y que requerían la presencia del conde. George tiró la servilleta sobre la mesa, lanzó la silla hacia atrás con sus pantorrillas y corrió hacia la puerta de la entrada. Al descubrir que ella lo seguía, la obligó a colocarse a su espalda, temiendo que se creara una fuerte disputa entre ellos, pues casi todos los presentes fueron trabajadores de su tío. Sin embargo, cuando escuchó que tras el incendio habían acudido para ayudarlo a convertir Lambergury en un hogar adecuado para ellos y sus hijos, le temblaron tanto las piernas, debido a la emoción y la dicha, que se sentó en el suelo y se puso a llorar. Cuando ella se acercó para consolarlo, se detuvo en mitad del trayecto, pues aquellos que permanecían de pie frente a su derrumbado marido se le arrimaron para ofrecerle ese amparo que tanto necesitaba. No importó que George fuera un aristócrata y que el hombre a quien abrazaba hubiese dedicado toda su vida a la labranza del campo. En ese momento, lo que prevaleció fue que dos seres humanos, unidos por la crueldad del mismo hombre, acordaban mediante el abrazo un futuro distinto para todos.

—¿Milady? —preguntó Herald al encontrarla bajando el último peldaño—. ¿Por qué se ha levantado? ¿Se siente mal de nuevo?

—Buenos días. No, por ahora han cesado los dolores. Solo he bajado para averiguar qué tarea le han asignado hoy a mi marido y calmar la gula que parece tener este pequeño travieso —aclaró dibujando una enorme sonrisa—. Y, hablando de traviesos, ¿cómo se encuentra Ángela esta mañana? Ayer me contó que no ha cesado de vomitar y que todo la molesta, hasta el suave aleteo de una mosca —añadió divertida.

—Mi esposa se encuentra muy bien, señora —respondió mostrando una sonrisa llena de orgullo y satisfacción—. Es cierto que ayer se despertó odiando todo aquello que tenía a su lado, pero hoy se ha levantado con ganas de degollar un faisán. Creo que tiene la intención de preparar uno de sus famosos guisos españoles para deleitar el paladar de sus excelencias.

—Tenga paciencia, Herald. Ningún castigo dura eternamente —alegó colocando con suavidad una mano sobre el hombro izquierdo del mayordomo para consolarlo.

—Sí, milady. Eso dicen. Y el mío, si Dios quiere, finalizará dentro de seis meses. Solo espero que, cuando nazca ese pequeño ser y descubra qué carácter ha adquirido de los dos, no rece para que regrese al vientre de su madre.

Tricia soltó una carcajada al escucharlo y contemplar la expresión de Herald. Pese a que mostraba cierta consternación en su voz y rostro, los ojos le brillaban por la felicidad que sentía al haberse casado con Ángela y tener pronto un hijo, pues había perdido la esperanza de convertirse en padre a sus casi cuarenta y tres años.

—¿Sabe dónde se encuentra ahora mi marido? —preguntó moviendo la cabeza de derecha a izquierda.

—En la sala de baile, señora. ¿Quiere que informe a su excelencia que ha salido de la habitación? —se ofreció.

—No, yo misma iré a verlo. Gracias por todo, Herald.

—A su servicio, milady —dijo antes de hacer una leve reverencia y dirigirse a la cocina para buscar a su amada y tozuda española.

Con las manos sobre su vientre, caminó hacia el salón. Mientras pasaba por la zona donde

estuvieron colgados los retratos de los antepasados de George, apartó las manos de la barriga, se las colocó en los antebrazos y se los frotó como si tuviera frío. Tal como le prometió su esposo, desaparecieron los rostros malignos y pioneros de la destrucción Burkes. Gracias a Dios, sus hijos nunca conocerían la rama de la familia cruel, sino la bondadosa y caritativa. A pasos cortos llegó hasta el lugar en el que permaneció el antiguo retrato de Blanche. Ahora había uno nuevo de ella, pues George encargó otro al pintor que lo hizo la primera vez. Sin embargo, en este, pese a lucir un vestido negro, la expresión de la mujer era diferente. Sus ojos no mostraban dolor o miedo, sino felicidad y el afecto con el que trató a su marido cuando era niño. Tricia levantó una mano y, muy despacio, acarició el dedo donde toda esposa debía lucir el anillo de casada. Diez hilos. Ella le recordó a George que el pintor debía añadir diez hilos negros alrededor de ese dedo, pues eran los hijos que realmente había perdido. Inconscientemente, se llevó las manos de nuevo a su vientre y dejó que las lágrimas que bañaban sus ojos se deslizaran por las mejillas. Lo que ella tuvo que padecer en cada pérdida habría sido tan terrible que no entendía cómo había podido seguir viviendo y mantenerse cuerda durante tantos años. Solo de pensar que le ocurriera algo al pequeño que crecía en su interior, a quien amaba aún sin verlo, lloraba sin consuelo.

—Espero que estés orgullosa de la persona en la que se ha convertido mi marido gracias a ti —susurró antes de continuar su marcha.

Con las manos apoyadas en la barriga, continuó hacia delante hasta que se detuvo frente a otra imagen: los padres de su marido. ¿Serían así de verdad? ¿Los recordaría tal como le indicó al pintor pese al transcurso de los años? Porque, si la descripción que este le ofreció al retratista era correcta, no había duda de que George era la viva imagen de su madre y entendía, además, por qué el padre se negó a seguir con la vida que le dictó su nacimiento cuando la encontró. Sin duda alguna, el amor entre ellos surgiría en el mismo momento en el que los ojos oscuros del joven Laxton y los grises de la doncella se cruzaron. A ella le ocurrió lo mismo con su marido...

Prosiguió por el luminoso y limpio pasaje hasta que otro retrato la hizo frenar. Tricia soltó una carcajada tan estrepitosa que su risa recorrió el largo y ancho pasillo. En un principio, el propósito fue que ambos se retrataran juntos para demostrar que había nacido una nueva era para los Burkes y que el amor era la base de ese cambio. Sin embargo, cuando su padre, sus tíos, su madre y sus tías descubrieron qué iban a hacer y con qué fin, ellos decidieron que también debían aparecer en ese cuadro. Según el extenso argumento de tío Federith, el futuro no se basaba solo en el amor conyugal, sino también en el familiar. Por mucho que George les prometió que les haría uno exclusivo para ellos, nadie aceptó esa alternativa y, durante dos interminables meses, las cuatro parejas soportaron largas horas en el jardín y aceptaron sin rechistar las órdenes de Anne, pues ni ella ni Logan quisieron perderse un acontecimiento tan inverosímil.

Con una enorme sonrisa, retomó el paso hasta que llegó a la puerta del salón de baile. Esta también fue sustituida por otra de mejor calidad. Atrás quedaron los respingos que daba cada vez que escuchaba chirriar las antiguas bisagras. Dio un paso hacia delante y se llevó las manos a la boca al contemplar la maravillosa reconstrucción del salón. George lo había mantenido en secreto durante todo el tiempo porque, para él, aquel lugar afianzaba el cambio que habían iniciado. Mientras le prohibía que lo viera, antes de que finalizaran las obras, le contaba que el primer baile se celebraría por la llegada de su hijo y, a partir de ese momento, lo festejarían todo, como el primer cumpleaños del niño, el siguiente embarazo o la aparición repentina de los Rutland, Riderland y Sheiton, quienes eran propensos a no informar de sus visitas hasta que tocaban a la puerta. Todo. Él quería conmemorar todo lo que logran en el futuro e invitar a quienes se habían convertido en sus amigos sin importar la clase social a la que pertenecieran.

Las lágrimas volvieron a apoderarse de sus ojos y, mientras las eliminaba con rápidos

parpadeos, se preguntó si el continuo llanto se debía a la sensibilidad causada por el embarazo o a la emoción que le provocaba estar casada con un hombre tan maravilloso. Determinó enternecida que era una mezcla de ambos. Una vez que sus ojos se libraron de las lágrimas, pudo ver con claridad la silueta de George, quien, desde que empezaron los arreglos, siempre iba en mangas de camisa. Se quedó mirándolo anonadada, extasiada por el cambio que había experimentado su cuerpo. Las piernas habían ganado fuerza, al igual que los hombros. Los brazos duplicaron su tamaño y la espalda se le ensanchó tanto que tuvieron que sacar del vestidor las antiguas camisas y comprar otras cuyos botones no saltaran al abrocharlos. Según le explicó, con el típico orgullo masculino, toda esa amplitud se la proporcionó el trabajo que realizaba en Lambergury. Y lo cierto fue que él jamás se mantuvo impasible en esa reconstrucción. Sus fuertes manos arrastraron escombros, cubos de arena, arreglaron tejados, destruyeron la mazmorra y ayudaron a colocar nuevas vigas de madera en los techos. George cambiaba al tiempo que lo hacía la residencia.

La primera vez que lo vio a través de la ventana de su habitación, sin camisa y riéndose a mandíbula batiente con aquellos que le dedicaron comentarios sarcásticos sobre su endeblez, ella se arrodilló y rezó para agradecerle a Dios que lo librara totalmente de la oscuridad.

—Es... magnífico —expresó ella bajando el primer escalón—. Hay mucha luz, no hay cristales rotos y... ¡no tenemos murciélagos! ¿A cuántos invitados podemos reunir? ¿Cuántos asientos caben aquí? ¿Cuándo han traído esas tres lámparas? ¿Tenemos candelabros nuevos? ¿Son de gas? ¿Qué cortinas más bonitas! ¡Oh, George, todo ha quedado precioso! —exclamó llevándose las manos al pecho.

—¡Tricia! —exclamó George volviéndose hacia ella—. ¿Qué haces aquí? ¿Te encuentras mal? —preguntó alarmado mientras corría a su encuentro—. El niño... ¿está bien? —añadió poniendo sus grandes manos alrededor del vientre para captar el movimiento de su hijo.

—Todo está bien —respondió aproximándose para darle un beso en los labios y calmar su inquietud.

—Gracias a Dios —dijo exhalando todo el aire que contuvo en los pulmones—. Entonces, ¿qué haces aquí? —espetó cambiando con rapidez el tono de voz—. ¿No te dije que quería darte una sorpresa?

—No seas bobo, George. Te prometo que me la has dado —alegó. Le cogió la mano y lo obligó a caminar hacia el centro—. ¿Quién ha elegido el color de las cortinas?

—Tu madre y tus tías —respondió mediante un largo suspiro—. Por mucho que les supliqué que no fueran de color miel, ellas no cambiaron de opinión. Según sus excelentísimas mentes, es la tonalidad que mejor define nuestro matrimonio —explicó sin apartar los ojos de su mujer.

Tricia soltó otra sonora carcajada al entender que su tía Evelyn, una mujer acostumbrada a complacer al exigente y pasional marqués, se había escandalizado tanto al narrarle lo que habían hecho con la miel que se lo contó a su madre y a Anais.

—Bueno, debes admitir que esa elección es bastante adecuada para nosotros —respondió tras recuperarse de la risotada.

—¿No habrás sido tan malvada de haberles contado...? ¿A quién se lo dijiste? Por favor, júrame que no fue a tu madre —le pidió desesperado.

—Se lo conté a tía Evelyn. Siempre ha alardeado de lo pasional que es tío Roger con ella y, aquel día, quise hacerla callar informándole de que mi marido también goza de la habilidad de hacerme enloquecer en la cama —comentó orgullosa.

—¿No fue usted, mi señora, quien me recordó una vez que la soberbia es un pecado mortal?

—Y usted me respondió, mi señor, *que me condene el buen Dios por ese horrible pecado cuando muera* —expresó burlona.

—Tenemos demasiados pecados sobre nuestros hombros, querida —comentó abrazándola.

—Tantos que nuestras almas bailaran juntas en el infierno —aseveró ella colocando la frente sobre el pecho de su esposo.

—Sí, y por ese motivo deberíamos practicar. No sería apropiado pasarnos el resto de la eternidad dando vueltas arrítmicas —apuntó retirándose de ella.

—¿Practicar? —soltó asombrada—. ¿El qué?

—Nuestro baile infernal —declaró mientras cogía una mano de Tricia para ponerla sobre un hombro. Luego rodeó su cintura y tomó la otra—. ¿Qué te parece si inauguramos nosotros este nuevo salón de baile?

—¿Y la música? —preguntó entre risas.

—Yo tararearé para ti. —George comenzó a canturrear los acordes de un vals al tiempo que los dos danzaban en su nuevo salón.

Volar. Así fue cómo volvió a sentirse Tricia al bailar con su marido. Cerró los ojos y recordó el primer día que se encontraron, el momento en el que escuchó a Sarah Preston hablar sobre su inminente compromiso con el señor Laxton, el encuentro en el balcón, su primer beso, el motivo que él le dio a su padre para casarse con ella, su boda, su primera noche juntos, su segunda, el día que él se mostró totalmente desnudo y le contó sus secretos... Habían soportado muchas penurias juntos, pero las cosas buenas, aquellas que realmente importaban, serían tantas que harían desaparecer las malas para siempre.

—¿Tricia? —preguntó al ella pararse bruscamente—. ¿Qué te ocurre?

—Creo que a nuestro hijo no le ha gustado nuestro baile —contestó mirándose los pies.

—¿Qué... qué es eso? —soltó aterrado al ver un charco de agua y sangre sobre el suelo.

—Esto, querido, es la primera llamada de atención de nuestro hijo —expresó feliz.

—¡Dios mío! —exclamó cogiéndola en brazos—. Por favor, que no salga ahora. Mantenlo ahí dentro hasta que llegemos a la habitación y acuda el médico.

—Tranquilo, George, esto no es tan fácil como crees —respondió mientras su marido corría por el pasillo y gritaba que alguien llamase al doctor.



George se llevó la mano al cuello de la camisa y se desabrochó dos botones más. Habían transcurrido cinco horas desde que dejó a Tricia sobre la cama y el bebé seguía sin salir.

—Tranquilo —dijo Federith al ver cómo el futuro padre arrugaba la frente y apretaba la mandíbula—. Esto puede tardar unos minutos o varios días.

—Federith, ¿tienes la intención de matarlo? Porque, como sigas inquietándolo de esa manera, va a sufrir un infarto —comentó divertido Roger.

—¿Recordáis su nacimiento? —intervino William levantándose del sofá de piel negra en el que había permanecido callado durante las últimas dos horas.

—Sí —exhaló el barón llenándose otra copa de oporto.

George miró a los tres hombres y su nerviosismo aumentó al advertir cierta desesperación en sus rostros.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó temeroso—. ¿Es algo que deba saber? ¿Puede afectarle a ella y a nuestro hijo? ¿Por eso está tardando tanto en nacer el niño? —añadió desesperado.

—La pequeña Tricia nació muy débil —explicó Roger después de beberse de un sorbo el resto de la bebida que tenía su copa—. Nos mantuvo en vela durante tres días. El médico nos informó que podía morir en cualquier momento.

—Beatrice sufrió mucho durante el embarazo y siempre he pensado que su debilidad se la

transmitió a la niña —terció el duque.

—También padeció fiebres muy altas —añadió Federith acercándose a William.

—¿Cómo se recuperó? —quiso saber George mientras se arremangaba las mangas de la camisa, como si eso apaciguara el aumento de calor que le produjo la información.

—La opinión del médico que la atendió fue que su pequeño cuerpecito tenía tantas ganas de vivir que luchó hasta lograrlo —habló William mientras observaba el líquido ambarino de su copa—. Según la del reverendo Klaus, se trató de un milagro de Dios. Al parecer, mi hija tenía que vivir para llevar a cabo una importante misión —añadió mirando a su yerno con suspicacia.

—Fuera cual fuese el motivo —refunfuñó Roger, porque no creía en Dios ni en absurdos milagros—, esa pequeña, cuando abrió los ojos por primera vez, lo único que encontró fue a tres hombres llorando de alegría, quienes le juraron protección a ella y a sus hijos hasta el final de nuestros días. —El nudo de su garganta hizo que las últimas palabras sonaran débiles.

—Soy testigo de que el amor que sentís por mi esposa es recíproco y también os prometo que daré mi vida para protegerla de cualquier mal —comentó George mirándolos de uno en uno.

—Si le hubieras roto el corazón a mi niña —aseveró William acercándose a su yerno—, nosotros te habríamos arrancado el tuyo.

—Sin darte muerte primero —añadió Roger.

—¡Relajaos! —terció Federith con rapidez—. Tricia eligió un buen marido. Como habéis comprobado durante este tiempo, él ha hecho todo lo posible para darle la vida que se merece. He de recordaros también que estamos aquí encerrados porque, en breve, se convertirán en padres y...

—Y nosotros la visitaremos para confirmar que nuestra pequeña y el bebé son felices, ¿verdad, amigo? —le dirigió Roger la pregunta a William.

—Por supuesto. Cada vez que nos plazca, vendremos a Lambergury sin tener que anunciar nuestra llegada.

—Mi casa es su casa —declaró con firmeza George—. Pueden venir cuando gusten.

—Así haré —aseveró el duque mirándolo sin parpadear.

—¡Ha nacido! ¡Ha nacido! —gritó Evelyn tras abrir la puerta del despacho de un golpe.

—¡Mi hijo! —gritó George corriendo hacia la salida—. ¡Tengo un hijo!

—¿Qué ha sido? —le preguntó el duque a la marquesa.

—Un niño. William, Tricia ha tenido un niño sano, perfecto y hermoso.

—¿Cómo está ella? —insistió con tal emoción que se puso a llorar después de realizar la pregunta.

—Te aseguro que está muy bien —informó poniéndole una mano sobre el hombro—. Ha sido muy valiente y no ha perdido las fuerzas ni la consciencia en ningún momento.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Federith.

—Mientras asumís el nacimiento del próximo conde de Burkes, me marchó a la cocina. Necesito que Herald siga hirviendo agua —comentó Evelyn después de mirar a los ojos de su marido y descubrir que estos también brillaban por las lágrimas que contenían.

—¿Les permitimos unos minutos más de intimidad? —preguntó Roger una vez que su esposa se marchó y tras depositar la copa sobre la mesa.

—Sería lo adecuado, ¿no te parece, Federith? —dijo el duque limpiándose las lágrimas con el anverso de la mano.

—En efecto, deberíamos otorgárselos. El nacimiento de un hijo es un momento muy importante para un matrimonio. Recuerdo que... —intentó decir el barón, pero se quedó callado al ver cómo sus dos amigos abandonaban el despacho con la misma celeridad que el nuevo padre—.

¿Si ya habíais pensado qué ibais a hacer, para que me preguntáis? —gruñó al salir.

—Porque nos gusta escuchar, de vez en cuando, a la voz de nuestras conciencias para hacer justo lo contrario —soltó Roger subiendo las escaleras tan rápido como pudo.

Nadie podía haberlo advertido de la emoción que percibiría su cuerpo ante la llegada de un hijo suyo al mundo. ¿Cómo habría actuado su padre? ¿Habría sentido la misma emoción? ¿Y su madre? ¿También habría pasado horas interminables para dar a luz? Mientras esos pensamientos aparecían en su mente, no dejó de correr hasta que alcanzó la alcoba. Al entrar, halló a la baronesa abrazando a la duquesa, como si necesitara consuelo. Retiró con rapidez la mirada de ellas y la centró en la mujer que amaba. Estaba bien. Tenía aspecto de cansada, su cabello brillaba por la humedad, sus mejillas seguían sonrojadas por el esfuerzo, pero estaba sana y salva.

—No te quedes ahí parado. Ven y conoce a tu hijo —dijo Tricia cuando lo descubrió inmóvil en la puerta, observándolos.

—Solo estaba recreándome con la imagen tan maravillosa que tengo ante mí —expresó George al caminar hacia ella.

Cuando se colocó al lado de la cama, miró al pequeño ser que ella sostenía en los brazos y toda la fuerza que había mantenido durante las cinco angustiosas horas que duró el parto se esfumó. Dominado ahora por una inmensa debilidad, se arrodilló y lloró emocionado.

—George, mi amor, tranquilízate. Los dos estamos bien —susurró.

—Tricia, lloro de felicidad, de placer, de satisfacción —expuso mirándola—. He pasado las peores horas de mi vida y soy un hombre feliz y afortunado por tenerte y... tenerlo —añadió mirando el pequeño cuerpo envuelto en una manta blanca.

—Nosotros somos y seremos muy afortunados por tenerte —respondió ella emocionada—. Ven, levántate y sube a la cama. Tu hijo quiere conocerte.

George se apartó las lágrimas con ambas manos, se levantó y se sentó a su lado.

—¿De verdad es un niño? —preguntó después de apartar ligeramente la tela para llenarse aún más de gozo al ver que la mata de pelo era tan clara como la suya.

—Sí, tal como querías, ha sido un niño —comentó ofreciéndoselo—. ¿Qué nombre le vas a poner?

—¿Me vas a dar ese privilegio después de lo que has sufrido? —preguntó acogiendo a su niño en los brazos.

—Sí, aunque te prometo que en los próximos tendremos que discutirlo, porque mi padre quiere que un nieto lleve su nombre —apuntó divertida.

—No es justo que este sinvergüenza tenga la satisfacción de tener otro Roger Bennett en la familia y yo me muera sin que me regalen ese placer —intervino William al entrar en la habitación. Rodeó la cama, se acercó a su niña, le dio un beso en la frente y miró suspicaz al recién nacido—. También debes prometerme que el próximo se parecerá más a los Rutland que a los Laxton. Ese niño ha nacido con el cabello tan rubio que parece albino.

—¿Qué tienes en contra de los rubios? —soltó Roger al ponerse a los pies de la cama—. Hola, ranita. ¿Estás bien? —Tricia, sin poder borrar la sonrisa de su rostro, asintió.

—Es envidia —intervino Federith—. A nosotros no se nos nota el paso de los años porque podemos ocultar las canas con facilidad.

—Pero también os quedáis calvos antes —intervino William llevándose la mano hacia su canosa mata de pelo.

—Se llamará Angus William Laxton —determinó George haciendo que todos se quedaran en silencio y que la absurda disputa cesara de inmediato—. Mi hijo llevará el nombre de sus dos abuelos.

—Gracias —dijo Tricia antes de darle un beso en la mejilla—. Ahora, debes presentárselo.

—¿Qué quieres decir con presentárselo? —preguntó George perplejo.

—Cuando Tricia abrió los ojos, le juramos protección y fidelidad a ella y a sus hijos —le recordó Roger, pues William estaba tan emocionado al escuchar que su primer nieto barón tendría su nombre que no pudo hablar.

—¿Es cierto lo que me piden? —quiso asegurarse mirando a su esposa. Esta le sonrió y se encogió de hombros—. Está bien... —cedió levantándose de la cama. Con paso lento se colocó frente al duque de Rutland, al marqués de Riderland y al barón de Sheiton—. Aquí tienen al futuro conde de Burkes —dijo con tono divertido.

Pero esa diversión desapareció y se transformó en orgullo al ver cómo los tres aristócratas más importantes de Londres se cuadraban ante ellos e inclinaban la cabeza en señal de respeto.

—Hijo mío —susurró George—. Bienvenido a la familia.

«Lo que es nacido de la carne, carne es. Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es».

1Jn 3, 6

**FIN**

## Nota de la autora

Quiero decirte que, pese a ser una novela que no necesitaba mucha investigación, me pasé una mañana entera viendo en YouTube la boda del príncipe William y Catherine Middleton para recrear la ceremonia nupcial de George y Tricia. También usé dicha plataforma para el primer baile de ellos. Intenté basarme en el vals que encontré en la película *Cenicienta*, sí, ese en la que ella lleva un precioso vestido azul. Espero haber conseguido ambos propósitos.

Como habrás imaginado, los tres protectores que vio Ángela en las cartas eran el duque, el marqués y el barón y los problemas eran el reverendo, el juez y el doctor, este último se mantuvo en la sombra y fue el peor, pues fue el culpable de que murieran nueve hijos de Blanche.

Quise mencionar los problemas que tuvo Tricia al nacer porque soy consciente de que los milagros existen. Al igual que creo en la leyenda japonesa de los hilos rojos. Tricia sobrevivió porque debía encontrar a George.

Concluyo esta breve nota de autora explicándote que me gustó la idea de escoger a una hija del duque para salvar a Laxton de su oscuridad, porque William fue quien me salvó de la mía.

Sin más que añadir, espero que hayas disfrutado de esta romántica historia de amor.

Nos vemos en la próxima,

Dama Beltrán

# Agradecimientos

Con tu permiso, quiero darle las gracias en primer lugar a mi familia, que ha continuado apoyándome y solidarizándose conmigo desde el día que les confesé que deseaba convertirme en escritora.

En segundo, a ti, por seguir a mi lado y animarme a continuar.

En tercero, a mis lectoras cero, quienes han tenido que soportar mucho estrés y gruñidos por mi parte en esta novela.

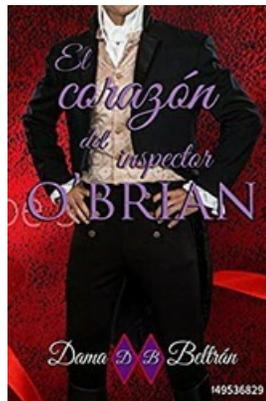
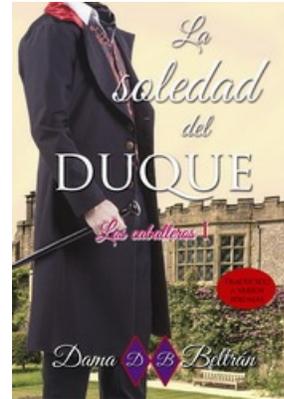
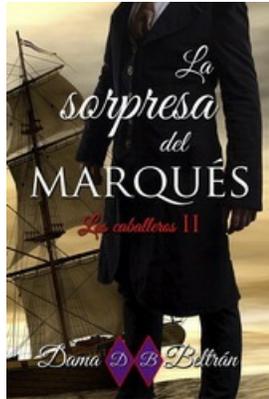
En cuarto, a esas mamis del cole que me han traído a mis hijos todos los días para que no me apartara del ordenador. En especial a Eli y a Belén.

Por último, agradecerle a mi correctora que siempre esté ahí cuando la necesito.

Un beso muy grande de tu damita.

## Otros títulos

## Serie Los caballeros



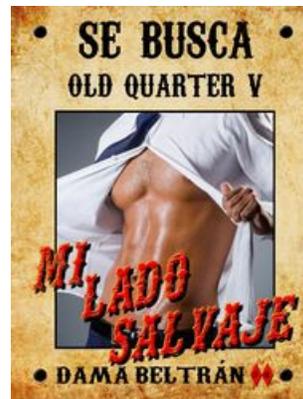
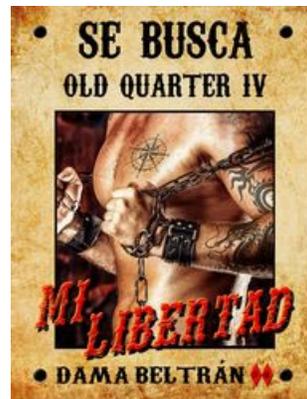
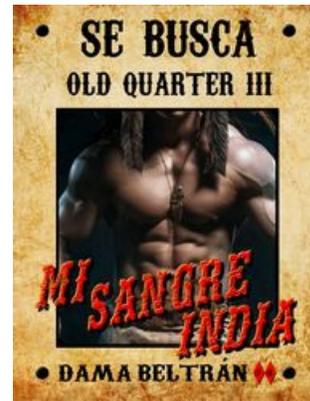
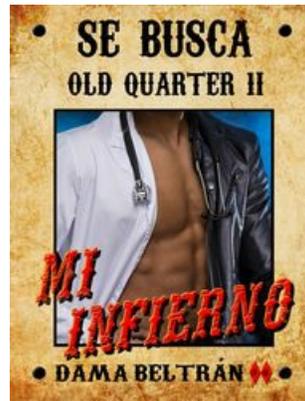
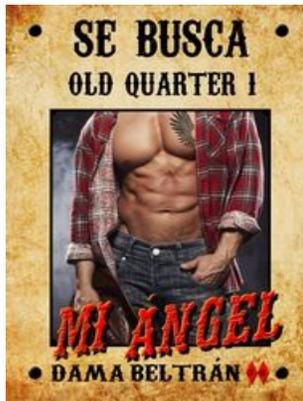
[A la venta en Amazon](#)

## Serie Las hermanas Moore



[A la venta en Amazon](#)

## Serie Old-Quarter



[A la venta en Amazon](#)

# Independientes



[A la venta en Amazon](#)

1. La espinela es un mineral que contiene óxido de aluminio y magnesio. En la antigüedad, fue adorada por comerciantes y coleccionistas, pues se consideraba una joya rara y hermosa.

2. En la mitología griega, Ares es el dios de la guerra.

3. Baco en Roma y Dioniso en Grecia. Es conocido como el Dios del vino, del éxtasis y el desenfreno.

4. También conocida como la muerte dulce, hace referencia al periodo refractario que ocurre después del orgasmo.

5. En 1844, Isaac Ray, en su tratado de la jurisprudencia médica de la locura, definió la pretensión de buscar placer prendiendo fuego como una forma diferenciada de demencia que anula la responsabilidad sobre los actos que lleva a cometer.

6. Es una criatura femenina de la mitología y del folclore grecolatinos, caracterizada por ser una terrible seductora.